LOS GATOS GUERREROS

SOMBRAS DE LOS CLANES

INCLUYE:
LA VENGANZA DE ARCE SOMBRÍO ♦ LA MALDICIÓN DE PLUMA DE GANSO
LA DESPEDIDA DE CUERVO

TRADUCIDO POR
EL CLAN NOCTURNO

ERIN HUNTER

#1 *NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

LOS GATOS GUERREROS

SOMBRAS DE LOS CLANES

INCLUYE

La Venganza de Arce Sombrío
La Maldición de Pluma de Ganso
La Despedida de Cuervo

Libro original: "Warriors: Shadows of the Clans" *por* ***Erin Hunter***.
Arte del libro: ***Owen Richardson***.
Traducción: ***Clan Nocturno***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 **[Fans]** 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

Publicado: 19/6/21
Última Actualización: 4/2/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche Más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*

CONTENIDO

CRÉDITOS…….. 2

LA VENGANZA DE ARCE SOMBRÍO…… 7

FILIACIONES…….. 8

CAPÍTULO 1…… 11

CAPÍTULO 2…… 18

CAPÍTULO 3…… 24

CAPÍTULO 4…… 34

CAPÍTULO 5…… 47

CAPÍTULO 6…… 54

CAPÍTULO 7…… 58

CAPÍTULO 8…… 63

CAPÍTULO 9…… 68

LA MALDICIÓN DE PLUMA DE GANSO... 73

FILIACIONES…….. 74

CAPÍTULO 1…… 78

CAPÍTULO 2…… 84

CAPÍTULO 3…… 91

CAPÍTULO 4…… 97

CAPÍTULO 5…… 105

CAPÍTULO 6…… 115

CAPÍTULO 7…… 121

CAPÍTULO 8…… 127

CAPÍTULO 9…… 135

CAPÍTULO 10…….. 141

LA DESPEDIDA DE CUERVO…….. 147
FILIACIONES…….. 148
CAPÍTULO 1…… 150
CAPÍTULO 2…… 156
CAPÍTULO 3…… 164
CAPÍTULO 4…… 170
CAPÍTULO 5…… 178
CAPÍTULO 6…… 186
CAPÍTULO 7…… 192
CAPÍTULO 8…… 198
CAPÍTULO 9…… 206
CAPÍTULO 10…….. 216

LOS GATOS GUERREROS

LA VENGANZA DE ARCE SOMBRÍO

DEDICATORIA

Para los miembros del FacebookClan, con gran afecto.
Gracias especiales a Victoria Holmes.

Título original: "Mapleshade's Vengeance".

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar*** *y* ***Gonzalo Firestar*** *del* ***Clan Nocturno;*** *y* ***Bianca Salvado***.

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER — **ESTRELLA DE ROBLE** — robusto gato marrón de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE — **COLA DE ABEJA** — gato atigrado marrón oscuro.

CURANDERO — **ALA DE CUERVO** — gato negro y pequeño de ojos azules.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

ARCE SOMBRÍO — gata de pelaje espeso carey con blanco

CIERVA MOTEADA — gata atigrada plateada y negra.

APRENDIZ, ZARPA DE ORTIGA (gato rojizo).

PELAJE DE PECAS — gata dorada y moteada con ojos color ámbar oscuro.

CORAZÓN FLORECIENTE — gato gris atigrado.

MANTO DE SEMILLA — gato marrón claro con blanco.

GARRA DE TORDO — gato atigrado color café claro.

VETERANOS
(guerreros y reinas ya retirados)

PELAJE DE CONEJO — gato gris atigrado.

CLAN DEL RÍO

LÍDER **ESTRELLA OSCURA —** gata negra.

LUGAR-TENIENTE **COLA PUNTIAGUDA —** gato gris oscuro.

GUERREROS

CAÍDA DE LLUVIA — gato negro y delgado.
MANZANO DEL ANOCHECER — gato marrón pálido de ojos color verde.
APRENDIZ, ZARPA DE PERCA (gato gris de pelaje espeso).
JUNCO BRILLANTE — gata naranja oscuro.
PELAJE DE LECHE — gata blanca.
PATAS MANCHADAS — gato gris pálido.

CLAN DE LA SOMBRA

CURANDERO **PELAJE DE ENDRINO —** gato negro.

CLAN DEL VIENTO

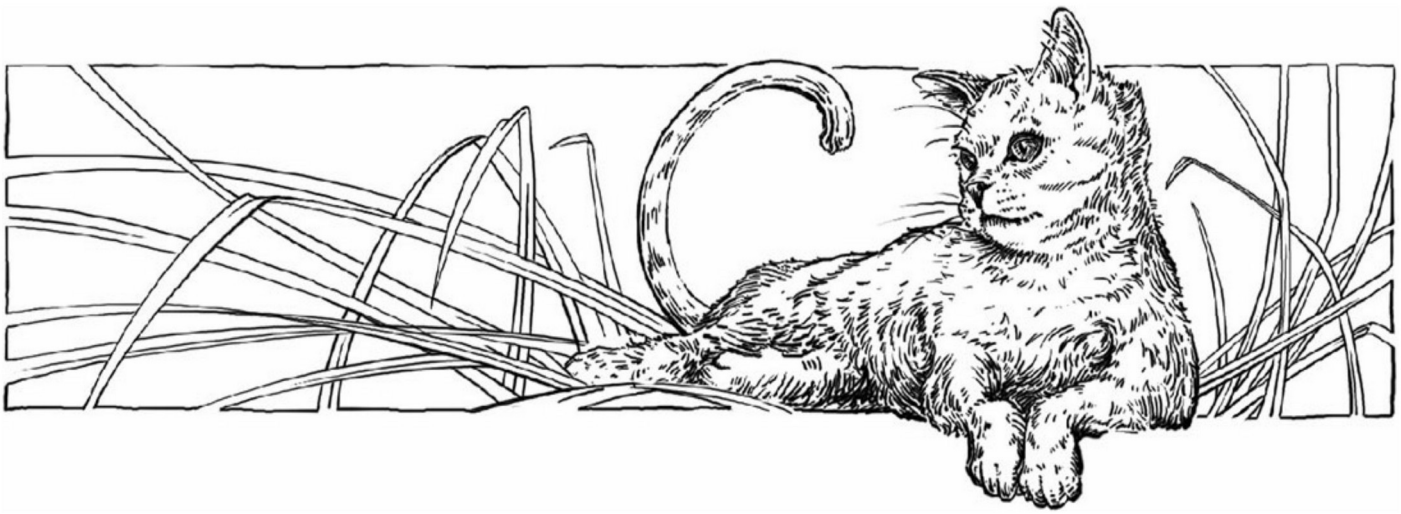
CURANDERO **ALA DE ALONDRA —** gato gris atigrado.

GUERREROS

VUELO VELOZ — gato gris claro atigrado.
MANTO DE MOSQUITO — gato manchado de color marrón.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

MYLER — gato blanco y negro.



Capítulo 1

—¡Sigue avanzando, Arce Sombrío! ¡Acabas de pisar mi cola! —El guerrero del Clan del Viento se apartó con un bufido.

—Lo siento, Vuelo Veloz —se disculpó Arce Sombrío sobre su hombro mientras se sumergía en lo más profundo de la multitud de gatos.

La luz de la luna llena convertía todos los pelajes plateados, los pelos de los gatos hacían cosquillear la nariz de Arce Sombrío. Por encima de ella la voz de Estrella de Roble resonó alrededor de los troncos de los cuatro robles gigantes.

—Mis guerreros rastrearon a las víboras hasta su nido en las Rocas de las Serpientes y bloquearon el hoyo con piedras —reportó el líder del Clan del Trueno—. Gracias a su coraje, desde entonces no se han visto víboras en nuestro territorio.

—Tuvieron suerte de no ser mordidos —gruñó un veterano del Clan de la Sombra cerca de la oreja de Arce Sombrío.

—Correcto —acordó su compañero de Clan—. ¿Recuerdas cuando Zarpa de Pantano pisó una víbora en su primera patrulla? Esa fue una terrible manera de morir.

El primer gato se encogió de hombros.

—He visto peores.

Arce Sombrío puso los ojos en blanco. «*Confía en los gatos del Clan de la Sombra para ser los más competitivos sobre las muertes que han visto*». Bordeó una roca y emergió entre un grupo de gatos del Clan del Río. Al instante sus pelajes se erizaron y sintió como varios ojos ardían sobre ella.

—Puede que exista una tregua —gruñó el guerrero negro Caída de Lluvia—. Pero no presiones tu suerte, cagarrutas de ratón del Clan del Trueno.

Arce Sombrío agachó la cabeza.

—No planeo hacer ningún daño —maulló ella—. No me voy a quedar.

—Bien —gruñó un gato que no pudo distinguir.

Arce Sombrío se obligó a alisar su pelaje mientras pasaba entre los hostiles guerreros. No podía culpar al Clan del Río por estar enojado. El Clan del Trueno había triunfado en la última batalla sobre las Rocas Soleadas; la derrota había sido la herida más amarga de todas.

—Recuerda lo que le pasó a Cara de Abedul y a Zarpa de Flor —Caída de Lluvia murmuró en su oído, tan cerca que Arce Sombrío podía sentir el calor en su aliento de pescado—. Esas rocas nos pertenecen, y mataremos a tantos de tus compañeros de Clan como sea necesario hasta que se den por vencidos.

Arce Sombrío tropezó con un recuerdo grabado en su cerebro: Manzano del Anochecer, un guerrero marrón claro del Clan del Río con penetrantes ojos verdes, empujó a Cara de Abedul tan fuerte que el gato del Clan del Trueno perdió el equilibrio y resbaló desde la parte superior de las Rocas Soleadas. Aterrizó con un chapoteo en el turbulento río. Su aprendiza Zarpa de Flor saltó detrás de él y luchó para mantener la cabeza de Cara de Abedul fuera del agua, pero la corriente era demasiado fuerte y fueron arrastrados río abajo con las cabezas medio sumergidas. Por unos terribles momentos, una cabeza atigrada oscura y una gris moteada se alzaron sobre la superficie, chillando de miedo, entonces ambos se desvanecieron entre la espuma que caía. Sus cuerpos fueron encontrados más allá de las piedras, varados en la orilla del Clan del Trueno como si estuvieran haciendo un último esfuerzo desesperado por volver a casa.

Arce Sombrío se tragó una explosión de ira contra los guerreros a su alrededor. ¿Por qué el Clan del Río insistía en pelear por un montón de rocas que estaban claramente en el territorio del Clan del Trueno? La gata bajó su cabeza y se abrió paso a través de la maraña de gatos hostiles. Llegó al borde del hueco donde las sombras eran más densas, lo suficientemente oscuro como para esconderse entre ellas. De repente una figura marrón pálido se alzaba frente a ella, y las fosas nasales de Arce Sombrío se dilataron por el olor a pescado. Levantó la vista, y su corazón latió fuertemente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó Manzano del Anochecer. Sus largas garras delanteras captaron la luz de la luna cuando las hundió en la hierba.

Las palabras de Arce Sombrío parecían estar atrapadas en su garganta. Miró fijamente los ojos de color acebo del guerrero del Clan del Río y trató de respirar normalmente. Se preguntó si alguno de sus compañeros de Clan estaba al acecho.

Manzano del Anochecer dio un paso más cerca y bajó la cabeza hasta que su hocico rozó la punta de la oreja de Arce Sombrío.

—Debes saber lo peligroso que es que estés aquí. ¿Qué pasaría si tus compañeros de Clan te vieran hablando conmigo?

Arce Sombrío se inclinó hacia adelante hasta que su mejilla presionó el pelaje del pecho de Manzano del Anochecer, el cual era tan suave como una pluma.

—Tengo que hablar contigo —murmuró—. Ha pasado demasiado tiempo. Te esperé en el sicomoro todas las noches, pero nunca viniste.

El aliento del gato calentó la parte de atrás de su cuello.

—Lo sé —ronroneó el gato—. Pero desde la batalla, hemos duplicado nuestras patrullas fronterizas, incluso después del anochecer. No puedo cruzar el río sin ser visto.

Dio un paso atrás y Arce Sombrío sintió una ráfaga de aire frío en su pelaje.

—Trataré de cruzar en luna nueva. Las cosas podrían calmarse para entonces.

—Si tan solo no hubieras matado a Cara de Abedul —susurró Arce Sombrío—. ¡De todos los gatos que pudimos haber perdido en la batalla, tenía que ser el hijo de Estrella de Roble!

Sintió como Manzano del Anochecer se ponía rígido debajo de su pelaje.

—Fue un accidente —gruñó—. Nunca quise que se cayera en el río.

Arce Sombrío cerró los ojos.

—Así no es como lo ven mis compañeros de Clan. Ellos te culpan por nuestras pérdidas.

—Entonces son tontos. —Manzano del Anochecer se estremeció, luego se relajó—. Pero las Rocas Soleadas siempre han hecho que nuestros Clanes sean un poco tontos. —Lamió la parte superior de la cabeza de Arce Sombrío—. Gracias al Clan Estelar no resultaste herida en la batalla.

Arce Sombrío lo miró. «*Oh mi precioso guerrero. Te amo con todo mi corazón*».

—Hay algo que necesitas saber —maulló.

Manzano del Anochecer estaba mirando por encima de la cabeza de Arce Sombrío, hacia el charco de luz de luna donde estaban sus compañeros de Clan.

—¿No puedes esperar?

—No lo creo. —Arce Sombrío respiró profundamente—. Estoy esperando cachorros tuyos.

Hubo un destello verde cuando Manzano del Anochecer abrió los ojos de par en par.

—¿Estás segura?

Arce Sombrío asintió. El guerrero del Clan del Río curvó su cola sobre su espalda.

—Voy a ser padre —ronroneó—. Increíble. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero estos cachorros serán mestizos. Mitad Clan del Río. ¿Cómo se sentirán tus compañeros de Clan al respecto?

—No lo sabrán —Arce Sombrío contestó. Notó que Manzano del Anochecer se estremecía—. Al menos, no al principio —continuó—. Yo los criaré como miembros del Clan del Trueno hasta que sean plenamente aceptados. Luego cada gato podrá hacer frente a la verdad. ¿Por qué debería importar que su padre viva en un Clan diferente?

El pelaje de los hombros de Manzano del Anochecer se erizó.

—Tienes una gran fe en tus compañeros de Clan —murmuró.

—No, tengo fe en Clan Estelar, y en el código guerrero.

—¿Crees que el Clan Estelar aprueba lo que estamos haciendo? —Manzano del Anochecer entrecerró los ojos.

—Creo que nuestros ancestros guerreros saben que nuestros Clanes necesitan cachorros y estamos proporcionándolos. ¿Cómo pueden nuestros inocentes cachorros no tener su bendición? Ellos van a crecer para ser buenos guerreros, leales al Clan del Trueno y Clan del Río por igual.

Arce Sombrío se volvió antes que Manzano del Anochecer pudiera decir cualquier cosa.

—Tengo que regresar con mi Clan antes de que vengan a buscarme. Quizás sea mejor si no nos volvemos a ver hasta que los cachorros nazcan. —Miró hacia atrás sobre su hombro—. Pero estaré pensando en ti todos los días, mi amor.

Mientras caminaba hacia las sombras que rodeaban la hondonada, Arce Sombrío escuchó pasos rápidos.

—¡Manzano del Anochecer! ¡Ahí estabas! ¡Te estuve buscando!

Arce Sombrío se detuvo, esperando que sus manchas blancas no brillaran en la luz de la luna. Una gata de color naranja oscuro estaba presionándose contra el hombro de Manzano del Anochecer.

—Un veterano del Clan de la Sombra está contando una historia sobre un gato que se tragó una rana viva —maulló—. Ven y escucha, es muy divertido.

Con una mirada preocupada hacia las sombras donde Arce Sombrío estaba agachada, Manzano del Anochecer siguió a la gata de regreso a un grupo de gatos reunidos. La guerrera naranja curvó su cola hasta que estuvo descansando sobre la espalda de Manzano del Anochecer.

Arce Sombrío frunció el labio. «*Mantente lejos de él, Junco Brillante. ¡Él es mío! ¡Estos cachorros se asegurarán de eso!*».

—¡Arce Sombrío, despierta! —Una pequeña cara de color jengibre se asomó a través de las ramas que refugiaban la guarida de los guerreros—. Cola de Abeja quiere que vayas a la patrulla del amanecer. ¡Llegas tarde!

—Está bien, Zarpa de Ortiga, ya voy. —Arce Sombrío se incorporó sobre sus patas.

Anoche había sentido a los cachorros moviéndose dentro de ella por primera vez. «*¿Es porque su padre sabe sobre ustedes ahora?*». Estiró la cabeza para lamer el pelaje desarreglado en su flanco, luego salió de la guarida. Se sentía extrañamente pesada, desequilibrada por su vientre hinchado. El aire en el claro estaba quieto y frío, sabía a hojas viejas y tierra húmeda. El aprendiz naranja rebotó alrededor de Arce Sombrío.

—¡Date prisa! ¿Cuándo te volviste tan lenta?

Arce Sombrío lo golpeó ligeramente con su cola.

—¿Qué haría Cierva Moteada si sabe que me hablaste así? ¿Eh?

Zarpa de Ortiga miró hacia el suelo ante la mención de su mentor.

—Probablemente me haría recoger las garrapatas de Pelaje de Conejo por una luna —admitió.

Arce Sombrío ronroneó, estaba demasiado alegre por sus cachorros como para estar de mal humor.

—Tienes suerte de que no te castigue. Ahora, vete y déjame hablar con Cola de Abeja.

El aprendiz salió corriendo con un chillido. Arce Sombrío se dirigió al lugarteniente del Clan del Trueno, que estaba de pie junto a la entrada de la

guarida de Estrella de Roble. El gato atigrado de color marrón oscuro asintió mientras Arce Sombrío se acercaba.

—Me gustaría que te unieras a la patrulla del alba, por favor —maulló él—. Pelaje de Pecas estará liderándola.

—De hecho, hay algo que necesito decirte —Arce Sombrío comenzó. Sus patas hormigueaban—. No podré llevar a cabo mis tareas habituales por un tiempo. Estoy esperando cachorros.

Cola de Abeja parpadeó.

—Oh. Bien. Yo… eh… no esperaba eso. Bueno, solo haz lo que te apetezca. ¿Estrella de Roble sabe?

—Aún no. ¿Por qué no ayudo en el campamento hoy? —sugirió Arce Sombrío. No pudo resistirse a mirar la curva de su vientre—. Podría ir a buscar algo de musgo empapado para el veterano, si quieres.

—Eso sería genial —maulló Cola de Abeja. Movió las patas—. Y, er, felicidades.

—Gracias —ronroneó Arce Sombrío—. Es una noticia maravillosa, ¿no?

—De hecho —maulló Cola de Abeja—. ¿Y estos cachorros… su padre…?

—Los criaré sola —Arce Sombrío respondió con firmeza.

El lugarteniente pareció sorprendido por un momento, luego bajó la cabeza.

—Que el Clan Estelar ilumine tu camino y el de tus cachorros.

Todavía retumbando de alegría, Arce Sombrío se volvió y regresó al claro. Dado que ella no era necesaria en la patrulla del alba, podía ir de regreso a su lecho hasta que el resto del Clan volviera. Ella sabía que tenía que reservar fuerzas para cuando llegaran los cachorros. Dormitaba bajo un parche de luz del sol cuando fue despertada por el ruido de patas retumbando fuera de la guarida. Pelaje de Pecas irrumpió, con el pelaje dorado moteado esponjado con los ojos brillosos.

—¡Cola de Abeja me dijo tus noticias! —ronroneó—. ¡Estoy tan feliz por ti!

Arce Sombrío se sentó y acurrucó su gruesa cola blanca sobre sus patas.

—Gracias.

«*¿Ves, Manzano del Anochecer? ¡Mis compañeros de Clan estarán encantados de tener nuevos cachorros en el campamento!*».

Pelaje de Pecas estaba al lado del lecho de Arce Sombrío mirándola, inusualmente tímida.

—Cola de Abeja también dijo que estarías criando a estos cachorros sola —maulló.

Arce Sombrío se tensó. Ella no había previsto las preguntas sobre el padre de sus cachorros tan pronto. Pelaje de Pecas miró hacia el piso de la guarida.

—¿Es… es porque su padre ha muerto?

Levantó la mirada y Arce Sombrío casi hizo una mueca al ver el resplandor esperanzado en sus ojos.

—¿Son estos los cachorros de Cara de Abedul? —Pelaje de Pecas susurró—. ¿Mi hermano va a vivir a través de ti?

El aire en la guarida de los guerreros era de repente tan espeso que Arce Sombrío no podía recuperar el aliento. «*¿Está el Clan Estelar ofreciéndome una forma para que mis cachorros sean aceptados por sus compañeros de Clan? No puedo mentir, no si quiero que sepan la verdad luego*». Miró a Pelaje de Pecas, incapaz de hablar.

La gata de color dorado no parecía necesitar una respuesta por parte de Arce Sombrío. Asintió lentamente, y la luz en sus ojos ardió aún más brillante.

—Estoy en lo cierto, ¿no es así? ¡Oh, gracias al Clan Estelar! Y gracias a ti, Arce Sombrío. No sabes cuánto significa esto para mí. Yo… yo pensé que nunca volvería a ser feliz después de que Cara de Abedul fuera asesinado en esa terrible batalla. Pero ahora puedo ayudarte a criar a sus cachorros, enseñarles que su padre era un verdadero héroe del Clan del Trueno, mirarlos ocupar su lugar en el Clan… —Entró suavemente en el lecho hasta estar agachada junto a Arce Sombrío. Estiró su pata delantera hasta que la descansó sobre el flanco carey y blanco de Arce Sombrío.

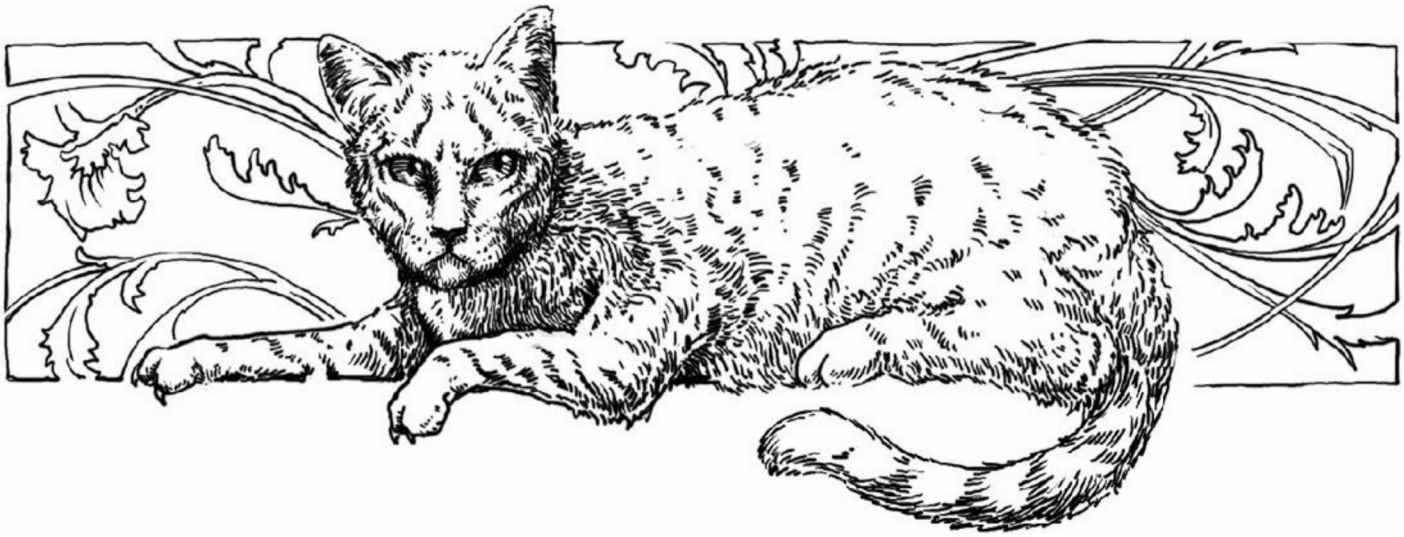
—Espero que Cara de Abedul pueda verlo también —murmuró.

Arce Sombrío respiró hondo. «*Yo no he mentido en voz alta. Todo esto lo ha hecho Pelaje de Pecas. Pero no puedo desaprovechar esta oportunidad de tener mis cachorros con el cariño que se merecen. Manzano del Anochecer entenderá que tengo que poner al Clan del Trueno primero, por ahora al menos*». Movió su cola hasta que estuvo descansando sobre el hombro de Pelaje de Pecas.

—Has respondido a mis oraciones, Pelaje de Pecas —maulló suavemente—. Mis cachorros y yo ya no estamos solos.

Pelaje de Pecas le devolvió la mirada con sus ojos ámbar oscuro brillosos.

—Nunca —juró—. Estos cachorros serán lo mejor que le pudo suceder a nuestro Clan.



CAPÍTULO 2

«*¡Oh, Clan Estelar, haz que se detenga!*». Arce Sombrío se retorció de agonía y hundió sus garras en el musgo seco.

—Relájate —Ala de Cuervo le ordenó, colocando una pata en su flanco erizado.

«*Intenta relajarte tú con todo lo que está sucediendo*», Arce Sombrío quería gritarle al curandero, pero apenas tenía suficiente aliento para resistir al espasmo que sacudía su cuerpo. Apretó la mandíbula y resistió el impulso de hundir los dientes en la pata negra de Ala de Cuervo.

—¡Es un macho! —jadeó Pelaje de Pecas—. ¡Oh, es magnífico!

Ala de Cuervo se volvió para mirar. Arce Sombrío estaba tendida en el lecho con los ojos cerrados, tratando de no pensar en el dolor que estaba por venir. Algo mojado y que se retorcía fue empujado frente a su hocico. La gata abrió la boca para protestar y olió el aroma más dulce que nunca había conocido. Levantó la cabeza y parpadeó hacia el cachorro de pelaje marrón oscuro que estaba a su lado. «*Oh Manzano del Anochecer, tienes un hijo. ¡Y es hermoso!*».

—Lámelo, Arce Sombrío —Ala de Cuervo maulló—. Le ayudará a respirar.

Por un momento Arce Sombrío quiso decirles a los otros gatos que salieran, que la dejasen sola con esta diminuta criatura preciosa. Nada era tan especial como el latido de su corazón, al conocer a su primer cachorro. Entonces su cuerpo se curvó bajo otra ola de dolor y gritó. Ala de Cuervo se apresuró a apartar al cachorro.

—Llévatelo, Pelaje de Pecas —ordenó.

—Con mucho gusto —maulló—. Ven aquí, pequeño. Te dejaré limpio y seco.

Arce Sombrío trató de decir que ella podía hacerse cargo de sus propios cachorros, pero el espasmo se hizo más fuerte y de repente había otro cachorro junto a ella; su boca estaba abierta en un maullido mudo, su pelaje moteado de color carey y blanco era como el de su madre.

—Otro macho —Ala de Cuervo anunció—. Lo estás haciendo genial, Arce Sombrío. —Pasó su pata por su cuerpo—. Uno más, y eso es todo. Venga, ahora mantente concentrada.

Un anhelo irresistible de estar sola con sus cachorros le dio fuerza a Arce Sombrío y el último cachorro se deslizó fuera de ella casi de inmediato.

—¡Una hembra! —Ala de Cuervo ronroneó—. Más pequeña que sus hermanos, pero en excelente estado. Es tu turno para tomar el mando, Arce Sombrío.

Acomodó a los tres cachorros en la curva del vientre de Arce Sombrío. La gata se incorporó y se retorció para mirarlos con asombro. «*¡Lo hice, Manzano del Anochecer! ¡Dos hijos y una hija!*».

—Son preciosos —susurró Pelaje de Pecas, su voz estaba ronca por la emoción.

Ala de Cuervo asintió.

—Hiciste un gran trabajo, Arce Sombrío. Te dejaremos sola para descansar, pero volveré con algunas hierbas para ti después de que el sol esté en su punto más alto. ¿Te sientes bien? —Hubo un destello de preocupación en sus ojos azul oscuro, Arce Sombrío sintió una oleada de simpatía hacia el joven curandero. Él había estado a cargo del Clan del Trueno en solitario por solo dos lunas desde la muerte de Avena Moteada, y este había sido uno de los primeros partos que había tenido que supervisar.

—No podría estar mejor —le dijo ella. Sentía la garganta seca y adolorida—. ¿Podría beber un poco de agua, por favor?

—Voy a buscarla —se ofreció Pelaje de Pecas, saltó del lecho y desapareció a través de las zarzas.

Ala de Cuervo la vio marcharse.

—Tú la has hecho sentir que la vida vale la pena de nuevo —comentó el gato—. La muerte de su hermano ha sido muy dura para ella.

Arce Sombrío enterró su hocico en el pelaje suave y húmedo de sus cachorros.

—Estos cachorros son mi regalo para todo el Clan del Trueno —murmuró—. Agradeceré al Clan Estelar por ellos todos los días por el resto de mi vida.

El curandero la tocó ligeramente con la punta de la cola.

—Y el Clan del Trueno te da las gracias —maulló.

«*Al igual que el Clan del Río* —Arce Sombrío añadió en silencio—. *¡La disputa sobre las Rocas Soleadas quedará olvidada cuando los Clanes se den cuenta de que comparten a estos perfectos guerreros!*».

—¿Estás recibiendo visitas? —rugió una voz a la entrada de la maternidad.

—¡Por supuesto, entra! —maulló Arce Sombrío sin aliento, mientras trataba de acomodar la cabeza de la gatita. A los tres amaneceres de edad, asombraron a Arce Sombrío con su habilidad para estar por toda la maternidad a la vez, mientras al mismo tiempo mamaban constantemente de su vientre.

La ancha cara marrón oscura de Estrella de Roble apareció a través de las ramas.

—Hola, pequeños —ronroneó.

La gatita saltó ante el sonido de su voz. Liberando sus diminutas garras en la oreja de Arce Sombrío, se deslizó sobre el musgo haciendo algo de ruido.

—Este es Estrella de Roble, el líder del Clan del Trueno —Arce Sombrío les dijo a sus cachorros. Trató de ponerlos en fila. Pero sus ojos aún estaban cerrados y el olor de un gato diferente era demasiado para que pudieran aguantarlo, por lo que los tres se tambalearon hacia Estrella de Roble con sus colas rechonchas hacia arriba y con sus bocas abiertas en tono agudo.

Estrella de Roble los condujo suavemente con su pata de regreso a Arce Sombrío.

—No soy solo su líder —le recordó—. Cara de Abedul era mi hijo. Estos gatos son mi sangre. —Sus ojos se nublaron de emoción mientras miraba a los cachorros—. Si tan solo Cara de Abedul pudiera verlos.

El pelaje de Arce Sombrío se sentía caliente y erizado.

—Estoy segura de que nos está mirando desde el Clan Estelar —murmuró. Al lado de ella, los cachorros comenzaron a rozar su vientre y se quedaron en silencio mientras comenzaban a mamar.

—Mi hijo fue un gran guerrero —Estrella de Roble prosiguió—. El Clan se siente honrado al ver que su espíritu sigue vivo a través de sus cachorros.

Hubo un crujido de las hojas de zarzas y Pelaje de Pecas apareció con un campañol en sus fauces. Lo dejó junto al lecho.

—Traje la primera presa del montón de carne fresca para ti —le dijo a Arce Sombrío con orgullo.

—Gracias —Arce Sombrío maulló con voz ronca. Se preguntó si sería de mala educación pedirle a Estrella de Roble que se fuera. Su presencia la ponía cada vez más nerviosa.

Pelaje de Pecas se volvió hacia Estrella de Roble.

—¿No son perfectos los cachorros? —ronroneó—. ¡Puedo ver a Cara de Abedul tan claramente en cada uno de ellos!

Arce Sombrío miró a los pequeños cuerpos en la curva de su vientre. Aparte del macho que era moteado como ella, eran exactamente del color del pelaje marrón suave de Manzano del Anochecer. Cara de Abedul había sido un gato atigrado de color marrón oscuro, casi negro. Su corazón latía con fuerza, esperaba que Estrella de Roble lo comentara, pero en cambio preguntó si ya había elegido los nombres para ellos.

Arce Sombrío usó su cola para indicar a cada cachorro sin molestarlos.

—Pensé en Pequeño Alerce para el gato marrón, Pequeño Manchado para su hermano y Pequeña Pétalo para su hermana. —Hizo una pausa cuando descansó la punta de su cola sobre la pequeña cachorra. Ella era la más esponjosa de todos y sus orejas eran tan pequeñas, que apenas se asomaban en el pelaje en su cabeza. Arce Sombrío sintió como si su corazón estuviera a punto de estallar de amor. «*¡Si tan solo pudieras verlos, Manzano del Anochecer!*».

—Excelentes nombres —Estrella de Roble maulló.

—¿No quisiste nombrar a uno en memoria de Cara de Abedul? —preguntó Pelaje de Pecas. Parecía decepcionada.

Arce Sombrío no levantó la mirada de sus cachorros.

—Quiero que cada uno siga su propio camino —explicó la reina en voz baja—. No quiero que sean el eco de un gato que ya se ha ido.

Para su alivio, Estrella de Roble ronroneó.

—El Clan del Trueno tiene suerte de tenerte como reina, Arce Sombrío. Espero con ansias ver crecer estos cachorros.

—No puedo esperar a ver las caras de los gatos del Clan del Río cuando se enteren de ellos en la próxima Asamblea —siseó Pelaje de Pecas.

El corazón de Arce Sombrío comenzó a latir más rápido.

—Ojalá pudiera estar allí también para verlo. ¡Asegúrate de decirles que he tenido tres cachorros perfectos y fuertes que van a ser grandes guerreros! —le dijo a Pelaje de Pecas—. Especialmente a Manzano del Anochecer. Díselo primero.

La gata de color dorado parpadeó.

—¿Por qué iba a hablar con ese sarnoso? —gruñó—. ¡Mató a Cara de Abedul!

—¡Exactamente! —Arce Sombrío maulló apresuradamente—. Él necesita saber que el Clan del Trueno es más fuerte que nunca, gracias a estos cachorros.

Pelaje de Pecas asintió.

—Por supuesto. —Desenvainó sus garras delanteras y las hundió en el musgo del suelo de la maternidad—. ¡Nuestros enemigos tienen incluso más razones para temernos ahora!

Estrella de Roble frunció el labio, mostrando un destello de sus dientes amarillentos.

—No le hará daño al Clan del Río saber que nos pudieron haber robado a dos honorables guerreros, pero gracias a Cara de Abedul, habrá tres guerreros más dispuestos a defender lo que es legítimamente nuestro.

Arce Sombrío sintió una oleada de alarma.

—El código guerrero dice que debemos mostrar piedad por los guerreros que hemos derrotado —señaló.

—¡Manzano del Anochecer no mostró piedad por Cara de Abedul y Zarpa de Flor! —siseó Pelaje de Pecas, azotando su cola.

«*¡Fue un accidente!* —Arce Sombrío quería chillar—. *¡Cara de Abedul cayó! ¡Zarpa de Flor nunca debió haberlo seguido al río!*».Pero se controló. No podía dejar que Pelaje de Pecas sospechara que tenía simpatía por Manzano del Anochecer. Aún no.

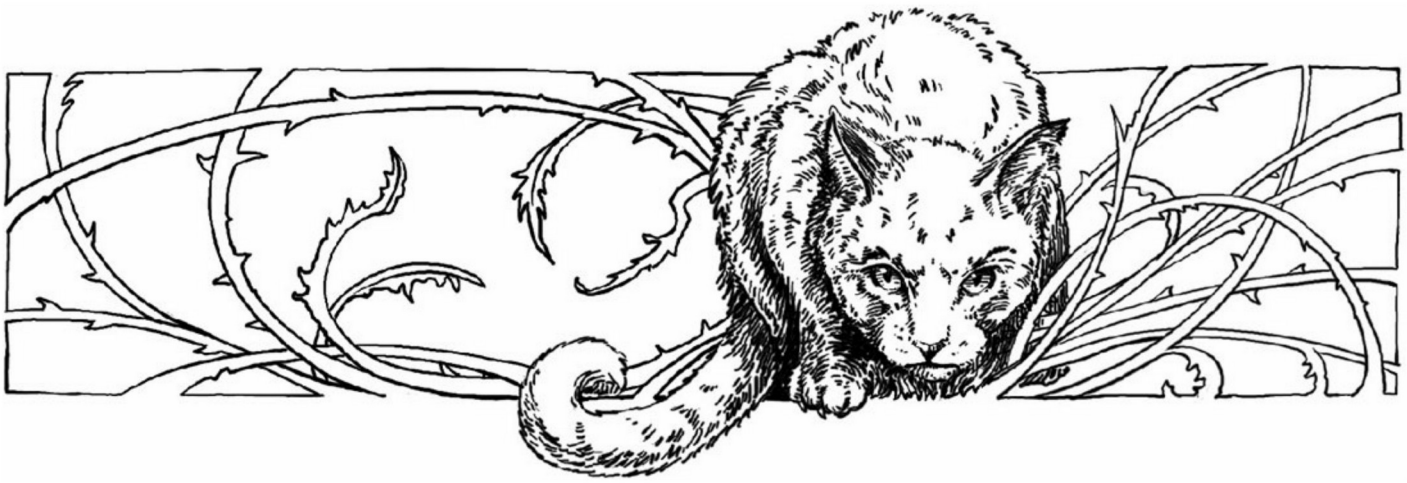
Estrella de Roble estaba empezando a retirarse de la maternidad.

—Ahora mismo, lo más importante es que los cachorros de Arce Sombrío estén sanos y salvos —maulló. Había una nota sombría en su voz que hizo que el pelaje de Arce Sombrío se erizara—. Los criaremos para que sean grandes guerreros como su padre —prometió el líder—, y vengarán su muerte cuando estén listos.

Se regresó y desapareció en el claro, dejando temblando la pared de zarzas. Pelaje de Pecas se inclinó sobre los cuerpos peludos y tocó ligeramente con su hocico a cada uno para que se retorcieran.

—Ellos son el regalo de mi hermano al Clan —murmuró—. ¡Y las criaturas más preciosas en todo el bosque!

Arce Sombrío luchó contra el impulso de mandar lejos a Pelaje de Pecas. «*¡Estos son mis cachorros, no los tuyos!*». Ella sabía que la amistad con la gata de color dorado duraría durante el largo camino que sus cachorros recorrerían para ser amados por todos en el Clan del Trueno. Para cuando los cachorros estuvieran listos para ser aprendices, la verdad sobre quién era realmente su padre sería incapaz de sacudir la lealtad de sus compañeros de Clan. Incluso Estrella de Roble entendería, una vez que valorara a los cachorros por lo que son, en lugar del legado que cargaban. «*¡Y una vez que el Clan del Río llegue a conocerlos, ellos sentirán lo mismo!*».



CAPÍTULO 3

—¡Observa esto, Pequeño Alerce! —Arrugando el hocico por la concentración, Pequeña Pétalo agarró el manojo de musgo seco entre sus dientes y lo sacudió violentamente.

Su hermano le arrebató el musgo y lo aventó a través del campamento. Ambos gatitos se lanzaron detrás de la bola, Pequeña Pétalo ganando por una nariz.

—¡Es mío! —declaró.

—¿No quieres unírteles? —le preguntó Arce Sombrío a Pequeño Manchado, quien estaba recostado en la curva de su vientre. Su pelaje armonizaba tan bien con el de ella, que era difícil decir en dónde acababa uno y comenzaba el otro—. Parece que se están divirtiendo.

Su hijo sacudió la cabeza.

—Estoy bien aquí —maulló. Se removió un poco más cerca de ella—. Me necesitas para mantenerte caliente ¿no es así? —Sus ojos verdes parpadearon ansiosamente hacia ella.

Arce Sombrío sofocó un ronroneo de risa. Apenas podía sentir el pequeño cuerpecillo del cachorro contra ella. Era un raro día sin ninguna nube en la estación de la caída de la hoja, en la cual siempre había lluvia: y los rayos del sol eran lo suficientemente fuertes para hacer que los gatos salieran de sus madrigueras a asolearse, aunque había una sensación fría en el suelo que alertaba que la estación sin hojas estaba a la vuelta de la esquina.

—Estás haciendo un excelente trabajo —le dijo al gatito—. Quizá tenga que compartirte con el veterano para impedir que tenga frío.

Los ojos verdes de Pequeño Manchado se abrieron de par en par de alarma.

—¡No! ¡Quiero quedarme contigo por siempre y para siempre! ¡Incluso cuando sea un aprendiz!

Arce Sombrío acarició la punta de la cabeza del cachorro.

—Eso no será hasta dentro de cuatro lunas, pequeño. Para entonces, ¡serás tan grande y fuerte, que estarás contento de dejar la maternidad e iniciar tu entrenamiento guerrero!

—No, no lo estaré —susurró Pequeño Manchado, enterrando su cara en el pelaje del pecho de su madre—. No quiero dejarte nunca.

Pequeña Pétalo y Pequeño Alerce estaban parados lado a lado, mirando hacia la bola de musgo.

—¡La hiciste pedazos! —protestó Pequeño Alerce—. Ya no rueda ahora. Mírala. —Le dio un golpe con la pata a la polvorienta pila marrón de pedazos de musgo.

Pequeña Pétalo se encogió de hombros.

—¡Estaba intentando escapar y la atrapé!

El veterano del Clan, un atigrado gris llamado Pelaje de Conejo, caminó rígidamente hacia donde se encontraban los cachorros.

—Parece que mató la bola de musgo —observó—. ¿Quieren jugar otro juego?

—¡Sí, por favor! —maulló Pequeño Alerce.

Pelaje de Conejo usó su pata delantera para rodar una piedra pequeña en el centro del claro. Después movió una ramita con su nariz hasta que estuvo a menos de un zorro de distancia de la piedra. Arce Sombrío se levantó para mirar.

—Quiero que se paren en esta ramita —maulló el veterano, apuntando con su cola—, y que salten hasta donde se encuentra la piedra, sin tocar el suelo.

Pequeña Pétalo parpadeó.

—¡Pero si es casi hasta el otro lado del claro!

—¡Me tendrán que crecer alas para brincar tan lejos! —maulló Pequeño Alerce.

—No seas cerebro de ratón —bufó Pelaje de Conejo—. Tu padre podía brincar el doble de esa distancia, y aterrizar en la más pequeña de las hojas sin siquiera perturbar una mosca.

Arce Sombrío sintió una sensación de alarma en su vientre. A su lado, Pequeño Manchado se sentó y ladeó la cabeza a un lado.

—¡Pelaje de Conejo es muy mandón! —chilló.

Pequeña Pétalo estaba agazapándose al lado de la ramita, moviendo la rabadilla mientras se preparaba para saltar. Con un gruñido, se lanzó hacia adelante, pero su pata trasera se atoró en la rama. Se tambaleó hacia un lado, rompiendo la rama y se derrumbó en el suelo a los pies de Pelaje de Conejo.

—¡Hmmm! —murmuró el gato—. Inténtalo de nuevo.

Esta vez, Pequeña Pétalo pudo pasar la rama, pero apenas y logró llegar la mitad del trecho hacia la piedra.

Pelaje de Conejo sacudió su cabeza.

—Es tu turno, Pequeño Alerce —ladró.

El pequeño gatito marrón se veía muy determinado mientras se agachaba. Saltó hacia el aire, casi llegando a la altura de las orejas de Pelaje de Conejo, pero bajó casi verticalmente, como una bellota cayendo de un árbol.

Pelaje de Conejo tuvo que quitarse del medio para evitar ser aplastado.

—¡Mira por dónde vas! —Le dio un par de lametones al pelo de su pecho—. Cara de Abedul podía brincar sin aplastar ningún gato —gruñó.

Arce Sombrío no podía escuchar más. Saltó, desequilibrando a Pequeño Manchado, el cual rodó con un chillido, y trotó hacia el claro.

—Quizá salieron a mí, Pelaje de Conejo —maulló la gata—. Yo tampoco puedo saltar.

El viejo gato entrecerró los ojos.

—No eres tan mala —dijo con voz áspera—. No puedo creer que algún hijo de Cara de Abedul sea tan torpe como un tejón. —Miró hacia Pequeña Pétalo, que se estaba lamiendo la pata que se le había atorado en la rama.

La sangre retumbaba en las orejas de Arce Sombrío.

—¡No dejaré que juzgues a mis hijos incluso antes de que inicien su entrenamiento guerrero! —siseó—. ¡Pequeño Manchado, ven aquí! ¡Vamos a caminar al bosque!

Pequeño Manchado fue directo hacia ella, pero Pequeña Pétalo puso mala cara.

—¡Quiero quedarme aquí y practicar mi salto! —maulló—. Quiero ser tan buena como Cara de Abedul.

Pelaje de Conejo parecía satisfecho.

—Debes estar muy orgullosa de quién fue tu padre —ronroneó—. Recuerdo la vez en la que estábamos acechando un faisán en el Poblado de los Dos Patas. Nunca había visto un pájaro tan grande, pero Cara de

Abedul era muy audaz– y tan silencioso, ¡no podía escucharlo sobre el sonido de la brisa entre las hojas!

—Creo que los cachorros necesitan estirar las patas fuera del campamento —maulló Arce Sombrío, interrumpiendo los recuerdos de Pelaje de Conejo—. ¡Vámonos, ustedes tres! Sin discutir, Pequeña Pétalo.

Los ojos verdes de Pequeño Manchado –tan parecidos a los de Manzano del Anochecer, que hacían que el corazón de Arce Sombrío diese un vuelco– estaban gigantes.

—¿Tenemos permitido estar fuera del campamento? Creí que nos teníamos que quedar en él hasta que fuésemos aprendices.

—Yo estaré con ustedes, así que estarán totalmente a salvo —le dijo Arce Sombrío.

Estrella de Roble y Cola de Abeja estaban de patrulla, y Pelaje de Pecas se había ido a revisar la barrera de piedras en las Rocas de las Serpientes. Pelaje de Conejo había regresado al lugar soleado junto a la madriguera de los veteranos. Aparte de unos cuántos gatos adormilados, el claro estaba vacío. Nadie se daría cuenta si sacaba a los cachorros fuera.

De pronto, Arce Sombrío no podía soportar quedarse mucho tiempo más en el barranco. Azotando la cola, trotó hacia el túnel de aulagas. Los cachorros la siguieron, chillando de emoción.

—¡Voy a atrapar un tejón! —presumió Pequeño Alerce.

—¡Yo observaré cómo el tejón te come primero! —respondió Pequeña Pétalo.

Pequeño Manchado estaba corriendo al lado de los talones de su madre.

—¡No dejes que un tejón me coma! —lloró.

Arce Sombrío se detuvo al lado de la entrada del túnel de aulagas y se volvió para lamer las orejas de Pequeño Manchado.

—Nunca dejaré que te pase algo malo —prometió. Con una mirada más para comprobar que nadie los estuviese vigilando, hizo que sus cachorros se encaminaran entre las ramas.

—¡Auch, está espinoso! —chilló Pequeña Pétalo.

—No te detengas —Arce Sombrío la presionó. Con un rápido golpeteo de patas sobre el duro suelo, los cachorros emergieron del túnel y se detuvieron de golpe, observando sus alrededores.

—¡Wow, fuera del campamento es enorme! —dijo Pequeño Alerce sin aliento.

—Es más grande en lo más alto de la hondonada —maulló Arce Sombrío. Empujó a sus hijos hacia el camino que guiaba a los árboles. Su

pelaje se erizó con la sola idea de ser descubiertos por alguna patrulla que estuviese regresando al campamento.

Los cachorros se arremolinaron hacia la pendiente, con Pequeña Pétalo a la cabeza. Se veían incluso más pequeños que de costumbre al lado de los troncos de los imponentes robles y hayas que colgaban sobre el barranco.

Arce Sombrío apresuró a los gatitos por un camino poco usado por el Clan debajo de unos densos helechos; los cachorros querían detenerse y olfatear cada hoja, cada marca en el suelo, pero Arce Sombrío los mantuvo caminando, agachándose bajo las frondas de olor dulce, con la esperanza de que el olor de las plantas cubriera su rastro.

La maleza comenzó a hacerse menos espesa y el sonido del agua salpicando se colaba entre los árboles. Pequeño Alerce levantó las orejas.

—¿Qué es eso? —maulló. Mientras se intentaba asomar entre los tallos, se tropezó con una rama y cayó sobre su nariz.

Arce Sombrío lo ayudó a ponerse de nuevo en pie antes de que el cachorro pudiese soltar un chillido. «*Me alegro de que Pelaje de Conejo no viera eso*», pensó. No podía negar que sus hijos eran más torpes que sus parientes del Clan del Trueno.

Pequeño Manchado había seguido caminando mientras Arce Sombrío levantaba a su hermano, y la gata escuchó un repentino chillido de sorpresa.

—¡Agua! ¡Agua por todas partes, miren!

Los hermanos del cachorro se acercaron hasta pararse al lado de él, a la orilla de los helechos. Arce Sombrío se unió a ellos y observó el brillo deslumbrante del río mientras fluía, raudo y resplandeciente.

—Es lo más hermoso que he visto —susurró Pequeña Pétalo.

—¿De dónde viene? —maulló Pequeño Alerce.

Su madre lo pensó por un momento.

—La verdad es que no lo sé —admitió—. Río arriba hay un acantilado profundo al lado del territorio del Clan del Río…

—¿Podemos ir ahí? —demandó Pequeño Manchado.

Arce Sombrío negó con la cabeza.

—No, pequeño. Está muy lejos para que vayas caminando hoy. Pero algún día lo verás, lo prometo.

Pequeño Manchado, usualmente tímido y feliz de dejar que sus hermanos lo probaran todo antes que él, trotó hacia las piedras a la orilla del agua.

—¡Ten cuidado! —advirtió Arce Sombrío.

Su hijo se volteó para verla, con los ojos brillosos y con gotas de agua destellando en sus bigotes.

—Está bien —maulló —¡Observa!

Antes de que Arce Sombrío pudiese detenerlo, el gatito saltó hacia adelante y se resbaló directo al agua. Por un segundo que casi le para el corazón a la gata, el cachorro se desvaneció, entonces su cabeza rojiza y blanca reapareció en la superficie.

—¡Mírenme! —chilló.

Pequeño Alerce y Pequeña Pétalo corrieron hacia la orilla y se lanzaron al agua. Por unos cuantos pasos sus pequeñas patitas se enterraron en los guijarros, mientras el agua lamía sus esponjosas pancitas, después ya estaban nadando a través del río.

Arce Sombrío sintió un estallido de amor como el sol al salir. «*¡Oh, Manzano del Anochecer! ¡Nuestros cachorros son mitad del Clan del Río, eso es seguro!*».

Pequeño Manchado alcanzó una rama que sobresalía del agua y se arrastró sobre ella. Agua chorreaba de su pelaje, haciéndolo ver lustroso como las plumas de un cuervo. Apenas y se veía más grande que un ratón con el pelaje pegado a sus costados, los cuales se agitaban mientras el cachorro recuperaba el aliento.

Arce Sombrío sintió una sacudida de preocupación.

—¿Estás bien? —lo llamó.

Pequeño Manchado asintió, aun jadeando demasiado fuerte como para hablar. Arce Sombrío se paseó de arriba a abajo en la orilla. Odiaba la idea de mojarse las patas, pero no estaba segura de que el cachorro tuviese energía suficiente para nadar de vuelta por su cuenta.

Los otros cachorros estaban jugando a las escondidas entre una mata de juncos cerca de la orilla.

—¡Pequeño Alerce! ¡Pequeña Pétalo! ¡Vayan a ayudar a su hermano! —maulló.

De pronto, los juncos de la orilla lejana crujieron y apareció una cabeza gris oscura. Arce Sombrío se quedó helada. Era Cola Puntiaguda, el lugarteniente del Clan del Río.

En el centro del río, Pequeño Manchado se desplomó en la rama, con la mejilla apoyada en la resbaladiza corteza.

—¿Qué está haciendo ese cachorro? —gruñó Cola Puntiaguda. Caminó hacia la orilla, con el pelaje del lomo erizado.

Arce Sombrío abrió la boca para hablar, pero dos guerreros más estaban emergiendo de los juntos al lado de Cola Puntiaguda.

—¿Acaso el Clan del Trueno está enviando a sus gatos más jóvenes a invadirnos? —preguntó Pelaje de Leche, con su pelaje blanco contrastando contra las rocas.

El tercer gato se encontró con la mirada de Arce Sombrío a través del río. Desde la distancia, sus ojos verdes eran indescifrables.

—Creo que un cachorro no es una amenaza para nuestro territorio —maulló—. Lo regresaré a donde pertenece.

Caminó hacia el agua, su pelaje marrón pálido se tornó negro mientras se deslizaba debajo de la superficie.

—Pequeño Alerce, Pequeña Pétalo, ¡vengan aquí! —siseó Arce Sombrío. Los cachorros chapotearon hacia ella, luciendo asustados.

—¿Ese guerrero del Clan del Río nos va a atrapar? —chilló Pequeña Pétalo.

Arce Sombrío observó como la cabeza de Manzano del Anochecer se balanceaba, acercándose constantemente a la rama.

—No —maulló la gata—. Están a salvo, no te preocupes.

Manzano del Anochecer le murmuró algo a Pequeño Manchado, tan bajo que Arce Sombrío no pudo escuchar. El cachorro se deslizó de la rama de vuelta al agua. El guerrero del Clan del Río lo ayudó a estabilizarse con una pata, y lo empezó a propulsar hacia la orilla del Clan del Trueno.

Arce Sombrío se dio cuenta de que los cachorros estaban temblando de frío y agachó la cabeza para lamerles el pelaje.

—¿Estamos en problemas? —maulló Pequeño Alerce.

—Calla, todo está bien —murmuró su madre entre lamidas.

Manzano del Anochecer caminó fuera del río con Pequeño Manchado colgando del hocico del guerrero. Bajó al cachorro en las rocas y lo empujó para que se pusiera de pie.

—Creo que este está agotado de tanto nadar —comentó. Su mirada ardió en la de Arce Sombrío—. Te arriesgaste mucho, al traerlos tan cerca de nuestra frontera.

—Quería enseñarles el río —maulló la gata. Movió su cuerpo de forma que los cachorros quedaron detrás de ella, fuera del alcance de sus oídos. Podía escuchar a Pequeño Alerce preguntándole a Pequeño Manchado qué se sentía el nadar tan lejos.

Manzano del Anochecer se acercó hasta que su hocico casi tocaba la mejilla de Arce Sombrío.

—Son asombrosos —dejó salir—. Fuertes y valientes, y tan confiados de estar en el agua como cualquier gato del Clan del Río. Estoy tan orgulloso de ti. —Se enderezó y levantó la voz—. No quiero verte a ti ni a estos cachorros cerca del río de nuevo —maulló. El anhelo en sus ojos contaba una historia diferente.

Arce Sombrío agachó la cabeza.

—Por supuesto, Manzano del Anochecer. Gracias por traer de vuelta a Pequeño Manchado.

Manzano del Anochecer miró a los cachorros una vez más, y luego se dirigió hacia el río.

—¡Esos cachorros no tienen edad suficiente para estar fuera de la maternidad! —llamó Pelaje de Leche a través del río—. ¿En qué estabas pensando al traerlos aquí? ¡Pudieron haberse ahogado!

—Quizá ganaron las Rocas Soleadas, pero el río aún nos pertenece —aulló Cola Puntiaguda—. Manzano del Anochecer ha sido misericordioso esta vez, pero de ahora en adelante, manténganse lejos de nuestro territorio.

Arce Sombrío dirigió a sus cachorros hacia los helechos. Estaban saltando sobre sus patitas, incluso Pequeño Manchado, su pelaje se iba esponjando mientras se iba secando.

—¡Eso fue lo mejor de lo mejor! —chilló Pequeño Alerce.

—¿Cuándo podemos volver aquí de nuevo? —preguntó Pequeña Pétalo—. ¡Nadar es mucho más divertido que saltar!

—Yo nadé más lejos que todos ¿no es así? —dijo Pequeño Manchado con orgullo.

Súbitamente, una figura negra bloqueó el camino. Arce Sombrío levantó la mirada y se encontró con la mirada inquisitiva de Ala de Cuervo. El curandero bajó la vista para mirar a los cachorros.

—¿Qué estaban haciendo en el río? —preguntó.

Las patas de Arce Sombrío comenzaron a hormiguearle.

—Los… ¿los viste? —susurró.

Ala de Cuervo asintió.

—Lo vi todo. ¿Qué está ocurriendo, Arce Sombrío?

Antes de que la gata pudiese contestar, los cachorros se arremolinaron unos con otros, intentando contar su aventura.

—Un guerrero del Clan del Río tuvo que salvar a Pequeño Manchado… —maulló Pequeño Alerce.

—¡No lo hizo! ¡Solo estaba descansando! —interrumpió Pequeño Manchado, enfadado.

—Todo está bien, ninguno estuvo en peligro —maulló Arce Sombrío mientras Ala de Cuervo entrecerraba los ojos.

—¡El gato del Clan del Río fue muy amable! —chilló Pequeño Manchado—. Dijo que era muy valiente, ¡y muy buen nadador!

—¿Eso dijo? —maulló Ala de Cuervo—. ¿Qué más dijo? —El curandero dio un paso adelante.

Arce Sombrío enroscó la cola alrededor de sus hijos.

—Vamos pequeños, es hora de irnos a casa.

Ala de Cuervo no se movió de donde estaba.

—Vi un presagio, Arce Sombrío —murmuró—. Me pregunto si sabes algo acerca de ello.

Había algo en su voz que hizo que el pelaje de la gata se pusiera de punta.

—¿Por qué tendría que saber algo acerca de un presagio?

Ala de Cuervo la miró sin parpadear.

—Un pequeño arroyo apareció en mi guarida, en un lugar donde jamás ha corrido un arroyo. Traía consigo tres pedazos de juncos. —Pasó su pata sobre el suelo, como si imitara el trayecto del riachuelo—. Los juncos no crecen en el territorio del Clan del Trueno —continuó—. No pertenecen dentro de nuestras fronteras. ¿Entiendes?

Arce Sombrío se encogió de hombros.

—Ha habido mucha lluvia en esta estación de la caída de la hoja, muchos pedacitos de muchas cosas deben estar regados por todas partes —intentó mantener su voz tranquila, pero había una sensación fría y pesada en su estómago, como si se hubiese tragado una piedra del río.

Ala de Cuervo observó a los cachorros jugar con una bellota, lanzándola uno a otro con sus patitas.

—Creo que el presagio significa que el río arrastró a tres gatos extraños al Clan del Trueno. Tres gatos que no pertenecen aquí.

El corazón de Arce Sombrío palpitaba tan fuerte que apenas y podía respirar.

—¿Qué intentas decir? —susurró.

Ala de Cuervo la miró y de pronto, ya no se miraba como un gato joven e inexperimentado. El conocimiento brillaba en sus ojos como gélidas estrellas.

—Cara de Abedul no es el padre de los cachorros, ¿no? Pelaje de Conejo me contó lo que pasó hoy, como ninguno mostraba signos de

acechar o saltar como él. Y no me digas que se parecen a ti —añadió, interrumpiendo a Arce Sombrío, quien apenas iba abriendo la boca para responder—. Caminas tan suavemente como cualquier guerrero del Clan del Trueno.

El curandero miró detrás de ella, hacia el río que chapoteaba más allá de los árboles.

—Observé a tus cachorros nadar en el río como si fuesen peces. Creo que estos cachorros son hijos de un gato del Clan del Río. De Manzano del Anochecer, a juzgar por el color de su pelaje y por la forma en la que te habló cuando te regresó a Pequeño Manchado.

Arce Sombrío sintió el suelo sacudirse bajo sus patas.

—El Clan del Trueno ha sido bendecido al tener a tres hermosos y fuertes cachorros —siseó—. La verdad será revelada en el momento adecuado. No es mi culpa que todos asumieran que Cara de Abedul era el padre.

—¡No puedo dejar que les mientas a nuestros compañeros de Clan! —escupió Ala de Cuervo—. Y ahora qué sé la verdad, yo tampoco puedo mentir.

—No te he contado nada —maulló Arce Sombrío con los dientes apretados.

—Me has contado lo suficiente —respondió el curandero. Había tristeza en sus ojos color azul cielo—. La verdad debe salir a la luz.

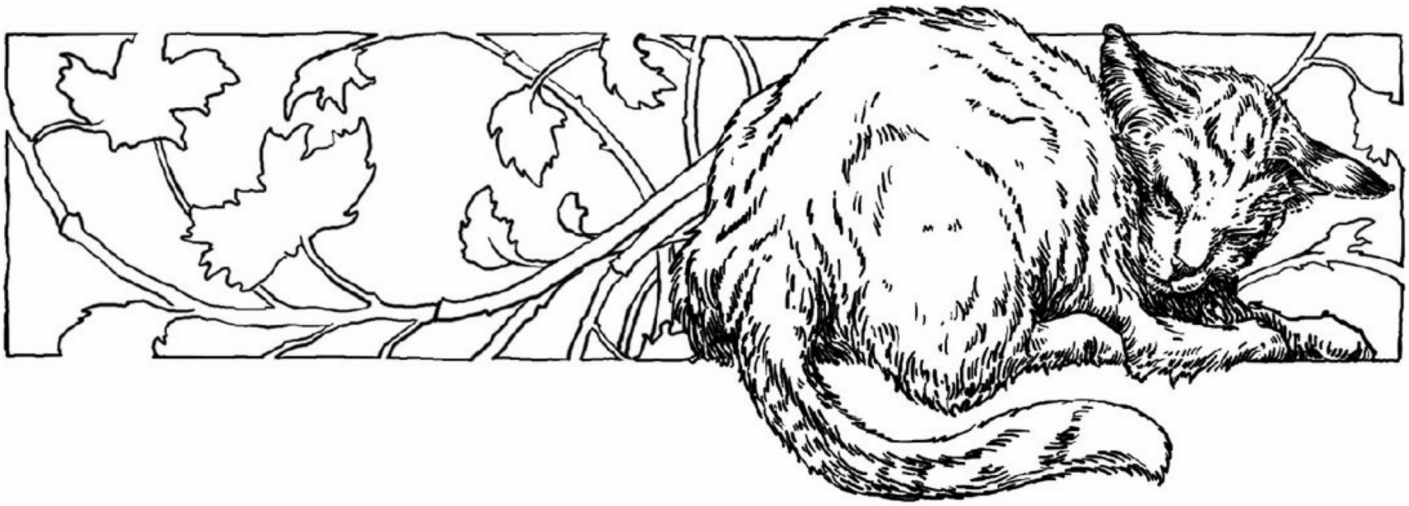
—¡Por favor no digas nada! —suplicó la gata—. ¡Estos son cachorros del Clan del Trueno!

—Son mitad del Clan del Río —la corrigió el gato, con la voz tan dura como el hielo—. Nuestros compañeros de Clan merecen saberlo. Lo siento, Arce Sombrío. Lo siento por ti, pero más por estos cachorros. Ellos terminarán sufriendo por las mentiras que contaste. —Se giró y desapareció entre los helechos.

Arce Sombrío se quedó mirando hacia donde se había ido el curandero. «*Clan Estelar, ¡ayúdame!*». Por un momento, consideró tomar a sus hijos y correr con ellos hasta lo más profundo del bosque, para esconder a sus cachorros de cualquier gato que quisiera dañarlos.

Pero entonces miró a Pequeña Pétalo balanceando la bellota sobre su cabeza mientras sus hermanos intentaban tirarla al sueño.

«*El Clan del Trueno ama a estos cachorros y no harán nada para lastimarlos. Siempre planeé decirles la verdad, es solo que está pasando más pronto de lo que pensé*».



Capítulo 4

Para cuando llegaron al camino que llevaba hacia la hondonada, los cachorros estaban arrastrando las patas del cansancio.

—¡Ya casi llegamos, pequeños! —Arce Sombrío maulló alentadoramente. Esperaba poder acostarlos en la maternidad y alimentarlos antes de que Ala de Cuervo fuese a buscarla.

Pequeño Manchado se tropezó en la rocosa pendiente, así que Arce Sombrío lo dejó recargarse en sus hombros, cargando con casi todo su peso mientras descendían hacia el túnel de aulagas.

Pequeña Pétalo dejó escapar un enorme bostezo.

—¡Tengo mucho sueño! —murmuró.

—¡Tengo hambre! —chilló Pequeño Alerce—. ¡Mi barriga ruge más fuerte que un tejón!

Pasaron a través del túnel de aulagas, agachando sus cabezas, manteniendo las afiladas ramas fuera del alcance de sus ojos. Arce Sombrío los siguió, empujando a Pequeño Manchado frente a ella. Cuando emergió del túnel, Pequeña Pétalo y Pequeño Alerce se habían detenido en la entrada.

—Vamos —urgió Arce Sombrío, con toda su atención dirigida a Pequeño Manchado, que se balanceaba sobre sus patas.

—Creo que está pasando algo —susurró Pequeña Pétalo.

Arce Sombrío levantó la mirada. El claro estaba atestado de gatos, todos con la mirada fija en ellos. Estrella de Roble se postraba sobre la Peña Alta, con su silueta marcada contra los árboles. Ala de Cuervo estaba agazapado debajo de él, con la mirada dura.

El lugarteniente, Cola de Abeja, estaba al lado del curandero, con su pelaje rayado revuelto, como si lo hubiesen interrumpido a media acicalada.

Arce Sombrío comenzó a temblar. Pequeño Manchado se presionó contra ella.

—¿Qué sucede? —chilló el cachorro.

—Nada de qué preocuparte —le dijo su madre—. Vayan y párense allá. —Apuntó con su cola hacia una mata de helechos al borde del claro. Los tres gatitos trotaron hacia el lugar en silencio y se acurrucaron juntos.

—Ven aquí, Arce Sombrío —comandó Estrella de Roble.

Con piernas que parecían estar hechas de piedra, Arce Sombrío caminó hacia adelante hasta que estuvo parada en el centro del claro.

—¿Qué sucede, Estrella de Roble?

El gato marrón oscuro sacudió la punta de su cola.

—¿Quién es el padre de tus cachorros? —preguntó—. ¡Dí la verdad!

Antes de que Arce Sombrío pudiera hablar, hubo un revuelo de pelaje dorado junto a ella. Pelaje de Pecas pasó entre un grupo de gatos y se unió a Arce Sombrío debajo de la Peña Alta.

—¡Sabemos que fue Cara de Abedul! —le dijo a Estrella de Roble—. ¿Por qué estás preguntando eso?

—Quiero que Arce Sombrío nos lo diga por sí misma —maulló el líder, con una voz suavemente amenazadora—. Me dejó creer que mi hijo Cara de Abedul era el padre de sus cachorros. No puedo imaginar a alguno de mis guerreros atreviéndose a contar tal mentira.

Arce Sombrío desplazó su peso hacia las patas traseras para que pudiese mantener la mirada del líder.

—Cualquier Clan estaría orgulloso de ver crecer a estos cachorros para servirles —declaró.

—¿Incluso si esos cachorros son híbridos entre dos Clanes? —maulló Ala de Cuervo—. Merecemos saber la verdad, Arce Sombrío. Manzano del Anochecer es el padre de los cachorros, ¿no es así?

Por un momento, el bosque entero pareció contener el aliento. Entonces hubo un alarido de puro horror y Pelaje de Pecas se lanzó contra Arce Sombrío.

—¿Es eso cierto? —aulló, arañando la cara de Arce Sombrío—. ¡¿Qué has hecho?!

Arce Sombrío trastabilló hacia atrás.

—¡Basta! —jadeó. Intentó levantar sus patas traseras para escudarse de Pelaje de Pecas, pero la gata la tenía inmovilizada.

De pronto, el peso de la gata sobre el estómago de Arce Sombrío desapareció, y abrió los ojos para ver como Pelaje de Pecas era apartada por Corazón Floreciente y Manto de Semilla.

Arce Sombrío se tambaleó sobre sus patas. La sangre de uno de sus párpados desgarrado se arremolinaba en su ojo y su mejilla ardía a causa de un golpe bien dado. Alrededor de ella, los gatos siseaban y murmuraban.

Pelaje de Pecas se deshizo de los guerreros que la empujaban y miró a Arce Sombrío.

—¡Has traicionado el nombre de mi hermano! —escupió—. ¡Nos has traicionado a todos con tus mentiras y tu deslealtad! No mereces llamarte guerrera y menos esas… esas criaturas mestizas. —Curvó su labio hacia los tres cachorros, que se escondían detrás de las helechos—. ¡Su padre mató a Cara de Abedul y a Zarpa de Flor! ¡Sáquenlos de aquí!

Arce Sombrío sacudió gotas escarlatas en la hierba.

—¿Qué importa quién sea el padre? —demandó con furia—. Le he dado al Clan del Trueno tres buenos cachorros. Soy una reina y debería ser tratada con respeto. El Clan Estelar sabe que necesitamos más guerreros, ¡y aquí están! —«*¿Acaso mis compañeros de Clan se han vuelto locos, para que se vuelvan en mi contra así?*».

Estrella de Roble saltó de la Peña Alta y se detuvo delante de ella. Sus ojos amarillos brillaron con odio y acercó su cabeza hasta que su aliento caliente azotó el hocico de Arce Sombrío.

—¿Has olvidado que Manzano del Anochecer asesinó a mi hijo y a Zarpa de Flor? De todos los gatos, ¿por qué lo escogiste a él? No es posible que esperes mi perdón. —Dio un paso atrás y levantó la cabeza—. Has traicionado el código guerrero y mentido a tus compañeros de Clan. No criaremos a tus cachorros dentro de los límites de nuestro campamento. Tómalos y llévatelos. Ya no eres una guerrera del Clan del Trueno.

Arce Sombrío trastabilló hacia atrás.

—¡No puedes decirlo en serio! ¡Estos cachorros pertenecen al Clan del Trueno! ¡Tienes que dejarnos quedarnos!

Estrella de Roble sacudió la cabeza.

—No, no tengo qué. —Miró al resto del Clan—. Ala de Cuervo me contó sobre una señal que recibió, un misterioso arroyo de agua que trajo tres pedazos de juncos dentro de su guarida. Los juncos no pertenecen dentro de nuestro territorio, y ciertamente no pertenecen dentro del corazón del campamento. ¡Estos cachorros no traerán nada más que peligro!

—¡Deshazte de ellos! —chilló Pelaje de Pecas—. ¡Exílialos lejos!

—Estrella de Roble tiene razón, no pertenecen aquí —gruñó Corazón Floreciente.

Arce Sombrío miró con horror al atigrado gris.

—¡Tú fuiste mi mentor, Corazón Floreciente! ¡Sabes que nunca traicionaría a mi Clan!

—Ya lo hiciste —replicó el gato con brusquedad—. Estoy avergonzado de ti.

Le dio la espalda y Arce Sombrío sintió como su corazón se rompía en pedazos.

—Nunca olvidaré esto —siseó, volteándose lentamente para mirar a cada uno de sus compañeros de Clan—. Me han traicionado, a mí y a mis hijos. Vivirán para arrepentirse de esto para siempre, Clan del Trueno, y esa es una promesa. —Caminó hacia donde estaban sus hijos y enroscó la cola alrededor de ellos—. Este ya no es nuestro hogar —les dijo—. Vámonos.

Los empujó de nuevo hacia el túnel de aulagas y hacia el camino fuera de la hondonada. Pequeña Pétalo cayó y se raspó la nariz con una roca, pero estaba demasiado cansada como para protestar. Simplemente se levantó y siguió caminando a tropezones, como si supiera que no tenía caso que se quejara. Arce Sombrío sintió cómo su corazón se rompía un poco más.

—¿Por qué ya no nos quieren? —lloró Pequeño Manchado mientras se dirigían hacia los árboles. Había comenzado a llover y gruesas gotas caían sobre los helechos a su alrededor.

—Porque son un montón de gatos con cerebro de ratón, ojos de murciélago y corazón de zorro —siseó Arce Sombrío.

—¡Esas son malas palabras! —maulló Pequeño Alerce—. Se supone que no puedes decirlas.

—Son la verdad —respondió su madre sombríamente.

—¿Qué estaban diciendo sobre nuestro padre? —preguntó Pequeña Pétalo—. ¿Tampoco quieren a Cara de Abedul?

Arce Sombrío sintió una aplastante necesidad de recostarse y deslizarse hacia un sueño lleno de oscuridad.

—Les contaré todo después —les prometió—. Primero debemos cruzar el río.

—¿Vamos a ir a nadar de nuevo? —graznó Pequeño Manchado—. ¡Pero ese gato del Clan del Río nos dijo que nos alejáramos del agua!

—Todo ha cambiado ahora —murmuró Arce Sombrío.

Cuando emergieron del refugio que brindaban los árboles, la lluvia caía con tanta fuerza que Arce Sombrío apenas podía mantener los ojos abiertos.

—No quiero ir a nadar más —lloró Pequeño Alerce—. Quiero ir a casa.

—Desearía estar en la maternidad —Pequeña Pétalo sorbió por la nariz—. Está demasiado mojado como para estar afuera.

—¡No tenemos hogar! —soltó la gata carey y blanca. Tuvo que alzar su voz para que se escuchara sobre el repiqueteo de la lluvia sobre la orilla del río—. Olvídense del Clan del Trueno y de la maternidad. —Se quedó mirando al río. Las puntas de las rocas que formaban el pasadero apenas eran visibles entre las olas producidas por el viento sobre el río—. No tenemos que nadar todo el trayecto —les dijo a los cachorros—. ¿Ven esas rocas? Solo tenemos que nadar una hacia la otra hasta llegar al otro lado.

—¡Pero entonces estaremos en el Clan del Río! —chilló Pequeño Manchado—. ¡Se supone que no debemos ir ahí!

—Todo estará bien —maulló Arce Sombrío, tratando de sonar calmada—. Su padre estará feliz de vernos.

Pequeño Alerce ladeó la cabeza.

—¡Creí que nuestro padre estaba muerto!

Arce Sombrío tomó una gran bocanada de aire.

—¿Recuerdan a ese amable gato del Clan del Río que ayudó a Pequeño Manchado hoy? Él es su padre. No Cara de Abedul.

Pequeño Alerce arrugó la nariz.

—Pero eso no tiene sentido. Nuestro padre no puede ser del Clan del Río. ¡Somos gatos del Clan del Trueno!

—Son mitad del Clan del Río —les contó Arce Sombrío—. Es por eso que hoy les gustó tanto el agua.

Los ojos de los tres gatitos se estrecharon hasta que parecieron lunas.

—¿Es por eso que nuestros compañeros de Clan están enojados con nosotros? —preguntó Pequeña Pétalo.

—Sí —maulló Arce Sombrío. Sintió como el pelo comenzaba a erizarse sobre su columna—. Pero están equivocados —gruñó—. Cambiarán de pensar pronto, pero hasta entonces, viviremos en el Clan del Río. Todo irá bien. —Empujó a Pequeña Pétalo más cerca del río—. Vamos, necesitamos cruzar antes de que oscurezca.

La pequeña gatita marrón vaciló.

—¡No quiero! —chilló—. ¡Hay demasiada agua!

—Estarás bien —insistió Arce Sombrío. Guió a Pequeño Alerce y a Pequeño Manchado hacia su hermana—. Estaré justo detrás de ustedes.

Pequeño Manchado miró hacia atrás.

—¿Prometes que estaremos bien?

—Lo prometo.

El gatito rojizo y blanco caminó valientemente hacia las olas. Casi al instante, el agua llegó sobre su cabeza, pero el gatito luchó para mantenerse a flote, escupiendo. Sus hermanos lo siguieron.

Arce Sombrío observó como sus tres cabecitas nadaban hacia la primera roca del pasadero. La escalaron, y se pararon con el agua hasta la barriga, temblando.

—¡Espérenme! —llamó Arce Sombrío—. ¡Ya voy!

Apretando los dientes, la gata se lanzó hacia el río. El agua lamía su pelaje, calándola hasta los huesos. Se forzó a sí misma a abandonar la orilla y a mover sus patas, propulsándose hacia los pasaderos.

«*Tengo que hacer esto por mis hijos*», se dijo a sí misma, odiando cada momento.

De pronto, hubo un fuerte rugido río arriba.

—¡Naden más rápido! —aulló Pequeña Pétalo—. ¡Algo viene!

Arce Sombrío miró hacia un lado y vio una enorme pared de agua que se aproximaba hacia ella, barriendo ramas y escombros delante de ésta. Pataleó furiosamente, pero la corriente la estaba arrastrando lejos de los pasaderos, no hacia ellos.

—¡Esperen! —aulló a los cachorros mientras la ola chocaba contra su cabeza.

Arce Sombrío fue arrastrada hasta el fondo del río por la fuerza de la corriente. Ramas golpeaban contra ella, y cuando abrió los ojos, no vio más que burbujas y guijarros revueltos en la corriente. Con el pecho aullando por aire, la gata forzó su camino hacia la superficie y salió, jadeando. Sus patas golpearon algo duro mientras las agitaba; sacando las uñas, logró subirse sobre la roca. De alguna forma, había logrado llegar hacia la primera piedra de los pasaderos. Miró a su alrededor. Los cachorros se habían ido. Arce Sombrío se quedó mirando al agua con horror. «*¡Mis hijos! ¿Dónde están?*». Cualquier esperanza de que hubieran llegado a la segunda piedra se desvaneció cuando vio a tres pequeñas figuras siendo arrastradas corriente abajo.

—¡Ayuda! —aulló Pequeña Pétalo antes de que una ola la empujara hacia abajo.

Arce Sombrío saltó desde la piedra y nadó furiosamente hacia sus cachorros. Una pálida figura se balanceó frente a ella. La alcanzó y agarró con una garra el pelaje empapado del gatito. Era Pequeño Manchado. Sus ojos estaban cerrados.

—¡Despierta! —aulló Arce Sombrío—. ¡Tienes que nadar!

Un débil maullido vino de algún lugar detrás de la gata. Arce Sombrío levantó la cabeza y miró entre las olas. Pequeño Alerce se intentaba sostener de una rama que colgaba del río. Agarrando a Pequeño Manchado entre sus mandíbulas, Arce Sombrío luchó por abrirse camino hacia el árbol. Intentó sacar a Pequeño Manchado fuera del agua, pero el cachorro era demasiado pesado y se deslizó fuera de su alcance.

—¡No! —aulló Arce Sombrío mientras el cachorro se desvanecía entre las oscuras aguas del río.

Pequeño Alerce perdió el equilibrio en la rama y cayó en el agua al lado de la gata. Arce Sombrío hundió sus dientes en la nuca del cachorro, pero la fuerza de la corriente era demasiada. Pequeño Alerce fue arrebatado de ella, y el cachorro fue llevado lejos con un pequeño chillido.

—¡Arce Sombrío! ¡Arce Sombrío! ¡Agarra la rama! —alguien estaba gritando frenéticamente desde la orilla. Arce Sombrío vio a Manzano del Anochecer vadeando hacia el río, con el pelaje erizado por la alarma. Hizo un ademán con la cola, señalando hacia un árbol que sobresalía sobre su cabeza—. ¡Sosténte de ahí y te sacaré!

Arce Sombrío apenas estaba vagamente consciente al momento de enganchar las garras en la rama que estaba a su lado. Sintió cómo la arrastraban entre el agua, y luego unas fuertes mandíbulas la agarraron del pelaje, empujándola hacia las piedras.

Manzano del Anochecer se erguía sobre ella.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde están los cachorros?

Dos figuras más aparecieron al lado de él.

—¿Qué está haciendo una gata del Clan del Trueno en el río? —preguntó una de esas figuras. Arce Sombrío reconoció la voz de Patas Manchadas, un guerrero joven.

—¿Es Arce Sombrío? —preguntó su acompañante.

—Eso creo, Cola de Anguila —maulló Patas Manchadas. Se acercó más, con el pálido pelaje gris brillando en la tenue luz.

—Mis hijos —dijo Arce Sombrío con la voz rasposa—. Salven a… mis hijos…

La cara de Manzano del Anochecer emergió sobre ella, con los ojos dilatados de horror.

—¡¿Me estás diciendo que los cachorros están en el río?!

Arce Sombrío asintió, demasiado débil para hablar.

Cola de Anguila ya estaba corriendo hacia la orilla del río.

—¡Si los cachorros están ahí, estarán en grandes problemas! —llamó sobre su hombro. Patas Manchadas corrió detrás de ella.

Manzano del Anochecer se agachó al lado de Arce Sombrío.

—Los encontraré, lo prometo —susurró. Después corrió hacia el río.

La gata cerró los ojos. «*Clan Estelar, ayuda a mis hijos* —pidió—. *Nada de esto es culpa de ellos. Llévame a mí si debes, pero por favor, perdónales la vida*».

Se quedó quieta, sintiendo el agua escurrir de su pelaje, hasta que escuchó pasos crujiendo sobre los guijarros. Levantó la cabeza y vio a Manzano del Anochecer aproximándose. En la oscuridad, no podía ver la expresión del gato.

—¿Los encontraste?

—Sí —maulló—. Los encontramos.

Arce Sombrío se levantó.

—¿Dónde están?

Sin decir ni una sola palabra, Manzano del Anochecer se giró y la guió río abajo. Se abrió camino entre una densa mata de juncos y le hizo señas a Arce Sombrío con la cola.

Cola de Anguila y Patas Manchadas estaban de pie sobre tres pequeñas figuras oscuras. Cola de Anguila la miró, con los ojos brillosos de lástima.

—Lo siento tanto —maulló—. No pudimos salvarlos.

Un horrible grito hendió el aire. Arce Sombrío se preguntó de dónde provenía ese sonido hasta que vio que su boca estaba completamente abierta. Cerró las mandíbulas con un golpe seco y dio un paso hacia sus cachorros. Sus patas se doblaron y de pronto estaba acostada al lado de ellos, lamiendo desesperadamente a cada uno.

—Despierten, pequeños —urgió—. Logramos pasar el río. ¡Ya están a salvo ahora!

Pero los cuerpecillos rodaron flácidamente bajo sus lengüetazos, y los tres pares de ojos permanecieron cerrados. Arce Sombrío presionó su hocico contra la fría mejilla de Pequeño Manchado.

—Me prometiste que jamás me dejarías —susurró la gata. "*Tú me prometiste que me mantendrías a salvo*". La voz del cachorro retumbó

dentro de su cabeza—. ¡Lo siento! —lloró Arce Sombrío—. ¡Intentaba encontrarnos un nuevo hogar! ¡No sabía a dónde más ir!

—¿De qué estás hablando? —Manzano del Anochecer sonaba aturdido—. ¿Me estás diciendo que deliberadamente intentaste cruzar el río? ¿En medio de una inundación?

Arce Sombrío se giró para verlo.

—El Clan del Trueno nos echó —explicó—. No teníamos a dónde más ir.

—No sé qué está pasando aquí, pero tenemos que llevar a estos cachorros con Estrella Oscura —maulló Cola de Anguila—. Necesita saber sobre esto.

Por un momento, pareció como si Manzano del Anochecer fuese a discrepar, pero entonces asintió.

—Tienes razón. Vamos, cada uno tomará un cachorro. Arce Sombrío, síguenos.

Los guerreros del Clan del Río agarraron gentilmente a las pequeñas figurillas desmadejadas y los cargaron lentamente por la orilla del río. Arce Sombrío se tambaleaba detrás de ellos, demasiado entumecida como para pensar con claridad. A su lado, el río se había calmado y el agua lamía la orilla como lengua de gato, produciendo suaves y reconfortantes sonidos en la silenciosa atmósfera.

Arce Sombrío esperó a que Manzano del Anochecer mandara al resto de los guerreros a adelantarse, que encontrara alguna excusa para poder llorar a sus cachorros juntos, antes de enfrentarse al resto de su Clan. Pero el gato ni siquiera se volvió para mirarla. «*Ni siquiera me ha preguntado cómo los nombré*».

Los guerreros caminaban entre juncos altos en un estrecho camino de densa tierra marrón. El camino se abrió hacia un claro que se elevaba sobre el agua por más montañas de tierra, encima de varias ramas herméticamente tejidas, como si fuese un nido enorme. Arce Sombrío detectó el brillo de muchos pares de ojos, que la observaban desde entre los juncos, y su empapado pelaje se erizó.

Una gata naranja corrió hacia Manzano del Anochecer. Arce Sombrío la reconoció al instante; era Junco Brillante, la guerrera que había estado revoloteando sobre Manzano del Anochecer en la Asamblea.

—¿Alguien cayó sobre el río? —jadeó Junco Brillante—. ¿Estás bien?

El guerrero del Clan del Río dejó el cuerpo de Pequeña Pétalo en el suelo gentilmente, como si la cachorrita estuviese dormida y tocó con su cola el costado de Junco Brillante.

—Estoy bien. Necesito hablar con Estrella Oscura.

Junco Brillante se quedó donde estaba, su mirada iba una y otra vez de vuelta a Arce Sombrío.

—¿Qué está haciendo ella aquí? ¿Qué está pasando, Manzano del Anochecer?

Hubo un pequeño movimiento en el extremo más alejado del claro y Estrella Oscura salió de entre los juncos. Todos los gatos guardaron silencio.

Manzano del Anochecer dio un paso al frente.

—Tres cachorros se ahogaron en el río —anunció.

«*¡Pregúntame sus nombres!*», chilló Arce Sombrío silenciosamente.

Manzano del Anochecer se miró las patas.

—Yo… yo soy el padre de esos cachorros.

Arce Sombrío aguantó la respiración. Esta era la oportunidad de Manzano del Anochecer de rogar por piedad para ella, de explicar que Arce Sombrío merecía tener un lugar en el Clan del Río, porque era la madre de sus hijos.

Estrella Oscura estrechó las pupilas hasta que parecieron pequeñas hendiduras.

—¿Qué intentas decir, Manzano del Anochecer? ¿De qué estás hablando?

—Lo siento, Junco Brillante —susurró el gato—. Por favor, perdóname.

Junco Brillante sacudió la punta de la cola.

—¿Perdonarte por qué?

Arce Sombrío vio la preocupación en los ojos de Junco Brillante y sintió que algo dentro de ella se transformaba en hielo puro. Esta gata no era una simple compañera de Clan para Manzano del Anochecer.

El gato, cabizbajo, continúo.

—Hace muchas lunas, me encontré en secreto con Arce Sombrío.

Hubo un jadeo general por parte de sus compañeros de Clan y uno de ellos, un arrugado y viejo atigrado siseó.

—¡Traidor!

Arce Sombrío mantuvo la vista fija en Estrella Oscura. «*Tiene que tenerme piedad. Perdí mi hogar y a mis hijos. No me queda nada más que Manzano del Anochecer*».

—¿Sabías acerca de estos cachorros? —preguntó la líder, sacudiendo la punta de la cola.

Manzano del Anochecer asintió y Junco Brillante dejó escapar un suave lloriqueo.

—Arce Sombrío me dijo que los criaría en el Clan del Trueno —maulló el gato—. Yo… yo sabía que había cometido un error, así que no le mencioné nada a ninguno de mis compañeros de Clan.

«*¿Un error?*». Arce Sombrío Sombrío casi hizo una mueca al ver el dolor en los ojos de Manzano del Anochecer. Casi, pero no lo logró. El hielo dentro de ella se estaba esparciendo más rápido que una helada en la estación sin hojas. «*Pronto no podré sentir nada más*», pensó.

—Nunca debí haber traicionado a mi Clan encontrándome con Arce Sombrío —continuó Manzano del Anochecer—. Me arrepentiré de ello el resto de mi vida, y solo puedo rogarte por tu perdón.

—¿Qué es lo que trajo a estos cachorros aquí esta noche? —cuestionó Estrella Oscura, bajando la mirada para ver las tres lamentables figuras.

—Los compañeros de Clan de Arce Sombrío descubrieron la verdad y se tuvo que ir. El río se desbordó y los cachorros eran demasiado jóvenes para nadarlo —titubeó.

Arce Sombrío lo miró. «*¡Estás haciendo que suene como si fuese mi culpa!*».

Estrella Oscura maulló:

—La pérdida de cualquier cachorro es una pérdida para todos. Pero rompiste el código guerrero, Manzano del Anochecer. ¿Cómo podré volver a confiar en ti?

Junco Brillante caminó hacia adelante hasta que estuvo de pie junto a Manzano del Anochecer, con su pelaje rozando el de él.

—No hay ningún gato en el Clan del Río más leal que Manzano del Anochecer —declaró—. Si yo estoy dispuesta a perdonar sus errores del pasado, entonces tú también deberías, Estrella Oscura.

Hubo murmullos que provenían de los gatos que estaban al borde del claro. Sonaban impresionados por la confianza de Junco Brillante.

Estrella Oscura esperó hasta que el claro quedó en silencio de nuevo, luego asintió.

—Esta no es una temporada buena para perder guerreros. Manzano del Anochecer, creo que en serio lamentas lo que hiciste y ya has recibido suficiente castigo con la muerte de tus cachorros. Dejaré que continúes en el Clan del Río, pero tienes que saber que yo y el resto de tus compañeros de Clan te estaremos vigilando. Tienes que ganarte nuestra confianza de nuevo.

Manzano del Anochecer agachó tanto la cabeza que su hocico casi tocó los juncos que estaban entre sus patas.

—Nunca olvidaré tu piedad, Estrella Oscura —murmuró—. Gracias. Te prometo que mi lealtad le pertenece solo al Clan del Río y a mis compañeros de Clan. —Miró de soslayo a Junco Brillante, y la gata parpadeó.

Estrella Oscura señaló con su cola,

—Caída de Lluvia, ayuda a Patas Manchadas y a Cola de Anguila a enterrar a estos cachorros. El error de su nacimiento no fue culpa de ellos. Ahora descansarán en paz en nuestro territorio.

Arce Sombrío luchó por encontrar su voz.

—¿Qué… qué hay de mí? —graznó—. ¿Puedo quedarme aquí con mis cachorros?

La líder del Clan del Río la observó fijamente.

—No, no puedes. Saldrás de nuestro territorio de inmediato y nunca pondrás una pata dentro de nuestra frontera de nuevo. Como con Manzano del Anochecer, pienso que la pérdida de tus hijos es castigo suficiente. De otra forma, créeme que mis guerreros te hubiesen despedazado por lo que hiciste.

—¡Pero está anocheciendo! —protestó Arce Sombrío—. ¿A dónde iré? ¡Ayúdame, Manzano del Anochecer!

El guerrero marrón claro sacudió la cabeza

—¿Por qué debería ayudarte? Es tu culpa que estos cachorros estén muertos. No quiero verte nunca más.

Junco Brillante presionó su costado contra el del gato.

—Lárgate, Arce Sombrío —siseó—. Ya causaste demasiados problemas esta noche.

Arce Sombrío miró hacia sus hijos muertos.

—No puedo dejarlos —susurró—. Lo son todo para mí.

—Y ahora están muertos —gruñó Manzano del Anochecer—. Agradece que te mostramos algo de piedad, Arce Sombrío. Vete, antes de que hagamos que te largues.

Arce Sombrío miró fijamente al gato cuya cara había ocupado su mente durante tantas lunas. Había creído que conocía cada remolino de su pelo, el ángulo de cada bigote, pero no lo conocía del todo. La frialdad crecía dentro de ella, hasta que sintió que explotaba fuera de sus ojos, y sintió una corriente de satisfacción al ver que Manzano del Anochecer retrocedía por la fuerza de su mirada.

—¡Me dijiste que me amabas! —siseó Arce Sombrío—. ¡Pasé por la agonía de tener a tus hijos! Y ahora me tratas peor que a una presa. Te arrepentirás de esto, Manzano del Anochecer. Esta es la última promesa que te haré.

Se dio la vuelta y salió del claro trastabillando, siguiendo ciegamente los caminos entre los juncos hasta que llegó a las marcas olorosas que le sugerían que estaba en el límite de la frontera del Clan del Río.

Apenas estaba consciente al momento de cruzar una dura piedra gris, luego una enorme figura se irguió desde las sombras, una guarida de Dos Patas de puntas puntiagudas. Encontró un hueco en la pared y se deslizó hacia un lugar musgoso y con olor a heno.

Arce Sombrío se desplomó en un montón de tallos polvorientos y cerró los ojos. El sueño la arrastró, y sus sueños estuvieron colmados con visiones de sus cachorros, deslizándose lejos de ella entre las corrientes de aguas oscuras, llorando por la ayuda que nunca llegó.

CAPÍTULO 5

Arce Sombrío luchó para salir del sueño, tosió y sintió el calor de la fiebre. «*¿Dónde estoy?*». Haciendo un esfuerzo, salió del nido espinoso y miró a su alrededor. Un ratón recién cazado yacía a su lado, y la gata sintió como su estómago retumbaba. No recordaba la última vez que había comido. Se inclinó para comer un bocado cuando los recuerdos de dónde estaba y qué había sucedido inundaron sus pensamientos y, violentamente, vomitó. «*¡Mis cachorros! ¡Manzano del Anochecer!*».

—Hola… ¿estás bien?

Un ansioso maullido hizo que Arce Sombrío levantara la vista.

Un pequeño gato blanco y negro estaba parado al pie de la enorme pila de heno que llenaba la guarida. La luz del día se filtraba a través de grietas de las paredes de madera, haciendo notar pequeñas motas de polvo que flotaban en el aire.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú? —maulló Arce Sombrío con voz ronca.

El pequeño gato recogió la bola de musgo húmedo que yacía en sus patas y la llevó hasta ella.

—Necesitas beber —instó—. Mi nombre es Myler, este es mi granero. Te fuiste a dormir tan rápido anoche que no tuve tiempo de presentarme. ¿Cómo te sientes? —La miró a los ojos, pero Arce Sombrío apartó la mirada—. Todavía te ves cansada —observó Myler—. Cómete el ratón, luego te dejaré descansar un poco más.

—No pienso quedarme —siseó Arce Sombrío—. No quiero tu carne fresca.

—Pero hay mucha para compartir —insistió Myler—. Puedo atrapar más por mi cuenta luego, no hay problema.

Arce Sombrío avanzó tambaleándose, casi arrojando al gato al suelo.

—¡Déjame en paz! —gruñó—. No necesito tu ayuda.

Buscó el agujero de la pared por donde había entrado. Detrás de ella, Myler maullaba algo sobre dar cobijo a extraños y tener mucho espacio en el granero. Arce Sombrío no se molestó en escuchar. ¿De qué podía servirle una mascota?

«*¡Mi vida está arruinada! ¡Jamás hice algo malo y, sin embargo, lo he perdido todo!*». La imagen de ella y sus tres cachorros muertos flotaba en la periferia de su campo visual, como si fuera capaz de verlos si girara la cabeza lo suficientemente rápido.

—¡Mamá, ayúdanos! —gemían los pequeños.

—No puedo… —susurró Arce Sombrío—. Oh, mis preciosos cachorros, lo lamento tanto…

Temblando de hambre, Arce Sombrío se adentró en la espesa maleza que bordeaba el territorio del Clan del Río. Se mantuvo lejos de la frontera mientras se dirigía cuesta arriba, hacia el desfiladero. Ella sabía que allí se encontraba un puente de madera de los Dos Patas, justo debajo de las escarpadas paredes de roca donde podría cruzar hacia el territorio del Clan del Trueno. Sintió un temblor irresistible dentro de ella. Ahí estaba, de vuelta al lugar donde había pasado toda su vida. No hubo ningún consuelo en los delgados sauces del territorio del Clan del Río, y el amplio páramo que se extendía por encima del desfiladero la hizo estremecerse de miedo. Sin embargo, ansiaba poder encontrarse bajo árboles robustos y que la espesa maleza verde la mantuviera pegada al suelo, llenando sus sentidos de aromas y sonidos familiares.

Arce Sombrío alcanzó el puente y lo cruzó corriendo, con las orejas pegadas al cráneo y el lomo erizado. El fuerte estruendo del río cayendo por el acantilado llevó a su mente al momento en que soltó a Pequeño Manchado. «*¡La corriente era demasiado fuerte! ¡No fue mi culpa que murieran!*», se recordó a sí misma. Saltó del puente hacia el suelo seco y arenoso que ascendía hasta los Cuatro Árboles. Si doblaba y seguía su camino río abajo, estaría en el territorio del Clan del Trueno. Tratando de ignorar el fuerte sonido del agua, caminó unos pasos hacia la frontera, sintiendo el aroma de las marcas olorosas impregnadas en el aire.

Se quedó helada. ¡No podía cruzar la frontera! Había sido expulsada... exiliada por sus propios compañeros de Clan. Si ponía una sola pata en su antiguo hogar, sería tratada como una invasora.

Los pensamientos de Arce Sombrío fueron interrumpidos por la imagen de un pequeño gato negro que la observaba con los ojos

entornados llenos de sospecha, escupiendo palabras que delataban gran indignación. «*¡Ala de Cuervo!*». Todo había sido su culpa. Él había sacado conclusiones precipitadas, él mermó la confianza del Clan en ella, él forzó a sus compañeros de Clan a juzgarla por algo que ella no podía controlar. Debido a sus acciones, Pequeño Manchado, Pequeño Alerce y Pequeña Pétalo habían muerto. ¡Cada bocanada de aire que inspiraba Ala de Cuervo era el aliento que le había negado a sus cachorros!

La ira creció dentro de Arce Sombrío hasta que los sonidos del bosque se desvanecieron y su visión se tornó borrosa. Trastabilló a lo largo de la frontera, sin importarle cuando las piedras raspaban sus garras o las zarzas le arrancaban su pelaje. El calor de su piel le quemaba, Arce Sombrío era apenas consciente de que estaba más sedienta de lo que jamás había estado, pero incluso cuando sus patas pisaron un charco, fue incapaz de reunir la energía suficiente para detenerse y beber. Siguió avanzando hasta que se le hizo imposible continuar, y se dejó caer ahí mismo, en una zanja estrecha junto a un acebo que olía a su hogar.

La gata cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón. Parecían hacerse cada vez más fuertes, hasta que el montón de hojas en el que se había tumbado comenzó a temblar. Con una fuerte sacudida abrió los ojos y vi un rojizo rostro mirándola con consternación.

—¡Arce Sombrío! —chilló Zarpa de Ortiga—. ¡Se supone que no debes estar aquí!

—Entonces finge que estoy muerta —Arce Sombrío gruñó—. Podría estarlo.

La mirada de Zarpa de Ortiga recorrió la zanja.

—¿Dónde están tus cachorros? —susurró—. ¿Están en el Clan del Río?

Arce Sombrío sintió cómo el entumecimiento la envolvía una vez más.

—Se han ahogado en el río.

—¡Oh no! —Zarpa de Ortiga abrió los ojos de par en par.

Arce Sombrío dejó que su hocico descansara sobre la fría tierra.

—Déjame sola.

Lanzando un maullido ahogado, Zarpa de Ortiga dio media vuelta y huyó. Arce Sombrío se preguntó si alguna vez saldría de aquella zanja. De pronto sintió pisadas que se aproximaban a ella. Arce Sombrío abrió uno de sus ojos. Pudo visualizar a Zarpa de Ortiga, que estaba empujando un montoncito de hierbas hacia ella.

—Estaba recolectando hierbas para Ala de Cuervo —maulló—. Pero creo que tú las necesitas más. No hueles bien, Arce Sombrío.

El aprendiz la miró seriamente, nuevamente alcanzando las hierbas medicinales.

—Por favor, cómelas… lamento lo que le sucedió a tus cachorros. Pelaje de Pecas vio lo que sucedió en el río, confié que lograrían llegar al otro lado.

Con un sobresalto, Arce Sombrío se levantó.

—¿Pelaje de Pecas vio lo que sucedió?

El aprendiz parecía asustado.

—Sí. Ella te siguió para asegurarse de que te fueras. Ella… ella dijo que te caíste de los pasaderos.

—¿Y se quedó mirando sin hacer nada? —maulló Arce Sombrío con voz ronca—. ¡Los cachorros estaban indefensos! ¡¿Cómo pudo atreverse a no hacer nada?!

Zarpa de Ortiga comenzó a retroceder.

—No lo sé. Ella debe haber pensado que estarían bien. Dijo que había gatos del Clan del Río en la orilla opuesta.

—¡No estaban bien! —Arce Sombrío gruñó, arqueando el lomo y hundiendo las garras en el montoncito de hierbas.

—¡Zarpa de Ortiga! ¿Dónde estás?

Un gato llamó desde el otro lado del arbusto. Zarpa de Ortiga dejó escapar un gemido y se alejó corriendo.

Arce Sombrío volvió a tumbarse en la zanja. Masticó las hierbas sin saborearlas, sintiendo gran satisfacción de que las había tomado de Ala de Cuervo. ¿Cómo podía continuar recolectando hierbas y tratando a sus compañeros como si nada hubiese pasado?

La gata ardió con la necesidad de verlo, de hacer que se arrepintiera de haber desparramado su secreto, que era de ella, y solamente de ella. Miró hacia arriba, la luna había aparecido en el cielo crepuscular. Al día siguiente sería media luna, noche en que los curanderos viajarían a la Roca Lunar.

Arce Sombrío podría tener prohibido ingresar al territorio del Clan del Trueno, pero ningún gato era capaz de echarla del camino que llevaba hacia la Boca Materna. Ala de Cuervo estaría solo, desprotegido de los guerreros que fueron lo suficientemente estúpidos como para escuchar sus acusaciones y habladurías.

Sintió cómo las hierbas iban haciendo efecto, devolviendo la fuerza que habían perdido sus patas. Con un gruñido, saltó de la zanja y comenzó

a trotar alejándose de la frontera, adentrándose en los matorrales de zarzas que rodeaban la hondonada de los Cuatro Árboles. No era seguro permanecer tan cerca del territorio del Clan del Trueno, no cuando las patrullas podrían estar alerta de su presencia. No podía saber si Zarpa de Ortiga se mantendría al margen o la buscaría, aunque probablemente no admitiría haberle entregado las hierbas.

Arce Sombrío descendió por la empinada pendiente hacia la hondonada, se detuvo brevemente para admirar los cuatro imponentes robles, luego continuó, ascendiendo por el otro lado para sumergirse en los árboles que bordeaban el territorio del Clan del Viento. Se detuvo, se le erizó el lomo al sentir olor a zorro, pero se relajó al darse cuenta que era rancio, además, eso escondería su propio aroma de posibles patrullas fronterizas del Clan rival. Sintió el zumbido de pisadas aterrorizadas sobre el suelo; asomándose por encima los helechos, avistó un conejo corriendo por el páramo directamente hacia su escondite, perseguido por una patrulla de gatos del Clan del Viento. Arce Sombrío apenas había tenido tiempo para pensar antes de que el conejo corriera directo a ella como una bola de pelos ruidosa. Alcanzó a morder su cuello, matándolo al instante. Los guerreros aún estaban corriendo hacia su posición, por lo que Arce Sombrío tomó al conejo entre sus dientes y saltó al árbol más cercano. Sus garras resbalaron por la suave corteza y la presa estuvo a punto de caérsele, pero finalmente consiguió restaurar su equilibrio clavando sus garras en una rama más baja. Debajo de ella, escuchó a los desconcertados gatos del Clan del Viento.

—¿A dónde se fue ese conejo? —preguntó uno de ellos.

Otro estaba dando vueltas al tronco, olfateando el suelo con mirada desconcertada.

—El camino termina aquí, pero eso es imposible. Los conejos no pueden trepar árboles.

—No sé cómo puedes distinguir ningún aroma en este lugar —refunfuñó un viejo gato con pelaje moteado marrón. Arce Sombrío supuso que ese debía ser Manto de Mosquito—. ¡Todo este lugar apesta a zorro!

Arce Sombrío contuvo la respiración, preparándose por si uno de los gatos miraba hacia arriba y la detectaba. Había algunas hojas cerca de su posición, por lo que no era posible trepar a otra rama más alta sin hacer ruido. Pero la patrulla olfateó un momento más y emprendió su regreso al páramo abierto, aún extrañados por la desaparición de su presa. «*¡Tontos!*», pensó Arce Sombrío mientras comenzaba a devorar el conejo.

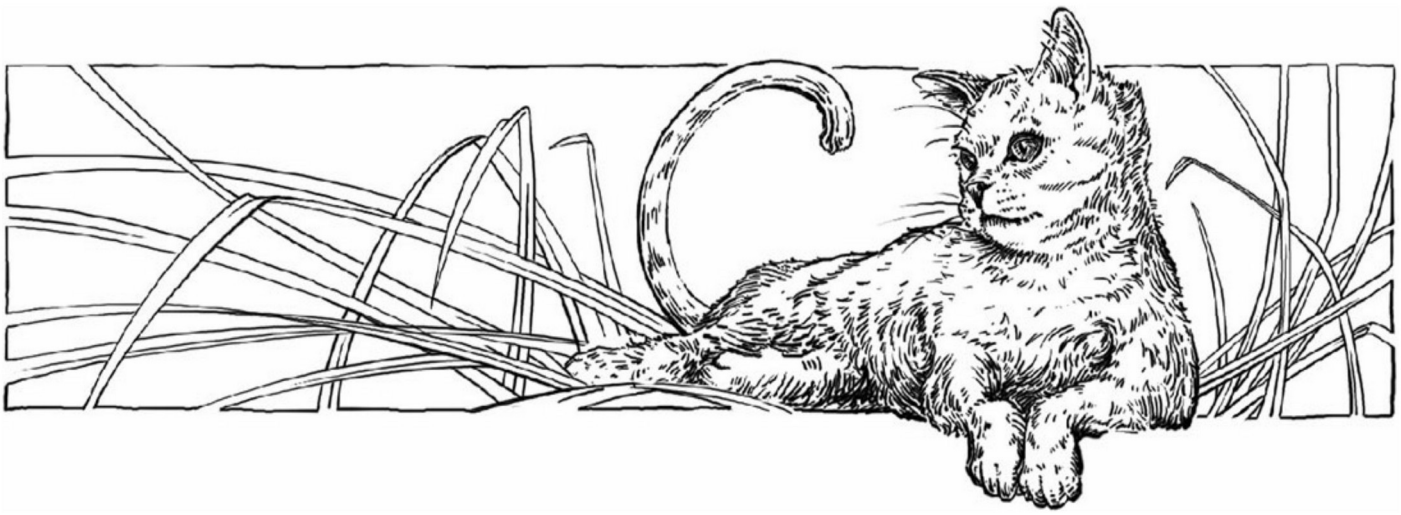
Pasó la noche bajo un grupo de helechos en una parte más profunda del pequeño bosque. Despertó temblando bajo una fina lámina de escarcha, extrañando la calidez de sus cachorros. «*Dondequiera que estén, espero estén calentitos*», pensó mientras tiritaba de frío. Todavía tenía el estómago lleno por el conejo que había robado, por lo que se dirigió directamente a campo abierto, suponiendo que era demasiado temprano para la patrulla del alba. Había viajado a la Roca Lunar una única vez en el pasado, apenas siendo una aprendiza. Arce Sombrío recordó el entusiasmo que había sentido al estar dentro del territorio del Clan del Viento con impunidad; recordó cómo deseaba ser vista por una patrulla y que la confrontaran. Pero esta vez salió de la roca directo a un arbusto de aulagas, maldiciendo la escasa cobertura que ofrecía el descampado páramo.

Finalmente llegó al pie de la pendiente y se agazapó al borde del Sendero Atronador. El hedor acre de los monstruos se le atascó en la garganta haciéndola lagrimear, pero para su alivio eran pocos los monstruos que transitaban esa mañana por allí. Esperó unos instantes hasta que el ruido de los monstruos se calmara para cruzar la fría y dura superficie negra. Ya del otro lado, se abrió camino a través de la larga y suave hierba y se internó en un arbusto. Recordó haber pasado por un granero de Dos Patas con vacas y una guarida oscura con olor a heno donde ella y los otros aprendices se habían detenido a cazar. Esta vez decidió mantenerse alerta, en caso de que tropezara con alguno de los otros curanderos que viajasen temprano a la Piedra Lunar.

Después de cruzar una amplia extensión de hierba y abrirse camino a través de varios arbustos, Arce Sombrío avistó el techo marrón oscuro de algunas viviendas de Dos Patas que parecían ser los graneros que ella recordaba. Viró hacia el lado opuesto de los establos y trotó a lo largo de una larga hilera de árboles hasta llegar a donde el camino comenzaba a ascender abruptamente. Inclinando su cabeza hacia atrás, observó las irregulares rocas que aparecían en la parte superior de la cresta. El sol las bañaba, dándoles un aspecto anaranjado y cálido, pero sus bordes puntiagudos aún parecían afilados colmillos contrastando el pálido cielo.

El estómago de Arce Sombrío retumbó, haciéndola darse cuenta de que, si no comía ahora, tendría hambre por el resto del día. Se agachó bajo los árboles olfateando sus alrededores y rápidamente sintió el aroma de un topo husmeando en un rayo de sol que se proyectaba en el suelo. No era de sus presas favoritas, pero era una oportunidad inmejorable. Aplastó el pequeño cuerpo de la criatura con una pata delantera y lo devoró de unos bocados. Luego de su comida, se sintió más fuerte y lúcida. Continuó su

ascenso por el costado de la pendiente, esparciendo guijarros sueltos a su paso. Cuando el débil sol comenzó a ponerse, las rocas irregulares parecieron arder en llamas, Arce Sombrío saltó sobre una gran roca que sobresalía y abrió sus fauces para lanzar un grito al valle que tenía debajo. «*¡Estoy lista para ti, Ala de Cuervo! ¡Vas a pagar por lo que has hecho!*».



CAPÍTULO 6

El sol se deslizaba lentamente por el cielo. El vientre de Arce Sombrío aún estaba lleno por el topo; además, estaba demasiado tensa para comer. Sus garras estaban desafiladas después de su largo día de caminata, así que las afiló en una piedra. Un halcón se balanceó en el aire y Arce Sombrío lo imaginó dándose un festín con el cuerpo de Ala de Cuervo luego de que ella terminara con él. Derramaría un río de sangre, cada gota vertida por sus indefensos cachorros…

Al final el cielo se oscureció y las sombras entre las rocas se hicieron más densas. Arce Sombrío sacudió su pelaje ante el frío y se agachó en la cima de una roca, observando cualquier signo de movimiento al pie de la colina. De repente, una sombra más oscura revoloteó por la hierba. ¡Ala de Cuervo había llegado! Solo y temprano, como de costumbre. Arce Sombrío desenvainó sus garras y dejó que se clavaran en la piedra. Se quedó muy quieta, apenas respirando, mientras Ala de Cuervo subía la pendiente hacia ella. Arce Sombrío tensó sus patas traseras, lista para saltar sobre el curandero, pero luego se detuvo. Si lo atacaba aquí, podría ser avistada por los otros curanderos. ¿Y dónde estaba la satisfacción en una simple emboscada? Debía seguir a Ala de Cuervo hasta la Piedra Lunar y enfrentarlo allí, en la fuente de sus preciosos presagios.

Arce Sombrío visualizó el largo y sofocante túnel de su visita como aprendiz. Su pelaje se estremeció ante la idea de volver a entrar en esa oscuridad, pero entonces los lamentos de sus cachorros resonaron en sus oídos y ella se deslizó silenciosamente de la roca sólo un latido antes de que Ala de Cuervo pasara. Arce Sombrío podía oírle respirar pesadamente

después de su escalada. Esperó hasta que se desvaneciera en las fauces abiertas de Boca Materna antes de escabullirse y trotar tras él.

El hoyo se la tragó de inmediato, gruesas sombras negras presionando a su alrededor hasta que no hubo ningún vislumbre de luz de luna cuando miró a la entrada. Arce Sombrío pasó sobre el suelo de piedra, tratando de mantener sus pasos tan ligeros como sea posible. Pero Ala de Cuervo debió haber oído algo, porque se detuvo, invisible en la oscuridad delante de ella, y gritó.

—¿Quién está ahí?

Arce Sombrío se congeló, convencida de que su corazón retumbaba lo suficientemente fuerte como para que el curandero lo oyera. Pero después de un momento, Ala de Cuervo siguió, sus pasos tan suaves que apenas eran susurros en el silencio. Una tenue luz gris apareció delante, iluminando las orejas del curandero. «*¡La Piedra Lunar!*». Arce Sombrío se dio cuenta de que se había agachado en la posición de caza y estaba acechando un paso adelante a la vez, su cola extendida detrás de ella. Llegó a la abertura de la cueva y casi jadeó al ver la Piedra Lunar brillando en la luz plateada. Ala de Cuervo se agachó delante de ella, con la cabeza inclinada.

Con un siseo, Arce Sombrío saltó hacia adelante, con las garras extendidas. Aterrizó sobre su lomo, haciéndolo rodar sobre la suave y fría piedra. Lo vio a los ojos, brillantes a la luz de la luna.

—¡Arce Sombrío! —Ala de Cuervo se atragantó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Arce Sombrío dejó que sus garras se hundieran en el pelaje alrededor de su garganta.

—Vengando la muerte de mis cachorros —gruñó—. ¡Si pudiera matarte tres veces, lo haría!

Sabía que no tenía nada que decirle al curandero. Nada le devolvería a sus cachorros. Él simplemente no merecía vivir si ellos estaban muertos. Mordió el cuello de Ala de Cuervo y el gato negro se quedó inerte debajo de ella.

Hubo un sonido de pasos que se acercaban por el túnel. Arce Sombrío dejó caer a Ala de Cuervo al suelo y se escabulló detrás del cristal.

—¡Por el Clan Estelar! —escuchó sisear a Ala de Alondra, el curandero del Clan del Viento—. ¡Ala de Cuervo! ¿Qué ha pasado?

Hubo un gruñido de su compañero. Asomándose por el borde de la Piedra Lunar, Arce Sombrío vio a Pelaje de Endrino, el curandero del Clan de la Sombra, olfatear el cuerpo inmóvil de Ala de Cuervo.

—Está muerto —anunció Pelaje de Endrino horrorizado. Miró a su alrededor y Arce Sombrío se agachó detrás del cristal.

—No podemos dejarlo aquí —maulló Ala de Alondra—. Vamos, ayúdenme a llevarlo de vuelta a la superficie.

Arce Sombrío escuchó el sonido que hicieron al arrastrar a Ala de Cuervo por el túnel. Esperó hasta que los rayos de la luna se deslizaron por el agujero del techo y la cueva se hundiera en la oscuridad. El corazón de Arce Sombrío latía con fuerza, pero se recordó a sí misma que no tenía nada que temer. La única amenaza en las sombras era ella. Se preguntaba si los curanderos continuarían con su reunión, pero no volvieron a la cueva. Arce Sombrío supuso que habían regresado a sus Clanes para dar la terrible noticia.

Cuando el pequeño parche de cielo sobre el agujero se volvió blanco con el amanecer, Arce Sombrío estiró sus frías y rígidas patas y salió por el túnel. Fuera de la Boca Materna había un montón de pequeñas piedras que no estaban allí antes. Un mechón de pelaje negro se asomaba por un hueco en el montón. Arce Sombrío olfateó y reconoció el olor de Ala de Cuervo. En lugar de llevarlo todo el camino de vuelta al bosque, sus compañeros curanderos habían decidido enterrarlo aquí, marcando su última madriguera con una minuciosa montaña de rocas. Arce Sombrío frunció el labio. ¿Qué conmemoración había para sus cachorros? Nada más que la fría y húmeda tierra en el territorio del Clan del Río. Golpeó el montón de piedras, tirándolas al suelo. Sus garras se engancharon en las rocas y sus almohadillas le dolieron, pero siguió golpeándolas hasta que el montón fue destruido y el cuerpo de Ala de Cuervo quedó expuesto al amanecer gris. Arce Sombrío miró hacia arriba y avistó un halcón dando vueltas por encima de ella. «*Aquí está tu próxima presa*», pensó con satisfacción.

El halcón se acercó y Arce Sombrío se alejó de las piedras desparramadas. Bajó por la ladera sin mirar atrás. ¡Había vengado a sus cachorros! «*¿Están observando, mis preciosos cachorros? ¡Lo maté por ustedes! Espero que nunca vean a Ala de Cuervo en el Clan Estelar. Debería estar en el Lugar sin Estrellas por toda la eternidad*».

Llegó a un matorral al borde de un trecho de hierba suave y espesa y se arrastró bajo las ramas. De repente estaba demasiado cansada para dar otro paso. Ignorando el estruendo en su vientre, cerró los ojos.

—¡Mamá!

—¡Ayúdame!

Dos rostros empapados aparecieron frente a Arce Sombrío, ojos enormes y suplicantes, bocas abiertas en pequeños lamentos. El sonido del río inundado rugió en los oídos de Arce Sombrío.

—¡Pequeño Manchado! ¡Pequeña Pétalo! —gritó. Agitó las patas delanteras, tratando de alcanzarlos mientras el agua los arrastraba, pero sus patas se estrellaron contra la dura y fría tierra.

Arce Sombrío abrió los ojos. Estaba tendida en el matorral bajo las Rocas Altas. ¿Por qué había soñado con sus cachorros? ¿Dónde estaba Pequeño Alerce?

—¡Mamá! ¡Sálvanos! —dos voces volvieron a resonar.

Arce Sombrío se sacudió y se incorporó. Ala de Cuervo había muerto, ¿significaba eso que solo un cachorro había sido vengado?

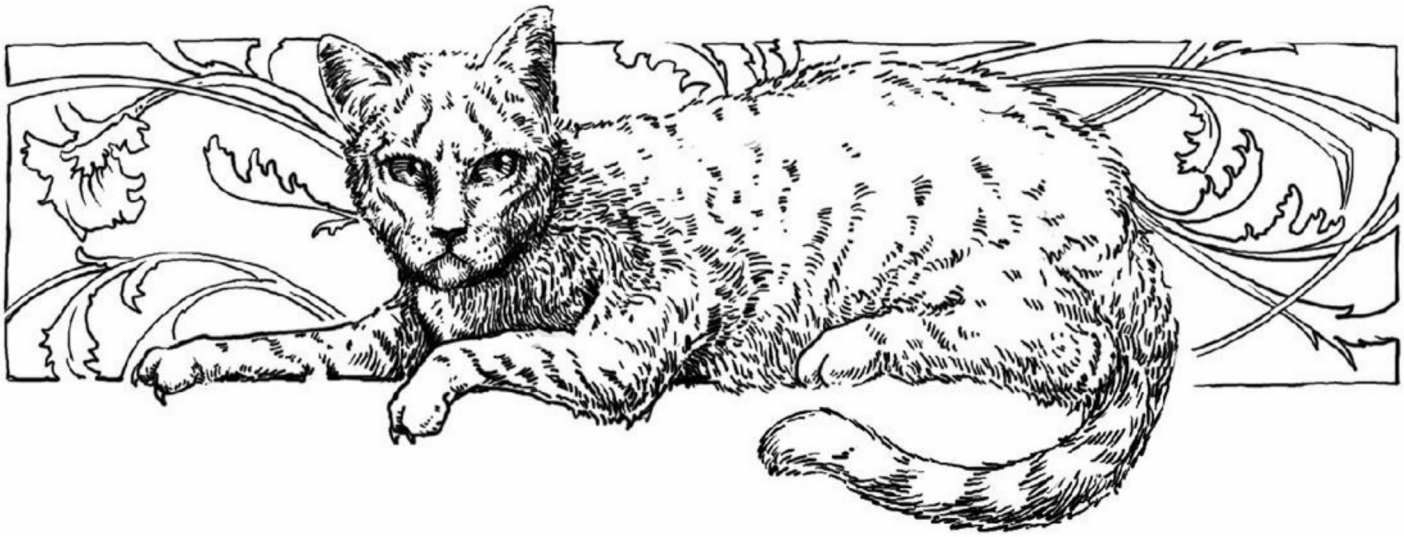
«*Clan Estelar, ¿por qué me haces esto? ¡Me enamoré, eso es todo! Y ahora estoy obligada a sufrir más de lo que ningún gato ha sufrido antes*».

Se le pasó por la mente una imagen de una gata dorada sentada entre helechos, mirando un río negro agitado mientras arrastraba tres pequeñas formas. ¡Pelaje de Pecas! Según Zarpa de Ortiga, ella había visto a los cachorros batallando, pero no había hecho nada para salvarlos. Puede que no fueran parientes de Pelaje de Pecas, pero el código guerrero dictaba que ningún cachorro debería ser dejado en peligro, sin importar el Clan.

Pelaje de Pecas necesitaba pagar por los cachorros perdidos, tal como lo había hecho Ala de Cuervo.

Arce Sombrío se levantó, temblando en sus agotadas patas. Esto sería más difícil de conseguir porque Pelaje de Pecas solo salía del Clan del Trueno para ir a las Asambleas, rodeada por sus compañeros de Clan. E incluso dentro de la frontera rara vez estaba sola. Arce Sombrío necesitaba encontrar una forma de atacarla dentro del territorio, el lugar más seguro para un guerrero. Reflexionando, empezó a caminar a lo largo del fondo del matorral. Un zarcillo de hiedra se agarró a su pata y casi la hizo tropezar. Siseando, Arce Sombrío se apartó de ella. La hiedra yació en el suelo, temblando como una serpiente verde brillante.

«*¡Las Rocas de las Serpientes!*». Arce Sombrío visualizó el nido de víboras que había sido cubierto con piedras. ¡Quizás sí hubiera algo mortal dentro de las fronteras del Clan del Trueno después de todo!



Capítulo 7

Arce Sombrío regresó al bosque, rodeando la frontera del Clan del Viento al abrigo de la oscuridad y se dirigió a la frontera del Clan del Trueno con el Poblado de los Dos Patas. Sabía que tendría que esperar a que Pelaje de Pecas pasara de patrulla; incluso entonces, Arce Sombrío necesitaría de la suerte del Clan Estelar para lograr que la gata se quedara sola. Se sumergió en la frondosa vegetación al pie de las cercas de los Dos Patas, luego subió y pasó por la barrera de madera, cayendo en el pequeño y altamente perfumado recinto del otro lado.

Casi de inmediato, un gordo gato gris y blanco se lanzó a través de una pequeña trampilla en el muro de la guarida de los Dos Patas y se dirigió hacia ella, maullando.

—¡Fuera de aquí! Eres uno de esos apestosos gatos del bosque, ¿no? ¡Mi dueño no te quiere en su patio trasero! ¡Shoo!

Arce Sombrío esperó hasta que el minino estuviera a un ratón de distancia, entonces levantó una pata y le arañó la cara. El minino saltó hacia atrás, chillando. La sangre goteaba de su hocico chato.

—¡Au! —gimió.

Arce Sombrío se mantuvo dónde estaba. El minino la miró con ojos perplejos antes de darse la vuelta y volver a la guarida. Cuando la solapa se cerró detrás de sus gordas caderas, la gata estudió el recinto. Un árbol crecía al lado de la valla con ramas suficientemente anchas para sostenerla, y hojas densas para ocultarla de la vista. Esperaría allí a Pelaje de Pecas. Subió al árbol y se instaló en una rama que daba al bosque. Había atrapado una ardilla en los Cuatro Árboles y bebido de un arroyo, por lo que su

vientre estaba cómodamente satisfecho. Apoyando su cabeza en sus patas, se dejó dormitar, con el oído aguzado ante cualquier sonido de abajo.

Al atardecer cuatro guerreros del Clan del Trueno pasaron sigilosamente por el pie de la valla, como si temieran que los mininos estuvieran a punto de atacar. Arce Sombrío frunció el labio en señal de desprecio. Había pensado que sus compañeros de Clan eran más valientes que eso. Sin embargo, Pelaje de Pecas no estaba entre ellos. Al caer la noche, Arce Sombrío descendió de su rama hacia la larga hierba, con la esperanza de cazar. El aroma del Clan del Trueno la rodeó y por un momento sintió una punzada de nostalgia; luego visualizó a sus compañeros de Clan echándola a ella y a sus cachorros, y pensó en Pelaje de Pecas, viendo cómo se ahogaban sus cachorros, y su furia volvió. Rápidamente atrapó un mirlo que luchaba con un gusano y lo llevó de vuelta al árbol. Detrás de ella, el gato gris y blanco fue echado de la madriguera por un Dos Patas que sonaba enojado. Arce Sombrío vio al minino agacharse en la hierba, sus ojos enormes de miedo, y luego volver a entrar corriendo. «*¡Ja! ¡Sabe que este territorio es mío ahora!*».

Arce Sombrío durmió profundamente, la corteza se le clavó en el pelaje de su vientre y le envió un húmedo frío a través de los huesos. Se despertó con el primer destello del amanecer, sintiendo retortijones de hambre. El mirlo era viejo y escuálido. Arce Sombrío escudriñó el bosque en busca de señales de movimiento. Todo estaba tranquilo bajo los árboles. Saltó y se metió entre los helechos, buscando presas. Un pequeño crujido la alertó de un ratón que se arrastraba al pie de un sicomoro. Arce Sombrío lo acechó, esperando que los destellos de su pelaje blanco no asustaran a su presa. El ratón intentaba mordisquear una semilla, por lo que Arce Sombrío pudo saltar sin ser vista, matando a la criatura de un solo zarpazo en su cuello.

Luego se paralizó. ¡Escuchó voces! Corazón Floreciente estaba entre ellas, ordenando a su patrulla que se separara y cazara antes de reunirse de nuevo en el olmedo golpeado por el rayo. No hubo tiempo de volver a la cerca de los Dos Patas, así que Arce Sombrío se agachó debajo de un grupo de helechos con su presa recién atrapada. Los pasos se acercaron, y entonces vio un pelaje marrón pálido a través de los tallos verdes. «*¡Pelaje de Pecas!*». El Clan Estelar la había llevado directamente a Arce Sombrío. Pero no podía atacarla aquí, no cuando los otros estaban tan cerca.

Arce Sombrío se alejó cuidadosamente del helecho, arrastrando el ratón. Su cuerpo aún estaba caliente, así que el olor que dejaba parecía fresco. Por supuesto, escuchó a Pelaje de Pecas olfateando el aire y

emitiendo un bajo gruñido que sugería que había captado el rastro. Arce Sombrío dejó que el ratón rozara el suelo un poco más antes de atreverse a recogerlo y avanzar con él colgando de sus mandíbulas. No podía arriesgarse a ser vista por Pelaje de Pecas antes de llegar a las Rocas de las Serpientes.

Arce Sombrío se abrió camino deliberadamente a través de la maleza más espesa para que el ratón dejara un generoso rastro de olor. Esperaba que su propio olor se perdiera entre los olores habituales del Clan de Trueno; no creía haber estado fuera del Clan lo suficiente como para oler poco familiar. Solo podía oír a Pelaje de Pecas acechándola; la gata era una de las mejores cazadoras del Clan y se movía tan ligeramente como el ala de una mariposa sobre el suelo cubierto de hojas.

De repente, piedras de color gris oscuro se asomaron sobre los tallos de helecho. Arce Sombrío se desvió, todavía llevando al ratón, que se sentía cada vez más pesado en sus mandíbulas. Rodeó la base de las rocas y emergió en el claro del otro lado. Apenas había rastros de olor a gato; claramente los guerreros estaban preocupados de que las víboras pudieran escapar de su prisión. Arce Sombrío esperaba que las serpientes siguieran allí, pero no tuvo tiempo de comprobarlo. Dejó al ratón en el suelo y corrió hacia el montón de piedras pequeñas que se habían apilado delante del nido de víboras. Apartó tantas como pudo, dejando un enorme agujero negro, y luego se escondió detrás de una roca.

Pelaje de Pecas emergió cautelosamente de los arbustos, sus mandíbulas se abrieron para olfatear el aire y su pelaje se erizó. Parecía desconcertada cuando vio el ratón muerto. Arce Sombrío salió de detrás de la roca y le gruñó.

—¡Dejaste morir a mis cachorros!

Pelaje de Pecas tropezó hacia atrás de sorpresa.

—¡Arce Sombrío! ¡No deberías estar aquí! —Arqueó su lomo—. Vete o llamaré al resto de la patrulla.

Arce Sombrío azotó su cola. Por el rabillo del ojo vio un pequeño parpadeo de movimiento en el montón de piedras. ¿Era una serpiente deslizándose hacia la luz? Arce Sombrío dio un paso más cerca de las rocas.

—¿Demasiado asustada para pelear conmigo, Pelaje de Pecas? —siseó la gata—. Prefieres ver cómo se ahogan unos cachorros indefensos, ¿no?

La gata dorada se puso tensa.

—Creí que tus cachorros se salvarían —dijo con voz ronca—. Nunca quise que murieran.

Arce Sombrío resopló.

—¡No te creo! Eres una cobarde con corazón de zorro. ¡Apuesto a que te alegras de que estén muertos!

Pelaje de Pecas se dirigió hacia Arce Sombrío, sus ojos brillaban con ira.

—¡Ojalá tú estuvieras muerta! —escupió—. ¡Traicionaste el nombre de mi hermano!

Arce Sombrío esquivó de lado justo cuando Pelaje de Pecas se abalanzó sobre ella. Con un aullido, la gata tropezó con el montón de piedras. Antes de que pudiera ponerse de pie, hubo un siseo y una brillante cabeza verde oscura se lanzó hacia delante, con la lengua moviéndose.

—¡Víbora! —gritó Pelaje de Pecas. Hubo un movimiento borroso, luego la gata dorada se tambaleó hacia atrás, chillando—. ¡Me mordió! ¡Ayuda!

—¿Cómo tú ayudaste a mis cachorros? —gruñó Arce Sombrío—. ¡Nunca! ¡Espero que mueras en agonía!

Pelaje de Pecas gritó de nuevo, un aullido de dolor sin palabras. Casi al mismo tiempo, pisadas se precipitaron hacia ellas a través de los árboles.

—Pelaje de Pecas, ¿eres tú? —llamó Corazón Floreciente.

Arce Sombrío se deslizó hacia un grupo de helechos en el lado más alejado del claro. Sabía que debía huir antes de que llegara la patrulla, pero quería ver morir a Pelaje de Pecas. Con un crujido de maleza, Corazón Floreciente y otros dos guerreros del Clan del Trueno, Manto de Semilla y Garra de Tordo, irrumpieron en el claro.

—¡Cuidado con las serpientes! —ordenó Corazón Floreciente. Sus compañeros de Clan se giraron y exploraron las rocas. Corazón Floreciente se inclinó sobre Pelaje de Pecas, que estaba acurrucada en el suelo con las patas sobre los ojos—. Está bien, Pelaje de Pecas, ya estamos aquí.

—¡Mis ojos! —gritó Pelaje de Pecas. —¡No puedo ver!

Corazón Floreciente levantó su cabeza.

—Oh, Clan Estelar, si alguna vez necesitábamos a Ala de Cuervo, ¡sería ahora! ¿Por qué nos lo quitaste? —Luego se sacudió y se dirigió a sus compañeros de Clan—. Manto de Semilla, necesitamos musgo empapado, tan rápido como puedas. Tenemos que lavar el veneno de sus ojos. Garra de Tordo, trae cada pedazo de hinojo que puedas encontrar en las reservas del curandero. Tenemos que tratar de salvar la vista de Pelaje de Pecas.

Los dos guerreros salieron rápidamente. Corazón Floreciente puso su pata en el flanco de Pelaje de Pecas.

—Quédate quieta —maulló—. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—¡Pero el Clan del Trueno no tiene curandero! —gimoteó Pelaje de Pecas—. ¿Voy a morir?

—No en mi guardia —juró Corazón Floreciente.

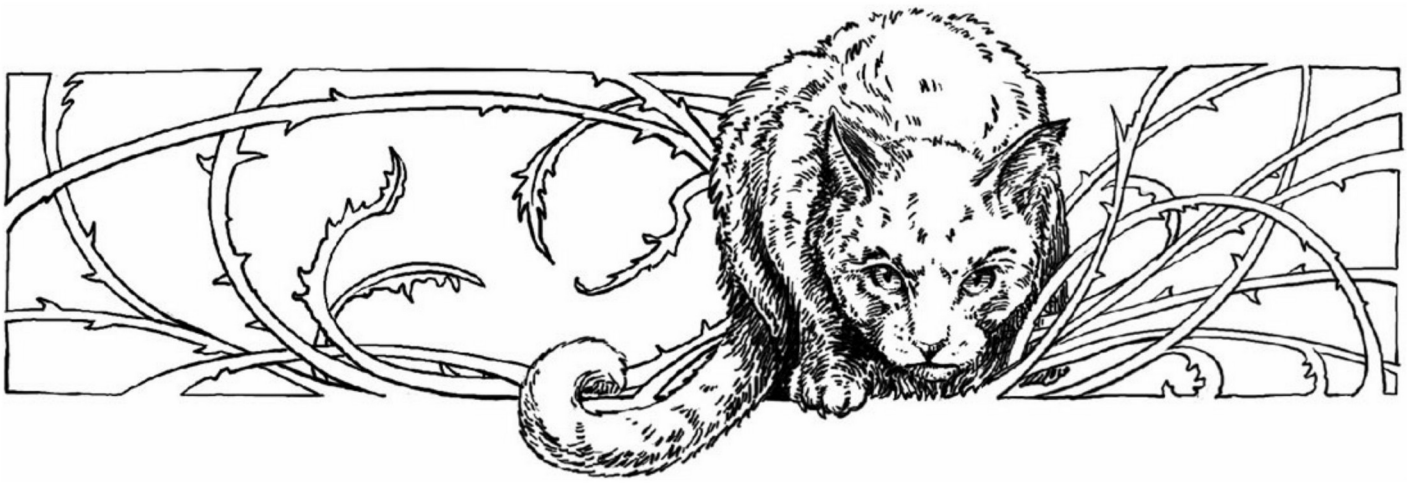
Arce Sombrío sintió que la bilis subía por su garganta mientras su antiguo mentor calmaba a la gata que había visto cómo se ahogaban sus cachorros. Los ojos de Pelaje de Pecas eran un desastre nublado y lloroso. Aunque sobreviviera, nunca volvería a ver nada. Arce Sombrío sabía que tenía que irse antes de que el resto del Clan del Trueno se apresurara a ayudar a Pelaje de Pecas. Se escabulló a través de la maleza hasta la parte más espesa del bosque, y luego corrió de vuelta a la cerca de los Dos Patas. Gritos de alarma se filtraron a través de los árboles mientras más guerreros llegaban a las Rocas de las Serpientes. Los sonidos se desvanecieron cuando Arce Sombrío se trepó a la cerca y bajó a la tierra oscura, jadeando.

Solo una voz resonaba en sus oídos ahora: Pequeño Manchado, su cachorro más pequeño e indefenso.

—¡Ayúdame, mamá!

Su hija, Pequeña Pétalo, había encontrado la paz con el ataque a Pelaje de Pecas. Como Pequeño Alerce, sus gritos desesperados habían sido acallados. Por un momento la respiración de Arce Sombrío fue sofocada bajo una ola de dolor por su hijo e hija que tal vez no volvería a ver. Entonces apretó la mandíbula mientras retrataba al último gato que debía sufrir por la muerte de sus cachorros.

—No falta mucho, Pequeño Manchado —prometió—. ¡Pronto serás libre!



Capítulo 8

Al caer el atardecer, trayendo consigo un viento frío y húmedo, Arce Sombrío saltó desde la valla al bosque y siguió la frontera a lo largo del margen del Poblado de los Dos Patas. Las gotas de lluvia la rodearon al llegar a los pinos, cuyos troncos delgados y agujas susurrantes le ofrecían poco refugio. Arce Sombrío caminaba suavemente sobre el suelo del bosque, permaneciendo bien alejada de la frontera del Clan del Trueno mientras rodeaba el Cortatroncos —ahora silencioso y oscuro— y se sumergió de nuevo en la densa maleza. Las zarzas arañaron su pelaje y bloquearon su camino, pero Arce Sombrío siguió avanzando, con las orejas erguidas ante los primeros sonidos del río.

Para entonces la lluvia estaba cayendo más fuerte, sacudiendo las hojas y tallos alrededor de las orejas de Arce Sombrío. Jadeó cuando repentinamente emergió de un grupo de hierbas tiesas para encontrarse en la cima de una orilla empinada con el río en movimiento, grueso, negro y mortal, justo una cola de distancia abajo. Se echó hacia atrás con un siseo. Por un momento creyó ver tres pequeñas formas retorciéndose y cayendo al agua, pero era solo un reflejo de la luz de las estrellas.

La gata miró los juncos que crecían en la orilla lejana. En algún lugar dentro se encontraba el campamento del Clan del Río, situado como un nido de pájaro sobre el suelo empapado. Si se esforzaba por escuchar más allá del sonido de la lluvia, casi podía oír los murmullos de los gatos mientras se instalaban para pasar la noche. Arce Sombrío imaginó a Manzano del Anochecer recostado en su guarida con Junco Brillante acurrucada a su lado, su pelaje naranja fusionándose con su suave pelaje marrón. El pelo se erizó en el cuello de Arce Sombrío y enseñó los dientes.

«*¡Manzano del Anochecer se arrepentirá del día en que me conoció! Todas esas veces que dijo que me amaba, todas las promesas que me hizo… ¡no eran más que mentiras! Nunca quiso a mis cachorros, así que dejó que se ahogaran. Pudo haberlos salvado, ¡sé que pudo haberlo hecho!*».

Detrás de ella, el cielo se aclaraba por encima de los árboles. El amanecer estaba un poco oscuro, pero Arce Sombrío se sentía más cómoda viajando en la oscuridad, así que, en lugar de ceder a las ganas de dormir, se dirigió río abajo a lo largo de la orilla. Había una fila de pequeñas piedras que se extendían a través del río— las había usado para cruzar y encontrarse con Manzano del Anochecer del otro lado una vez. No había forma de que Arce Sombrío cruzara el río a nado, pero lo podía vadear si tenía que hacerlo.

Llegó a las piedras, invisibles en la oscuridad, pero reconocibles por la forma en que el ruido del río cambiaba al fluir sobre ellas. Temblorosa, la gata saltó a la orilla y se metió en ella. El pelaje de su vientre se empapó instantáneamente y jadeó por el frío. Forzó sus piernas a través de la corriente, sintiendo el agua tirar de ella y salpicar sus flancos. El río era mucho más lento y bajo que cuando había intentado cruzarlo con sus cachorros, pero aun así odiaba cada paso, y siseó de alivio cuando llegó a la orilla más lejana. Se quedó allí un rato, jadeando, mientras el agua goteaba de su pelaje. Había dejado de llover, pero el cielo estaba lleno de nubes y el viento era cada vez más fuerte, con el aroma de más lluvia por venir.

Arce Sombrío se obligó a ponerse de pie y seguir adelante. Sumergiéndose en los juncos, rígidos y flexibles de manera que le daban golpes en la cara y le hacían tropezar con sus cansadas patas, se impulsó hacia adelante hasta que detectó las marcas de la frontera del Clan del Río, luego volvió sobre sus pasos para seguir la frontera del territorio fuera del rango de olor. Los densos juncos dieron paso a un bosque denso poblado de sauces bajos y esbeltos. Su vientre retumbaba, pero no se atrevía a cazar en caso de que alertara a los gatos del Clan del Río. Los sonidos se propagaban con demasiada facilidad en este lado del río.

Gradualmente el suelo se volvió más firme y seco bajo sus patas, y el aire se llenó de olores verdes y frondosos en lugar del olor a pescado. Arce Sombrío llegó a un denso grupo de árboles, más frondosos y robustos que los otros sauces. La frontera del territorio estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera verla desde las ramas y vigilar los gatos que pasaban. Con un suspiro recordó cuánto tiempo había pasado en un árbol

últimamente, Arce Sombrío se abrió camino hasta el tronco más cercano y subió rápidamente a una de las ramas inferiores. Desconociendo los hábitos de los guerreros del Clan, no había sido capaz de pensar en un plan para atrapar a Manzano del Anochecer solo. Tendría que aprender lo que pudiera observando.

La gata esponjó su pelaje contra el frío y esperó. Fue recompensada al poco tiempo por un grupo de pisadas que se aproximaban: una temprana patrulla de caza, parloteando y estrellándose entre la maleza como si quisieran alertar a todas las presas de su llegada. Arce Sombrío frunció el labio, recordando el sigilo del Clan del Trueno. La patrulla pasó justo debajo de su rama sin darse cuenta.

Antes de que sus ruidos se desvanecieran, más gatos se acercaron. La brisa llevaba un aroma que hizo que los orificios nasales de Arce Sombrío se encendieran. Un latido de corazón más tarde, el helecho se separó para revelar un gato marrón pálido, de hombros anchos bajo su grueso y brillante pelaje. «*¡Manzano del Anochecer!*». Una vez más, el Clan Estelar había llevado la presa de Arce Sombrío directo a sus garras.

Pero entonces los tallos se agitaron y un gordito aprendiz gris se le unió. Se agachó y saltó hacia adelante, con las piernas delanteras estiradas. Manzano del Anochecer sacudió la cabeza.

—Necesitas más altura que eso, Zarpa de Perca —le regañó—. Debes estar preparado para luchar contra guerreros adultos cuando estés en batalla.

Los ojos azules del joven gato se ensancharon.

—Me haré más alto, ¿no?

Manzano del Anochecer ronroneó.

—Por supuesto que sí, pero todavía tienes que aprender a saltar.

—¿Por qué no me abalanzo sobre ti para mostrarle cómo se hace? —preguntó una voz. Una gata anaranjada se deslizó en el claro. El pelaje de Arce Sombrío se erizó. «*¿No puede Junco Brillante dejar que Manzano del Anochecer haga algo por su cuenta?*».

El guerrero fue a encontrarse con su compañera de Clan y frotó su rostro contra el de ella.

—No te dejaré hacer nada —maulló—. ¡Piensa en nuestros cachorros!

Junco Brillante miró su vientre, apenas hinchado bajo su pelaje.

—¡No estoy enferma! —protestó.

—Sé que no lo estás —maulló Manzano del Anochecer—. ¡Pero nuestros cachorros son demasiado valiosos para arriesgarnos a que Zarpa de Perca te lastime por error!

Arce Sombrío sujetó la rama tan fuerte que dos de sus garras se rompieron. Apenas notó la descarga de dolor. ¿Cómo podía Junco Brillante estar esperando cachorros ya? ¿Cuántas mentiras había dicho Manzano del Anochecer? Juntó sus patas traseras debajo de ella, lista para saltar en el momento en que Junco Brillante y Zarpa de Perca dejaran a Manzano del Anochecer solo, pero los tres gatos se fueron juntos con el aprendiz discutiendo intensamente sobre tácticas de batalla.

Arce Sombrío se agazapó en el árbol y se llenó de rabia. Una figura fría y húmeda presionaba contra su flanco, gritando por ayuda. Arce Sombrío trató de enroscar su cola alrededor de su último cachorro, pero no había más que aire vacío a su lado. Era vagamente consciente de estar hambrienta, sedienta y exhausta después de su viaje durante la noche, pero nada importaba ahora excepto vengarse del gato que había destruido su mundo. Ella esperaría ahí tanto tiempo como tuviera que hacerlo —por el resto de su vida, si eso significaba que finalmente podía silenciar los lamentos de Pequeño Manchado.

Debió haberse dormido, ya que despertó con un sobresalto mucho después cuando el aire estaba lleno de lluvia neblinosa y los helechos estaban cubriéndose de sombras. Algo se aproximaba a través de la maleza. Arce Sombrío se tensó, preguntándose si el Clan Estelar le traería a Manzano del Anochecer dos veces en un día. Entonces un bulto de pelaje se estrelló en el claro y se detuvo al pie del árbol.

—¡Toma eso, excremento de ratón del Clan del Trueno! —chilló Zarpa de Perca, golpeando su zarpa contra una ramita. Cuando la ramita se rompió, se dio la vuelta, con las orejas aplanadas—. Avanzando hacia mí con cautela, ¿verdad? ¡Tienes un corazón de zorro como tus compañeros de Clan! —Se tambaleó hacia adelante y aplastó un gran grupo de musgo. Luego se enderezó y miró a su enemigo—. Oops. Pude haber llevado eso a la guarida de los veteranos. Buscaré más.

Trotó hacia el árbol de Arce Sombrío, buscando en las raíces. La gata saltó de la rama y cayó en picado sobre el lomo del aprendiz, tirándolo al suelo con un golpe. Antes de que Zarpa de Perca pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Arce Sombrío le agarró el pellejo con los dientes y lo arrastró hasta el árbol, al otro lado de la frontera. Sus ojos se hincharon con el esfuerzo; ¡el gordo aprendiz pesaba más que un tejón!

Zarpa de Perca aulló y luchó, pero Arce Sombrío hundió los dientes en su piel hasta que dejó de pelear.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —gruñó.

Arce Sombrío puso una pata firme sobre sus omóplatos y gruñó.

—Quédate quieto o te arrancaré la garganta.

El aprendiz parpadeó.

—¡Soy un guerrero del Clan del Río! ¡Déjame ir!

—No, no lo eres —siseó Arce Sombrío—. Eres un estúpido aprendiz. Está bien, no estoy interesada en matarte. Solo te quiero como carnada.

Cuando Zarpa de Perca trató de hablar, ella le obligó a hundir la cara en el suelo, silenciando sus protestas. Luego se agachó, apoyando la mayor parte de su cuerpo en él, y esperó.

—¡Zarpa de Perca! Zarpa de Perca, ¿dónde estás?

Arce Sombrío casi ronroneó. Un momento después, Manzano del Anochecer trotó en el claro, con los ojos preocupados.

—¿Por qué no puedes hacer lo que te dicen por una vez? —se quejó, mirando a su alrededor—. ¡Si descubro que has estado practicando movimientos de batalla en lugar de recolectar musgo, estarás en grandes problemas, Zarpa de Perca!

Arce Sombrío agarró el pelaje del cuello de Zarpa de Perca entre sus dientes y lo sacó de detrás del árbol. Dejó que el aprendiz cayera al suelo.

—¿Es esto lo que estabas buscando, Manzano del Anochecer?

El guerrero la miró con horror.

—¡Te habían ordenado que te marcharas de nuestro territorio!

Arce Sombrío movió la punta de su cola.

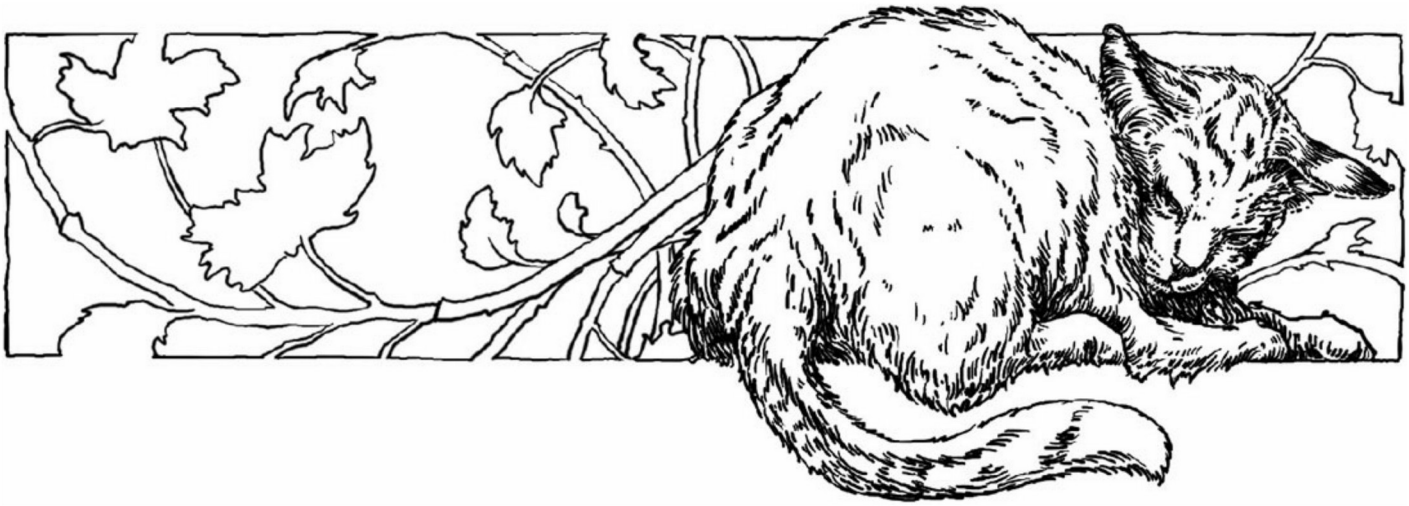
—¿Y pensaste que lo haría? Eres más cerebro de ratón de lo que pensaba. Mataste a nuestros cachorros, y ahora debes pagar.

Manzano del Anochecer enseñó los dientes.

—¿De qué estás hablando? Tú mataste a nuestros cachorros, haciéndolos cruzar el río. Deja ir a Zarpa de Perca y vete de aquí antes de que llame a una patrulla.

Arce Sombrío saltó sobre Zarpa de Perca y se enfrentó al guerrero pardo, con el pelaje erizado y las patas colocadas firmemente.

—Puedes recuperar ese inútil bulto de pelo —gruñó—. Pero tendrás que luchar conmigo primero.



CAPÍTULO 9

Manzano del Anochecer dio un paso atrás. Sus ojos se nublaron y de pronto pareció muy cansado.

—Arce Sombrío, no quiero pelear contigo —maulló.

—¡No te estoy dando opción! —siseó la gata. Balanceó sus patas traseras debajo de ella y saltó hacia él.

Manzano del Anochecer la esquivó.

—¡Solo vete! —jadeó.

Hubo un crujido de tallos detrás de él y Junco Brillante apareció detrás de él.

—¿Qué sucede aquí? —Su mirada se posó en Arce Sombrío—. ¿Qué está haciendo ella aquí?

Casi ciega de la furia, Arce Sombrío se abalanzó sobre la gata naranja.

—¡Tú y tus hijos deben morir! —chilló—. ¡Manzano del Anochecer es mío! —Desenvainó las garras, apuntando a la cara de Junco Brillante.

Hubo un golpeteo de patas, luego silencio, y una sólida figura marrón destelló frente a Arce Sombrío. Sus garras acertaron, destrozando pelo y carne y una salpicadura de sangre brotó hacia ella. Con un gruñido, Manzano del Anochecer cayó a sus pies, con la sangre brotando de su garganta.

En el mismo instante, un peso enorme golpeó a Arce Sombrío desde atrás. Zarpa de Perca la sostuvo con sus patas y mordió con fuerza el cuello de la gata. Arce Sombrío se tambaleó hacia adelante y casi cayó. Zarpa de Perca se deslizó de su espalda. La gata podía sentirlo temblando

junto a su costado; pero entonces se dio cuenta de que era ella quien estaba temblando. «*¿Por qué? No tengo miedo*».

—¡Está muerto! —Junco Brillante chilló, agachada al lado de Manzano del Anochecer. Miró directamente a Arce Sombrío, con los ojos horrorizados, con un anillo blanco alrededor de ellos—. ¡Lo mataste!

Arce Sombrío intentó dar un paso hacia adelante, pero sus piernas se sentían extrañamente pesadas y su visión se estaba tornando borrosa. «*¿Está lloviendo?*», se preguntó. Algo caliente y húmedo salpicaba sus patas delanteras y tenía un dolor sordo detrás de las orejas. Sacudió la cabeza y rojizas gotas salpicaron el suelo como pequeñas hojas caídas.

Algo pequeño, carey y blanco se levantó al lado del cuerpo inmóvil de Manzano del Anochecer.

—¡Lo mataste, mamá! —vitoreó Pequeño Manchado. Su pequeña colita estaba erguida del triunfo—. ¡Ahora somos libres! —El cachorro comenzó a desvanecerse contra el pelaje marrón pálido de su padre.

Arce Sombrío se tambaleó hacia su hijo.

—¡Espera! —jadeó—. ¡No me dejes!

Junco Brillante se levantó desde detrás del cadáver de Manzano del Anochecer y siseó hacia Arce Sombrío.

—¡No te acerques! Lo que has hecho es más terrible de lo que cualquier gato de Clan ha hecho jamás. Pero no has ganado, Arce Sombrío. Manzano del Anochecer vivirá en sus hijos, y en los hijos de sus hijos, y de los que sigan después. Su espíritu no morirá. ¡Será parte del Clan del Río por siempre!

Arce Sombrío se balanceó, sintiendo la pegajosa tierra bajo sus zarpas.

—Entonces observaré a toda tu familia, y los castigaré a cada uno por lo que me hicieron —dijo con voz ronca—. Mi venganza no ha terminado aún. ¡Y jamás terminará!

Se lanzó hacia los arbustos detrás del sauce. Apenas escuchó a Zarpa de Perca, quien había empezado a perseguirla, pero Junco Brillante lo llamó.

—Ya hizo suficiente daño —Arce Sombrío escuchó su maullido—. Déjala que se arrastre lejos para que muera sola.

Arce Sombrío forzó su camino entre la maleza. No sentía dolor, solo un extraño aturdimiento que parecía extenderse por todo su cuerpo. Llegó al borde de los arbustos, y las paredes de la guarida de los Dos Patas donde había dormido en su primera noche de exilio se irguieron sobre ella, pero Arce Sombrío estaba demasiado débil como para ir más lejos. Se desplomó

en el suelo, sintiendo tierra y pequeñas piedras enterrándose en su pelaje empapado de sangre.

Cerró los ojos, esperando que los rostros de sus cachorros aparecieran para agradecerle por todo lo que había hecho. Pero no hubo nada, excepto una oscuridad aplastante, junto con un viento helado, sin siquiera ser roto por un mínimo brillo de estrellas.

Arce Sombrío sintió las primeras sensaciones de miedo.

—Clan Estelar, ¿dónde están? —le chilló a la interminable noche—. ¿Dónde están mis cachorros?

Una pequeña cara peluda apareció borrosamente frente a sus ojos.

—¿Pequeño Manchado? —jadeó Arce Sombrío. Lo intentó alcanzar con una pata.

—¡Eres tú! —exclamó el gato—. ¿Me recuerdas? Soy Myler. Ya nos habíamos conocido antes. —Arce Sombrío sintió la nariz del gato presionándole el costado—. Estás gravemente herida —maulló el pequeño gato—. Pobre cosita, ven, vamos adentro.

Con sorprendente fuerza, impulsó con su hombro a Arce Sombrío para que se parara y la guió hacia el nido de los Dos Patas.

Arce Sombrío colapsó en una pila de heno. «*Lo he perdido todo* —pensó—. *¿Qué me queda para seguir viviendo?*».

Hubo un repentino movimiento a su lado y el gato blanco y negro comenzó a frotar su pelaje con un pedazo de musgo húmedo. Arce Sombrío estaba demasiado agotada como para apartarlo. Medio abrió un ojo y vio sangre fluyendo libremente por su hombro, formando una charca debajo de ella.

—Hay demasiada, demasiada —dijo Myler, preocupado. Empezó a frotar más frenéticamente—. ¿Un gato de Clan te hizo esto?

Arce Sombrío cerró su ojo de nuevo y asintió.

El pequeño gato suspiró.

—Ah, no existe forma de parar la sed de sangre y el salvajismo de esos gatos —murmuró—. Debiste haberte ido cuando tuviste oportunidad.

«*¿Irme? ¿Cómo podría haberme ido? Juré vengarme de la muerte de mis hijos, y eso fue lo que hice. Y, aun así, mi venganza aún no acaba, porque Manzano del Anochecer vivirá a través de los cachorros de Junco Brillante. Nunca terminaré*».

Myler se ovilló a su lado, apenas encogiéndose cuando su pelaje hizo presión contra el sangriento cuerpo de la gata.

—Me quedaré contigo —prometió—. Ya estás a salvo.

Arce Sombrío desenvainó sus escarlatas, rotas uñas.

—Déjame sola —dijo con voz ronca, forzándose a levantar la cabeza y observar a su acompañante—. No necesito a nadie.

El gato blanco y negro se levantó y la vio con los ojos llenos de tristeza.

—Creo que estás equivocada —susurró. Pero se volvió y caminó hacia la oscuridad con olor a heno.

Por un momento, Arce Sombrío deseó llamarlo, pero el sueño la estaba arrastrando, más pesado que piedras, más fuerte que el río. Cerró los ojos y observó cómo su mente se llenaba de sombras, agujereadas por aullidos de terror que la hacían saltar.

Se dio cuenta de que podía sentir el suelo bajo sus zarpas, frío y empapado, tan maloliente como el río.

De algún modo, podía caminar de nuevo, la fuerza estaba regresando de nuevo a sus extremidades y su visión se estaba aclarando.

Emergió en un claro medio iluminado, rodeado de grises troncos. Aunque no sentía miedo, se dio cuenta de que estaba siendo observada por ojos invisibles.

—¿Estoy muerta? —maulló en voz alta, escuchando como su voz hacía eco entre los árboles—. ¿Esto es el Clan Estelar?

Miró hacia arriba, pero no había estrellas en el espeso cielo negro sobre ella, ni siquiera un destello plateado más allá de las hojas susurrantes. En su lugar, la luz de ahí parecía provenir de unos carnosos hongos que crecían en las raíces de los árboles, y de los pegajosos troncos mismos.

—Esto no es el Clan Estelar —le respondió una voz, desde alguna parte detrás de ella—. Este es el Bosque Oscuro. El Lugar sin Estrellas. Te damos la bienvenida, Arce Sombrío.

La gata se volvió en redondo.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate!

—Jamás —siseó la voz—. Viniste aquí a caminar sola, en tus sangrientas memorias.

En lugar de horror, Arce Sombrío sintió una oleada de triunfo. Si estaba ahí por todo lo que había soportado, entonces ahí tendría que haber más gatos como ella, gatos que entenderían por todo lo que había pasado, quienes sabrían lo que era enfrentarse a sus enemigos y repartir dolor de forma inconmensurable.

Encontraría a esos gatos, no importa lo que la voz le hubiese dicho, los entrenaría para que fuesen tan fuertes y temerarios como ella, y los

usaría para causar más problemas a los Clanes, más de los que cualquier guerrero pudiera imaginar en sus peores pesadillas.

Arce Sombrío había encontrado un lugar donde pertenecía de verdad. A partir de entonces, causaría más sufrimiento de lo que había causado estando en vida, peleando sus batallas completamente sola. Por toda la eternidad, los parientes de Manzano del Anochecer lamentarían el día en el que el gato había destruido la vida de una guerrera del Clan del Trueno. Como le había prometido a Junco Brillante, sus deseos de venganza jamás descansarían.

LOS GATOS GUERREROS

LA MALDICIÓN DE PLUMA DE GANSO

DEDICATORIA

Gracias especiales a Victoria Holmes.

Título original: "Goosefeather's Curse"

Traducción: ***Woofzie*** *y* ***Hawkstar*** *del* ***Clan Nocturno****;*
Bianca Salvado *y* ***Juan D. Basabe.***

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER — **ESTRELLA DE CIERVA —** gata pálida de color beige con blanco y ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE — **CORAZÓN DE PINO —** gato marrón rojizo de ojos verdes.

CURANDERA — **NUBE DE BAYA —** gata muy vieja de largo pelaje blanco y ojos amarillos.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

PATAS SUSURRANTES — gato marrón de ojos ámbar.

CANTO DE ALONDRA — gata carey con ojos verde pálido.

APRENDIZ, ZARPA DE TORMENTA.

VUELO DE VIENTO — gato gris atigrado con ojos color verde pálido.

APRENDIZA, ZARPA VELOZ.

BRINCO DE LIEBRE — gata marrón pálido con ojos amarillos.

APRENDIZ, ZARPA DE VÍBORA.

BIGOTES DE ARDILLA — gata atigrada marrón con ojos ámbar.

APRENDIZ, ZARPA DE ROCA.

MANTO DE ACEBO — gata negra con ojos verdes.

APRENDIZ, ZARPA DE OREJITAS.

PELAJE LLUVIOSO — gata de pelaje rojizo moteado con blanco y ojos ámbar.

SALTO DE VENADO — gato atigrado de color gris y ojos ámbar.

PASO PEQUEÑO — gato blanco y negro de ojos azules.

NARIZ DE CENTELLA — gata rojizo oscuro con el hocico blanco.

APRENDICES

(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DE TORMENTA — gato gris azulado de ojos azules.

ZARPA DE VÍBORA — gato marrón moteado con ojos amarillos.

ZARPA VELOZ — gata atigrada con blanco y ojos amarillos.

ZARPA DE OREJITAS — gato gris con orejas muy pequeñas y ojos color ámbar.

ZARPA DE ROCA — gato plateado con ojos azules.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

PATAS DE MARGARITA — gata gris y blanca con ojos amarillos (madre de Pequeña Luna, gata gris plateada de ojos amarillos; y Pequeño Ganso, gato gris moteado con ojos azules).

CANTO DE GAMO — gata marrón claro (madre de Pequeña Amapola, gata rojizo oscuro con una espesa cola y redondos ojos color ámbar; Pequeño Garza, gato atigrado marrón oscuro con ojos amarillos; y Pequeño Conejo, gato marrón claro de pelaje espeso).

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

MANTO DE NIEBLA — gata de pelaje gris espeso con ojos verdes.

BRISA DE ORTIGA — gato rojizo muy anciano.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER — **ESTRELLA DE SABUESO —** gato marrón y blanco.

LUGAR-TENIENTE — **MANTO DE CEDRO —** gato gris muy oscuro con la barriga blanca.

CURANDE-ROS — **CARDO ROJO —** gata rojiza oscuro.

APRENDIZA, ZARPA DE SALVIA (gata blanca de largos bigotes).

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA DE BREZO —** gata gris rosáceo con ojos azules.

LUGAR-TENIENTE — **PATAS DE AULAGA —** gato gris atigrado.

CURANDE-ROS — **GARRA DE CEBOLLÍN —** gato atigrado marrón de ojos amarillos.

APRENDIZ, ZARPA DE HALCÓN (gato moteado color café oscuro y ojos amarillos).

GUERREROS

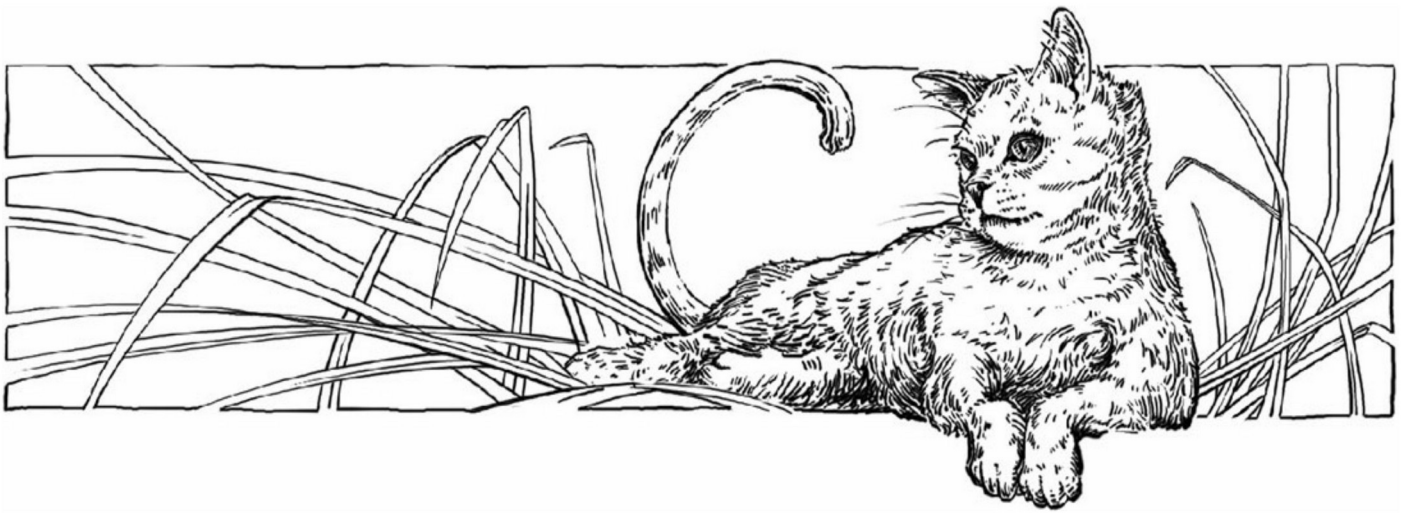
RAYA DEL AMANECER — gata atigrada dorada pálido con rayas color crema.

CLAN DEL RÍO

LÍDER **ESTRELLA DE CAMPAÑOL —** gato marrón atigrado.

LUGAR-TENIENTE **PASO DE GRANIZO —** gato gris de pelaje espeso.

CURANDERA **NARIZ DE ECO —** gata vieja de color blanco y negro.



Capítulo 1

—El líder del Clan del Tigre desenvainó sus garras hasta que perforó la suave garganta manchada del gato que se extendía debajo de él. Levantó su magnífica cabeza de rayas negras y fulminó con la mirada a los guerreros de pie al borde de los árboles. «¡Este es mi bosque!», rugió. «¡Un paso más y arrancaré la piel de los huesos de su líder!».

Pequeño Ganso gimió y enterró su nariz debajo de su gruesa cola gris. La vieja gata le dio un golpe con su hocico.

—No tengas miedo, pequeño —ronroneó—. Es solo una historia.

—¡Pero el Clan del Tigre es tan malvado! —Pequeño Ganso maulló, su voz estaba apagada por su pelaje

—¡Pequeño Ganso! ¿Dónde estás? ¡Sal afuera!

Pequeño Ganso levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Esa es mi madre —murmuró.

—¡Es un día encantador! ¡Deberías estar fuera, no pudriéndote en la guarida!

La vieja gata acarició la parte superior de su cabeza.

—Vamos, pícaro —maulló—. Podemos terminar la historia más tarde.

—¡Pero quiero escucharla ahora! —Pequeño Ganso gimió—. ¿Qué pasa si me encuentro con el líder de Clan del Tigre cuando sea un guerrero? ¡Necesito saber cómo luchar contra él!

—Ya habrá tiempo más tarde, lo prometo. Ahora ve a buscar a tu madre. Ella está en lo correcto; es un día hermoso.

La gata lo empujó con su gorda pata marrón y Pequeño Ganso tropezó a regañadientes fuera del lecho. Se abrió paso a través de las espinas y

emergió parpadeando a la luz del sol del claro. Las zarzas que rodeaban el claro brillaban por la reciente caída de lluvia, y el aire era pesado con el aroma de las hojas desplegadas y el cálido olor de las presas. El estómago de Pequeño Ganso retumbó, y se volvió hacia el montón de presas, pero antes de que pudiera dar un paso, una húmeda y espinosa bola de musgo chocó contra sus patas y lo derribó.

—¡Au! —gruñó, volviéndose sobre su costado.

Una gata gris y blanca se acercó y lo miró fijamente.

—¡Oh, Pequeño Ganso! —maulló—. ¿Estás bien?

—¡Por supuesto que está bien! —resopló una gatita plateada y grisácea. Trotó hacia él con sus patas robustas, cubiertas de pelusa—. ¿Lo estás?

Pequeño Ganso levantó la cabeza.

—Sí, estoy bien, Pequeña Luna —jadeó—. No vi venir la bola de musgo, eso es todo.

Pequeña Luna lo empujó con su pata delantera.

—¡Levántate! ¡Quiero jugar!

Una gatita rojizo oscuro con ojos redondos de color ámbar se acercó y sacudió la bola de musgo lejos.

—¡Vamos, Pequeña Luna! ¡Apuesto a que no puedes atraparla!

La compañera de camada de Pequeño Ganso se dio la vuelta y corrió tras la bola mientras rodaba a través del claro. Pequeña Amapola la siguió, sus piernas más largas la ayudaban a mantener el ritmo más fácilmente. Hubo un destello de pelaje marrón oscuro cuando su hermano Pequeño Garza corrió hacia ellas. Los tres cachorros chocaron juntos en una ráfaga de patas y colas, mientras que la bola de musgo siguió rodando hasta que llegó al montón de carne fresca.

Mirándolos, Pequeño Ganso hizo una mueca. Su madre lamió la parte superior de su cabeza.

—Deberías unirte más seguido —instó—. No te lastimarás.

Pequeño Ganso la miró.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué Pequeño Conejo está en la guarida de Nube de Baya otra vez? ¿Se cayó del medio árbol? ¿Quedó atrapado en una zarza?

Patas de Margarita sacudió la cabeza.

—Se clavó una espina en su nariz. Es torpe porque aún no crecen sus patas.

Pequeño Ganso miró a sus pequeñas patas peludas.

—No quiero quedarme de este tamaño para siempre —murmuró—. ¿Qué pasa si nunca crezco lo suficiente como para ser un guerrero?

—Eso no es lo que quise decir —empezó Patas de Margarita. Dejó de hablar cuando los arbustos de aulaga de la entrada del claro se comenzaron a estremecer y varios gatos entraron.

Una gata carey con ojos verdes como las hojas iba a la cabeza de la patrulla. Soltó su presa —una joven y regordeta paloma— en el montón de carne fresca y trotó hacia Patas de Margarita.

—Te hubiera encantado estar hoy afuera —maulló—. ¡Las presas estaban prácticamente cayendo en nuestras patas!

Por un momento Patas de Margarita la miró anhelante.

—Tal vez la próxima luna, Canto de Alondra —respondió—. Necesito destetar a los pequeños primero.

El gato negro que había seguido a Canto de Alondra a través del túnel se unió a ellas. Una ardilla roja colgaba de sus mandíbulas. Colocó la ardilla en el suelo y rozó la punta de su cola a lo largo del flanco de Patas de Margarita.

—Cacé esto para ti —ronroneó.

—Gracias, Cola de Grajo —Patas de Margarita maulló y sus ojos se iluminaron.

Hubo un jadeo desde el otro lado del montón de carne fresca. Pequeño Ganso vio a un aprendiz gris de hombros anchos fijando la vista en él.

—Wow, Pequeño Ganso, ¿realmente eres tú? ¿O solo es un trozo de musgo con tu misma forma?

Pequeño Ganso suspiró mientras el gato trotaba hacia él y lo olisqueó.

—¡No te había visto afuera por días! —el gato continuó—. ¡Mira, Cola de Grajo! ¡Tu hijo no se derrite a la luz del sol!

El guerrero negro movió las orejas.

—Ya fue suficiente, Zarpa de Tormenta. Ve a ver si los veteranos quieren algo de comer.

Pequeña Luna corrió, con su cola rechoncha levantada en el aire.

—¡Zarpa de Tormenta! ¡Mira esto! ¡He estado practicando ese movimiento que me mostraste!

Se agachó, moviendo sus ancas, luego saltó hacia adelante con sus patas delanteras levantadas. Sus orejas estaban aplanadas hacia atrás, y curvó sus labios para revelar sus pequeños dientes afilados.

—Bastante feroz, ¿eh? —jadeó, dejándose caer en sus cuatro patas.

Zarpa de Tormenta asintió con la cabeza.

—¡Me asustaste sin lugar a duda! ¿Quieres ayudarme a llevar las presas a los veteranos? Y te enseñaré otro movimiento de batalla.

—¡Sí, por favor! —Pequeña Luna brincó en su lugar, con sus ojos amarillos brillosos.

Cola de Grajo entrecerró los ojos ante Zarpa de Tormenta

—Tú eres el aprendiz —le recordó—. ¡No dejes que los cachorros hagan tus deberes por ti!

—¡Pero quiero ayudar! —Pequeña Luna protestó—. Espero que Zarpa de Tormenta pueda ser mi mentor cuando sea aprendiza.

—Por supuesto que no lo será —Pequeño Ganso maulló—, ¡apenas y será solo un guerrero!

—Quizás, ¡pero él será el mejor guerrero en el Clan del Trueno! —Pequeña Luna declaró fielmente—. ¡Incluso mejor que Estrella de Cierva!

Zarpa de Tormenta arrastró sus patas.

—Vamos, Pequeña Luna —murmuró—. Alimentemos a estos veteranos.

Pequeño Ganso los vio recoger un mirlo del montón de carne fresca y comenzaron a llevarlo hacia la guarida de los veteranos, donde dos gatos ancianos estaban sentados afuera con el sol calentando sus pelajes. Los ojos de Pequeña Luna sobresalían por el esfuerzo de arrastrar el pesado pájaro. Pequeño Ganso hizo una mueca cuando casi chocaron con un esbelto gato de pelaje blanco, pero de alguna manera lo esquivaron y el gato siguió caminando y desapareció en el túnel de aulagas.

Los otros dos gatos de la patrulla de caza, Brinco de Liebre y su aprendiz, Zarpa de Víbora, estaban depositando sus presas en el montón de carne fresca, Zarpa de Víbora movió la cola hacia Pequeño Ganso

—¡Ven y prueba este ratón! Lo atrapé yo mismo —agregó con orgullo.

Pequeño Ganso trotó hacia él y olisqueó el cuerpo de pelaje castaño y todavía cálido. Era enorme, casi tan grande como él. Su nariz estaba arrugada ligeramente, exponiendo sus largos dientes frontales, y sus patas estaban apretadas en pequeños rizos. Pequeño Ganso hizo una mueca. Él había compartido presas con su madre y Pequeña Luna, pero él aún prefería la leche. Comer presas hacía que sus mandíbulas le dolieran.

—¿No lo quieres? —Zarpa de Víbora preguntó, sonando decepcionado.

Pequeño Ganso agarró una de las patas delanteras y comenzó a levantarlo del montón. Mientras sus patas traseras raspaban la tierra arenosa, fue apartado bruscamente.

Una forma irregular rojiza se alzaba sobre él.

—¡Cuidado, Brisa de Ortiga! —Zarpa de Víbora llamó—. Hay suficientes presas.

Brisa de Ortiga volvió su mirada nublada hacia el aprendiz

—¿Qué? ¿Dijiste algo? —Movió las orejas, y un trozo de algo asqueroso cayó sobre la cabeza de Pequeño Ganso.

—¡Oye! —Pequeño Ganso protestó—. ¡Quítate de encima! ¡Este es mi ratón! —Sacudió su cabeza y una garrapata cubierta de bilis de ratón cayó al suelo.

El veterano inclinó la cabeza y lo olisqueó

—¿No sabes el código guerrero? ¡Los ancianos y los cachorros comen primero!

—¡Soy un cachorro! —Pequeño Ganso maulló.

—Entonces deberías aprender a respetar a tus mayores —gruñó Brisa de Ortiga. Colocó una pata sobre el ratón—. Sal de aquí que quiero comer en paz.

Pequeño Ganso retrocedió, con su pelaje esponjado de indignación. Pero él sabía que era mejor no pelear con el gato más viejo en el Clan del Trueno, tal vez el gato más viejo en los cuatro Clanes.

Pequeño Ganso sospechaba que Brisa de Ortiga había estado vivo desde que los cuatro grandes robles habían sido nada más que semillas. Su cola se esponjó mientras se imaginaba la hondonada que su madre le había descrito, flanqueado por empinadas pendientes y vigilado por los poderosos robles. Tan pronto como tuviera seis lunas de edad, Pequeño Ganso sería un aprendiz, capaz de ir a las Asambleas cada luna llena y conocer gatos de los otros Clanes. Pequeño Ganso no estaba seguro de lo divertido que sonaba. Ya se sentía un poco alarmado por cuántos gatos había en el Clan del Trueno.

Pequeño Ganso se dirigió hacia la maternidad desviándose para evitar a Pequeño Garza y a Pequeña Amapola, que luchaban por un palo. El compañero de camada de ambos, Pequeño Conejo, los observaba, con una hoja grande metida en su nariz espinada.

—¡Vamos, Pequeña Amapola! —vitoreó, sonando como si tuviera la cabeza atrapada en un parche de helechos.

Pequeño Ganso estaba a punto de abrirse camino hacia la guarida cuando Patas de Margarita lo detuvo.

—Quédate afuera conmigo —instó—. Está demasiado agradable para estar adentro. ¿No quieres jugar con tus compañeros? —asintió hacia Pequeña Luna, que acechaba al otro lado del claro al lado de Zarpa de Tormenta.

La punta de su lengua se asomó mientras se concentraba duramente en copiar los movimientos sigilosos del aprendiz. Dos guerreros los observaban, medio escondidos en las sombras debajo de las zarzas.

Pequeño Ganso se acurrucó en el cálido pelaje del vientre de su madre.

—Prefiero quedarme contigo —maulló—. Hay demasiados gatos aquí.

Patas de Margarita ronroneó.

—¡No más que lo usual! Estos son tus compañeros de Clan, Pequeño Ganso. Los gatos que te alimentarán, te protegerán y te entrenarán hasta que estés listo para patrullar junto a ellos. Ellos siempre van a cuidar de ti.

—Zarpa de Tormenta no —Pequeño Ganso gruñó—, tratará de matarme.

A su lado, Patas de Margarita se puso rígida.

—¡No digas eso! Zarpa de Tormenta cuidará de ti, como todos tus compañeros de Clan.

Pequeño Ganso sacudió la cabeza con terquedad. Había imágenes amontonadas en su cabeza, tan claramente como si estuvieran frente a él.

—Habrá un tejón —insistió—. Zarpa de Tormenta se irá y me dejará para luchar por mi cuenta.

—¡Estás dejando volar tu imaginación demasiados lejos! —su madre lo regañó—. ¡Ya basta! Ni siquiera has visto un tejón todavía.

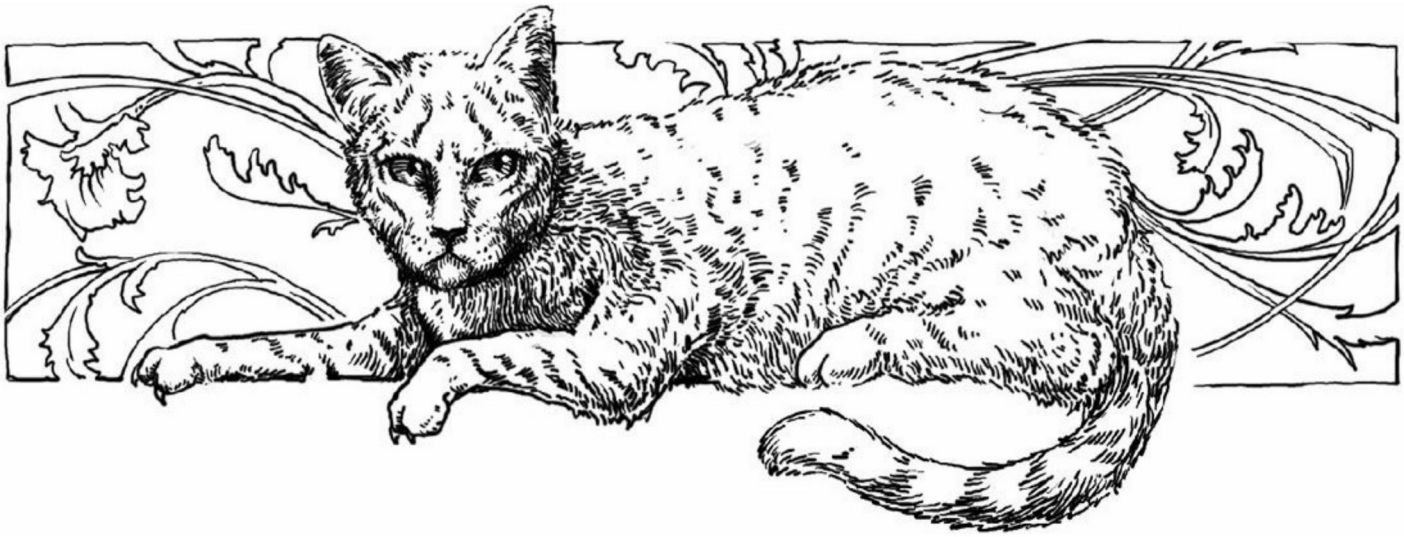
—Sé cómo se ven —Pequeño Ganso argumentó—. Grandes, con una larga cara puntiaguda. Son blancos y negros como urracas, pero con rayas como el Clan del Tigre. Están enojados y feroces, ¡y comen cachorros!

Patas de Margarita lo envolvió en su cola.

—Tendrás que entrenar duro y convertirte en un gran guerrero fuerte, ¿no? Entonces podrás luchar contra todos los tejones por tu cuenta. Mientras tanto, creo que deberías dejar de escuchar las historias de los veteranos. ¡Están poniendo ideas de cerebro de ratón en tu cabeza!

Pequeño Ganso se acurrucó más cerca del vientre de su madre. En su cabeza vio a la enorme criatura blanco y negro que se avecinaba sobre él, dientes amarillos descubiertos, baba colgando de sus fauces.

—Voy a estar realmente asustado —murmuró—. No me gustan los tejones. ¡Zarpa de Tormenta es el gato más malo del Clan del Trueno!



CAPÍTULO 2

Pequeño Ganso se agachaba entre los helechos, sin atreverse a respirar. Podía escuchar pisadas acercándose sobre el duro suelo nevado y el débil ruido de su acechador paladeando el aire.

—¡Sé que estás ahí! —gruñó una voz.

Pequeño Ganso se tensó, listo para hundirse más profundamente entre las plantas, pero algo sacudió las frondas, y una figura roja oscura apareció frente a él con un aullido de triunfo.

—¡Te encontré! —declaró Pequeña Amapola. Sus ojos ámbar brillaban—. ¡Qué buen escondite, Pequeño Ganso! ¡El olor de las hierbas de Nube de Baya sí que cubrían tu rastro!

Pequeño Ganso la siguió fuera de los helechos, sacudiéndose un poco de vegetación del pelo. Detrás de ellos, sonó una voz ronca.

—¿Están jugando otra vez al escondite cerca de mi guarida? ¡Cachorros, les he dicho que no aplasten esos helechos! ¡Apartan la suciedad!

Pequeña Amapola puso los ojos en blanco.

—¡Nube de Baya es toda una gruñona! Apuesto a que nunca salía a jugar cuando era una cachorra.

—¡Jugar probablemente no estaba permitido en ese entonces! —asintió Pequeño Ganso.

—¡Bien, lo encontraste! —Pequeño Garza gritó desde el medio árbol fuera de la guarida de los aprendices. Todos los aprendices habían salido de patrulla, y estaba muy nublado como para que los veteranos tomasen el sol, entonces los cachorros tenían el claro para ellos solos.

Pequeña Luna saltó del tocón del árbol.

—¡Es tu turno de buscarnos, Pequeño Ganso! —gritó—. ¡Y no mires!

Pequeño Ganso se paró en la base del medio árbol, se colocó frente a la corteza áspera y cerró los ojos. A su vez flexionó los dedos, dejando que la punta de sus garras presionase la tierra.

Cuando había comprobado cada una de sus garras, abrió los ojos y se volteó. El claro estaba vacío sin contar a Canto de Gamo, la compañera de guarida de Patas de Margarita, rodando un ovillo de lecho sucio de la maternidad.

—¡Parecían muy decididos a encontrar los mejores escondites! —le ronroneó a Pequeño Ganso—. ¡Buena suerte!

Pequeño Ganso corrió hacia la maternidad primero. Sus patas se sentían fuertes, y el gatito sentía nuevos músculos flexionarse bajo la piel de sus hombros. En dos lunas se convertiría en un aprendiz. No podía esperar a comenzar a aprender cómo cazar y luchar para poder ser un gran guerrero como su padre, Cola de Grajo. Pero no quería aprender de Zarpa de Tormenta como su hermana Pequeña Luna. Tenía estrellas en sus ojos cada vez que miraba a ese aprendiz cabezón. No, Pequeño Ganso quería aprender de los mejores guerreros del Clan del Trueno, como Cola de Grajo o incluso la misma Estrella de Cierva.

Se deslizó silenciosamente dentro de la maternidad y miró a su alrededor. Estaba oscuro y mohoso por dentro, lleno de cálidos aromas de leche y de pelo. Patas de Margarita estaba fuera patrullando, y sin las reinas dentro, la guarida se veía mucho más grande. Pequeño Ganso hurgó con su hocico en una pila de lechos. No había señales de sus compañeros allí. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al claro. Sus oídos captaron un débil sonido desde atrás de la Peña Alta, pasando justo la entrada de la guarida de Estrella de Cierva. Pequeño Ganso miró fijamente el sitio y abrió sus fauces para probar el aire. La brisa llevaba un ligero y familiar olor para él. Se adelantó y apartó un zarcillo espinoso que se enroscaba en la base de la roca.

Pequeño Conejo y Pequeña Amapola parpadearon al verlo.

—¡Eso fue rápido! —maulló Pequeño Conejo—. ¡Pensamos que nunca nos encontrarías aquí!

—Los escuché moviéndose —respondió Pequeño Ganso.

Pequeña Amapola frunció el ceño.

—Ese fue Pequeño Conejo —reclamó.

—¡Me senté en una ortiga!

Pequeño Ganso movió su cola.

—Vayan a esperar junto al medio árbol mientras encuentro a los otros.

Se paró fuera de la madriguera de Estrella de Cierva y miró el claro a su alrededor, buscando ramas que se movieran con demasiada rapidez para ser la brisa, o destellos de pelaje pálido entre las hojas.

Pequeña Amapola y Pequeño Conejo habían alcanzado el medio árbol y estaban a su lado.

—¡Eh! —una voz baja llamó la atención de Pequeño Ganso. Un joven macho blanco y negro lo estaba llamando desde las sombras junto a la guarida de los guerreros—. ¿Estás buscando dos cachorros?

Pequeño Ganso asintió.

—El marrón oscuro fue detrás de la guarida de los veteranos —maulló el gato—. Y creo que vi a la otra entrar en esos helechos.

El pelaje de Pequeño Ganso se erizó. ¡Si Nube de Baya atrapaba a Pequeña Luna junto a su guarida, estarían en un gran problema!

—¡Gracias! —le respondió al gato blanco y negro.

Se dirigió a la guarida de los veteranos y se escurrió detrás de esta, entrecerrando sus ojos para que no se pincharan con las espinas. Casi se cae sobre Pequeño Garza, que intentaba hacerse invisible agazapándose detrás de un grupo de cardos.

—¡Cuidado! —protestó Pequeño Garza, apartándose del camino.

—Lo siento —Pequeño Ganso resopló—. ¡Al menos te encontré! Ve a unirte a los otros junto al medio árbol. Necesito encontrar a Pequeña Luna.

Se dio la vuelta, no fue fácil en el diminuto y espinoso espacio, y luchó para volver al claro. Podía ver las puntas de algunos helechos agitándose junto a la roca que albergaba la guarida del curandero. Pequeño Ganso esperaba encontrar a Pequeña Luna antes que Nube de Baya. Corrió al túnel que llevaba a los densos helechos y metió la cabeza entre los tallos verde pálido.

—¡Pequeña Luna! ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Pequeño Ganso suspiró y se abrió paso adentro. El olor de las hierbas frescas y secas era abrumador tan cerca de la guarida de la curandera, tanto que era imposible captar ningún otro olor. Pero vio una pequeña huella en un pedazo de tierra húmeda, y una abolladura en los tallos de algunos helechos, como si algo hubiera pasado por ahí hace poco. Siguió el rastro y vio un pelaje gris pálido que brillaba entre el verdor.

—¡Te veo, Pequeña Luna! —llamó en voz baja.

Hubo un siseo de irritación y su hermana se dirigió hacia él.

—Vámonos, antes de que Nube de Baya nos vea —urgió Pequeño Ganso.

Se giró y comenzó a empujar a través de los helechos justo en el momento en que un movimiento cercano sugirió que Nube de Baya había asomado la cabeza fuera de su guarida.

—Zarpa Veloz, ¿eres tú? —llamó la anciana gata.

Agachando la cabeza, Pequeño Ganso empujó a Pequeña Luna a pasar el último grupo de tallos y entraron al claro.

—¡No puedo creer que me hayas encontrado tan rápido! —aulló Pequeña Luna.

—Nos encontró a todos demasiado rápido —maulló Pequeño Garza, estrechando los ojos—. ¡Seguro que hizo trampa!

—¡No fue así! —protestó Pequeño Ganso. Su pelaje se recalentó. ¡Él no le había pedido ayuda al gato blanco y negro! A cualquiera de ellos les pudo haber dicho dónde se escondían los otros cuando fuera su turno de buscar.

—Tuviste que haberlo hecho —insistió Pequeña Amapola—. ¡No miraste en ningún otro sitio salvo en donde nos escondíamos!

—¡Te dije que oí a Pequeño Conejo moverse!

—No te creo —siseó la gatita—. No quiero jugar más contigo.

—Yo tampoco —gruñó Pequeño Garza. Le dio la espalda a Pequeño Ganso deliberadamente—. Vamos, juguemos a otra cosa. Sin él.

Pequeña Luna le dirigió a Pequeño Ganso una mirada de pena.

—Sí pareciera que hiciste trampa —susurró ella.

Pequeño Ganso aplanó sus orejas.

—Como sea. No quiero jugar con ustedes de todos modos.

Se dirigió a la maternidad. Tal vez podría encontrar a un veterano que le contara más historias sobre el Clan del Leopardo y el Clan del Tigre. Esas eran aventuras reales, no como los tontos juegos del escondite.

Hubo un ruido de ramas cuando una patrulla regresó por el túnel de aulagas. Pequeño Ganso se sentó en las sombras junto a su madriguera y vio a los guerreros de patas largas y aspecto poderoso entrar en el claro. Nube de Baya se abrió paso entre los helechos para encontrarse con ellos.

—¿Está todo bien en las fronteras, Vuelo de Viento? —le preguntó ella al atigrado gris que estaba olfateando al montón de carne fresca.

Vuelo de Viento asintió con la cabeza.

—El Poblado de los Dos Patas estaba tan callado como los Cuatro Árboles en luna nueva —comentó—. ¡Esos gatos que perseguimos hace dos amaneceres no se han atrevido a mostrar sus narices de nuevo! —Levantó la cabeza y miró el claro a su alrededor—. ¿Ha vuelto Zarpa

Veloz? Quiero llevarla a un entrenamiento de batalla con Brinco de Liebre y Zarpa de Víbora.

Nube de Baya entrecerró los ojos.

—Supuse que se había reunido contigo y se había unido a la patrulla. No la he visto desde que se fue.

—No, ella no se unió a nosotros. Creí que le dijiste que buscara hojas de consuelda y volviera directamente —maulló Vuelo de Viento.

Una gata rojiza oscura con hocico blanco se les acercó rápidamente.

—¿Están hablando de Zarpa Veloz? ¿Ocurre algo?

—Nada de qué preocuparse, Nariz de Centella —maulló Vuelo de Viento—. Zarpa Veloz está tardando más de lo que esperábamos en ir a por hierbas, eso es todo.

Nariz de Centella giró en un círculo cerrado.

—Ella salió antes que nosotros. ¡Algo debe haberle pasado!

Vuelo de Viento tocó su lomo con la punta de su cola.

—Estará bien. Ya casi es una guerrera, y es lo suficientemente lista para cuidarse a sí misma. Al igual que su madre —añadió.

Pero la gata rojiza se negó a ser reconfortada.

—¡Debemos encontrarla! ¿Y si se encuentra con un zorro? —Miró la guarida debajo de la Peña Alta—. ¿Ya ha vuelto Estrella de Cierva?

Nube de Baya negó con la cabeza.

—Son la primera patrulla que ha regresado. Aquí no hay nadie más que los cachorros y los veteranos.

Otra patrulla regresó, esta vez cargando las retribuciones de una buena cacería. Cuando empezaron a soltar sus presas en el montón de carne fresca, Nariz de Centella les llamó:

—¿Alguno de ustedes vio a Zarpa Veloz en el bosque?

Patas de Margarita acomodó la cola de su gran ardilla gris en el montón.

—Ni un pelo —maulló.

—Pensé que había ido a buscar hierbas.

—Y así fue, pero aún no ha vuelto —explicó Vuelo de Viento—. Estoy seguro de que está bien.

—¡No puedes afirmarlo! —siseó Nariz de Centella—. Zarpa Veloz es demasiado joven para estar sola.

—Volveremos a salir para buscarla —maulló Cola de Grajo, poniéndose al lado de Nariz de Centella. Los otros guerreros de su patrulla asintieron.

Patas de Margarita se dirigió hacia los cachorros, que estaban mirando con ojos enormes.

—Vamos, a la maternidad —dijo—. Quiero que se queden allí hasta que yo vuelva. —Al pasar por delante de Pequeño Ganso, lo incluyó con un movimiento de su cola—. Tú también, pequeño.

—¡Pero podríamos ayudar a buscar a Zarpa Veloz! —protestó Pequeña Luna cuando Patas de Margarita los empujó hacia la guarida.

—¡Definitivamente no! —maulló su madre—. Ya es bastante malo que un aprendiz haya desaparecido. Estaremos de vuelta enseguida. —Se volteó y Pequeño Ganso escuchó a los guerreros bramar a través de las aulagas. Los pasos de sus patas se desvanecían al subir el barranco y desaparecieron entre los árboles.

Pequeño Conejo revolvió de forma brusca el musgo seco.

—¡Podríamos haber ayudado! —refunfuñó—. ¡Soy casi tan grande como los aprendices!

Pequeño Garza asintió con la cabeza.

—¡Sería como jugar al escondite!

—Excepto que no haríamos trampa —maulló Pequeño Conejo, mirando a Pequeño Ganso.

El cachorro no estaba de humor para defenderse a sí mismo de nuevo. Cuando los demás empezaron a jugar a divisar la hormiga en el extremo más alejado de la madriguera, él se escabulló a través de las zarzas.

El claro estaba desértico excepto por Nube de Baya que dormitaba cerca de la entrada y, escondido debajo de la Peña Alta, estaba el gato blanco y negro que había ayudado a Pequeño Ganso a encontrar a sus compañeros.

Pequeño Ganso trotó hacia él.

—Eres un aprendiz, ¿no? —preguntó.

El gato dejó de lamerse el pelaje del pecho y miró hacia arriba.

—Así es.

—¿Por qué no estás buscando a Zarpa Veloz? ¿Puedes ir a buscarla, por favor?

El gato blanco y negro parecía inseguro.

—No creo que pueda ir por mi cuenta —maulló.

Un guerrero de cola larga con un pelaje a rayas marrones pasó por allí.

—¡Oye! —llamó el gato blanco y negro—. ¡Un aprendiz ha desaparecido!

El guerrero se detuvo y fijó sus ojos ámbar claro en Pequeño Ganso.

—¿Cuál de ellos?

—Zarpa Veloz —respondió Pequeño Ganso—. Tiene el pelaje atigrado con blanco y los ojos amarillos. ¿La has visto?

—¿Algo pequeña, cargando hierbas? —maulló el gato marrón.

Pequeño Ganso asintió.

—¡Es ella!

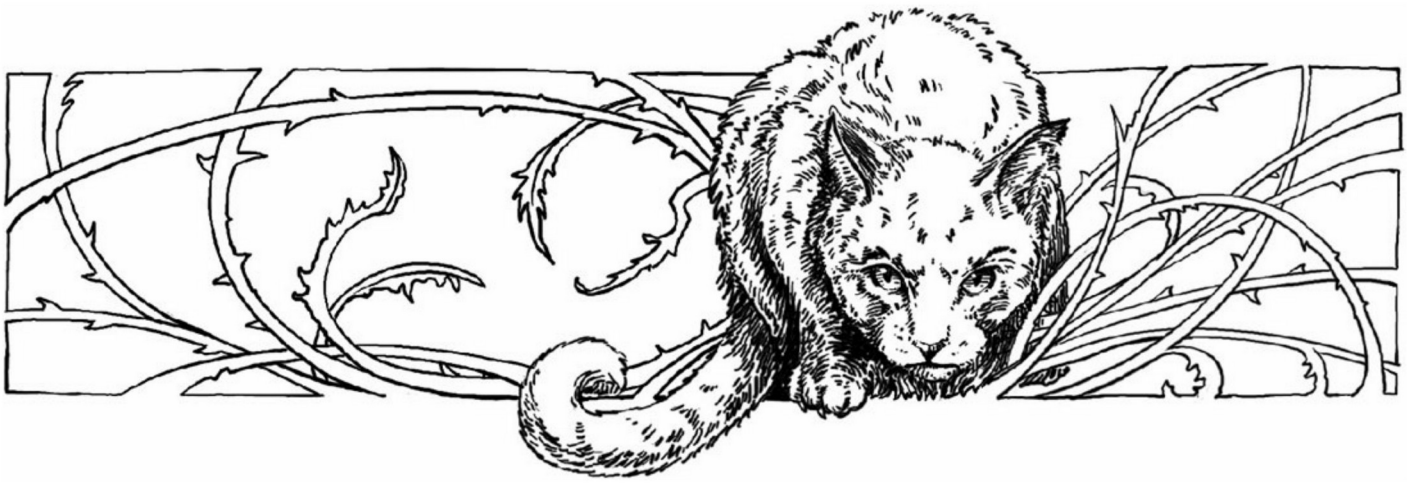
El guerrero se volteó para alejarse.

—Oh sí, la vi —ronroneó—. Se encontraba justo debajo de las Rocas Soleadas, por los juncos.

Pequeño Ganso empezó a gritarle, pero el sol le daba en los ojos y no podía ver adónde se había ido el guerrero. El claro comenzaba a llenarse con otra patrulla que regresaba, y el barranco resonó con gritos de alarma cuando Nube de Baya despertó de su siesta y les contó lo que había pasado.

Pequeño Ganso corrió hacia los guerreros. Tomando un respiro profundo, se detuvo y se estiró tan alto como pudo.

—¡Sé dónde se encuentra! —dijo de golpe.



CAPÍTULO 3

Varias cabezas se volvieron hacia él.

—Ella está por los juncos en las Rocas Soleadas —continuó Pequeño Ganso.

Canto de Alondra levantó las orejas. Junto a ella, Manto de Acebo parecía escéptica.

—Nunca abandonaste el campamento —maulló—. ¿Cómo sabes acerca de los juncos junto a las Rocas Soleadas?

Pequeño Ganso presionó sus patas en la tierra sólida.

—Un guerrero me dijo que vio a Zarpa Veloz allí.

—¿Qué guerrero? —preguntó Canto de Alondra mirando alrededor.

—Yo… no lo sé —admitió Pequeño Ganso—. No está aquí ahora.

Brinco de Liebre puso los ojos en blanco.

—Qué imaginativo.

—¡No estoy mintiendo! —insistió el cachorro, clavando sus garras en la tierra, frustrado.

Canto de Alondra lo miró de cerca. Entonces levantó la cabeza.

—Necesitaremos comprobar todo el territorio —señaló—. Así que bien podríamos comenzar con las Rocas Soleadas. Patas Susurrantes, Manto de Acebo, ¿vendrán conmigo?

—¿Porque un cachorro lo dijo? —maulló Manto de Acebo—. No lo creo. Estrella de Cierva y Corazón de Pino regresarán pronto. Esperaré por ellos para organizar patrullas de búsqueda.

—Iré contigo —Patas Susurrantes maulló, caminando hacia Canto de Alondra. Miró a Pequeño Ganso—. Sería algo raro para un cachorro inventarlo, ¿no crees?

Canto de Alondra asintió con la cabeza. Ella se movió rápidamente y se sumergió de nuevo en las aulagas con el robusto gato marrón atrás. Más gatos emergieron al claro antes de que las espinas dejaran de temblar. La patrulla estaba dirigida por Estrella de Cierva y Corazón de Pino.

La cara de la líder del Clan del Trueno se oscureció cuando escuchó sobre Zarpa Veloz.

Manto de Acebo le contó sobre los gatos que ya habían salido a buscarla. La líder se volvió hacia su lugarteniente.

—Eso suena como si las Rocas de las Serpientes y el límite del Sendero Atronador ya han sido cubiertos. Quiero que lleves una patrulla a los Cortatroncos y a lo largo de la frontera con los Dos Patas.

Corazón de Pino bajó la cabeza.

—Iremos enseguida. —Convocó a los tres guerreros más cercanos a él con un movimiento de cola y luego los condujo al túnel a la carrera.

Casi a la vez, Nariz de Centella, Cola de Grajo, y su patrulla regresaron al claro. Sus colas cayeron, y los ojos de Nariz de Centella brillaban.

—Buscamos todo el camino a las Rocas de las Serpientes y de regreso —murmuró—. Pero no había señales de ella.

Estrella de Cierva descansó su cola color crema en el hombro de Nariz de Centella.

—Hay varios guerreros buscando por todo el bosque —maulló—. Encontraremos a Zarpa Veloz, lo prometo.

De repente las ramas crujieron y una figura pequeña y empapada salió de las aulagas.

—¡Zarpa Veloz! —chilló Nariz de Centella, arrojándose sobre su hija.

Canto de Alondra apareció detrás de Zarpa Veloz, su pelaje carey goteaba con algas verdes brillantes.

—¡Estaba bien y realmente atrapada! —la guerrera informó—. ¡Patas Susurrantes y yo pensábamos que nunca la sacaríamos de los juncos!

Patas Susurrantes se unió a ellos. Su pelaje marrón se puso de punta, había un trozo de caña pegado detrás de su oreja.

—Me lastimé la pierna —Zarpa Veloz gimió—. Estaba siguiendo una rana y me enredé toda. ¡Pensé que el río me iba a tragar!

—Estás a salvo ahora, mi preciosa —ronroneó su madre. Levantó su cabeza y miró a Canto de Alondra y a Patas Susurrantes—. ¡Gracias por encontrarla, salvaron su vida!

Canto de Alondra acurrucó su cola sobre su espalda.

—Es a Pequeño Ganso a quien deberías agradecer. Nos dijo a dónde se había ido Zarpa Veloz.

Nariz de Centella inclinó su cabeza sobre hacia un lado.

—¿Cómo supiste? ¿Y por qué no nos lo dijiste de inmediato?

—Un guerrero me lo dijo —Pequeño Ganso maulló—. Un gato marrón oscuro.

—¿Estás seguro de que no fue Bigotes de Ardilla? —maulló Cola de Grajo.

Pequeño Ganso sacudió la cabeza.

—¡No, sé la diferencia entre un gato y una gata!

Corazón de Pino se puso sobre él dándole una mirada severa.

—No hay otro guerrero marrón oscuro en Clan del Trueno, Pequeño Ganso. ¿Quién te dijo dónde estaba Zarpa Veloz?

El cachorro miró a su alrededor, deseando que el guerrero de ojos ámbar aparecería de las sombras.

—¡Ya te lo dije! ¡No sé su nombre!

Patas de Margarita dejó a su hermana lamiendo el lodoso pelaje de Zarpa Veloz y se colocó al lado de Corazón de Pino.

—Tienes que decir la verdad —maulló—. ¿Has estado fuera del campamento por tu cuenta? ¿Es así cómo sabías dónde Zarpa Veloz se había ido?

—¡No! —aulló Pequeño Ganso—. ¡*Estoy* diciendo la verdad!

Hubo un ligero aroma a hierbas mientras Nube de Baya se acercaba.

—No creo que tengamos que hacer un escándalo al respecto —dijo con voz áspera—. Zarpa Veloz está de vuelta, y eso es lo que importa. Patas de Margarita, ve a ayudar a Nariz de Centella a limpiar a Zarpa Veloz antes de que mire su pierna. Pequeño Ganso, tú vienes conmigo.

Sintiéndose muy pequeño al lado de la vieja curandera, Pequeño Ganso la siguió a donde estaba parada Estrella de Cierva. La líder los miró inquisitivamente.

—¿Pasa algo, Nube de Baya?

—No estoy segura —admitió—. Pequeño Ganso, quiero que describas al gato que te dijo dónde estaba Zarpa Veloz. Todo lo que puedas recordar, desde su nariz hasta sus garras.

—¿Y no te vas a enojar conmigo? —receló el cachorro.

Nube de Baya sacudió la cabeza. Pequeño Ganso cerró los ojos e imaginó al guerrero de pelaje marrón.

—Él tenía patas largas, pero no era tan alto como tú, Estrella de Cierva, su pelaje no era tan grueso como el de Nube de Baya, y sus rayas

atigradas eran realmente oscuras, casi negras. Más oscuras que las de Bigotes de Ardilla. —Abrió los ojos y miró a ambas gatas mayores.

Estrella de Cierva estaba mirando a Nube de Baya.

—Debe estar equivocado —murmuró ella. La curandera se encogió de hombros.

—Tú creerías eso.

—¿Crees que es una señal? —Estrella de Cierva le consultó.

—No puedo ver cómo podría ser una señal —Nube de Baya maulló. Retorció su cola—. Hablaré con él.

Estrella de Cierva asintió con la cabeza.

—Creo que deberías. —Se alejó para unirse al resto.

Nube de Baya miró hacia abajo.

—Pequeño Ganso, ese gato que viste. ¿Alguna vez te lo han descrito?

El cachorro sacudió la cabeza.

—¿Y él no te dijo su nombre?

—¡No! —Pequeño Ganso comenzaba a sentirse frustrado. ¿Por qué importaba quién le dijo dónde estaba Zarpa Veloz, si la aprendiza había sido encontrada?

Nube de Baya miró alrededor del claro.

—¿Hay algún gato aquí ahora cuyos nombres no sabes?

Pequeño Ganso se encogió de hombros. ¿Iba a meterse en problemas por no saber los nombres de cada uno de sus compañeros de Clan? ¡Había tantos de ellos!

—Está bien si no lo sabes —Nube de Baya le insistió gentilmente, como si ella supiera en lo que estaba pensando.

Pequeño Ganso entrecerró los ojos contra el brillante sol.

—Bien… El gato blanco y negro que está lavándose cerca de la Peña Alta. Creo que es un aprendiz. Hay una anciana que cuenta grandes historias; no sé su nombre, pero a menudo viene a verme a la maternidad. Ella tiene pelaje marrón y ojos verdes. Y hay una gata al lado de Brisa de Ortiga que nunca había visto antes.

A su lado, Nube de Baya se tensó.

—Háblame de esa gata —susurró.

Pequeño Ganso se preguntó si Nube de Baya estaba perdiendo la vista.

—Ella tiene el pelaje naranja pálido, vientre blanco y cuatro patas blancas. ¡Lo está mirando como si fuera solo un cachorro! —ronroneó divertido ante el pensamiento de que el malhumorado y antiguo Brisa de Ortiga alguna vez hubiera estado en la maternidad.

Nube de Baya empujó el hombro de Pequeño Ganso.

—Vamos a preguntarle a Brisa de Ortiga su nombre.

Ella comenzó a caminar por el claro. El cachorro trotó a su lado, pensando que sería más educado hablar con la gata rojiza directamente.

Cuando llegaron a la guarida de los veteranos, Nube de Baya siseó:

—Déjame hablar a mí. —Levantó la voz—. Hola, Brisa de Ortiga. Te ves cómodo aquí. Dime, ¿sabes de una gata de color naranja pálido con el vientre blanco y patas blancas?

El pelaje del lomo de Brisa de Ortiga se erizó

—Esa es mi madre, Pluma del Alba —gruñó—. ¿Por qué preguntas? ¿Te ha hablado desde el Clan Estelar?

—¿Clan Estelar? —gritó Pequeño Ganso—. Pero ella está justo…

Nube de Baya puso su cola sobre la boca de Pequeño Ganso.

—Ella me pidió que te dijera que te está cuidando, Brisa de Ortiga. Todo está bien.

El viejo gato rojizo puso su barbilla en sus patas.

—Es un buen pensamiento, estoy seguro —murmuró, cerrando sus ojos reumáticos.

El cachorro trotó sobre sus patas mientras Nube de Baya lo condujo a través del claro hacia su guarida. Atravesaron los helechos verdes y suaves, entraron a la guarida debajo de la amplia extensión de roca. La curandera se sentó y colocó la cola sobre sus patas.

—Puedes hablar ahora —resopló.

—¿Qué está pasando? —chilló Pequeño Ganso—. ¡Esa gata naranja estuvo al lado de Brisa de Ortiga todo el tiempo! ¿Por qué él no podría verla?

—Porque está muerta —Nube de Baya respondió, fijando su mirada amarilla en el gatito—. Ella murió hace muchas temporadas, antes de que yo llegara al Clan del Trueno. —Movió sus huesudas ancas sobre el polvoriento suelo—. El gato marrón a rayas que te dijo dónde estaba Zarpa Veloz. Yo creo que ese era Cola de Abeja. Él era el lugarteniente de Estrella de Roble cuando llegué. Era un excelente guerrero, sabio y amable.

—Él… ¿era? —repitió Pequeño Ganso—. ¿Quieres decir que él también está muerto?

Nube de Baya asintió con la cabeza.

—Así como los otros gatos que describiste, el aprendiz blanco y negro y el veterano marrón. Yo no sé quiénes son. Deben haber vivido en el Clan del Trueno hace mucho tiempo. Solo tú puedes verlos, nadie más.

—¡No es justo! —gimió Pequeño Ganso—. ¿Por qué puedo ver a todos los gatos muertos?

—No lo sé —admitió la curandera—. El Clan Estelar no me lo ha dicho. —Rodó un trozo de musgo debajo de su pata hasta que se desmoronó—. Tienes un gran don, Pequeño Ganso —le maulló suavemente—, pero no es uno que todos los gatos apreciarán. Debes guardarlo para ti. ¿Entiendes?

Pequeño Ganso ladeó la cabeza.

—¡Pero les gustaría saber que sus antepasados están aquí en el campamento!

Hubo un destello de enojo en los ojos de la curandera.

—¡No funciona así! —escupió—. ¡Los guerreros son criados para sospechar de cualquier cosa que no provenga del código guerrero, o preferiblemente que no provenga del interior de sus propias fronteras!

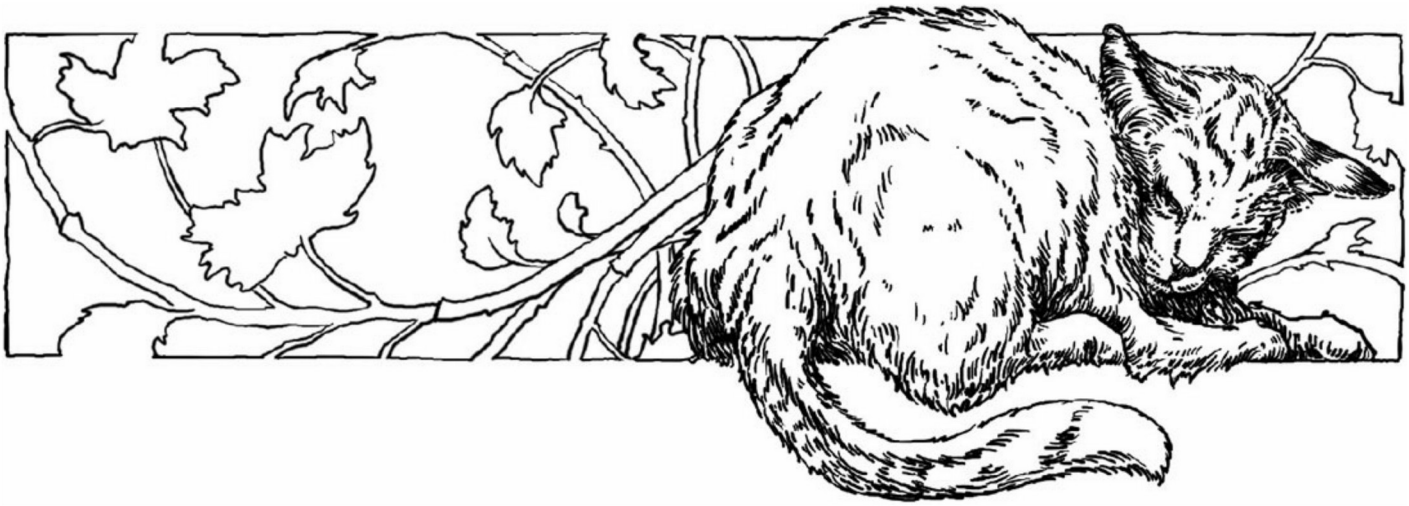
Pequeño Ganso de repente recordó que su madre le había contado sobre Nube de Baya, como ella había llegado del Clan del Río después de que el curandero del Clan del Trueno, Ala de Cuervo, fuera asesinado. ¿Habían sido los gatos del Clan del Trueno poco amigables al principio, a pesar de que necesitaban un nuevo curandero?

Nube de Baya se había puesto de pie y estaba paseando ansiosamente alrededor de su guarida.

—Tú tendrás que convertirte en mi aprendiz —maulló, haciendo regresar a sus pensamientos de vuelta al presente.

El cachorro tragó saliva. Eso no fue lo que él había planeado. ¡Iba a ser un gran guerrero como Cola de Grajo!

—Espero que el Clan Estelar me guíe en cómo capacitarte para usar tu don —continuó la gata. Se detuvo y lo miró fijamente—. ¿Qué piensas, Pequeño Ganso? ¿Te gustaría ser un curandero?



Capítulo 4

Estrella de Cierva estaba parada en la cima de la Peña Alta, su pelaje pálido de color crema y beige contrastaba con las nubes del claro cielo azul.

—Por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre de guerrera —declaró—. Zarpa Veloz, desde este momento serás conocida como Brisa Veloz. El Clan Estelar honra tu coraje y tu disposición para aprender, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno.

La gata atigrada y blanca agachó su cabeza tímidamente mientras el Clan explotaba con aclamaciones por los nuevos guerreros.

—¡Cola de Tormenta! ¡Fauces de Víbora! ¡Brisa Veloz!

Pequeña Luna también los aclamó, pero Pequeño Ganso, agachándose a su lado se fue a la maternidad, se sentía demasiado ansioso para hablar. Los guerreros comenzaron a arremolinarse alrededor del claro, y el ruido de la charla creció hasta sonar como si una bandada de pájaros hubiera llenado el barranco.

—¡Esperen! —Estrella de Cierva los silenció desde su lugar encima de la roca—. Tengo una ceremonia más para realizar. Tenemos un nuevo aprendiz entre nosotros.

Los guerreros se volvieron a sentar en círculos debajo de la Peña Alta, murmurando confundidos.

—Ninguno de los cachorros tiene seis lunas de edad, ¿no es así? —Pequeño Ganso escuchó como Paso Pequeño le preguntaba a Nariz de Centella.

—No, pensé que los cachorros de Canto de Gamo serían aprendices la próxima luna —respondió la gata de color jengibre.

Entre los gatos más cercanos a la maternidad, Pequeño Ganso miró inquisitivamente a su madre. Patas de Margarita miró hacia otro lado sin hablar. Pequeño Ganso de repente se preguntó si su madre no estaba contenta de que él fuera a hacerse aprendiz tan pronto. ¿Ella tenía miedo de que rompiera el código guerrero?

«*Está bien; ¡Tengo un don!*». Pequeño Ganso hundió sus pequeñas garras en la tierra, frustrado de que tuviese que mantenerlo en secreto incluso a su propia madre.

A su lado, Pequeña Luna estiró su cuello para ver a Pequeño Garza y sus compañeros de camada.

—¡De ninguna manera! —chilló ella—. ¿Quién va a ser aprendiz? ¡Pequeño Garza no me ha dicho nada a mí!

—Pequeño Ganso, ¡adelante! —la voz de Estrella de Cierva sonó en todo el claro.

Hubo un silencio aturdido. Pequeño Ganso tropezó hacia la líder y se paró debajo de la Peña Alta. Estrella de Cierva saltó con elegancia desde la roca y tocó la cabeza de Pequeño Ganso con la barbilla antes de dirigirse al Clan.

—Nube de Baya entrenará a Pequeño Ganso como un curandero —anunció—. Pequeño Ganso, desde este día en adelante, hasta que recibas tu nombre de curandero serás conocido como Zarpa de Ganso. Tu mentora será Nube de Baya, y espero que ella te transmita todo lo que sabe. —Zarpa de Ganso sintió el aliento de la líder caliente contra la piel de su oreja mientras ella le lamía la cabeza—. Buena suerte, pequeño —susurró. Zarpa de Ganso sintió el nudo en su vientre endurecerse, bajó su cabeza y cerró los ojos ya que hubo un estallido de maullidos detrás de él.

—¿Qué está pasando? ¡Solo tiene cuatro lunas!

—¡Es demasiado joven para ser un curandero!

—¡No quiero que me cuide si me lastimo!

Luego una nueva voz, más tranquila y más áspera que el resto, pero con fuerza, hizo que los otros gatos callaran

—Como curandera, les pido que confíen en mí como lo hacen en las demás cosas —Nube de Baya maulló con calma—. Esto es lo correcto, lo prometo.

—¿El Clan Estelar te dijo que hicieras esto? —dijo una voz desafiante que Zarpa de Ganso reconoció como la de Pelaje Lluvioso.

Hubo una pausa; entonces Nube de Baya maulló:

—Sí. Nuestros antepasados han elegido a Zarpa de Ganso para un camino especial. Yo debo hacer todo lo que pueda para ayudarlo para que siga ese camino.

Zarpa de Ganso respiró hondo y volteó. Para su alivio, algunos gatos lo llamaron por su nombre

—¡Zarpa de Ganso! ¡Zarpa de Ganso!

Él asintió agradecido hacia Canto de Alondra, Patas Susurrantes y su hermana, Pequeña Luna, pero los otros cachorros estaban deslumbrados, y el nuevo guerrero Cola de Tormenta curvó su labio para mostrar sus largos colmillos amarillos. Una imagen de un tejón feo, con el hocico blanco y negro gruñendo ferozmente, brilló a través de su mente.

Cuando Estrella de Cierva desapareció en su guarida y Corazón de Pino comenzó a organizar patrullas, la tensión crepitante en el aire se desvaneció, y Zarpa de Ganso comenzó a respirar más tranquilo. Otros gatos asintieron hacia él, no siempre los reconocía entre el desenfoque de cuerpos y caras. Se preguntaba si eran gatos muertos; él trató de notar la diferencia, pero no fue fácil.

Estaba bastante seguro de haber visto a la madre de Brisa de Ortiga al lado de la entrada de la guarida de los veteranos, y el gato marrón rayado que le había hablado de Zarpa Veloz.

Brisa de Ortiga pasó junto a él, oliendo a bilis de ratón y césped masticado.

—No pienses en ideas fantasiosas —gruñó—. ¿Cachorros convirtiéndose en aprendices a las cuatro lunas? Eso nunca habría sucedido en mis días

Zarpa de Ganso frunció el ceño, pero Pequeña Luna apareció a su lado, murmurando:

—No lo escuches. Él solo está molesto porque está cubierto de garrapatas.

Zarpa de Ganso miró a su hermana. Su pelaje ardía por la vergüenza.

—Lo siento —soltó—. Sé que no es justo que sea aprendiz antes de ti.

Pequeña Luna lo detuvo con un movimiento de su cola.

—Estoy orgullosa de ti —maulló—. ¿Por qué no lo estaría? ¡Vas a ser un curandero!

—Pero… ¿No me extrañarás? —Zarpa de Ganso maulló—. Tendré que dormir en la guarida de Nube de Baya ahora.

Pequeña Luna miraba más allá de él hacia los guerreros que estaban dando vueltas.

—Estaré bien —maulló distraídamente—. ¿Crees que podría hablar con Cola de Tormenta? ¿O va a pensar que soy una tonta cachorrita ahora que ya es un guerrero?

Zarpa de Ganso siguió su mirada. Cola de Tormenta estaba hablando con Vuelo de Viento y Bigotes de Ardilla, jactándose del tamaño de la paloma que había atrapado durante su evaluación. Zarpa de Ganso se encogió de hombros.

—Si estás dispuesta a escuchar lo genial que es, estoy seguro de que le encantaría hablar contigo —murmuró.

Pequeña Luna ya estaba trotando hacia el claro donde estaban los guerreros.

Zarpa de Ganso sintió que el aire se agitaba detrás de él. Nube de Baya lo estaba mirando desde la entrada a su guarida. Zarpa de Ganso se dio cuenta de que lo estaba esperando. Arrastró su patas hacia la brecha en los helechos, sintiéndose como si estuviera cayendo en un hoyo profundo del cual no había salida.

Zarpa de Ganso miró hacia la negrura mareante esperando a ser tragado. Cada pelo de su lomo se erizó, ondeando en el suave viento que barría las rocas. Una enorme figura blanca se alzaba hacia él, llevando consigo el aroma de las rocas más antiguas.

—Vamos, Zarpa de Ganso —Nube de Baya gruñó—. La luna saldrá pronto. —Se dio la vuelta y regresó por el túnel.

Zarpa de Ganso echó un último vistazo sobre su hombro. La colina se extendía lejos detrás de él, hacia una tenue línea gris la cual era el Sendero Atronador, antes de levantarse de nuevo hacia el páramo desnudo del Clan del Viento.

Más allá de eso estaba la densa y oscura masa de árboles donde dormía el Clan del Trueno, ajeno al viaje de los curanderos para la reunión de la media luna.

Las zarpas de Zarpa de Ganso le dolían por la caminata, y su mente todavía giraba con todo lo que había visto: no sólo el Sendero Atronador, la granja con perros ruidosos, y el enorme campo de hierba, pero también las caras de gatos desconocidos, gatos que sus compañeros no podían ver.

Un escuálido gato gris había muerto a los pies de la frontera del Clan del Viento, y el seto al lado del Sendero Atronador repetía los gemidos de un cachorro perdido llamando a su madre. Zarpa de Ganso había tratado de

hablarles a los dos, pero habían mirado directamente a través de él como si no pudieran verlo. ¿Eso significaba que estas cosas no habían sucedido todavía? Se preguntó si estaba teniendo visiones de cosas que pasarían en el futuro. Se estremeció y corrió para alcanzar a Nube de Baya.

Aquí en la Boca Materna había tres gatos mirando a Zarpa de Ganso, sus pelajes eran tan débiles que podía ver las rocas a través de ellos. Ellos asintieron alentadoramente mientras se preparaba para entrar al túnel.

El aprendiz decidió que debían ser gatos del Clan Estelar cuyas vidas ya habían pasado. Muy por debajo, en la oscuridad, podía escuchar a los curanderos sentándose en el suelo de piedra: Cardo Rojo y Zarpa de Salvia del Clan de la Sombra, Garra de Cebollín y Zarpa de Halcón del Clan del Viento, y Nariz de Eco del Clan del Río.

Zarpa de Ganso respiró hondo como si estuviera a punto de zambullirse en un río helado y entró en el túnel. El frío de la roca después de la noche cálida y pesada le quitó el aliento.

—Así es, sígueme —la voz de Nube de Baya retumbó más adelante. Zarpa de Ganso se escondió cerca de sus ancas peludas, inhalando su familiar olor a hierbas, mientras se agachaban.

Después de lo que pareció una eternidad, Zarpa de Ganso comenzó a ver a su mentora de forma perfilada contra una palidez difusa.

El túnel se abrió a una cueva casi completamente llena por una enorme roca brillante, más grande que la Peña Alta, casi tan grande como la Gran Roca, que Zarpa de Ganso había visto en los Cuatro Árboles en el viaje hacia ahí.

—Sigo pensando que es demasiado joven para estar aquí —murmuró Nariz de Eco, acostándose en el suelo de piedra al otro lado de la cueva—. ¿Cuatro lunas de edad? Debería estar mamando del vientre de su madre.

Zarpa de Ganso sabía que ella había sido mentora de Nube de Baya en el Clan del Río, y la vieja curandera parecía pensar que aún podía mandar a la curandera del Clan del Trueno.

—Si Nube de Baya cree que él necesita comenzar su entrenamiento ahora, entonces ¿quiénes somos para discutir? —maulló una profunda voz. Había sido Garra de Cebollín, del Clan de Viento. Había sido amable con Zarpa de Ganso en el viaje, ayudándolo a pasar debajo de un seto espinoso y asegurándole que los perros que ladraban no se podían acercar.

—¿Por qué tuve que esperar hasta que tuviese seis lunas para que me hicieras tu aprendiz? —susurró Zarpa de Halcón—. ¿El Clan Estelar no te envió una señal sobre mí?

Garra de Cebollín suspiró en la oscuridad.

—Te convertiste en mi aprendiz cuando era adecuado para ti —respondió—. Ahora cállate y cierra los ojos, asegúrate de estar tocando la Piedra Lunar con tu hocico.

Nube de Baya empujó a Zarpa de Ganso, y se arrastró sobre su vientre hasta que su nariz raspó la roca afilada. Él cerró sus ojos, luego los abrió de nuevo.

—¿Nube de Baya? —jadeó.

—¿Qué?

—¿Vamos a ver al Clan Estelar ahora, verdad?

—Sí. Tienes que estar muy quieto y en silencio para que vengan a ti.

—Pero los veo todo el tiempo, ¿no? En el campamento, en el camino hacia aquí. ¡Apuesto a que si yo miro a mi alrededor puedo ver algunos de ellos ahora!

Nube de Baya dejó escapar un suspiro.

—Tú no has visto todavía a los gatos más importantes del Clan Estelar. Necesitas estar en la Piedra Lunar para eso.

Zarpa de Ganso se retorció para mirar a su mentora.

—¿Cómo lo sabes? Yo no puedo decirte los nombres de todos los gatos que he visto. ¿Qué pasa si no necesito hacer esto en absoluto? Podría ser un curandero ahora.

—Has sido mi aprendiz por precisamente un cuarto de luna. ¿Conoces alguna hierba? ¿Cómo tratar una enfermedad? ¿Qué hacer si una reina está luchando por dar a luz? No. Definitivamente no eres un curandero aún —maulló Nube de Baya y empujó su mejilla con su pata delantera—. Pon tu nariz contra la Piedra Lunar y ve a dormir.

—¿Se callarán ustedes dos? —siseó Nariz de Eco.

—Lo siento —susurró Nube de Baya. Ella se inclinó hacia delante y presionó ampliamente el hocico contra la piedra.

Zarpa de Ganso yacía con la nariz cada vez más y más fría mientras los gatos a su lado se dormían. Escuchó sus respiraciones volverse más lentas y sintió como el aire se quedaba quieto. Suspiró. La piedra era demasiado incómoda para dormir, y sus patas hormigueaban por caminar tan lejos. Abrió los ojos un poco. Por encima de él, el cristal brillaba a la luz de la media luna vertiéndose a través de la pequeña brecha en el techo. Zarpa de Ganso pudo ver las formas de los gatos dormidos claramente a ambos lados. La aprendiza de Cardo Rojo, Zarpa de Salvia, dormía, su pelaje blanco brillaba como la roca. Zarpa de Ganso volvió a suspirar. Esto era totalmente aburrido. Empezaba a sentir frío y no tenía sueño en

absoluto Se preguntaba en cuantos problemas se metería si él regresaba por el túnel.

—¡Zarpa de Ganso! ¡Zarpa de Ganso!

El aprendiz se puso rígido. Alguien le había susurrado. ¿Uno de los aprendices se había despertado?

—¡Zarpa de Ganso!

Un par de ojos brillaban como las estrellas en las sombras al lado de la Piedra Lunar. Aparecieron dos orbes más, parpadeando, luego más y más, hasta que Zarpa de Ganso estuvo rodeado de gatos.

Fijando la vista en él. Comenzaron a moverse hacia él, una masa de pieles cambiantes convertidos en tonos de gris y plata por la luz de la luna.

—¡Te hemos estado esperando, Zarpa de Ganso! —exhaló uno de ellos.

—Durante mucho tiempo —siseó otro.

—¡Te vimos nacer!

—Y ahora debes escucharnos. Tenemos mucho que contarte.

Zarpa de Ganso dio un paso atrás, aplanando sus orejas.

—Esperen. Hay tantos de ustedes… ¿Puede hablar uno a la vez?

Un gato negro apareció en su rostro.

—¡El Clan del Trueno está condenado!

—¡Habrá un gato que arderá como el fuego!

—No confíes en nadie, ni siquiera en tus compañeros de Clan. Demasiados corazones son inconsistentes.

—¡Cuidado con la cara rayada y los dientes chasqueantes!

Zarpa de Ganso trató de acercarse al túnel.

—¡Deténganse! —rogó—. ¡Están asustándome! —Miró hacia los otros curanderos, pero todavía estaban durmiendo, aún estaban perdidos en sus sueños con el Clan Estelar. Pero ¿qué gatos eran estos a su alrededor ahora? ¿Por qué no lo habían esperado en sus sueños?

—Mucha agua, más de la que cualquier gato ha visto antes…

—Encontrarás amigos en inesperados lugares. Escucha lo que la medianoche tiene que decirte.

—¡El lago se tornará rojo con la sangre de los hermanos!

Zarpa de Ganso se golpeó una zarpa en la entrada al túnel. Con un grito, se dio media vuelta y huyó por la empinada piedra.

—¡El Clan de la Sombra se elevará sobre todos!

—¡El Leopardo y el Tigre se deleitarán con sus huesos!

—Ríos de sangre, lavando todo lo que los Clanes conocen…

Zarpa de Ganso ignoró el dolor en sus zarpas mientras corría por el túnel. Podía sentir el aire suave en sus bigotes, y algunos momentos después salió a la intemperie con sus flancos agitados y sin aliento.

Se detuvo tambaleándose junto a un montón de rocas y dejó que el silencio de la noche lo tranquilizara. Los gatos del Clan Estelar se habían quedado en el túnel. Estaba solo.

—¡Zarpa de Ganso! ¿Qué estás haciendo?

Zarpa de Ganso se dio la vuelta. Nube de Baya estaba parada en la boca del túnel, fulminándolo con la mirada.

—¡No puedes abandonar la Piedra Lunar antes de que termine la ceremonia! Todavía tengo que nombrarte como mi aprendiz ante el Clan Estelar. Vamos, los otros nos están esperando.

—El Clan Estelar ya sabe quién soy —Zarpa de Ganso jadeó—. Ellos vinieron a mí, todos ellos, con tantas profecías. No podía escucharlos a todos; estaba tan asustado. ¡Me dijeron que cosas terribles van a suceder! —soltó un gemido. Nube de Baya se acercó y presionó su hombro contra él.

—Todo está bien, pequeño. Cálmate. Tendremos que encontrar una manera de controlar esas visiones.

Zarpa de Ganso miraba salvajemente a la gata.

—¡No son visiones! ¡Estos gatos están en realidad aquí, a nuestro alrededor!

—Entonces tendrás que encontrar una manera de ignorarlos —Nube de Baya maulló—. Hay que hacer más cosas como curandero que sólo hablar con el Clan Estelar. Existen hierbas y formas de curar para aprender, y presagios para encontrar. Los otros gatos deben ver que te estás preparando para ser un curandero de la manera que esperan. Recuerda, nadie debe saber sobre tu… tu don. —Dijo la última palabra de mala gana.

«*Esto no es un don* —pensó Zarpa de Ganso—. *¡No quiero tener a todos estos gatos a mi alrededor! ¡No quiero ser un curandero! Solo quiero ser un guerrero*». Levantó la cabeza y miró al cielo estrellado. «*¡Encuentra otro gato con quien hablar, Clan Estelar!*».

Capítulo 5

—Consuelda, caléndula, borraja, pamplina…

—No, no, esta es pamplina, y esa otra es malva. —La gata extendió con su pata regordeta los trozos de hoja—. Inténtalo de nuevo.

—¡No quiero! —Zarpa de Ganso se dejó caer sobre la piedra caliente por el sol y miró al cielo despejado. El único sonido era el río corriendo al lado de las Rocas Soleadas interrumpido ocasionalmente por el ruido de un campañol que entraba en el agua—. Hace demasiado calor para recordar cualquier cosa. Cuéntame una historia sobre el Clan del Leopardo, Nariz de Pera. ¡Por favor!

—¡Ya no eres un cachorro, Zarpa de Ganso! Y no mereces ser un aprendiz de curandero si no comienzas a aprender sobre las hierbas. Ahora puedes decirme qué es esto y para qué lo usarías.

Zarpa de Ganso miraba fijamente la hoja colgando de la pata de Nariz de Pera. Parecía consuelda, excepto que la consuelda era más peluda. ¿Podría ser perifollo? Esa no, era más delgada y más oscura.

—¿Tanaceto, para tratar la tos? —intentó adivinar.

Nariz de Pera sacudió la cabeza.

—No, es milenrama para vomitar. Pero estás en lo correcto, el tanaceto es bueno para la tos.

—¿Ves? Creo que mi cerebro se ha derretido. ¡No puedo recordar nada! —Zarpa de Ganso insistió.

—¿Con quién estás hablando? —Suaves pasos detrás de él hicieron que Zarpa de Ganso se girara. Zarpa de Luna lo estaba mirando, con ojos entrecerrados.

—Uh, nadie —Zarpa de Ganso tartamudeó, levantándose tan rápido que mezcló sus montones de hojas.

Zarpa de Luna se acercó y estudió las hierbas.

—Wow. Todas parecen iguales.

—Dímelo a mí —suspiró el aprendiz de curandero.

—¿Estás seguro de que no hay nadie aquí? —Zarpa de Luna presionó a Zarpa de Ganso, mirando a su alrededor.

—Bueno, ¿puedes ver a alguien? —la desafió su hermano.

—No, pero…

«*¡Tu don debe permanecer en secreto!*», las palabras de Nube de Baya hicieron eco en su mente. Zarpa de Ganso suspiró.

—A veces me hablo a mí mismo, eso es todo. Es más fácil recordar todas las hierbas si las digo en voz alta.

—Eso es un poco extraño. —Los ojos amarillos de Zarpa de Luna ardieron en él—. Nube de Baya no habla sola.

—No soy Nube de Baya —Zarpa de Ganso replicó.

—¡Zarpa de Luna! ¿Dónde estás?

Zarpa de Ganso vio una forma gris azulada moviéndose a través de los juncos al otro lado de las Rocas Soleadas. Una imagen de una larga cara puntiaguda con rayas blancas y negras tensas de furia, llenaron su mente. Empujó esa imagen de su mente con esfuerzo.

—Cola de Tormenta te está buscando —le dijo a su hermana—. Será mejor que te vayas.

Zarpa de Luna ya estaba saltando sobre las rocas.

—¡Estoy yendo! —maulló.

—¡Cualquier gato pensaría que es tu mentor! —Zarpa de Ganso le gritó—. No hagas demasiado obvio cómo te sientes sobre él, Zarpa de Luna. Solo hará que su cabeza sea más grande.

La gata gris plateada hizo una pausa y lo miró de nuevo.

—Al menos Cola de Tormenta es normal —respondió—. Por qué tienes que ser tan… tan diferente? —Se dio la vuelta y desapareció entre los helechos.

Zarpa de Ganso revolvió gruñonamente las hierbas apiladas.

—¡Oye! ¡No las mezcles! —Nariz de Pera protestó—. Puede ser la estación de la hoja nueva, pero vale la pena guardar cada hoja.

—Voy a recoger un poco más —espetó el aprendiz.

—No si no puedes recordar cómo son —bromeó Nariz de Pera. Su tono se suavizó—. Mira, sé lo que es ser aprendiz de curandero cuando tus hermanos se están preparando para ser guerreros. Se siente como si nunca entienden lo que haces. Pero nada –ni los nombres de las hierbas, ni los trucos para sanar– es más importante que ser leal a tu Clan. Y eso incluye a todos tus compañeros de Clan, especialmente cuando eres un curandero.

—Sería más fácil ser leal si no me trataran como a un solitario —Zarpa de Ganso se quejó—. Quizás yo debería aceptar que nunca tendré amigos porque sigo un camino diferente al de ellos.

Nariz de Pera resopló.

—Algunas veces, Zarpa de Ganso, creo que haces tu camino más diferente de lo que debe ser. Cuando seas tan viejo como yo, te darás cuenta de que todos los gatos: cachorros, aprendices, líderes y veteranos son iguales debajo de su pelaje. Tus compañeros de Clan necesitan poder confiar en ti, verte como uno de ellos, si los vas a tratar cuando estén enfermos o lesionados. Ahora lleva estas hierbas de vuelta al campamento y verifica si Brisa de Ortiga tiene garrapatas de nuevo. No creo que hayas usado suficiente bilis de ratón sobre él.

Zarpa de Ganso se puso de pie. «*¡Al menos Zarpa de Luna tiene un solo mentor para ser mangoneada!*». ¡A veces sentía como si Nube de Baya y Nariz de Pera fuesen a hacer que se le cayeran las orejas de tanto molestarlo!

Se sumergió en los helechos, deleitándose de la sensación de las frondas rozando su pelaje. Se imaginaba que era como sumergirse en un fresco río, bajo el cielo y los árboles y todos los aromas del bosque… Zarpa de Ganso se detuvo. Podía oler algo debajo de los helechos: la madera recién cortada se cubrió con un fuerte sabor agrio que le arrugó la nariz. Había olido esto antes, pero ¿dónde? «*¡El Poblado de los Dos Patas!*». Ese era el aroma de la frontera en el borde mismo del territorio del Clan del Trueno. Pero no estaba cerca. ¿Por qué podía olerlo aquí? Las orejas de Zarpa de Ganso fueron invadidas con fuertes zumbidos. Dejó caer las hierbas al suelo, mientras este retumbaba bajo sus zarpas, haciéndolo tambalearse de lado. Ahora podía oler a otros gatos: humedad, aromas no deseados, así como los sofocados olores de los Dos Patas y de las flores. «*¿Mininos Caseros?*». ¿Que estaban haciendo en territorio del Clan del Trueno?

Zarpa de Ganso parpadeó. Los helechos desaparecieron, o al menos se desvanecieron hasta que parecían estar muy lejos. En cambio, él estaba al borde de los densos pinos, de pie en la exuberante hierba verde al lado del borde de los Dos Patas. Abruptamente el zumbido en sus oídos fue atravesado por los chillidos y los aullidos de gatos peleando, una maraña de pelajes retorciéndose que se tambalearon hacia él, luego se apartaron. Zarpa de Ganso miró con horror a medida que fluían más mininos caseros sobre la frontera y desaparecían en la lucha. Se esforzó por distinguir los pelajes individuales, por el olor sabía que era una patrulla del Clan del

Trueno siendo atacada, pero estos eran… ¿sus compañeros de Clan o gatos de hace mucho tiempo? Zarpa de Ganso miró más de cerca, tratando de reconocer a cada gato, pero se movían demasiado rápido y estaban demasiado enredados con sus atacantes. Hizo una mueca cuando vio un gato blanco y claro hundiendo sus dientes en el cuello de un gato marrón atigrado.

—Esos mininos caseros son más fuertes de lo que pensarías —ronroneó una voz en la oreja de Zarpa de Ganso.

Se dio la vuelta para ver a una gata blanca y carey de pie a su lado. Sus ojos ambarinos brillaron con deleite mientras miraba la lucha de los gatos.

—¿Quién eres tú? —Zarpa de Ganso le susurró a la gata quien movió las orejas sin quitarle la mirada a la pelea.

—¿He sido olvidada tan pronto? —murmuró ella.

Zarpa de Ganso saltó cuando un gato cayó al suelo cerca de sus patas, arrojado por un minino casero con un largo pelaje negro. Intentó distinguir la cara del gato herido, pero el zumbido había regresado a sus oídos; de repente se vio rodeado de helechos de nuevo. Zarpa de Ganso parpadeó. Estaba de vuelta en las Rocas Soleadas. Los gatos combatiendo, la extraña gata observándolos, los pinos y la frontera de los Dos Patas habían desaparecido. Pero Zarpa de Ganso no pudo olvidar los chillidos de terror y el sabor amargo del miedo aferrado a su lengua. Nunca había estado completamente sumergido en una visión antes. Todo había sido más fuerte, más brillante, más vívido que en sus visiones previas. Con el pelo erizado, corrió a través de los arbustos cayéndose en el barranco, interrumpiendo en el claro sorprendiendo a los aprendices que estaban parados en el montón de carne fresca.

—¿Estás siendo perseguido por un zorro? —Zarpa de Garza llamó.

—Zarpa de Ganso siempre huele a hierbas. ¡Es más probable que lo persiga un conejo! —Zarpa de Amapola bromeó.

Zarpa de Luna y Zarpa de Conejo resoplaron de risa. Cola de Tormenta levantó la vista desde el otro lado del montón de carne fresca.

—Querrás tener más cuidado, Zarpa de Ganso —ronroneó—. Incluso los conejos pueden ser peligrosos cuando no sabes cómo defenderte.

Zarpa de Conejo se alzó sobre sus patas traseras.

—¡Este conejo siempre es peligroso! —maulló bajando sus patas delanteras sobre Zarpa de Garza.

El gato marrón oscuro se encogió de hombros.

—¡Deja de tontear!

Zarpa de Ganso notó a su hermana mirándolo con el ceño fruncido, como si ella estuviera preocupada por cómo reaccionaría él. Él se obligó a alisar su pelaje y bajó su cola.

—No hay zorros o conejos detrás de mí hoy —maulló—. Algo me ha asustado, eso es todo. —Los chillidos de la pelea contra los gatos domésticos sonaron en sus oídos por un momento, y sacudió la cabeza para aclararla—. ¿Dejaron algo de carne fresca para mí? —preguntó.

—¿Zarpa de Ganso? ¿Eres tú? —Nube de Baya salió de los helechos, olfateando—. ¿Trajiste de vuelta las hierbas que te di?

El vientre de Zarpa de Ganso se sacudió. Dejó caer todas las hojas cuando tuvo la visión del ataque de los mininos caseros.

—Er, no, las dejé… —empezó.

Fue interrumpido por Corazón de Pino apareciendo desde la guarida de Estrella de Cierva.

—¿Ya ha vuelto la patrulla de Bigotes de Ardilla? —maulló, mirando el claro a su alrededor.

Canto de Alondra levantó la vista de la paloma que estaba compartiendo con Patas Susurrantes.

—Todavía están afuera.

Corazón de Pino entrecerró los ojos.

—Pero salieron antes que tu patrulla. ¿Por qué tardan tanto?

Zarpa de Ganso se congeló. Se imaginó al guerrero que había caído a sus patas en el espesor de la batalla. La imagen no era tan clara como había sido antes, pero él recordó el pelaje marrón atigrado, aterrorizados ojos ambarinos, largos bigotes pálidos… ¿Fue la patrulla de Bigotes de Ardilla atacada por mininos caseros?

Zarpa de Ganso estuvo a punto de decir algo cuando vio los ojos de Zarpa de Luna. «*Ella quiere que yo sea normal, ¿verdad?*». No podía estar seguro de que esos en la pelea fueran sus compañeros de Clan. Zarpa de Ganso cerró la boca y se volvió de nuevo al montón de carne fresca. Su primer bocado de campañol se sintió como si estuviera asfixiándolo. Los aullidos de gatos asustados seguían resonando en sus oídos, y todo lo que podía oler era miedo, sangre y el olor enfermizo del Poblado de los Dos Patas.

—¿Estás bien? —le preguntó Zarpa de Luna en voz baja.

Zarpa de Ganso sacudió la cabeza. Abandonando el campañol, se dirigió hacia la guarida de la líder debajo de la Peña Alta. Nube de Baya estaba adentro, hablando con Corazón de Pino y Estrella de Cierva. Zarpa de Ganso se detuvo en la entrada y tosió.

—¿Zarpa de Ganso? —Estrella de Cierva lo llamó—. Adelante.

Estaba oscuro dentro de la guarida, y Zarpa de Ganso apenas podía distinguir las formas de los tres gatos. Se paró en la entrada, parpadeando.

—Nube de Baya, necesito hablar contigo —maulló.

Una de las formas se movió hacia él.

—¿Qué es? —sonaba malhumorada y el corazón de Zarpa de Ganso se hundió. ¿Estaba su mentora de humor para escuchar sobre esto?

—Vi algo en el camino de regreso de las Rocas Soleadas —susurró, esperando que Estrella de Cierva y Corazón de Pino no lo escucharan—. Yo… Estaba en el Poblado de los Dos Patas, viendo una batalla entre los gatos del Clan del Trueno y gatos domésticos. Yo creo que Bigotes de Ardilla era uno de esos gatos.

Nube de Baya se acercó a él, su aliento calentaba su hocico.

—¿Tú crees que era una visión del futuro?

Zarpa de Ganso tragó.

—No lo sé —confesó—. Mis otras visiones se han sentido diferente, más… distantes. Esta se sentía como si yo estuviera justo en el medio.

La vieja gata entrecerró los ojos.

—¿Quieres decir que podría estar sucediendo justo ahora?

Zarpa de Ganso se encogió de hombros.

—Como dije, no lo sé. Pero pensé que debería decírtelo a ti.

Nube de Baya se enderezó.

—Hiciste lo correcto. —Se giró hacia los otros gatos que estaban dentro de la guarida—. Deberíamos enviar una patrulla para encontrar a Bigotes de Ardilla y los otros. Podrían estar en peligro.

Estrella de Cierva se puso de pie, su pálido pelaje brillaba entre las sombras.

—¿Qué quieres decir? ¿El Clan Estelar te ha enviado una señal?

Nube de Baya miró a Zarpa de Ganso.

—No a mí —maulló—. Pero pienso que debemos tratarlo seriamente.

Zarpa de Ganso agachó la cabeza cuando sintió que los ojos de Estrella de Cierva se posaron sobre él. Hubo una pausa; entonces la líder maulló:

—Corazón de Pino, toma una patrulla de guerreros y sigue las huellas de Bigotes de Ardilla. Nube de Baya, ¿sabes dónde podríamos encontrarlos?

La curandera tocó el flanco de Zarpa de Ganso con su cola. Sin mirar, el aprendiz murmuró:

—En el Poblado de los Dos Patas.

—Bien —maulló Estrella de Cierva—. Vamos rápido, Corazón de Pino.

El lugarteniente vaciló, pasando todo su peso de una pata a otra.

—¿De verdad solo porque un aprendiz lo dice?

Zarpa de Ganso miró una grieta en la tierra, deseando poder desaparecer.

A su lado, Nube de Baya levantó la cabeza.

—Y porque yo lo digo. Recuerda que Zarpa de Ganso y yo somos tus curanderos.

Zarpa de Ganso se arriesgó a mirar a Corazón de Pino. El gato de pelaje color rojizo como el de un zorro miraba a Nube de Baya. De repente el aroma de los mininos caseros se hizo más fuerte, llenando la nariz y la boca de Zarpa de Ganso hasta que pensó que se iba a ahogar. Se dio la vuelta, asustado de que las mascotas hubieran asaltado el campamento y estuvieran a punto de invadir la guarida de Estrella de Cierva. Pero todo estaba tranquilo, y ninguno de los gatos a su lado se habían movido.

—Solo ve, Corazón de Pino —Estrella de Cierva ordenó—. No digas nada a los demás sobre la posibilidad de problemas, pero no hay nada que perder al asegurarse que la patrulla de Bigotes de Ardilla esté a salvo.

El lugarteniente bajó la cabeza y pasó junto a Zarpa de Ganso fuera de la guarida. Estrella de Cierva miró a Zarpa de Ganso por unos momentos, luego se volvió hacia Nube de Baya.

—Espero tener la razón al confiar en ti —murmuró.

«*¡No estoy inventando esto!*», Zarpa de Ganso pensó ferozmente.

Nube de Baya rozó su cola contra él.

—Vamos —maulló—. Nosotros necesitamos acomodar nuestras hierbas si es que hay heridas para tratar.

Asintiendo con la cabeza a Estrella de Cierva, ella lo sacó de la guarida.

Los aprendices estaban mirando el túnel de aulagas, que todavía temblaba con la rápida salida de la patrulla de Corazón de Pino.

—¿Qué está pasando? —preguntó Zarpa de Conejo.

—Corazón de Pino ha ido a comprobar que la patrulla de Bigotes de Ardilla esté bien —Nube de Baya respondió a la ligera—. Nada de qué preocuparse. —Se metió en los helechos, luego miró a Zarpa de Ganso, que se había detenido—. ¿Qué pasa?

Zarpa de Ganso miró fijamente a las aulagas. Imaginando a Corazón de Pino y a los guerreros corriendo por el bosque hasta la frontera con el

Poblado de los Dos Patas. ¿Estarían a tiempo para ayudar a Bigotes de Ardilla?

—Ojalá pudiera ir con ellos —maulló.

—No estás entrenado para pelear —Nube de Baya le recordó—. Eso no es lo que hace un curandero. ¿Ahora me vas a ayudar con estas hierbas? Viendo que dejaste una buena parte de ellas en algún lugar del bosque hoy…

Zarpa de Ganso estaba tratando de separar las telarañas de sus patas cuando escuchó el estruendo de gatos entrando al campamento. Salió corriendo de la guarida con una telaraña blanca y pegajosa arrastrándose detrás de él.

—¡Espérame! —Nube de Baya lo llamó, pero Zarpa de Ganso la ignoró y se metió a través de los helechos. El claro estaba lleno de gatos que se arremolinaban como peces en un pequeño charco.

Zarpa de Ganso se puso de puntillas y vio a Corazón de Pino, Cola de Tormenta, Canto de Alondra… todos los gatos que habían ido a buscar a la patrulla desaparecida, la multitud se movió y de repente, Zarpa de Ganso vio una forma marrón oscura acurrucada en el suelo, rezumando senderos escarlatas de sangre. ¡Bigotes de Ardilla! Comenzó a avanzar, pero Nube de Baya ya estaba corriendo a su lado.

—¡Déjenme pasar! —aulló y los gatos se hicieron a un lado para dejarla agacharse al lado de la guerrera herida.

Zarpa de Ganso vio al resto de la patrulla de Bigotes de Ardilla: Salto de Venado, Caída de Roca, Nariz de Centella, todos maltratados, sangrando y mirando sorprendidos, pero de pie.

—Estaban siendo atacados por mininos caseros —informó Corazón de Pino a Estrella de Cierva—. Eran superados en número, y los mininos caseros los tomaron por sorpresa. Nosotros los enviamos a casa con algunas orejas desgarradas, lo prometo.

—¡Gracias al Clan Estelar que los encontraste! —Canto de Gamo jadeó. Ella había estado en una patrulla de caza, la cual acababa de regresar.

—Tuvieron suerte de que Corazón de Pino fuera a buscarlos —acordó Pelaje Lluvioso.

—No tuvo nada que ver con la suerte —Estrella de Cierva maulló.

Zarpa de Ganso sintió que su pelaje ardía. Nube de Baya lo miró por encima del hombro y sacudió levemente su cabeza, como advirtiéndole que su secreto estaba a salvo con ella. Pero Estrella de Cierva ya había

saltado a la parte superior de la Peña Alta y estaba llamando al Clan para una reunión.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan aquí abajo! —aulló—. Tenemos que agradecer al Clan Estelar por la victoria sobre la batalla con los mininos caseros hoy, y no solamente al Clan Estelar. —Miró hacia Zarpa de Ganso, quien sintió como los gatos a su alrededor se alejaban, dejándolo en un parche desnudo de arena—. Bigotes de Ardilla y su patrulla deben su rescate a uno de sus compañeros de Clan, ¡un aprendiz, nada menos! Fue la visión de Zarpa de Ganso que llevó a Corazón de Pino directo al ataque. Gatos del Clan del Trueno, ¡tenemos un poderoso curandero entre nosotros! Y si Nube de Baya está de acuerdo, me gustaría que Zarpa de Ganso recibiera su nombre completo como un signo de nuestra gratitud y orgullo.

Zarpa de Ganso parpadeó. Detrás de él, él escuchó a los aprendices murmurando asqueados.

—¡Solo ha estado entrenando por tres lunas! —Zarpa de Amapola se quejó.

—¡Yo solo he sido aprendiza por una luna! —Zarpa de Luna lloró—. ¡Eso no es justo!

—¿Qué te hace tan especial? —gruñó una voz al oído de Zarpa de Ganso. Era Cola de Tormenta.

Zarpa de Ganso se dio la vuelta y miró furiosamente al guerrero.

—No tienes idea de lo que yo puedo hacer. —La imagen de un tejón se alzaba sobre él. «*¡Si todas mis visiones se hacen realidad, entonces esta también! ¡Cola de Tormenta va a tratar de matarme con un tejón!*».

Zarpa de Ganso hundió sus garras en la tierra para mantenerse de pie.

—Yo sé que es lo que me harás —siseó—. Y estaré preparado, ¡solo espera y verás!

Cola de Tormenta parecía desconcertado.

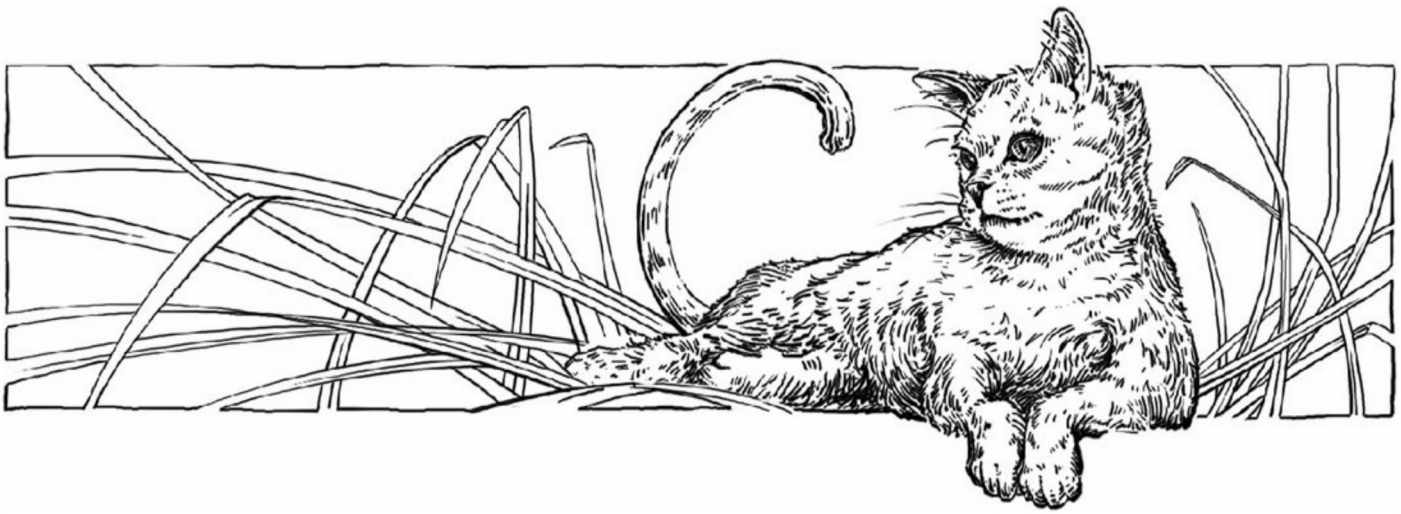
—Eres raro.

Nube de Baya salió de la multitud y bajó la cabeza.

—Eres muy generosa, Estrella de Cierva. Con gusto le daré a Zarpa de Ganso su nombre completo en la próxima media luna. Pero estoy segura de que él sabe que todavía tiene mucho que aprender y su entrenamiento continuará hasta que me llamen para unirme al Clan Estelar. —Posó su clara mirada amarilla en Zarpa de Ganso y él asintió.

Zarpa de Ganso ignoró las miradas furiosas de Zarpa de Conejo y Cola de Tormenta. Solo estaban celosos. Vislumbró a Bigotes de Ardilla a través de la multitud, quien levantó la cabeza lo suficiente como para

asentir de agradecimiento. Zarpa de Ganso sintió un orgullo que revolvía su vientre. «*¡Ningún otro gato ve tanto como yo! ¡Mantendré a mi Clan a salvo para siempre!*».



CAPÍTULO 6

—Zarpa de Ganso, ¿prometes respetar el sistema de los curanderos, mantenerte al margen de las rivalidades entre Clanes, y proteger a todos los gatos igualmente, incluso a costa de tu propia vida?

Zarpa de Ganso inclinó su cabeza ante la luz brillante de la Piedra Lunar y trató de ignorar los murmullos que venían de las sombras como siempre, la pequeña caverna estaba llena de ojos, voces susurrándole terribles amenazas y profecías que hacían eco alrededor de los muros de piedra. Parecía como si todos los gatos del Clan Estelar estuvieran ahí para verter sus advertencias en sus oídos.

Advertencias que no podía distinguir, que solo hacían que su pelaje y su cola se erizaran de miedo.

—Sí, lo prometo —respondió.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre de curandero. Zarpa de Ganso, a partir de este momento serás conocido como Pluma de Ganso. El Clan Estelar honra tu poder de ver más allá, y te damos la bienvenida como un curandero de pleno derecho en el Clan Trueno. —Nube de Baya descansó su hocico brevemente sobre su cabeza, Luego dio un paso atrás—. ¡Pluma de Ganso! ¡Pluma de Ganso!

—¡Pluma de Ganso! —susurraron gatos invisibles.

Pluma de Ganso hizo una mueca; entonces Zarpa de Salvia aclamó:

—¡Pluma de Ganso!

El aire de la cueva al instante se sintió más cálido. Pluma de Ganso parpadeó agradecido con la aprendiza de blanco pelaje del Clan de la Sombra.

—Bienvenido a la vida de curandero, Pluma de Ganso —maulló Garra de Cebollín del Clan del Viento. Su aprendiz, Corazón de Halcón, asintió, había recibido su nombre completo la última media luna.

Nariz de Eco se sorbió la nariz.

—Espero que él no tenga ideas fantasiosas sobre saber tanto como el resto de nosotros —murmuró.

Nube de Baya levantó la cola.

—Pluma de Ganso sabe que nunca dejará de aprender —ronroneó.

Pluma de Ganso luchó contra un destello de enfado. «*¡Ya puedo hacer más que cualquiera de ustedes! Veo a todos los gatos que se han ido ante nosotros, y cosas que aún no han sucedido. ¡No tienen idea de qué poderes tengo!*».

Las voces se hicieron más fuertes dentro de su cabeza, como si los gatos invisibles supieran lo que él estaba pensando.

—¡La sangre derramará sangre!

—¡La oscuridad, el aire, el agua y el cielo se reunirán!

—¡Es un minino casero!

—¡El agua la destruirá!

—¡Solo el fuego salvará al Clan!

«*¡Cállense!* —Pluma de Ganso chilló silenciosamente—. *¡Es demasiado! ¡No sé de qué están hablando!*».

La mentora de Zarpa de Salvia, Cardo Rojo, sacudió su pelaje rojo oscuro.

—Es tiempo de ir a casa —maulló—. Tengo tanto frío que no puedo sentir mis patas. —Salió cojeando de la cueva con Zarpa de Salvia a su lado.

Nube de Baya asintió con la cabeza a Pluma de Ganso, y huyó por el túnel, empujando a las gatas del Clan de la Sombra. Las voces se desvanecieron detrás de él, tomando bocanadas profundas del aire frío de la noche. Sabía que su don era especial, y que no tenía más remedio que servir a su Clan como un curandero. Pero aquí, lejos bajo tierra, en la reluciente luz del cristal bañado por la luna, el don de Pluma de Ganso parecía más de lo que él posiblemente podría soportar.

—¡Por el Clan Estelar! ¿Estamos sin borraja ya? —Nube de Baya metió la cabeza en la grieta, luego la retiró, estornudando—. Nada más que polvo ahí dentro. Necesitarás reunir borraja también, Pluma de Ganso.

Él puso los ojos en blanco.

—A este ritmo voy a traer la mitad del bosque —maulló—. ¿No puedo llevar a uno de los aprendices conmigo?

Nube de Baya sacudió un trozo de hoja de su oreja y clavó su mirada en él.

—En lo que a mí respecta, eres un aprendiz. Fue idea de Estrella de Cierva darte tu nombre de curandero, no mía.

Pluma de Ganso se erizó.

—¡Me lo gané! ¡Yo vi a los gatos domésticos atacando a nuestra patrulla!

La vieja gata blanca se volvió hacia un montón de hojas.

—Tus visiones son un regalo del Clan Estelar. Todo lo demás lo tendrás que aprender. Ahora ve a buscar esas hierbas mientras todavía estén verdes.

Pluma de Ganso se agachó a través de los helechos, que se estaban volviendo marrones a medida que el clima se enfriaba y los días se acortaban. En el claro, los aprendices acababan de regresar de una patrulla fronteriza con sus mentores. Pluma de Ganso asintió hacia ellos, pero ellos solo lo miraron fijamente. El curandero sintió un destello de rabia. ¿Por qué lo trataban como a un proscrito? No entendían lo importante que eran sus poderes.

Incluso Zarpa de Luna miró hacia el suelo mientras pasaba.

—¡No pienses que eres mejor que nosotros solo porque tienes tu nombre! —siseó Zarpa de Conejo.

—Escuché eso —gruñó su mentor, Patas Susurrantes. Pero no hizo que Zarpa de Conejo se disculpara; todo lo contrario, Patas Susurrantes sacudió la cabeza mientras Pluma de Ganso pasaba a su lado.

«*¿Todos mis compañeros de Clan están resentidos por mi nuevo nombre?*», Pluma de Ganso se preguntó.

Canto de Alondra, con su vientre hinchado por los cachorros que estaba esperando, parpadeó con simpatía hacia él.

—No dejes que te molesten —susurró—. Solo nos tomará a todos un tiempo acostumbrarnos a la idea de tener un curandero tan joven.

Pluma de Ganso se encogió de hombros.

—No es mi problema —maulló.

Se metió en el túnel de aulagas, haciendo una mueca cuando un mechón de su pelaje gris se enredó en una espina. Salió del barranco y se dirigió directamente al bosque. Había un poco de consuelda a medio camino de los Cuatro Árboles, aún había varias plantas frescas desde la

última vez que visitó aquel lugar. Los árboles estaban en silencio, el aire era interrumpido ocasionalmente por las hojas marrones que caían. Una rozó la nariz de Pluma de Ganso, y él ronroneó divertido. Al principio había sido alarmante ver el bosque desvanecerse tan frágilmente, pero Nube de Baya le había asegurado que volvería a la vida en la hoja nueva, después de que pasaran las largas y frías lunas de la estación sin hojas.

Llegó a la consuelda y comenzó a recoger las hojas más grandes, pellizcando abajo del tallo para que fueran más fáciles de llevar. Las estaba apilando cuando escuchó un ruido estrepitoso a su lado. Pluma de Ganso se dio vuelta sobre sí mismo cuando unos helechos se abrieron dando paso a Cola de Tormenta.

El guerrero azul grisáceo hizo una pausa cuando vio a Pluma de Ganso y le mostró sus dientes.

—¡Cuidado! —gruñó. Saltó al lado de Pluma de Ganso y desapareció en las zarzas.

Hubo un momento de quietud, y de repente Pluma de Ganso sabía exactamente lo que iba a suceder. Sabía que esto pasaría desde que era un pequeño cachorro, y en cierto modo lo había esperado toda su vida. Esta había sido su primera visión, y como todas las demás, estaba condenada a hacerse realidad.

El bosque respiró profundamente a su alrededor, y una enorme figura de color blanco y negro surgió a través de los helechos, bramando con furia. Pluma de Ganso se preparó. El tejón lo había encontrado.

Era mucho más grande de lo que había imaginado, pero la cara estrecha y rayada era igual, y sus dientes afilados babeaban. La criatura posó sus ojos negros y brillantes sobre él y se abalanzó hacia él con un rugido. No hubo momento para recordar cualquiera de los movimientos de batalla que Pluma de Ganso había visto practicar a los aprendices. Se dejó caer al suelo acurrucándose como una pequeña bola. El terror que había sentido cuando era un pequeño cachorro lo inundó de nuevo, clavándose en su pecho como garras

—¡Patas de Margarita! —susurró.

El tejón cayó en sus cuatro patas sobre él con un ruido sordo, atrapando a Pluma de Ganso bajo su vientre. Su pelo apestaba a carne podrida, y su pelaje era áspero y erizado. Pluma de Ganso intentó liberarse, pero el tejón giró mucho más rápido a pesar de su gran tamaño y sostuvo a Pluma de Ganso con su masiva pata. Sus enormes garras afiladas se hundieron en el pelaje del curandero, y éste se quedó quieto con tanto miedo que ni siquiera podía temblar.

«*¿Es así como terminará?* —se preguntó, su mente estaba extrañamente clara—. *Si veo a un gato muerto ahora, ¿será para llevarme al Clan Estelar?*».

El tejón parecía perplejo por su falta de resistencia. Lo hizo rodar bruscamente de lado y bajó la cabeza para olfatearlo. A Pluma de Ganso le dieron arcadas por el mal aliento que le llenó la nariz. Entonces el tejón curvó sus labios hacia atrás, revelando sus rotos dientes amarillos y Pluma de Ganso de repente supo que no quería morir. Soltó un chillido, sacudiéndose salvajemente debajo de la pata del tejón hasta que pudiera salir de su agarre. Con un chasquido, el tejón cerró las fauces y lanzó a Pluma de Ganso otra vez. Pluma de Ganso sabía que tenía que hacer algo para defenderse, un movimiento de batalla inteligente con sus garras o dientes, pero todo lo que sabía era sobre hierbas. Y gatos muertos.

—¡Ayúdenme! —aulló.

El tejón gruñó como si le gustase la idea de que su presa hiciera ruido. Aplastó a Pluma de Ganso en el suelo con su pata delantera cerniéndose sobre él. Un hilo de baba cayó en el ojo de Pluma de Ganso.

—¡Suéltalo! —hubo un chillido detrás del tejón y la cabeza enorme del animal se apartó de Pluma de Ganso.

Parpadeando por la baba, vio una pequeña forma plateada aferrada al hombro del tejón.

—¡Déjalo en paz!

—¡Zarpa de Luna! ¿Qué estás haciendo? —Pluma de Ganso aulló.

Su hermana no levantó la vista al clavar sus garras en el cuello del tejón.

—Salvándote, cerebro de ratón. ¡Sal de aquí mientras puedas!

El tejón se retorcía queriendo morder a su atormentadora la cual estaba sobre su lomo. Una de sus patas delanteras casi derribó a Pluma de Ganso, pero él se revolvió entre las zarzas hasta que estuvo fuera de alcance. «*No puedo dejar sola a Zarpa de Luna para que luche por su cuenta*», pensó desesperadamente. Pero él sabía que no había nada que pudiera hacer para ayudarla. Él no tenía habilidades para pelear. De repente hubo un estallido de patas, y una horda de formas borrosas saltaron sobre el tejón. Los aullidos partieron el aire, y el tejón se vio atrapado bajo el ataque de los guerreros. Pluma de Ganso vio como Patas de Margarita rasgaba la oreja del tejón con sus garras, mientras Vuelo de Viento embestía su corta cola. Zarpa de Luna hundió sus dientes una vez más en la nuca del tejón; entonces el poderoso animal soltó un gruñido y comenzó

a arrastrarse hacia el helecho. Uno por uno, los guerreros se dejaron caer al suelo y lo persiguieron, bufando y gruñendo.

Solo quedaba Zarpa de Luna, sus flancos estaban agitados y la sangre corría sobre su ojo.

—¡Pluma de Ganso! —jadeó—. ¿Estás ahí?

Pluma de Ganso salió de debajo de las zarzas.

—Estoy aquí —maulló—. ¡Me salvaste la vida, Zarpa de Luna! ¡Gracias! —Se puso de pie y trató de restregar su hocico contra su cabeza, pero ella se agachó.

—¡No deberías estar solo si no puedes defenderte! —siseó—. No puedo creer que te hayan dado tu nombre completo cuando ni siquiera sabes cómo pelear.

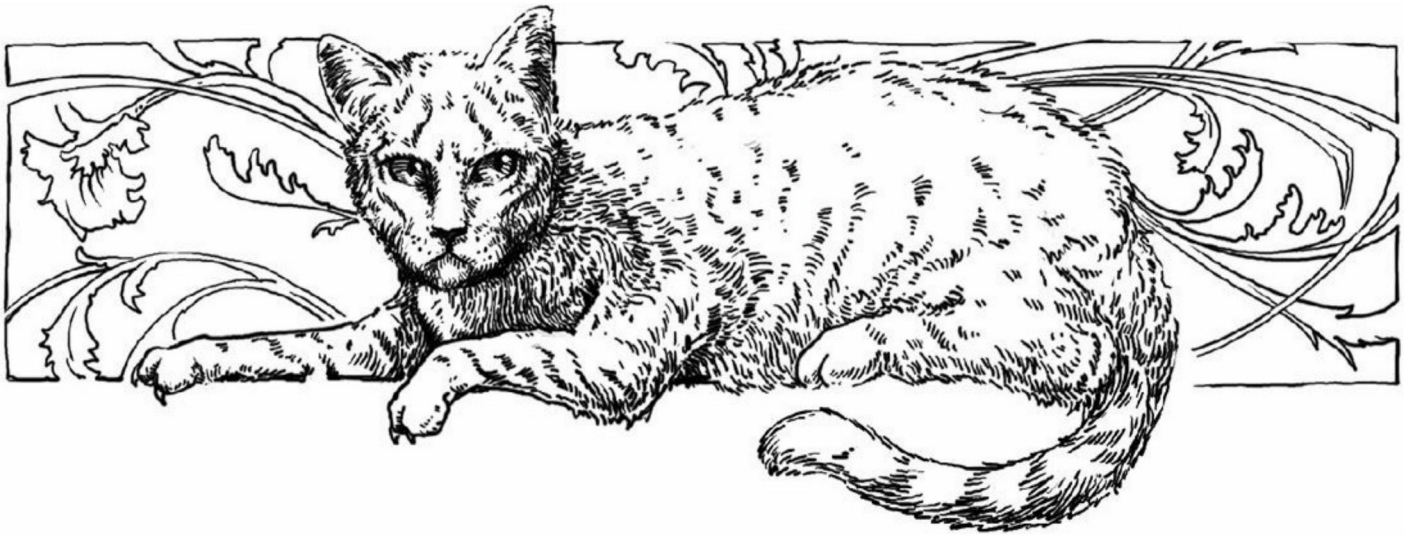
Pluma de Ganso sacudió la cabeza.

—Espera, no es mi culpa que el tejón me haya atacado. Fue culpa de Cola de Tormenta…

Zarpa de Luna lo miró fijamente.

—¿De verdad? ¿Vas a culpar a Cola de Tormenta por esto? ¿Quién crees que encontró la patrulla y les dijo lo que estaba pasando? Yo no te creo, Pluma de Ganso. Pusiste nuestras vidas en peligro hoy. No siempre estaré aquí para salvarte. ¡Intenta vivir en el mundo real por un tiempo y aprende a cuidarte!

La aprendiza se deslizó de su lado y saltó en el helecho, siguiendo el rastro dejado por el tejón.



Capítulo 7

—Diría que has tenido mucha suerte —ronroneó una voz suave.

Pluma de Ganso saltó. No había notado a la gata color carey y blanco parada a su lado.

—¿Lo crees? —replicó—. Un tejón casi me arranca el pelaje, e incluso mi hermana piensa que soy un bicho raro. —Hizo una pausa y estudió a la gata—. Te he visto antes, ¿no? Estabas viendo el ataque de los mininos caseros. ¿Quién eres tú?

La gata sacudió una oreja.

—Debería sentirme insultada de que no lo sepas, excepto que apenas puedo culpar al Clan del Trueno por querer olvidarse de mí. Pero yo sé todo sobre ti, Pluma de Ganso, y qué puedes ver. Puedo ayudarte, si quieres.

—¿De verdad? ¿Vas a mostrarme otra visión? —Pluma de Ganso sentía como su energía regresaba.

La gata resopló.

—¿Por qué te preocupas tanto por el futuro? Tienes que vivir en el mundo real también. Necesitas aprender algunos movimientos de lucha o cualquier gato podrá destrozar tu pelaje si lo quiere. —Ella lo rodeó y Pluma de Ganso era consciente de los poderosos músculos deslizándose debajo del grueso pelaje de la gata—. De hecho, no hay mejor guerrero para enseñar a pelear que yo.

Pluma de Ganso se dio la vuelta para mantenerla a la vista.

—Podría preguntarle a cualquiera de mis compañeros de Clan para que me enseñen —maulló—. No necesito tu ayuda.

La gata se detuvo y lo miró.

—Oh, yo creo que sí, Pluma de Ganso —maulló suavemente—. Después de todo, ni siquiera tu hermana se ofreció a ayudarte, incluso cuando ella acababa de ver como casi eras devorado por un tejón.

Pluma de Ganso sintió como el pelaje de su columna vertebral se erizaba. No necesitaba a un extraño para burlarse de él.

—Déjame en paz —gruñó, pero sin otra palabra la gata saltó hacia él, con las garras desenvainadas.

El curandero saltó hacia atrás, tropezando con su propia cola, y aterrizó en un montón de hojas. La gata de color carey se quedó mirándolo, su labio se curvó en una mueca divertida.

—Levántate. Cuando lo haga de nuevo, agáchate de lado para que tomes mi peso en un hombro. Si mantienes tus patas traseras debajo de ti, deberías poder alejarme. —Dio un paso atrás dejando a Pluma de Ganso poner las patas en posición de ataque—. ¿Listo?

El asintió. La gata saltó hacia adelante y esta vez Pluma de Ganso se tambaleó hacia un lado. Una fronda de helechos le pinchó el ojo y casi pierde el equilibrio, pero sintió que la gata no lo golpeó con más que una dura mirada mientras se estrellaba contra sus patas.

—¡Mejor! —gritó—. ¡Ahora inténtalo tú!

Pluma de Ganso sacudió la cabeza.

—Solo quiero defenderme. No voy a ser atacado por cualquiera.

La gata siseó.

—Eres inútil si no puedes pelear contra tu enemigo. ¡El ataque es la mejor defensa que existe! Ahora ven a mí y mira lo que hago.

A regañadientes, Pluma de Ganso saltó hacia a ella, mostrando sus dientes a medias. La gata se hizo a un lado y envolvió una pata del curandero alrededor de una de las suyas, tendiéndolo en el suelo.

—Estás haciéndolo demasiado fácil —siseó—. Trata nuevamente, y esta vez actúa como si lo hicieras en serio. Finge que acabo de arañar los ojos de tu madre.

Pluma de Ganso retrató en su mente la imagen de Patas de Margarita sangrando y ciega, y arremetió contra la gata con furia real. Ella trató de dar un paso lejos de nuevo, pero mantuvo su peso sobre sus ancas. Las patas delanteras del curandero dieron un golpe satisfactorio detrás de su cuello. La gata resopló y se enderezó.

—¡Mucho mejor! —ronroneó, con sus ojos relucientes—. Ahora intentemos movimientos en la tierra.

Las sombras se arrastraron desde bajo los árboles y el aire se volvió más frío mientras luchaban. La gata le mostró a Pluma de Ganso cómo

usar su propio peso contra su oponente, cómo anticipar un movimiento observando las patas de su enemigo, y cómo golpear las partes blandas del vientre y garganta para causar las peores heridas. A veces Pluma de Ganso se estremecía y una pequeña voz dentro de él se preguntaba si era correcto que un curandero supiera cómo causar tanto dolor. Entonces recordó a Zarpa de Luna culpándolo porque no pudo defenderse contra el tejón, y dejó que sus garras se deslizaran mientras arañaba el pelaje de su mentora.

Ella chilló y saltó.

—¡Cuidado, pequeño! —escupió—. No quieres que pelee de verdad, lo prometo. —Lamió su pelaje revuelto—. Creo que hemos hecho suficiente por hoy. No diría que estás listo para pelear contra otro tejón, pero creo que podrías defenderte de un gato.

Pluma de Ganso asintió, jadeando.

—Gracias. De verdad. No puedo creer que no sabía nada de esto antes.

La gata lo miró de reojo.

—Simplemente no busques una excusa para practicar esto en Cola de Tormenta —bromeó.

Pluma de Ganso se puso rígido de sorpresa.

—¿Conoces a Cola de Tormenta?

—Oh, los conozco a todos. —La gata comenzó a caminar hacia el helecho.

—¿Cuál es tu nombre? —la llamó Pluma de Ganso.

La gata siguió caminando sin mirar atrás.

—Arce Sombrío —respondió.

Cojeando por el hombro adolorido donde Arce Sombrío lo había arañado, Pluma de Ganso regresó al barranco. Zarpa de Luna se acercaba desde otra dirección. Ella corrió cuando lo vio, su pelaje estaba esponjado de alarma.

—¡Te estuve buscando! Estoy realmente apenada por irme así —soltó ella—. Estaba asustada por ti, eso es todo. Ahuyentamos al tejón del territorio, así que estarás a salvo ahora.

Pluma de Ganso se encogió de hombros.

—Estabas en lo correcto. Necesito aprender a cuidarme por mí mismo.

—Pero eres un curandero. Es el deber de los guerreros mantenerte a salvo.

Zarpa de Luna lo siguió cuando comenzó a caminar por el sendero.

—Podría mostrarte algunos movimientos, si quieres. Vuelo de Viento dice que me va muy bien.

—No te preocupes. Voy a pensar en algo por mi cuenta —maulló Pluma de Ganso sin detenerse.

—¡Pero no puedes estar solo todo el tiempo! —Zarpa de Luna protestó—. ¿No te sientes solo? No es normal, no tener amigos.

Pluma de Ganso se detuvo, siseando.

—¿No lo entiendes? Esta es mi normalidad. Vete acostumbrándote a esto, porque nada va a cambiar.

Se giró y corrió el resto del camino cuesta abajo hacia los arbustos de aulaga. Cola de Tormenta estaba parado al lado del montón de carne fresca. Pluma de Ganso se acercó a él y acercó su boca a la oreja de guerrero.

—Sé lo que hiciste —siseó—. Me dejaste solo con ese tejón porque querías que me hiriera.

Cola de Tormenta se volvió hacia él, erizado.

—¡No seas absurdo! —maulló—. ¡Corrí a buscar ayuda!

—¡Me lo llevaste deliberadamente! ¡Si hubiese muerto, mi sangre estaría en tus patas! ¡Zarpa de Luna me salvó la vida!

—Gracias al Clan Estelar por tu valiente hermana, entonces —Cola de Tormenta ronroneó—. Ella es una gata maravillosa.

—¡Deja a Zarpa de Luna fuera de esto! —Pluma de Ganso gruñó.

Fue interrumpido por Orejitas quien corría hacia él.

—Nube de Baya te necesita en la maternidad. ¡Canto de Alondra está teniendo a sus cachorros!

Pluma de Ganso miró a Cola de Tormenta.

—Esto no ha terminado —escupió.

Se dio la vuelta y corrió hacia la maternidad. Desde dentro, podía escuchar a Canto de Alondra jadeando y a Nube de Baya hablando en voz baja con ella.

Pluma de Ganso se deslizó por las ramas y se agachó junto a la curandera

—Ah, bien, estás aquí —murmuró en el mismo tono relajante—. Canto de Alondra, Pluma de Ganso acaba de llegar a tiempo para darle la bienvenida a tu primer cachorro. ¡Empuja una vez más!

La gata carey dejó escapar un jadeo cuando un espasmo se extendió por su costado.

Pluma de Ganso miró, fascinado, como un pequeño cachorro húmedo se deslizó por debajo de la cola de Canto de Alondra. Nube de Baya

empujó al cachorro hacia ella con su pata y mordisqueó la capa transparente que lo rodeaba.

—Aquí tienes —maulló, empujándolo hacia Pluma de Ganso—. Comienza a limpiarlo desde arriba. —Se giró hacia Canto de Alondra y pasó una pata a lo largo del flanco de la gata—. Tienes un hijo hermoso —ronroneó—. Pero creo que viene otro. No te rindas ahora.

Pluma de Ganso comenzó a lamer el pelaje húmedo del pequeño cachorro manteniendo un ojo en Canto de Alondra. Un latido más tarde hubo un segundo cachorro tumbado en el musgo. Nube de Baya lo empujó hacia Canto de Alondra con su cabeza.

—Otro macho —maulló. El gatito abrió sus fauces en un gemido agudo—. Con una voz fuerte —ronroneó Nube de Baya—. Venga, Canto de Alondra, límpialo para que ambos puedan tener su primera comida.

Pluma de Ganso sintió que el cachorro comenzaba a menearse debajo de su lengua.

—Creo que este pequeño tiene hambre —maulló.

—Ponlo al lado del vientre de Canto de Alondra —Nube de Baya lo instruyó—. Él sabrá qué hacer.

Pluma de Ganso miró asombrado mientras el cachorro se abrió camino en el pelaje de Canto de Alondra y se enganchó a su vientre.

—Increíble —maulló.

—Estoy de acuerdo —maulló Nube de Baya suavemente—. Nunca me canso de este momento.

El segundo cachorro se unió a su hermano, y Pluma de Ganso los vio mamar. Canto de Alondra se recostó y cerró los ojos. Nube de Baya comenzó a alejarse del musgo manchado.

—Vamos a cambiar su lecho y dejémosla en paz —susurró.

Pluma de Ganso descansó su pata sobre el cachorro que había limpiado. A la vez, imágenes estallaron en su cabeza, cayendo y parpadeando en un desenfoque de sus sentidos: la Piedra Lunar, el fuerte olor a hierbas, una herida abierta cubierta con gruesas telarañas, la luz brillante de las estrellas llena de voces. Levantó la vista hacia Nube de Baya

—¡Él va a ser un curandero! —exhaló.

Rápidamente colocó su pata sobre el otro cachorro. Ahora vio los cuatro robles gigantes contrastados contra el cielo nocturno, sintió la piedra fría de la Gran Roca bajo sus patas, vio a los Clanes arremolinarse en la hondonada por debajo. Escuchó el rugido de batalla y probó la dulzura de la victoria, repitiendo las aclamaciones de sus guerreros.

—Y este será el líder del Clan del Trueno —declaró. Miró a Nube de Baya con la cabeza dándole vueltas—. ¡Tenemos que decirle a Estrella de Cierva! ¡Estos cachorros son realmente especiales!

Se levantó de un salto, pero Nube de Baya bloqueó el camino con su cola.

—Cada cachorro es especial —le dijo ella ferozmente—. Puedes pensar que sabes lo que sucederá, pero el Clan Estelar sabe mejor que cualquiera de nosotros. Deja que estos cachorros crezcan como cualquier otro cachorro, sin la carga de conocer su destino.

Pluma de Ganso frunció el ceño.

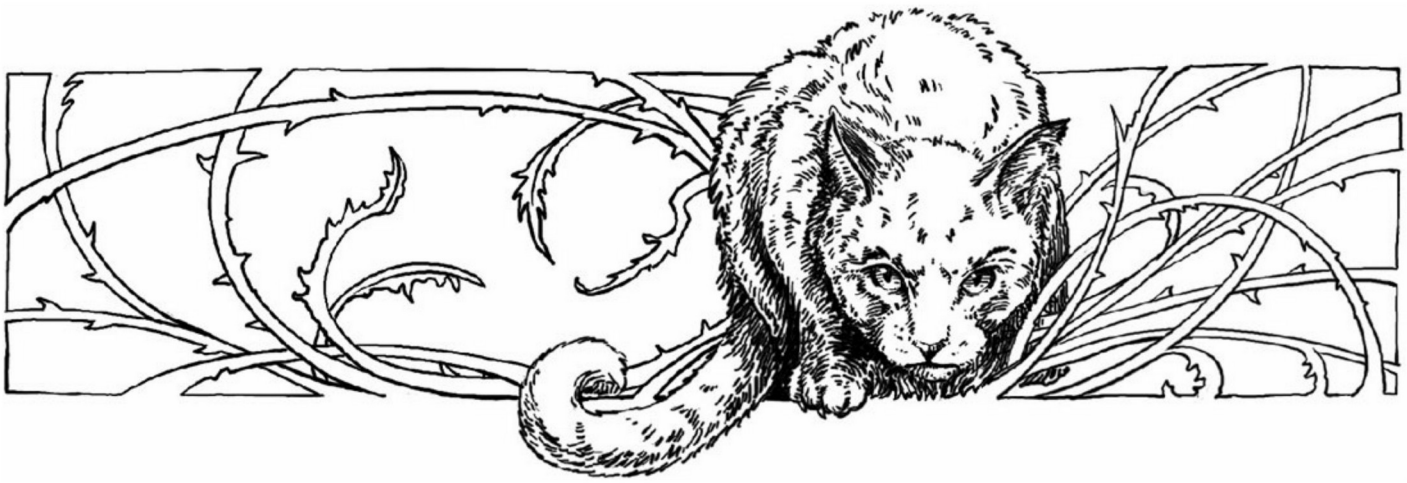
—Yo no tuve la oportunidad de crecer como los otros cachorros —gruñó—. Sabías que iba a ser un curandero.

La vieja gata de color blanco suspiró.

—Siempre fuiste diferente, Pluma de Ganso. Sé que es difícil, pero debes conservar lo que has visto para ti mismo esta vez. —Descansó la punta de su cola en los hombros de Pluma de Ganso—. Tienes un regalo muy preciado, jovencito. A veces se sentirá como una carga, pero creo que el Clan Estelar te lo ha dado por una razón, por lo que siempre debes estar agradecido y tratar tu don con cuidado.

Nube de Baya miró por encima del hombro a los cachorros, que estaban dando vueltas en el vientre de Canto de Alondra con sus hocicos llenos de leche.

—Ahora dejemos que estos pequeños cachorros perfectos descansen un poco. Es hora de decirle a sus compañeros de Clan las buenas noticias.



Capítulo 8

Mientras las lunas que pasaban hacían más próxima la estación sin hojas, más y más cachorros nacieron hasta el punto en el cual Pluma de Ganso apenas y podía entrar a la maternidad. Brinco de Liebre había dado a luz a un par de gatitas de pelaje pálido, Pequeña Pintada y Pequeña Blanca, y Pelaje Lluvioso también se había unido a ella con Pequeña Moteada, Pequeño Leonino y Pequeño Tordo. Nube de Baya insistía en manejar los partos por su cuenta, mandando a Pluma de Ganso por bolas de musgo cargadas de agua o por lecho fresco. Pluma de Ganso sabía que lo hacía porque no quería que tocara a los recién nacidos por miedo a que pudiese ver todo el futuro que les deparaba.

Mientras tanto, la camada de Canto de Alondra, Pequeño Sol y Pequeño Plumoso crecieron en pequeños gatos fuertes, listos para mordisquear la cola de Pluma de Ganso cuando no los estaba mirando o para destrozar los lechos recién hechos con sus dientes afilados como espinas. Tan pronto como abrieron los ojos, Canto de Alondra los sacó de la maternidad para darle a las otras reinas algo de paz. Sus cachorros se tambaleaban en sus cortas patas, con el pelaje esponjado contra el frío. Un zarcillo de hiedra yacía en el sueño al lado del medio árbol y los cachorros lo embistieron con feroces chillidos.

—¿Viste el salto que dio Pequeño Sol? —le dijo Pluma de Ganso a su mentora. Estaban en el montón de carne fresca, eligiendo una presa suave para Brisa de Ortiga, quien estaba quejándose de un dolor de dientes—. Ya es más poderoso que su hermano.

Nube de Baya observó al curandero de forma cautelosa.

—Ten cuidado —murmuró—. No dejes que los cachorros te escuchen decir eso.

Pluma de Ganso dejó salir un siseo de irritación

—¡Solo estaba haciendo una observación!

Su mentora sacudió la cabeza.

—Cada vez que lo volteas a ver, estás viendo su futuro. No te ciegues de lo que está pasando justo ahora, Pluma de Ganso.

—No puedo deshacer lo que vi —gruñó el gato—. El hecho de que Pequeño Sol se convertirá en nuestro líder lo hace especial.

—*Todos* los cachorros son especiales —tronó Nube de Baya—. Para sus madres, son las criaturas más perfectas que han caminado por el bosque. Pero como curanderos, tenemos que tratar a todos los gatos como iguales. Ninguno es más merecedor de nuestro cuidado que otro. Ya deberías saberlo.

Se cortó cuando Estrella de Cierva se acercó a ellos. La líder de pelaje claro observó al montón de carne fresca.

—¿Ya han comido todos? —preguntó.

—Casi —maulló Nube de Baya—. Ten, puedes tener los restos de esta ardilla. —Empujó la carcasa hacia Estrella de Cierva, pero la gata retrocedió.

—Guárdalo para las reinas. No tengo hambre.

—Tienes que comer —murmuró la curandera—. Tus guerreros no querrán verte morir de hambre.

Estrella de Cierva azotó la punta de la cola.

—Hay muchas bocas hambrientas en el Clan del Trueno —maulló—. ¡Tres camadas nacidas justo al inicio de la estación sin hojas! ¿Cómo los alimentaremos a todos?

—Como siempre lo hacemos, con cacería astuta —insistió Nube de Baya—. Confía en tus guerreros, Estrella de Cierva. El Clan del Trueno sobrevivirá.

Pluma de Ganso observó al campañol que había elegido. Estaba gordo y peludo y sus ojos sin vida estaban brillosos. Si el Clan Estelar continuaba mandándoles presas tan sanas, casi no sentirían a la estación sin hojas pasar por el bosque.

Pluma de Ganso abrió los ojos de golpe. El aire dentro de la guarida de los curanderos estaba amargamente frío y apenas y llegaba luz de luna

entre la hendidura de la roca, la cual le mostraba como el vaho de su aliento formaba nubes sobre su lecho. Pluma de Ganso se estiró y sintió el frío perforándole la piel mientras se enderezaba. A su lado, Nube de Baya roncaba gentilmente en su propio lecho, con su gruesa cola sobre su nariz.

Pluma de Ganso se sentía demasiado inquieto como para volver a acostarse. Se deslizó de su lecho y caminó afuera de la guarida. Las frondas estaban tiesas de la escarcha y la luna apenas era del tamaño de un rasguño en el despejado cielo color índigo.

Pluma de Ganso se estremeció mientras seguía el camino hacia el claro. El suelo estaba tan duro como la piedra debajo de sus patas y hacía tanto frío que apenas y podía respirar. El aire estaba completamente quieto y el único sonido era el de un búho en la distancia, llamando a su pareja. Pluma de Ganso se detuvo. Ese no era el único sonido que podía oír. Un quedo llanto venía de una de las guaridas.

Corrió hacia el claro y se detuvo de golpe con horror. Sus compañeros de Clan se tambaleaban alrededor de él con las costillas sobresaliendo de sus escuálidos cuerpos, los ojos saltones en sus rostros delgados. El aire estaba cargado con chillidos de dolor y un quedo, continuo lamento de un gato sumido en la pérdida de alguien.

Dos gatos, Bigotes de Ardilla y Cola de Grajo arañaban el lugar donde antes se encontraba el montón de carne fresca, en el cual solo quedaban rastros de pelo y pequeños huesos esparcidos. Una figura rojiza se encontraba desparramada en el centro del claro, con los ojos abiertos y completamente nublados. Para el horror de Pluma de Ganso, ninguno de los otros gatos le prestaba atención al cuerpo. En su lugar, tropezaban con las piernas del cadáver, ciegos y entumecidos del hambre.

Unos cuantos gatos observaban desde el borde del claro, sus pelajes lisos y brillantes, sus barrigas gordas llenas de alimento. Pero sus ojos estaban llenos de dolor y Pluma de Ganso sabía que esos eran gatos del Clan Estelar, los gatos muertos que veía todos los días entre sus compañeros de Clan. Irradiaban olas de dolor mientras veían como los gatos vivos iban muriendo de hambre. El curandero sintió una pesada humedad en el estómago y al ver hacia abajo vio que estaba parado sobre una gruesa capa de nieve.

Una gata con los hombros caídos y la mirada vacía corrió cerca de donde estaba él.

—¿Patas de Margarita? —susurró Pluma de Ganso. La gata no lo escuchó. Se tambaleó y se apoyó en Cola de Grajo.

—Dijiste que saldrías a cazar —dijo con voz áspera. Sus demacrados flancos subían y bajaban mientras luchaba por respirar.

El gato negro sacudió la cola.

—Lo hice —gruñó—. Pero no hay ninguna presa con esta nieve.

—¡Vamos a morir todos! —lloró Bigotes de Ardilla, aplastando las patas en los restos del montón de carne fresca.

—¡No! —gritó Pluma de Ganso—. ¡No dejaré que esto pase!

Los gatos desaparecieron y de nuevo se encontró solo en el claro bañado en la luz de la luna. Dio media vuelta y corrió hacia la guarida debajo de la Peña Alta.

—¡Estrella de Cierva! ¡Despierta!

Entró en la oscuridad de la guarida y parpadeó. La líder estaba sentada en su lecho, con el pelo alborotado debido a que estaba durmiendo.

—¡Pluma de Ganso! ¿Qué sucede?

—¡El Clan se está muriendo de hambre! —chilló—. Esta estación sin hojas es muy dura. ¡No hay presas y todos vamos a morir!

Estrella de Cierva corrió hacia él y presionó su hombro contra él. Se sentía sólida y caliente, y poco a poco comenzó a respirar más tranquilamente.

—Cálmate —le dijo—. ¿Tuviste una visión?

El curandero asintió.

—Estaba nevando y hacía mucho frío… más frío del que nunca había hecho. El montón de carne fresca estaba vacío y no había nada que las patrullas de caza pudieran atrapar. Los gatos estaban muriendo de hambre… —dejó que su voz se perdiera, recordando al gato rojizo muerto en el centro del claro, completamente solo.

Hubo un movimiento en la entrada de la guarida de Estrella de Cierva y Corazón de Pino entró.

—¿Está todo bien? —maulló—. Regresaba de hacer mis necesidades y vi a Pluma de Ganso entrar.

—Tuvo una visión —explicó la líder—. Al parecer, esta será una estación sin hojas más dura de lo usual.

Su voz era tranquila, pero Pluma de Ganso podía sentir su corazón palpitando debajo de su pelaje.

Corazón de Pino miró al curandero.

—¿Tu visión te mostró alguna forma de sobrevivir a lo que viene? —su voz era cortante y Pluma de Ganso se tragó las ganas que tenía de sisearle. Algún día, Corazón de Pino sería su líder y Pluma de Ganso sería

su único curandero; tenía que hacer las paces con el lugarteniente y ganarse su confianza.

—No —admitió—, pero tenemos una oportunidad para hacer algo, ahora que hemos sido advertidos.

Estrella de Cierva asintió hacia el curandero.

—Quiero que Nube de Baya escuche esto también. Tráela, por favor.

El joven curandero corrió hacia el aire helado y despertó a la vieja curandera. Ella se sentó en la guarida de la líder y escuchó silenciosamente mientras Pluma de Ganso explicaba lo que había visto.

—Tenemos que encontrar una fuente nueva de presas —maulló Estrella de Cierva, caminando alrededor de la cueva—. ¿Deberíamos expandir nuestro territorio? ¿Mandar gatos al Poblado de los Dos Patas?

Corazón de Pino agitó las orejas.

—No creo que nuestros guerreros estén felices con eso. Pero quizá podríamos poner poder alrededor del Cortatroncos. No creo que nos desafíen si queremos cazar ahí.

Nube de Baya estaba mirando hacia la distancia.

—Hay algo que podemos intentar —murmuró—. Recuerdo cuando era una cachorrita en el Clan del Río. Hubo una estación sin hojas muy helada. El río se congeló, atrapando a todos los peces. Algunos guerreros quebraron el hielo en la orilla del río y lo llevaron al campamento. Tenía peces, muy fríos y muertos. Pero la calidez de las madrigueras derritió el hielo y los peces eran carne fresca perfecta. De alguna forma, el hielo había permitido que se mantuvieran frescos.

Pluma de Ganso ladeó la cabeza,

—¿Estás diciendo que deberíamos esperar a que el río se congele y comer peces?

—No. Creo que debemos encontrar una forma de hacer que nuestras presas se mantengan frescas cuando no tengamos qué comer —maulló la gata.

—Pero no tenemos suficiente agua en nuestro territorio —apuntó Corazón de Pino.

—Quizá no —maulló Estrella de Cierva, moviendo la cola—, pero, ¿qué pasaría si lo mismo sucediera en la tierra? Sabemos que la tierra se congela cuando hace mucho frío. Si enterramos las presas, ¿no se congelarían también? Entonces podremos desenterrarlas cuando las necesitemos.

Pluma de Ganso asintió, con el pelo erizado de la emoción.

—¡Si mandamos patrullas de caza extras para la próxima luna, podemos almacenar suficiente comida para aguantar la estación sin hojas!

—Dividiré la patrulla del alba y mandaré a la mitad a cazar —maulló el lugarteniente—. Y los aprendices podrían cazar en lugar de entrenar movimientos de combate.

—No queremos arriesgar la fuerza de nuestro Clan en combate —advirtió Estrella de Cierva.

Su lugarteniente la miró.

—¿No dirías que el mayor riesgo es que el Clan se muera de hambre? —maulló quedamente.

Estrella de Cierva asintió, con sus ojos llenos de dudas.

—Pluma de Ganso, no le digas a nadie más de tu visión. No quiero que ningún gato entre en pánico. Podemos decir que nos estamos preparando por si la estación sin hojas es muy dura, pero ningún gato debe saber lo que viste.

Pluma de Ganso asintió. «*Como siempre*», pensó. La líder y Nube de Baya siempre se preocupaban por cómo iban a reaccionar sus compañeros de Clan a sus poderes. «*¿Y qué hay de mí? ¿No les importa cómo yo me siento, cargando con el futuro del Clan del Trueno por mi cuenta?*».

En tres amaneceres, el campamento se había transformado. El claro estaba punteado de grandes agujeros del tamaño de zorros, cavados por los gatos con las garras más afiladas y las patas delanteras más poderosas.

Mientras Pluma de Ganso zigzagueaba entre los agujeros hacia el túnel de aulagas, Cola de Tormenta lo miró desde su montón de tierra recién cavada.

—¿Acaso esto tiene que ver contigo? —gruñó, sacudiéndose la tierra de los bigotes.

Pluma de Ganso se apartó del camino mientras Fauces de Víbora se tambaleaba con una ardilla muerta en la boca, la cual dejó caer en el agujero de Cola de Tormenta.

—Estrella de Cierva quiere asegurarse de que estemos listos para esta estación sin hojas —maulló—. ¿Ya olvidaste todos los cachorros que nacieron en esta luna?

El guerrero gris comenzó a tirar tierra sobre la ardilla.

—Nunca habíamos hecho algo como esto antes. ¿Has estado viendo cosas?

Pluma de Ganso se agachó más cerca de él.

—Será mejor que creas que puedo ver el futuro, Cola de Tormenta. ¿No tienes curiosidad de saber qué te pasará a ti?

Sin darle oportunidad al guerrero de responder, dio media vuelta y se marchó. Tuvo que esperar a que la patrulla de caza llevase su última caza antes de poder entrar al túnel de aulagas. Vio a Nariz de Centella y a Pelaje Lluvioso depositando una paloma y dos ratones en un agujero cavado por Caída de Roca y Zarpa de Garza. El aprendiz marrón oscuro estaba cubierto de tierra y una de sus garras estaba sangrando. El curandero se recordó a sí mismo que necesitaba revisar las patas de todos los aprendices al final del día.

Se deslizó a través de las aulagas y trepó por el barranco. Por un rato, Cola de Abeja caminó a su lado, el gato del Clan Estelar le hacía una silenciosa compañía a través de los helechos. El aire estaba seco y frío, con pesadas nubes amarillas avecinándose sobre las copas de los árboles. Había un suave viento que hacía traquetear las ramas desnudas de los árboles y enredaba el pelo de Pluma de Ganso.

Metiendo la nariz entre el pelaje de su pecho, trotó por el camino que daba a las Rocas de la Serpientes, en donde una de las pocas parcelas de nébeda aún crecía. Nube de Baya quería preservar algunas hojas antes de que se pudrieran en la helada. Podía escuchar a una patrulla de caza cerca del borde con el Poblado de los Dos Patas: un aprendiz estaba persiguiendo a una ardilla, alentado por Zarpa de Luna y Zarpa de Conejo. Pluma de Ganso se mantuvo lejos de la ruta de la ardilla y caminó hacia un espacio lleno de pasto en la base de las rocas planas y grises conocidas como las Rocas de las Serpientes. Mientras miraba las profundas grietas y hendiduras de las rocas, sus oídos comenzaron a zumbar y sintió el suelo hundirse bajo sus patas.

Dos gatas estaban gruñéndose una a otra. Pluma de Ganso reconoció a una de ellas como Arce Sombrío, la gata que le había enseñado a pelear después del ataque del tejón. La otra gata tenía un pelaje dorado moteado y ojos tristes y aterrados. Estaba acusando a Arce Sombrío de traicionar a su hermano. Saltó hacia Arce Sombrío; la gata carey con blanco dio un paso atrás y mandó tropezando a la otra gata a una pila de rocas. Hubo un movimiento mientras algo sinuoso salió desde adentro de la roca más cercana. La gata dorada saltó atrás con un aullido.

—¡Víbora! ¡Me mordió! ¡Ayuda!

Arce Sombrío dejó salir un siseo:

—¿Cómo tú ayudaste a mis cachorros? ¡Nunca! ¡Espero que mueras en agonía!

Pluma de Ganso observó con horror como la gata dorada se retorcía en el suelo. Arce Sombrío le dio la espalda y caminó hacia los helechos. La gata dorada se desvaneció y el claro volvió a quedarse vacío una vez más.

Pluma de Ganso sintió la intensidad de una mirada quemándole en el pelaje. Se volvió. Arce Sombrío lo miraba desde lo más alto de una roca.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Pareciera que viste a un zorro comerse a tu madre.

—¿En serio dejaste que una víbora mordiera a esa gata? —demandó el curandero—. ¿Y la dejaste aquí para que se muriera?

Arce Sombrío parecía sorprendida.

—Por supuesto. Odio a todos los gatos del Clan del Trueno, y no descansaré hasta que me haya vengado de cada uno de ellos.

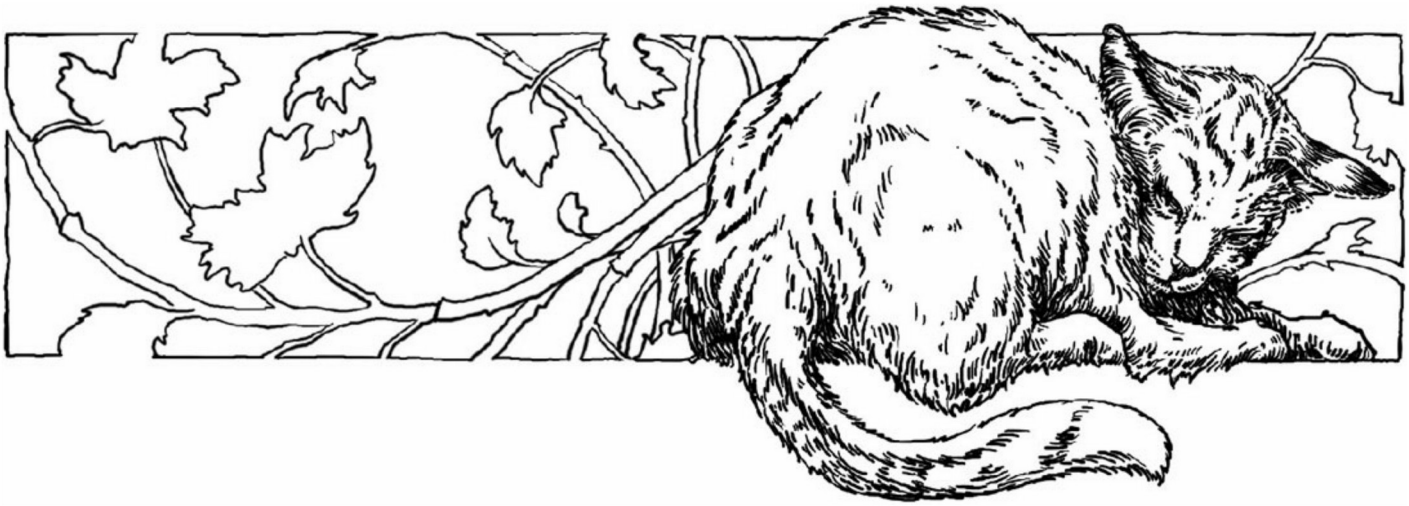
—Pero… me ayudaste —tartamudeó el curandero—. Me enseñaste a pelear después de que el tejón me atacara, ¿recuerdas? Eso no fue venganza.

Los ojos de Arce Sombrío brillaron.

—No tengo necesidad de castigarte —gruñó—. Ya estás condenado. El Clan Estelar ya se encargó de eso.

—¿A qué te refieres? —demandó Pluma de Ganso. Arce Sombrío comenzó alejarse—. ¡Regresa! ¿Por qué piensas que estoy condenado? ¡Tienes que decirme!

Pero la gata se había desvanecido y Pluma de Ganso estaba parado solo en el claro, temblando y sin aliento por el miedo. «*Todas estas visiones* —pensó—. *Y nunca he visto mi propio futuro todavía…*».



CAPÍTULO 9

—Estoy orgullosa de anunciar tres nuevas camadas de cachorros en el Clan del Trueno —la voz de Estrella de Cierva resonó en la hondonada sobre las cabezas de los gatos que la estaban escuchando. Detrás de ella, las formas de los otros líderes se delineaban en la plateada y helada luz de la luna.

Estrella de Sabueso, el líder del Clan de la Sombra, se inclinó hacia Estrella de Campañol del Clan del Río. Pluma de Ganso lo escuchó murmurar.

—¿Tan cerca de la estación sin hojas? ¡A esos guerreros no les hará mucha gracia atrapar presas para tantas bocas hambrientas!

Estrella de Cierva debió haberlo escuchado, porque continuó:

—El Clan del Trueno está bien preparado para la estación sin hojas. ¡Mi Clan crecerá fuerte en las lunas más frías, y les presentaré a nuestros nuevos aprendices cuando regresen los climas más cálidos!

Hubo aclamaciones por parte de los gatos del Clan del Trueno y Garra de Cebollín, el curandero del Clan del Viento, le maulló a Nube de Baya:

—¡Estarás ocupada con todos esos pequeñines!

Nube de Baya asintió.

—Gracias al Clan Estelar, todos están en forma y sanos. ¡Pero sí que son ruidosos!

Nariz de Eco del Clan del Río bufó:

—En mis tiempos, los cachorros sabían cuando debían estar callados.

Nariz de Baya agitó las orejas.

—En tus tiempos, Nariz de Eco, yo era una de esas cachorritas a las que cuidabas, ¡y no recuerdo que fuese muy silenciosa!

La vieja gata resopló y se volvió. Sobre ellos en la Gran Roca, la líder del Clan del Viento, Estrella de Brezo, se había colocado adelante y estaba reportando un perro blanco y negro suelto en el páramo. Sus guerreros lo habían perseguido hasta el Sendero Atronador, donde un Dos Patas lo había atrapado.

—Le di un arañazo que no olvidará demasiado pronto —ronroneó Raya del Amanecer, una guerrera atigrada de color dorado y crema.

Un fuerte vendaval azotó las ramas de los robles gigantes, mandando una ráfaga de gotas de lluvia que salpicaron la hondonada. Estrella de Sabueso se puso de pie.

—Debemos volver a casa antes de que comience a llover —llamó—. ¡Vámonos, Clan de la Sombra!

El embrollo de gatos se dividió suavemente en cuatro direcciones, dirigiéndose fuera de la hondonada y adentrándose al bosque. Pluma de Ganso corrió junto a su madre. Patas de Margarita estaba cojeando ligeramente por un dolor en su cadera; de golpe, Pluma de Ganso de dio cuenta de que su madre estaba envejeciendo. Se quedó cerca de ella mientras se hacían camino entre los árboles. Gruesas nubes habían cubierto la luna llena y gotas de lluvia golpeteaban las ramas continuamente.

Los gatos del Clan del Trueno bajaron corriendo el lado del barranco y entraron al campamento. Los gatos que se habían quedado salieron de sus guaridas para escuchar las noticias de la Asamblea, para después retirarse rápidamente a sus lechos mientras la lluvia se precipitaba. Pluma de Ganso siguió a Nube de Baya a su guarida debajo de la roca. Los pelajes de ambos echaban vapor en el húmedo aire. La curandera se sacudió mandando gotitas volando hacia el hocico de Pluma de Ganso.

—Preferiría que estuviese frío a mojado —se quejó—. Este tiempo me llega a los huesos ahora. —Trepó rígidamente a su lecho y se ovilló. Pluma de Ganso le metió unas cuantas plumas a sus costados para que se mantuviera caliente.

—El viento es lo suficientemente fuerte para mandar lejos a la lluvia —maulló—. Estará seco al amanecer.

Pero se equivocó. El gato se despertó con el tamborileo de la lluvia en la roca sobre él. Afuera, los helechos dorados estaban medio aplastados y el claro estaba inundado en pequeños riachuelos. Los guerreros corrían de

guarida en guarida, agachados contra la corriente de viento y lluvia; y el montón de carne fresca se encontraba en una charca de agua salobre.

Corazón de Pino la ojeó con el ceño fruncido.

—Tenemos que mover las presas a terreno más alto —maulló—. Haré que Patas Susurrantes y Cola de Grajo lo hagan en cuanto regresen de la patrulla del alba.

Manto de Niebla salió de la guarida de los veteranos hacia el lugar donde hacían sus necesidades y siseó cuando sus patas se hundieron en el lodo.

—¿De quién fue la grandiosa idea de excavar casi todo el claro? —murmuró—. ¡Si sigue lloviendo, nos hundiremos hasta el cuello!

Pluma de Ganso observó la tierra fresca que marcaba el lugar donde se había almacenado la carne fresca. Cada lugar burbujeaba con lodo marrón líquido. Se imaginó a las presas debajo de ese lodo, empapadas y pudriéndose…

—¡Corazón de Pino! —aulló—. ¡La carne fresca se echará a perder! ¡Tenemos que sacarlas y ponerlas en un lugar seco!

El lugarteniente lo miró.

—Pero, ¡apenas las acabamos de enterrar! ¿Dónde más las podemos poner? El suelo estará empapado en cualquier lugar del bosque.

Pluma de Ganso ya estaba escarbando en el cuadro de lodo más cercano a él.

—No podemos perder tiempo pensando en eso. ¡Tenemos que sacarlas antes de que se pudran!

Estaba vagamente consciente de Corazón de Pino corriendo hacia la guarida de los guerreros y llamando a los gatos que aún estaban en sus lechos. Brinco de Liebre corrió desde la maternidad y comenzó a cavar al lado de Pluma de Ganso. Su pelaje pardo claro pronto quedó lleno de tierra mojada y sus bigotes estaban llenos de lodo, pero siguió cavando hasta que sus patas dieron con un bulto de pelo empapado.

—Es un campañol —jadeó Brinco de Liebre. Se agachó y lo jaló con sus dientes. Del otro lado, Pluma de Ganso siguió escarbando en la tierra.

Con un chapoteo, el campañol salió de la tierra y Brinco de Liebre se sentó en sus cuartos traseros. Pluma de Ganso observó al campañol con consternación. Los costados del animal habían cedido, puesto que la carne había sido devorada por gruesos y blancos gusanos, los cuales se retorcían entre el pelo marchito del roedor. Los restos de la criatura apestaban peor que la carroña y una baba grasosa resumía de sus interiores, empapando las patas del curandero.

—Está arruinado —susurró Brinco de Liebre.

Alrededor de ellos, los guerreros continuaban sacando presas podridas. Mojadas, llenas de gusanos y desaprovechadas, los preciados almacenes no habían servido de nada.

Pluma de Ganso levantó la mirada y vio a Estrella de Cierva parada debajo de la Peña Alta, con los ojos oscuros de miedo. Corazón de Pino se encontraba a su lado, azotando la cola mientras prometía mandar más patrullas a rellenar los almacenes. Pero Pluma de Ganso sentía un peso en su estómago como si se tratase de una piedra helada. Su visión se volvería realidad. No había nada que pudiera hacer para salvar a sus compañeros de Clan de la inanición.

Brinco de Liebre murió primero, rehusándose a comer desde el momento en que extrajeron las presas putrefactas y en su lugar prefirió darle toda su minúscula parte de comida a sus cachorros. Las lluvias cesaron y vino la nieve, sofocando de blanco al silencioso bosque, el cual era perforado con lamentos de dolor y hambre.

Corazón de Pino continuaba mandando patrullas de caza, pero una y otra vez continuaban regresando con las patas vacías.

Pluma de Ganso y Nube de Baya se despellejaban las patas al escarbar en la nieve, en busca de hojas para calmar el dolor de estómago y evitar las toses y la fiebre. Nariz de Centella murió de una enfermedad la cual atormentaba a su cuerpo con terribles espasmos, Salto de Venado y Manto de Acebo fallecieron poco después. Para cuando Brisa de Ortiga se sumergió en un sueño del cual no podía despertarse, desmadejado en el centro del claro en su regreso de hacer sus necesidades, ningún gato tenía la fuerza suficiente para mover su cuerpo. Un círculo de gatos del Clan Estelar estaba reunido alrededor del guerrero muerto, sus pelajes brillosos resaltaban entre los roñosos guerreros de mirada opaca.

Pluma de Ganso observó como el guerrero rojizo se iba poniendo más rígido mientras los copos de nieve lo comenzaban a cubrir suavemente y sintió una oleada de furia derretida en su estómago. Brisa Veloz pasó tambaleándose, casi tropezando con una de las patas de Brisa de Ortiga.

—¡Ten cuidado! —siseó Pluma de Ganso.

La gata atigrada con blanco se volvió hacia él con los ojos vacíos y nublados. Un pedazo de corteza colgaba de sus bigotes. Pluma de Ganso

sabía que algunos guerreros habían comenzado a masticar ramas en un esfuerzo por llenar sus estómagos vacíos.

—No puede sentir nada ahora —dijo Brisa Veloz en tono áspero, sonando más vieja que las piedras.

—Aún merece nuestro respeto —maulló el curandero. Estaba demasiado débil como para mover a Brisa de Ortiga por su cuenta, pero intentó poner las patas del gato muerto debajo de su estómago, para que nadie se tropezara sobre él.

Escuchó pasos crujiendo sobre la nieve y levantó la mirada para ver a Nube de Baya cojeando hacia él. La curandera parecía vacía debajo de su pelaje banco y sus dientes parecían ser demasiado largos para su boca.

—Zarpa de Conejo escarbó algunos gusanos hoy —graznó—, los compartiré con Pelaje Lluvioso y los cachorros. ¿Quieres uno?

Pluma de Ganso se imaginó las babosas, retorcidas criaturas y se atragantó.

—Estoy bien —maulló—, guárdalos para ti.

Gentilmente agarró la cola de Brisa de Ortiga entre las fauces y la colocó sobre la espalda del gato rojizo.

—Hicimos lo que pudimos —susurró Nube de Baya cerca de su oreja. Su aliento olía a podrido—. No es tu culpa que no pudiésemos detener esto. La lluvia arruinando todas nuestras presas solo fue mala suerte.

Pluma de Ganso levantó la cabeza y la miró.

—No existe la mala suerte —le dijo—. Solo el destino. Yo sabía que esto pasaría. Pero todo lo que hice solo lo empeoró.

Se volvió y se lanzó entre la nieve hacia el túnel de aulagas. La aguanieve batida mostraba hacia dónde había ido una patrulla a buscar algo de comer. El curandero subió hacia el barranco y caminó hacia el silencioso bosque. ¿Cómo pudo haber pensado que sus visiones eran un regalo? El Clan Estelar no lo había bendecido, en su lugar lo habían maldecido. Siempre sabía qué era lo peor que iba a pasar y no tenía el poder de cambiarlo. Arce Sombrío tenía razón: estaba condenado.

—¿Pluma de Ganso?

Una suave voz lo hizo detenerse y voltear alrededor. Una figura marrón oscura muy familiar lo esperaba debajo de una parcela de helechos.

—¡Nariz de Pera!

La gata muerta se miraba más viva que cualquiera de sus compañeros de Clan.

El curandero se acercó a ella, inhalando su dulce aroma a hojas frescas.

—He visto lo que está pasando en el Clan del Trueno —murmuró Nariz de Pera—. Mi corazón se rompe por todos ustedes.

Pluma de Ganso cerró los ojos y combatió las ganas que tenía de llorar como un cachorro.

—No puedo creer que no hubiese nada para detenerlo. ¡Sabía lo que iba a pasar!

La gata lamió la parte superior de su cabeza.

—Caminas por un sendero difícil, amigo mío. Tienes que aprender a que no es tu función el cambiar el futuro. En su lugar, todo lo que puedes hacer es brillar como una luz en la oscuridad, como la más pequeña llama. Tus compañeros de Clan deben lidiar con sus destinos mientras van desarrollándose. No puedes ser responsable de todos ellos.

Pluma de Ganso dejó salir un largo suspiro.

—Entonces mi don es inútil —susurró—. Sin el poder de cambiar nada, todo lo que veo, todo lo que sé, me traerá únicamente dolor. —Levantó la cabeza y abrió el hocico en un aullido—: ¡Clan Estelar! ¿Por qué me hiciste esto?

Capítulo 10

La nieve no duró para siempre. Los días se alargaron, y el frío mordaz se marchó. El bosque resonó con el sonido del agua goteando, y pequeños brotes verdes aparecieron en los árboles. Los gatos del Clan del Trueno emergieron, débiles y titilantes, de las lunas de oscuridad y horror. El primer día de sol, Estrella de Cierva convocó a sus compañeros de Clan para dar a los aprendices sus nombres de guerreros.

—Han luchado contra el hambre junto a nosotros —declaró—, con el coraje de los leones y la lealtad de los verdaderos guerreros. Flor de Luna, Amapola del Amanecer, Ala de Garza, y Salto de Conejo, su Clan les da la bienvenida.

Pluma de Ganso aclamó el nuevo nombre de su hermana con un estallido de orgullo. Ella nunca había perdido la esperanza durante las lunas de hambruna, nunca dejó de buscar comida o de cuidar a sus compañeros de Clan.

Entonces Pluma de Ganso vio a Cola de Tormenta observando a Flor de Luna con una llama en sus ojos que hizo que su estómago se tensara. De todos los guerreros, ¿Flor de Luna lo elegiría a él como su pareja? No necesitaba ninguna visión del futuro para saber la respuesta.

A su lado, Nube de Baya estornudó, irrumpiendo sus pensamientos. Pluma de Ganso se dirigió a su mentora.

—Ve a recostarte bajo el sol —le instó—. Voy a buscar nébeda hoy. Deberías tomar un poco.

La curandera negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo ella con voz raspada—. Pero es buena idea ir a buscar hierbas. Pequeña Pintada se quejaba de dolor de estómago esta mañana. Creo que es porque es la primera vez que se alimenta bien de

Pelaje Lluvioso desde que su madre murió, pero podríamos darle algo para aliviar el dolor.

Pelaje Lluvioso había llevado a los cachorros al claro para ver la ceremonia de los guerreros. La reina había amamantado a los cinco desde la muerte de Brinco de Liebre, y se veía como un pelaje andrajoso sobre huesos vacíos. Pero los cachorros habían sobrevivido, y Pelaje Lluvioso era la primera en elegir cualquier pieza del montón ahora que las presas regresaban al bosque.

—Mira a ver si puedes encontrar algo de perifollo también —añadió Nube de Baya.

Pluma de Ganso la miró sorprendido.

—¿Hay una enfermedad en el campamento?

—Siempre es bueno tener algo en la reserva —respondió la curandera con cautela, pero Pluma de Ganso vio su mirada dirigirse a Estrella de Cierva, que estaba descendiendo de la Peña Alta.

La líder se veía tan delgada como sus compañeros de Clan, con el pelaje desaliñado y su respiración ronca en el pecho. Cuando pasó por delante de Pluma de Ganso, se dio cuenta de que sus ojos estaban irritados y llorosos, y olía débilmente al lugar donde hacían sus necesidades, como si hubiera hecho unas visitas de más.

—¿Está Estrella de Cierva enferma? —le susurró a Nube de Baya.

La curandera observó a Estrella de Cierva renguear hacia su guarida.

—La cuidaré yo misma —anunció sin responder directamente—. No dejes entrar a ningún otro gato a la guarida. La comida y el musgo empapado deben dejarse fuera. Y cualquier hierba que encuentres, tráemela directamente a mí. —Hizo una pausa y miró al gato gris—. No dejes que ningún gato sepa que Estrella de Cierva está enferma. Esta es su última vida, y los asustaría demasiado pensar en perder a su líder ahora. —Apoyó su cola en el hombro de Pluma de Ganso—. Un gato curandero guarda muchos secretos —murmuró.

Pluma de Ganso corrió hacia el bosque y recogió todas las hierbas que pudo encontrar, incluso corteza de aliso, que se usaba para el dolor de muelas, y hojas de mora, que aliviaban las picaduras de abejas. Él supuso que nada podría lastimar a Estrella de Cierva ahora, y que uno de éstos podría ayudar inesperadamente. De vuelta al campamento envió a Flor de Luna a buscar musgo empapado; la gata se puso nerviosa por la urgencia del tono de su hermano, pero le dijo que Estrella de Cierva estaba simplemente exhausta y necesitaba descansar para recuperar sus fuerzas.

Escogió al ratón más grande del montón de carne fresca recién abastecido y arrastró la comida y el musgo húmedo a la entrada de la guarida debajo de la Peña Alta.

—¡Nube de Baya! —llamó en voz baja.

La gata blanca se asomó.

—¿Estás solo? —preguntó ella con voz ronca. El gato asintió con la cabeza—. Bien. Que ningún otro gato se acerque. —La curandera extendió la pata y llevó al ratón hacia ella. Luego miró a Pluma de Ganso—. ¿Te quedarás aquí esta noche? —preguntó en voz baja—. Me… me gustaría saber que estás por aquí.

—Por supuesto —susurró Pluma de Ganso.

Empujó el musgo empapado a la boca de la cueva, y luego realizó un giro para hacer un hoyo en la tierra que fuera lo suficientemente cómodo para dormir. Apoyó su mentón en sus patas y vio cómo las estrellas se fortalecían en el cielo oscuro. «*Clan Estelar, vigila a Estrella de Cierva* —suplicó—. *Ella ha sufrido mucho. Déjenla vivir para ver a su Clan recuperarse*».

Fue despertado al amanecer por un movimiento repentino en la entrada de la guarida. Nube de Baya se quedó allí de pie, sus hombros se desplomaron por el cansancio.

—Se ha ido.

Pluma de Ganso engulló el nudo de dolor que se le subió a la garganta.

—¿Te ayudo a prepararla?

Nube de Baya negó con la cabeza.

—Yo lo haré. Y ningún otro gato debe acercarse a ella durante la vigilia. Lo que sea que tenía Estrella de Cierva, no podemos dejar que se extienda. Estamos demasiado débiles para luchar contra esta enfermedad.

«*¿Y qué hay de ti?*», quiso quejarse Pluma de Ganso. Pero no dijo nada. Sabía lo que Nube de Baya estaba haciendo, y solo podía honrarla siguiendo sus deseos con exactitud.

A medida que el sol comenzó a deslizarse detrás de las copas de los árboles, Nube de Baya sacó a Estrella de Cierva de la guarida. Pluma de Ganso ya había advertido a sus compañeros de Clan que se quedaran atrás, así que los gatos observaron en un horrorizado silencio mientras Nube de Baya se tambaleaba por el claro, sus mandíbulas apretadas firmemente en

el cremoso flanco de Estrella de Cierva. Se detuvo en el centro del claro y miró a su alrededor.

—Pueden honrar a nuestra líder sin ponerse en peligro por su enfermedad —dijo—. Por favor, por su propio bien, quédense atrás. —Se acostó y apoyó su nariz contra la mejilla de Estrella de Cierva. Los ojos nublados de la líder miraban al cielo.

Uno por uno, los gatos del Clan del Trueno fueron pasando a una distancia prudente. Canto de Gamo estaba tosiendo, y Pluma de Ganso se dijo a sí mismo que debía recordarse de darle nébeda. Aún no tenía tos verde, pero él no estaba preparado para esperar. Cuando miró el cuerpo inmóvil de Estrella de Cierva, vio otra gata estirada a su lado, fría y sin vida, con un grueso pelaje blanco que se movía débilmente con la brisa. Pronto se sentarían a velar por Nube de Baya, dejándolo a él como el único curandero del Clan del Trueno. Acostado al borde del claro, se quedó dormido, tratando de recordar todas las hierbas que necesitaba para reponer sus reservas.

Nube de Baya lo despertó al amanecer.

—Enterraré a Estrella de Cierva —le dijo—. Debes llevar a Corazón de Pino a la Piedra Lunar para la ceremonia de sus nueve vidas. Estoy demasiado débil para hacer el viaje. Ya sabes qué hacer, ¿no?

Adormecido, Pluma de Ganso asintió con la cabeza. Sintió como si Nube de Baya se estuviera alejando de él, distanciándose cada vez más hasta que solo era una garra de luz en la oscuridad envolvente. Como si pudiera leer sus pensamientos, Nube de Baya maulló:

—Has sido un buen aprendiz, Pluma de Ganso, y serás un buen curandero. Confía en tus instintos y recuerda todo lo que te he enseñado. —Apoyó su frente contra él—. Adiós, amigo mío.

Pluma de Ganso luchó por hablar sobre el nudo en su garganta.

—No quiero perderte —susurró.

—Pero debo dejarte —respondió Nube de Baya—. No eres el único gato que no puede cambiar el futuro. —Levantó la cabeza y lo miró—. No envidio lo que puedes ver, Pluma de Ganso. Debes aprender a vivir con el más terrible conocimiento. Pon a tu Clan primero ante todas las cosas, y que el Clan Estelar ilumine tu camino, siempre.

Ella se dio la vuelta, dejando a Pluma de Ganso paralizado del dolor. Corazón de Pino se le acercó.

—¿Nos vamos? —preguntó en voz baja.

Los ojos del gato marrón rojizo estaban empañados de pena. Miró el cuerpo de Estrella de Cierva.

—Nunca pensé que esto pasaría tan pronto —murmuró—. No sé si seré la mitad de líder de lo que ella fue.

—Estrella de Cierva te vigilará desde el Clan Estelar —maulló Pluma de Ganso—. Estarás bien.

—¿En serio? —Hubo un destello de esperanza en los ojos de Corazón de Pino—. ¿Has tenido una visión?

Distraído por la escena de Nube de Baya agachándose sobre la difunta líder una vez más, Pluma de Ganso asintió con la cabeza. Luego se incorporó.

—Ven, tenemos un largo viaje por delante. —Dirigió a Corazón de Pino a la salida del campamento, sintiendo las miradas de sus compañeros de Clan ardiendo en su pelaje. Eran ahora el nuevo líder y curandero. El futuro estaba sobre sus omóplatos.

Llegaron a la Boca Materna mientras caía la noche. Había llevado más tiempo de lo habitual llegar a las Rocas Altas porque ambos gatos aún estaban débiles por la Gran Hambruna, pero no habían podido comer debido a la ceremonia que se avecinaba. Corazón de Pino vaciló en la boca del túnel, pero Pluma de Ganso se adentró a las sombras, la fría piedra familiar bajo sus patas. Después de un momento escuchó a Corazón de Pino siguiéndolo, su aliento fuerte en los confines del sinuoso pasaje.

La Piedra Lunar brillaba tenuemente cuando entraron en la cueva. Sin hablar, Pluma de Ganso y Corazón de Pino se acostaron con sus hocicos tocando la base del cristal. El curandero sintió miradas que lo observaban desde los bordes de la cueva, escuchó susurros más allá de su comprensión, pero los ignoró y se concentró en deslizarse en la oscuridad que lo esperaba.

Se encontró de pie en un claro del bosque, no un sitio que reconociera con exactitud, pero repleto de familiares olores y bañado por el sol. Estrella de Pino, el nuevo líder del Clan del Trueno, estaba de pie en medio del prado, rodeado de nueve gatos con pelaje estrellado y ojos brillantes. Entre ellos estaba Nariz de Pera, que le hizo una inclinación con la cabeza a Pluma de Ganso. Uno por uno, los gatos del Clan Estelar dieron un paso adelante y le dieron a Estrella de Pino una vida: por valor, por lealtad, por saber cuándo luchar y cuándo buscar la paz en su lugar. Nariz de Pera le dio una vida por apreciar el trabajo de un curandero y confiar en la sabiduría de este compañero a lo largo de su liderazgo.

Cuando el noveno gato avanzó, un macho gris de largas piernas con penetrantes ojos azules, los oídos de Pluma de Ganso comenzaron a zumbar. El claro de hierba desapareció y el curandero estaba de pie en un lugar lleno de aromas y colores, con una madriguera de Dos Patas de piedra roja que se cernía sobre él. Su corazón palpitaba con temor, y se agazapó, listo para saltar sobre el cerco de madera detrás de él y huir al bosque. Entonces se dio cuenta de que tenía a un gato delante de él: robusto, de pelaje grueso, de un color marrón rojizo. ¡Estrella de Pino!

Un hueco apareció en el lado de la madriguera, y un Dos Patas salió. Estrella de Pino se acercó y se arqueó contra las piernas de la criatura, ronroneando y presionándose contra la zarpa rosa sin pelo que bajó para acariciarlo. Pluma de Ganso se tambaleó hacia atrás. Intentó llamar a su líder, pero ningún sonido salió. Estrella de Pino se levantó sobre sus patas traseras y le dio unas palmadas en las rodillas del Dos Patas. Luego siguió al Dos Patas a la madriguera, aun ronroneando, y el hueco se cerró detrás de él de un golpe.

Pluma de Ganso lo contemplaba con horror. La madriguera de piedra roja y las flores de colores brillantes que lo rodeaban se desvanecieron, y él estaba de vuelta en el claro. Los gatos iluminados por las estrellas se habían desvanecido, y Estrella de Pino estaba frente a él, temblando de emoción.

—¡Recibí mis nueve vidas! —susurró.

Pluma de Ganso asintió. Las palabras de Nariz de Pera resonaron en sus oídos. «*No es tu función cambiar el futuro*». Pluma de Ganso sabía que Estrella de Pino iba a traicionar a sus compañeros de Clan, a Estrella de Cierva, y a cada parte del código guerrero cuando dejara el bosque para convertirse en un minino casero. Cada amanecer a partir de ahora, Pluma de Ganso se despertaría preguntándose si este era el día en que su líder abandonaría su Clan. No podía decírselo a ningún gato, ni siquiera a Estrella de Pino, porque no era su deber. Solo podía esperar y observar. Estaba, como siempre, condenado a mantener sus conocimientos en secreto. Él había visto el futuro.

Y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

LOS GATOS GUERREROS

LA DESPEDIDA DE CUERVO

DEDICATORIA

Para Missy.
Gracias especiales a Victoria Holmes.

Título original: "Ravenpaw's Farewell"

Traducción: ***Woofzie***, ***Hawkstar***, ***Gonzalo Firestar*** *y* ***Pichu06*** *del* ***Clan Nocturno***.

FILIACIONES

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

CUERVO — lustroso gato negro.
CENTENO — robusto gato negro y blanco.
VIOLETA — gata atigrada naranja claro con rayas naranja oscuro y patas blancas.
RILEY — gato atigrado gris claro con rayas gris oscuro y ojos azules.
BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.
LULU — gata de pelaje largo color arena.
PATCH — macho gris y naranja claro.
MADRIC — gato marrón atigrado.
PASHA — macho atigrado muy oscuro.

CLAN DEL CIELO

LÍDER — **ESTRELLA DE HOJAS** — gata atigrada color marrón y crema, de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE — **GARRA AFILADA** — gato rojizo oscuro.

CURANDERA — **CANCIÓN DE ECO** — gata atigrada plateada de ojos verdes.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

COLA DE CEREZA — gata moteada.
BIGOTES DE AVISPA — gato gris y blanco.
APRENDIZ, ZARPA DEL ANOCHECER.

GARRA DE ÉBANO — llamativa gata negra (guerrera diurna).

APRENDIZ, ZARPA DE HALCÓN.

TORMENTA BILLY — gato naranja y blanco.

APRENDIZA, ZARPA DE GUIJARRO.

LUNA DE HARVEY — gato blanco (guerrero diurno).

MACGYVER — gato blanco y negro (guerrero diurno).

BRINCO DE FUEGO — gato naranja.

APRENDIZA, ZARPA FLORECIENTE.

NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.

MANCHA DE ORTIGA — gato marrón claro.

SALTO DE CONEJO — macho marrón.

APRENDIZ, ZARPA DE PEREJIL.

SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, ZARPA DE NUBE.

HELECHO DE FUEGO — gata naranja.

APRENDICES

(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DEL ANOCHECER — macho naranja atigrado.

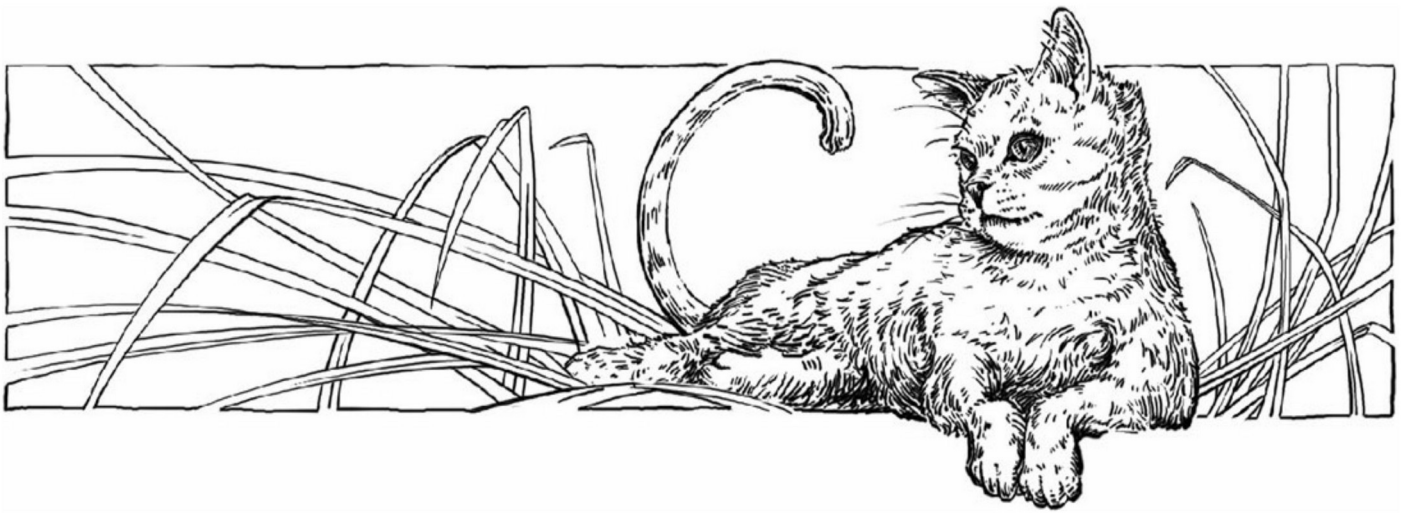
ZARPA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

ZARPA FLORECIENTE — gata naranja y blanca.

ZARPA DE NUBE — gata blanca.

ZARPA DE GUIJARRO — gata blanca con pequeñas manchas marrones, de ojos verdes.

ZARPA DE PEREJIL — gato marrón oscuro atigrado.



CAPÍTULO 1

—¡Más rápido, Cuervo! ¡No pierdas el ritmo! —Zarpa Gris lo miró por encima de su hombro antes de sumergirse en una mata de helechos.

Cuervo clavó sus garras en la tierra y tomó impulso. Vio como el pelaje rayado de Zarpa Gris se desvanecía entre los helechos, justo detrás del destello del pelaje rojizo de Zarpa de Fuego. Cuervo destruyó los helechos al pasar y corrió tras sus compañeros de Clan. Ahora corrían mucho más rápido, de pronto los colores del bosque se transformaron en una mancha borrosa verde, marrón y dorado pálido. Pasaron rápidamente por la maleza, siguieron los senderos que se hacían cada vez más y más estrechos, pero ni siquiera la maraña más densa de zarzas los hizo disminuir su paso. Suaves figuras grises se esbozaban, aunque desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. «*No sabía que nos dirigíamos hacia las Rocas de las Serpientes*», pensó Cuervo, sorprendido. Luego estaban lanzándose hacia el Sendero Atronador, los monstruos rugían junto a ellos, pero los aprendices fueron más rápidos; los rugidos de los monstruos de ojos amarillos quedaron atrás.

Ahora estaban al lado del río que tenía un color marrón, turbulento y salpicando espuma. El sendero a lo largo de la orilla era un poco más grueso que una caña, resbaladizo con un húmero musgo verde, pero los gatos no flaquearon, ni siquiera cuando los rígidos tallos verdes azotaron sus pelajes. «*¡Ojalá pudiéramos correr así siempre!*», Cuervo pensó. Sus patas no estaban cansadas en absoluto, estaban más ligeras que las hojas secas, y respiraba con tanta facilidad como si estuviera acostado en su lecho.

Frente a él, Zarpa de Fuego había llegado a las Rocas Soleadas, el espacioso montón de piedras que estaba junto al río. Zarpa de Fuego pasaba por las rocas sin detener la marcha. Zarpa Gris y Cuervo llegaron a la cima después de él, los tres gatos estaban uno al lado del otro, mirando a través de los árboles.

—¡No hay mejor lugar que el Clan del Trueno! —Zarpa de Fuego declaró.

—¡Clan del Trueno! —repitió Zarpa Gris.

Cuervo abrió su hocico para unirse, pero una gota de lluvia le cayó en su hocico, haciéndolo saltar. El cielo todavía estaba azul y sin nubes, el sol ardía en su pelaje negro, de la nada la lluvia se volvía cada vez más fuerte y pesada.

—¡Te estás mojando! —refunfuñó una voz cerca de la oreja de Cuervo.

Una pata le dio un golpe en su flanco y se dio la vuelta para ver a Centeno de pie junto a él. Detrás de la cabeza de su amigo podía ver el cielo gris pálido a través de una rendija del techo en el granero. Otro goteo cayó en la parte de atrás de su cuello, y Cuervo saltó de su lecho con un bufido.

—Pensé que revisaste el techo antes de que hiciéramos nuestros lechos anoche —murmuró. Su sueño todavía estaba en el fondo de su mente, y estaba convencido de que podía oler el aroma de sus viejos amigos.

—No seas tan cascarrabias —se burló Centeno—. ¿Quieres que trepe al techo todas las noches antes de que te vayas a dormir, solo para asegurarme de que no te mojarás? Ven aquí donde está seco.

Acomodó el heno en donde estaba acostado. Cuervo se quedó dónde estaba por un momento, un dolor agudo y punzante en su vientre lo detuvo.

Centeno aguzó las orejas.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —Cuervo maulló—. Probablemente sea ese ratón que atrapaste hace dos amaneceres. Te dije que no se veía bien.

Centeno entrecerró los ojos hacia la rendija en el techo.

—No creo que esta lluvia vaya a durar mucho —maulló—. ¿Te gustaría ir al bosque hoy? Una vez que el clima cambie, no será tan fácil llegar allí, y no hemos estado allí en lunas.

Cuervo saboreó el aire. Podía oler la estación sin hojas acercándose, fría y quebradiza como la piedra.

—Sí, me gustaría —maulló. Estiró sus patas delanteras y arqueó la espalda, curvando la cola hasta que le rozó las orejas. El dolor en su vientre había disminuido a un dolor sordo, y Cuervo esperaba que un paseo en el bosque se deshiciera del dolor por completo.

Saltaron por el heno apilado donde Centeno había escondido los restos de la paloma que había cazado el día anterior. Cuervo no tenía hambre, sentía su estómago extrañamente lleno, pero escogió un ala cuando sintió la mirada de Centeno atravesando su pelaje. Cuando su compañero hubo terminado de limpiar sus bigotes, se deslizaron a través de un agujero en la pared.

La lluvia había cesado y las nubes se disipaban para revelar los parches de cielo azul. Centeno se detuvo al borde de un tramo de piedra pálida. Los débiles ladridos provenían de uno de los campos que estaban más allá del Poblado de los Dos Patas, lo que indicó que los perros estaban muy lejos, por lo que los gatos trotaron por la piedra y se metieron en los arbustos. Centeno abrió el camino, dejando huellas en la húmeda tierra con sus grandes patas. Cuervo intentó poner sus patas en las mismas huellas, pero las patas de Centeno eran más largas que las suyas. Tuvo que trotar para mantener el ritmo. Algunas vacas levantaron la cabeza y vieron como los gatos cruzaban el campo.

Al principio Cuervo había tenido miedo de las enormes criaturas de color blanco y negro, pero ahora las miraba con una especie de afecto. Estaba tan acostumbrado a verlas a su alrededor, que casi se sentían como sus compañeros de Clan.

Por un momento estaba de vuelta en su sueño, parado en la cima de las Rocas Soleadas y mirando el bosque donde había nacido. «Me pregunto ¿dónde estarán Estrella de Fuego y Látigo Gris ahora?». Había pasado mucho, mucho tiempo desde que fueron aprendices juntos. Cuando Cuervo había dejado el Clan del Trueno, a veces lo visitaban, pero luego Estrella de Fuego había liderado a los cuatro Clanes fuera del bosque cuando llegó el gigante Sendero Atronador. Látigo Gris había desaparecido antes de eso, secuestrado por los Dos Patas. Después de que los Clanes hubieran desaparecido, Cuervo había visto a Látigo Gris una vez, había escapado de los Dos Patas y estaba buscando al Clan del Trueno, y él le señaló en la dirección en la que se habían ido. Esperaba que Látigo Gris los hubiera encontrado. Cuervo se estremeció.

«*Donde quiera que estén, espero que estén a salvo, con comida y en paz. Que el Clan Estelar ilumine su camino, siempre*».

—¡Ven! —Centeno había regresado—. Comprobemos que el túnel no esté inundado.

El Sendero Atronador era mucho más amplio de lo que había sido cuando Cuervo lo había cruzado cuando era un aprendiz. La colina en el otro lado había sido arrancada, dejando enormes surcos en la tierra. Incluso en el amanecer, el Sendero Atronador parecía un río lleno de peces relucientes, con monstruos gruñendo arriba y abajo. Era demasiado ancho para que los gatos lo cruzaran, así que Centeno y Cuervo usaban un estrecho túnel que estaba por debajo. Estaba oscuro y húmedo, y era lo suficientemente grande como para que un tejón pudiera pasar; Cuervo no se había encontrado cara a cara con uno de esos en el túnel.

El túnel a veces se llenaba de agua después de una lluvia fuerte, pero hoy no había más que un pequeño reguero de barro corriendo por la parte inferior. Tomando una bocanada de aire, Centeno se sumergió. Cuervo apretó los dientes y lo siguió, odiaba la forma en que el túnel lo envolvía. El aire vibraba con el ruido los monstruos en la superficie, y era imposible pensar en otra cosa que no fuera avanzar hacia adelante al aire frío y limpio del otro lado

Cuervo empezó una carrerilla casi chocando con Centeno. Estaban en el borde de una barrera de densas zarzas. No había forma de atravesarlas; en su lugar tuvieron que arrastrarse por el borde, siguiendo la tierra mientras se elevaba abruptamente sobre el Sendero Atronador. La tierra había sido quitada lejos de ahí para dar paso al nuevo camino de piedra y la amplia extensión del páramo se había convertido en un escarpado acantilado que hacía eco con el rugido de los monstruos.

Cuervo aplanó sus orejas contra su cabeza, partiendo cuesta arriba. El ruido se desvaneció un poco mientras se apresuraba para llegar a la cima del acantilado, donde una franja de corta hierba agitada por el viento daba paso a los árboles. La brisa era más fuerte ahí arriba, remolineando el pelaje negro de Cuervo. Aromas familiares invadieron su hocico, trayendo recuerdos a su mente: el barranco, las Asambleas, el olor de la guarida de la curandera, los entrenamientos con Garra de Tigre…

Cuervo se sacudió. Había una razón por la que había dejado el bosque.

Caminó hasta el borde poco profundo rodeado de aulagas y pequeñas rocas. Cuervo tenía la sensación de que ahí solía ser el campamento del Clan del Viento, pero las imágenes en su mente eran confusas, y allí no había rastro de gatos. Detrás de él, Centeno gruñó cuando una ráfaga de viento casi lo hace perder el equilibrio.

—Vamos a refugiarnos entre los árboles —lo llamó.

Corrió a través del tramo de hierba, su pelaje blanco y negro lo diferenciaba al verde de la hierba. Cuervo le dedicó un vistazo al páramo una vez más antes de seguirlo. ¿Había el Clan del Viento sobrevivido al viaje? ¿Algún Clan lo hizo? Los helechos que estaban debajo de los árboles se sentían quietos y tranquilos después de estar en el páramo abierto. Cuervo hizo una pausa para recuperar el aliento, escuchando los pequeños crujidos de presas que no se veían a simple vista. Por encima de su cabeza, las ramas escondían el cielo. Los gatos se abrieron paso a través de las frágiles frondas hasta que nuevos sonidos llegaron a sus oídos: el estruendo de los monstruos moviéndose lentamente, así como los gritos de Dos Patas. Cuervo llegó al borde de los árboles y miró hacia abajo. Parecía que hacía una vida había estado aquí y visto los cuatro enormes robles a la luz de la luna. La hondonada había desaparecido, aplanada para hacer lugar a guaridas plateadas y achatadas, y a una gran extensión de piedra negra llena de filas de monstruos en silencio. El aire se sentía espeso con vapores y el hedor de algo caliente, casi como si fuera una presa repulsiva, el estómago de Cuervo se revolvió.

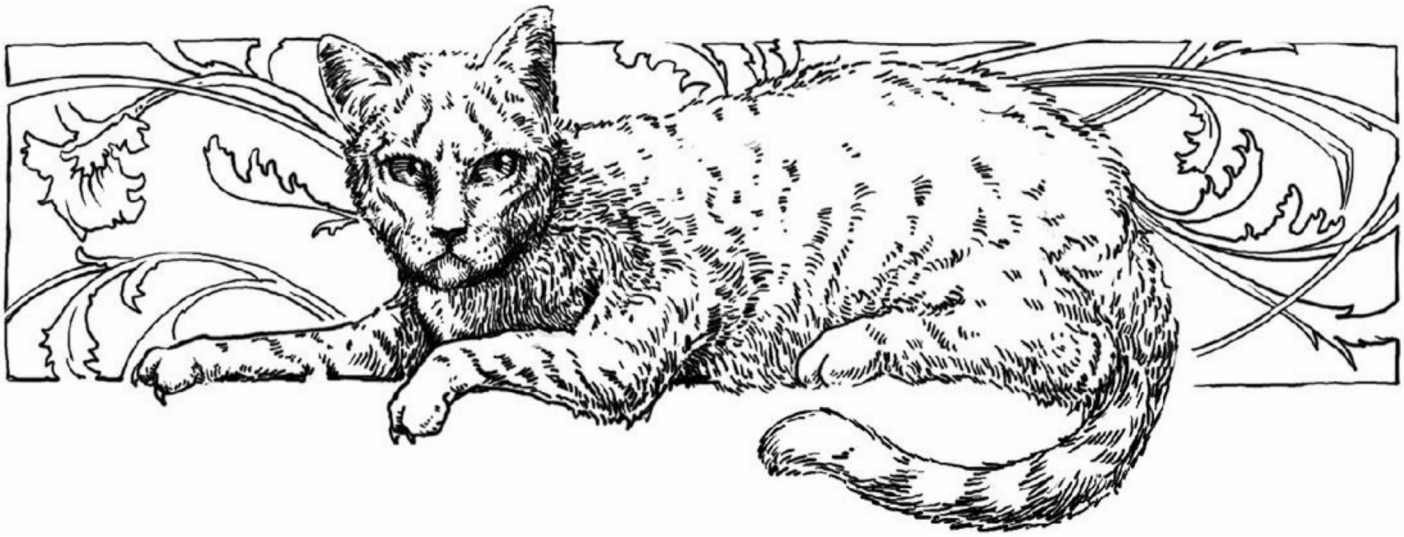
Centeno comenzó a abrirse camino hacia los helechos a lo largo de la cima de la ladera. Cuervo sabía que estaba siguiendo un viejo camino que una vez lo condujo a la parte superior de la hondonada y hacia abajo a través de los árboles hacia la frontera del Clan del Trueno. Cuando los Clanes habían estado ahí, Centeno no hubiera podido caminar con confianza a través de este territorio. Ahora que los Dos Patas se habían apoderado de él, no quedaban más fronteras, no había patrullas de las que un solitario tuviera que temer.

Dejaron atrás las guaridas plateadas y se aventuraron en la profundidad de los árboles. Los caminos que una vez habían sido utilizados por el Clan del Trueno eran tenues y estaban cubiertos de maleza. Un enorme montículo de zarzas cubiertas de rocas de un color gris pálido sacudió a Cuervo de regreso a su sueño:

Estas deben de ser las Rocas de las Serpientes, aunque las serpientes también parecían haber desaparecido hace mucho tiempo. Unos pinos habían comenzado a aparecer entre los robles y hayas, y algo sobre la curva del camino casi invisible se sintió dolorosamente familiar debajo de las zarpas de Cuervo.

—¡Cuidado! —chilló Centeno, saltando hacia adelante y empujando a Cuervo con su hombro. Cuervo parpadeó y miró hacia abajo. El terreno cedió agrietándose a un ratón de distancia frente a él, sumergiéndose en un estrecho hueco lleno de espinas y árboles a medio crecer.

—Es el barranco —Cuervo susurró—. ¡El lugar donde nací!



CAPÍTULO 2

—¿Crees que podamos bajar? —maulló Centeno. Empezó a deslizarse debajo de las zarzas.

—Espera —ordenó Cuervo—. Ahí debería de haber un camino. —Trotó a lo largo de la colina hasta que encontró un pequeño hueco entre dos arbustos—. Aquí está.

Dudó por un latido, preguntándose qué recuerdos podían estar esperándolo ahí abajo. «*El pasado no puede dañarme ahora*». Se agachó y se apretujó contra el hueco, guardando su cola para evitar que fuera atrapada en las zarzas. Podía escuchar como Centeno lo seguía.

La colina se sintió instantáneamente familiar debajo de las zarpas de Cuervo. Había rocas filosas semienterradas; ahí estaba la estrecha barricada erosionada por las lluvias. «*¡El barranco!*». En todas sus visitas al bosque desde que los Clanes se habían ido, Cuervo nunca había regresado a este lugar antes. El ruido de los monstruos era tan tenue que apenas podía oírlo, y por un momento Cuervo se preguntó por qué Estrella de Fuego había abandonado su hogar. ¡Todavía había espacio para que el Clan del Trueno viviera aquí! Pero Estrella de Fuego quería salvar a los cuatro Clanes. «*Un Clan en solitario siempre sufrirá*», eso le había dicho a Cuervo en un momento de tranquilidad en el granero. Algo en sus palabras habían hecho que Cuervo lo cuestionara; era como si Estrella de Fuego supiera exactamente lo difícil que era para un Clan sobrevivir por sí solo. Y eso lo había llevado a una de las historias más extraordinarias que Cuervo alguna vez hubiera escuchado: acerca de una profecía que había enviado a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena a un viaje para salvar a un quinto Clan olvidado. Cuervo se preguntó si el Clan del Cielo había

sobrevivido sin la protección de los otros Clanes. En su mente podía casi imaginárselo, el polvoriento desfiladero que Estrella de Fuego había descrito lunas atrás.

Centeno sacudió a Cuervo de regreso al presente. El gato blanco y negro lo empujó hacia adelante mientras elegían su camino a través de los restos de una aulaga que hace mucho que había muerto: «*Creo que esta era la entrada*», Cuervo recordó emocionado, y ahora estaba parado en ese diminuto hueco, que no era mucho más grande que sus lechos juntos.

—¿Este era tu campamento? —le preguntó Centeno, asombrado. Cuervo miró las densas marañas de zarzas abarrotadas, los helechos quebradizos rodeaban una pequeña roca gris, la roca más grande había sido devorada por la hiedra.

—Sí —respiró—. Sí, este fue nuestro hogar.

Se giró, las zarzas desaparecieron en su mente, dejando al descubierto la superficie del claro bordeado por madrigueras en orden y los exuberantes helechos que conducían al depósito de hierbas de Fauces Amarillas. Observó a Estrella Azul saltar a lo más alto de la Peña Alta, su pelaje grueso, de un color gris azulado brillaba a la luz del sol, su voz era clara y firme mientras convocaba al Clan.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas, acudan aquí, bajo la Peña Alta para una reunión del Clan!

—¿Qué dijiste? —Centeno se dio media vuelta, estaba oliendo un matorral cubierto de zarzamoras. Cuervo pensó que podría haber sido la maternidad, pero no podía estar seguro.

—Solo estaba recordando —maulló. Para su alivio, nada sobre el campamento le recordó los problemas que lo habían expulsado del bosque. En lugar de eso, se sentía emocionado, apenas podía contener la emoción, de la misma forma en que se había sentido cuando se había convertido en aprendiz—. ¿Alguna vez te conté sobre mi primera patrulla de caza? Rastreé un olor hasta el final de las Rocas Soleadas, ¡pero resultó ser un Dos Patas y su perro! Polvoroso me desafió para que los atacara. ¡Pero Zarpa Gris dijo que Garra de Tigre se pondría furioso si llenaba el montón de carne fresca en mi primera patrulla!

Cuervo hizo rodar un trozo de musgo bajo su zarpa mientras más recuerdos surgían dentro de él como hojas que volaban.

—Una vez, estaba limpiando los lechos de los veteranos y una garrapata se aferró a mi hocico. ¡Zarpa Gris tuvo que sentarse sobre mí mientras Jaspeada me ponía bilis de ratón! ¡Eso fue repugnante!

Hizo una pausa cuando notó que Centeno lo miraba extrañado.

—¿Qué ocurre?

Centeno movió la punta de su cola.

—Estoy feliz de que tengas buenos recuerdos de cuando estabas en el Clan de Trueno. Pero… pero no olvides por qué te fuiste. Garra de Tigre te habría asesinado si te hubieras quedado. Sabía que lo habías visto matando a Cola Roja.

Cuervo se sobresaltó por el tono emocionado en la voz de Centeno. Se acercó y frotó su hombro contra el flanco cálido de su amigo.

—¡Nunca pienses que me arrepentí de dejar el bosque! —siseó—. Estrella de Fuego y Látigo Gris salvaron mi vida cuando me trajeron a ti. Desde entonces, no quiero estar en otro lugar que no sea contigo. Es solo que... yo nunca esperé poder volver y recordar las cosas buenas de estar en el Clan del Trueno. Si eso me ayuda a bloquear algunos de los malos recuerdos, entonces estaré contento.

Centeno le lamió la cabeza.

—Yo también estaré contento. ¿A dónde quieres ir ahora?

—No lo sé. ¡Veamos en dónde terminamos! —Cuervo lanzó una última mirada a la Peña Alta, para luego volver a subir la empinada ladera.

Unas gotas de lluvia traspasaron las ramas, así que decidió permanecer bajo los árboles en vez de seguir por el sendero que daba salida del bosque hacia las Rocas Soleadas. Parte de él no quería saber si las Rocas Soleadas habían sido absorbidas por la vegetación como el resto de los lugares de su territorio; prefirió recordarlas como habían sido en su sueño: un perfecto lugar para mirar todo el territorio.

Trotaron uno al lado del otro a lo largo de un camino marcado por pezuñas de ciervos y el ocasional recuerdo de la cola de un zorro. Los pinos se apoderaron del bosque, y a través de las limpias marcas de los troncos Cuervo vislumbró la pálida valla que marcaba la frontera con el Poblado de los Dos Patas. Mientras se acercaban los olores de las guaridas de los Dos Patas, los monstruos, humos, y los mininos domésticos se intensificaban.

—Todavía no se han adentrado mucho en el bosque —comentó Cuervo mientras se detenía para oler un tronco que había sido marcado por un minino doméstico.

Centeno miró por encima del hombro la densa maraña de árboles.

—No puedo imaginar que ahora parece más atractivo que cuando los Clanes estaban aquí. Los mininos caseros tienen todo lo que quieren de sus Dos Patas, ¿no es así? Comida, refugio, compañía de sus Dos Patas, todo sin tener que realizar ningún esfuerzo.

Cuervo miró de reojo a su amigo.

—Entonces nos parecemos un poco a ellos —bromeó.

Centeno se erizó.

—¡Al menos atrapamos nuestras propias presas!

Cuervo ronroneó, aunque sintió otra punzada de dolor en su vientre que le recordó que necesitaba tener más cuidado con lo que comía. El granero les daba un buen lugar para cazar, pero no podía asumir que toda presa sería buena.

Caminaron uno al lado del otro a través de la hierba alta en la base de la valla de madera. Se sentía fresco y acogedor bajo las zarpas de Cuervo, y reflexionó que había pasado mucho tiempo desde que había caminado hasta tan lejos. ¡La vida en la granja lo había vuelto débil!

De repente algo siseó arriba de sus cabezas.

—¡Oigan! ¡Ustedes ahí abajo! ¿Qué están haciendo?

Cuervo y Centeno miraron hacia arriba. Un andrajoso gato atigrado marrón estaba agachado arriba de la cerca, mirándolos. Una cicatriz en el hocico y cortes en sus orejas sugerían que a él no le asustaban las peleas.

—Estamos de paso —Centeno explicó—. No te preocupes.

En un instante, el gato atigrado saltó de la cerca y bloqueó su camino. Su cola azotó el piso.

—Yo decidiré de qué me tengo que preocupar, gracias —gruñó. Estiró su cuello y lo olfateó—. No eres de por aquí. Tú no hueles como un minino casero, pero tampoco hueles como un gato del bosque. ¿Quién eres tú?

—Vivimos en una granja —Centeno comenzó, pero Cuervo lo interrumpió.

—Tranquilo. No le queremos hacer daño a nadie —maulló.

El gato atigrado frunció el labio.

—No me gusta su mirada —gruñó—. Este es mi territorio —bufó, señaló con la cabeza la casa Dos Patas al otro lado de la cerca— y reclamo el derecho a cazar en esta parte del bosque. No son bienvenidos.

«*Y tú eres ridículo*», Cuervo pensó. Pero estaba cansado y con el dolor en su barriga, una pelea era lo último que quería.

—Vamos —le murmuró a Centeno, quien asintió.

—Vamos. —Comenzaron a caminar esquivando al minino casero, pero este saltó tras ellos con las garras desenvainadas.

—No creerán que los dejaré escapar tan fácilmente, ¿verdad?

Soltó un aullido, y en un abrir y cerrar de ojos más rostros aparecieron a lo largo de la valla.

Cuervo los analizó alarmado. Mininos caseros, sí, pero también uno o dos parecían demasiado malvados y escuálidos como para vivir con los Dos Patas.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —le susurró a Centeno, quien asintió.

—No hay necesidad de pelear —Centeno anunció—. Nos vamos.

Cuervo y Centeno partieron de nuevo, pero la cerca de madera tembló detrás de ellos mientras varios gatos saltaban hacia el bosque.

—¡Corre! —Cuervo chilló, y sin mirar atrás, él y Centeno se lanzaron a lo largo de la frontera con los árboles.

Cuervo sintió que su pecho comenzaba a arder, y el dolor en su vientre se agudizó con cada paso. Por los ruidos de atrás podía decir que algunos de los gatos ya se habían rendido, pero la persecución lo mantuvo en marcha. Sus días de luchar se habían ido; todo lo que quería hacer era salir de ese lugar, y volver a la seguridad del granero.

Siguieron pegados a la cerca hasta que el bosque despareció y la tierra dio paso a un Sendero Atronador vasto y hediondo. Corrieron a lo largo de una estrecha extensión de tierra, ahora estaban atrapados entre una cerca alta por un lado y un acantilado por el otro lado. El granero estaba en la otra dirección, y Cuervo empezó a preguntarse si alguna vez encontrarían su camino de vuelta.

Cuervo sintió que sus piernas comenzaban a cansarse. A su lado, Centeno también redujo su velocidad.

—¡Hay que mantener el paso, Cuervo! —jadeó. Había aullidos de alegría detrás de ellos, como si el gato atigrado pudiera decir que su presa se estaba debilitando.

—¿Qué está pasando? —el aire se cortó con un chillido desde lo alto de la valla, y una figura naranja bajó al suelo pisándole los talones a Cuervo. Se detuvo a tropezones y se dio la vuelta para ver una gata arqueando la espalda y bufando, con sus ojos llenos de furia.

«*Oh, genial otro minino casero enojado*».

—¡Violeta! —jadeó Centeno.

Cuervo parpadeó. «*¡Es la hermana de Centeno!*».

—¡Centeno! —gritó la gata naranja. En un latido del corazón, se dio la vuelta para encarar a los gatos que los perseguían—. ¡Alto ahí, Madric! —ordenó.

Para sorpresa de Cuervo, el atigrado marrón patinó para detenerse. Los dos gatos que estaban detrás casi chocan con él.

—Vete, Violeta —gruñó—. ¡Estos gatos nos estaban invadiendo!

—¡Tonterías! —espetó Violeta—. Este es mi hermano, Centeno, y su amigo Cuervo. Ellos son bienvenidos en cualquier lugar, ¿entiendes? —Ella aplanó sus orejas ante el gato atigrado—. *En cualquier lugar*.

El gato atigrado siseó, pero hizo un gesto con la cola a los gatos que habían venido con él.

—Vamos —gruñó—. No creo que nos vayan a molestar. —Entrecerró los ojos hacia Cuervo—. Perdiste tus habilidades, viejo —se burló—. Vuelve a tu lecho.

Violeta se paró frente a él.

—Suficiente —espetó. Con un gruñido final, los hostiles gatos dieron la vuelta y se fueron trotando.

Violeta inclinó la cabeza hacia un lado, observando a Centeno y Cuervo.

—Bien, ustedes dos se veían mejor la última vez que los vi.

Centeno se encogió de hombros.

—Nuestros huesos están un poco viejos para este tipo de cosas —admitió. Sus ojos se iluminaron y frotó su cabeza contra la mejilla de Violeta—. ¡Ha pasado demasiado tiempo, hermana! ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! —declaró—. ¡Y tengo algo que mostrarte! —lideró el camino hacia un agujero al pie de la cerca. Antes de pasar, miró de vuelta a Cuervo—. ¿Estás bien? ¿Alguno de esos gatos te lastimó? —Cuervo negó con la cabeza, jadeando todavía.

Se agacharon a través de la cerca y emergió en un espacio con suave hierba verde y con paredes con un olor fuerte a arbustos. Cuervo sintió como su pelaje le picaba. Una guarida de un Dos Patas era al último lugar al que quería ir.

—Está bien —Violeta maulló como si supiera lo que estaba pensando —. No vamos a entrar, y mis amos no están en casa de todas formas.

Ella corrió a través de la hierba, y saltó a una plataforma de madera que estaba junto a una guarida de piedra color rojo. Había suaves y brillantes mantas a un lado. Mientras Cuervo se acercaba, vio cómo se movían las mantas, y reconoció un olor que no había olido en mucho, mucho tiempo…

—¡Estoy de vuelta, pequeños! —Violeta los llamó.

Diminutas caras surgieron entre las mantas. «*¡Cachorros!*». Cuervo se trasladó de regreso a los recuerdos en la maternidad: el olor a leche pegado a su pelaje, la forma gentil e inminente de su madre.

—Oh, wow —Centeno suspiró mientras los pequeños cuerpos robustos se movían a su alrededor, maullando, ronroneando y jalando su pelaje con sus diminutos dientes afilados.

—Este es mi hermano, Centeno —anunció Violeta—. Y su amigo Cuervo. ¡Sé gentil, Bella! —le suplicó a una cachorra de color naranja pálida mientras extendía sus garritas y se aferraba a las orejas de Cuervo.

Cuervo usó su pata delantera para quitarla de su oreja y dejarla en el suelo. Unos enormes ojos curiosos de color verdes lo miraron… «*¡Se parece a Estrella de Fuego!*».

—¿Tú y Centeno tienen cachorros? —maulló la gatita.

—Eh, no —Cuervo respondió.

La pequeña gatita inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Dónde viven? ¿Cómo son sus dueños? ¿Por qué no han venido a vernos antes?

—¡Muchas preguntas! —Violeta la reprendió pasándole su cola alrededor—. Cuervo, esta es Bella. Ella empezó a hablar antes que los demás, y no estoy segura de cuándo se detendrá —su voz era cálida y estaba llena de amor mientras miraba a la pequeña gata color naranja.

Cuervo sintió que algo tiraba de su cola. Un gatito atigrado gris agarró la punta de su cola entre sus patas y jugueteó con ella. Cuervo movió el rabo y el cachorro se separó casi cayéndose de la plataforma de madera, Violeta tuvo que saltar para evitar que se cayera.

—Oh, Riley —suspiró—. ¿Puedes intentar ser un poco menos torpe, por favor?

—Fue mi culpa —Cuervo maulló rápidamente—. Fue una buena pelea —le comentó a Riley, quien se tambaleaba hacia atrás con sus robustas patas para tener otra oportunidad de cazarle la cola.

En su mente, Cuervo se imaginó a Látigo Gris cuando era un cachorro, con el mismo pelaje, a excepción de los ojos que eran amarillos, mientras que los de Riley eran de un penetrante azul claro.

Centeno estaba tratando de quitarse a un par de cachorros de su cabeza.

—¡Lulu, Patch, quítense! —Violeta les ordenó. Le lanzó una mirada exasperada a Cuervo—. Lo siento mucho. Creo que están un poco emocionados por su visita.

—Deberíamos irnos de todos modos —Centeno maulló—. Tenemos un largo camino de regreso a la granja.

—¿La granja? —repitió Bella—. ¿Qué es eso?

—Es donde vivimos —maulló Cuervo—. Lejos, al otro lado del Sendero Atronador. Es un lugar con ovejas, vacas, y con muchos campos.

Riley hizo una mueca.

—¿Qué son las ovejas y vacas? ¿Y un campo qué es?

—Los visitaremos algún día —Violeta le prometió, tocando con la punta de su cola la oreja del cachorro color gris oscuro—. Ahora ve a dormir la siesta. —Condujo a sus cachorros de regreso.

—No tengo ni un poquito de sueño —Cuervo escuchó a Bella quejarse.

Violeta los condujo a un montón de mantas y luego regresó junto a Centeno y Cuervo.

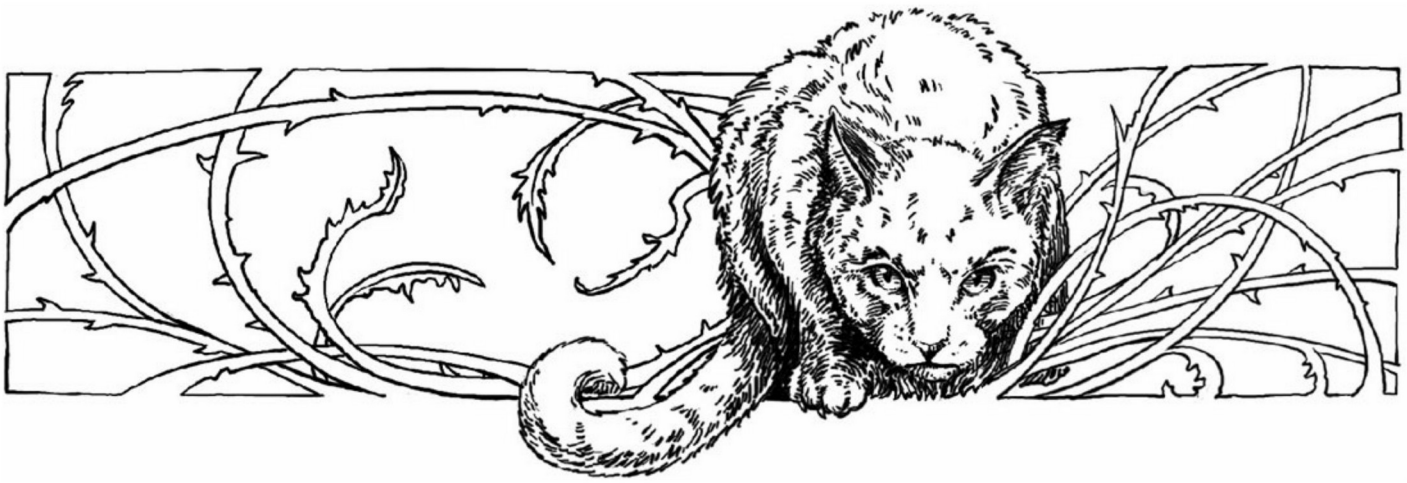
—Fue realmente bueno verlos —maulló—. Por favor vengan a vernos cuando puedan. ¡O tal vez nosotros los visitemos!

Centeno ronroneó.

—Serán bienvenidos. —Se estiró tocando con su mentón la cabeza de su hermana—. Eres una madre maravillosa. Estoy tan feliz por ti.

—Gracias. —Violeta miró a sus cachorros, moviéndose y resoplando entre las mantas—. Ellos son mi mundo. Ahora vayan con cuidado y traten de mantenerse alejados de Madric. Me gustaría decir que es tan solo un cascarrabias y que no muerde, pero no confío en él.

—No volveremos por ese camino —Cuervo prometió. Con la punta de su cola acarició el flanco de Violeta—. Adiós, y no dejes que esos cachorros te agoten. —Luego se volteó hacia Centeno. Sus patas le dolían por el cansancio y su vientre todavía le dolía, pero la idea de regresar al granero le dio energía—. ¡Hoy hemos tenido suficientes aventuras para toda la vida! Vayamos a casa.



CAPÍTULO 3

La estación sin hojas sacudió las últimas hojas secas de los árboles y los setos, y cubrió los campos con una gruesa capa de nieve.

Cuervo y Centeno se asomaron para ver los densos copos blancos que caían silenciosamente desde el cielo. Todavía había muchos ratones para comer dentro del granero, y mientras las provisiones de heno se iban agotando, la caza se hacía más fácil, con menos lugares para que se escondieran sus presas. El dolor en el vientre de Cuervo se había convertido en un latido familiar, que empeoraba si comía demasiado o cuando dormía sintiendo una corriente de aire frío. Podía olvidarse de él la mayor parte del tiempo. Le molestaba más el dolor de una torcedura en el hombro, debido a una persecución demasiado entusiasta arriba y abajo en el heno con Centeno.

Cuervo había resbalado y había caído a varios zorros sobre el suelo de piedra. Centeno había estado a su lado en un instante, lamiendo su costado, instándole a quedarse quieto.

Cuervo flexionó cada pata a su vez y abrió los ojos.

—Sobreviviré —había gruñido.

Pero cuando se levantó, su hombro ardía, y apenas podía poner la pata en el suelo. Centeno lo había ayudado a llegar a su nido y había acurrucado su cuerpo alrededor de él, suave, reconfortante y con olor a heno.

Cuervo suspiró.

—Me estoy volviendo viejo.

—Cerebro de ratón —ronroneó Centeno cariñosamente—. ¡He visto al menos dos estaciones sin hojas más que tú, y no estoy viejo!

Cuervo dejó que sus ojos se cerraran.

—¿Te quedarías conmigo mientras duermo?

—No iré a ninguna parte —prometió Centeno, apoyando su barbilla más cómodamente en el pelaje negro de Cuervo.

«*Yo tampoco*», pensó Cuervo.

Pasó la estación sin hojas, la nieve se derritió, y los días se hicieron casi imperceptiblemente más largos, trayendo consigo la promesa de nuevas hojas verdes a lo largo de los setos.

El hombro de Cuervo se curó, y él y Centeno comenzaron a cazar afuera de nuevo, merodeando por los campos en el crepúsculo mientras enormes búhos marrones y blancos se abalanzaban sobre sus cabezas.

Una noche, cuando estaban aprovechando lo mejor posible del primer día realmente cálido, fueron sorprendidos por un un aullido sordo.

—¡Centeno! ¡Cuervo!

Cuervo miró a su alrededor. El grito parecía venir de más arriba del seto. Se agachó y caminó por el borde del campo, con la boca abierta para olfatear el aire. Había gatos adelante, definitivamente. De pelaje suave, con un toque de minino doméstico...

—¡Somos nosotros!

Dos formas mullidas salieron del seto delante de Cuervo, una gatita rojiza pálida y el segundo, un atigrado gris.

Cuervo parpadeó sorprendido.

—¿Riley? ¿Bella? ¿Qué están haciendo aquí?

Una forma más alta surgió detrás de ellos.

—Insistieron en venir a visitarlos —explicó Violeta, sonando cansada —. Espero que no les moleste.

Centeno se adelantó para chocar la nariz contra la de su hermana.

—¿Molestar? Por supuesto que no. Me alegro de verte.

Miró a Riley y Bella, que estaban olfateando una brizna de hierba.

—Pero… ¿no había más cachorros la última vez?

Los ojos de Violeta se nublaron.

—Lulu y Patch se han ido a un nuevo hogar. —Parpadeó—. Pero todavía los vemos a veces, y son muy felices. Al menos sé que están juntos.

Bella saltó hacia Cuervo. Había crecido mucho desde su primer encuentro; su cabeza estaba a la altura de su hombro. Era más alta que su hermano, más angular, y su barbilla se estrechaba hasta un punto que sugería que sería muy terca. Riley todavía tenía restos de su pelaje de cachorro mullido, pero tenía hombros anchos y piernas robustas.

—¿Podemos ir a la granja? —suplicó Bella—. Hemos tardado mucho en llegar, y quiero atrapar un ratón.

—¡Tengo tanta hambre que podría morir! —maulló Riley.

—Por supuesto que pueden venir a nuestro hogar —ronroneó Centeno —. Son bienvenidos a quedarse todo el tiempo que quieran. Tenemos mucha comida, y lugares cálidos en los que pueden dormir.

Las fosas nasales de Violeta se dilataron.

—Está bien; no los molestaremos por más que una noche. No quiero que nuestros dueños se preocupen demasiado por nosotros.

Se dirigieron al granero, Riley y Bella iban a toda velocidad y se detenían cada vez que veían algo nuevo. Al ver por primera vez en su vida a la primera vaca que se encontraron, sus ojos se desorbitaron tanto que Cuervo tuvo que ocultar una risa.

—¡Es enorme! —jadeó Bella.

—¿Seguro que es amistosa? —susurró Riley, mirando al animal al otro lado del campo.

—Bueno, no querrá hablar contigo —maulló Cuervo—. Pero estoy bastante seguro de que no comen gatos. ¿Tú qué opinas, Centeno?

El gato blanco y negro fingió reflexionar por un momento.

—Hubo una vez que casi te muerden la cola… —maulló.

—¿Qué? —chilló Violeta.

—¡Eso suena increíble! —maulló Bella—. ¡Cuéntanoslo, Cuervo! ¿Acaso usaste tus movimientos de guerrero para luchar contra la vaca?

Violeta parecía nerviosa.

—Lo siento, están obsesionados con las historias sobre los Clanes que solían vivir en el bosque. Uno de los otros gatos domésticos habla de ellos, yo creo que los conoció una vez, de hecho. Su nombre es Tiznado. Blanco y negro, de grueso pelaje.

Cuervo asintió, los recuerdos se acumulaban a su alrededor una vez más.

—Sí, él era amigo de Estrella de Fuego desde antes de que se uniera al Clan del Trueno.

—¡Nosotros también queremos unirnos al Clan del Trueno! —anunció Riley—. ¡Somos muy valientes y buenos en la lucha, y puedo arrastrarme tan silenciosamente que Bella ni siquiera sabe que estoy allí!

—¡Yo también! —Bella resopló—. Tú eres tan ruidoso como… como… —Una andanada de ladridos dividió el aire, haciendo saltar a todos los gatos—. ¡Como esos perros! —declaró Bella.

Violeta se agachó, lista para huir, pero Centeno apoyó su cola en su hombro.

—No pasa nada; están atados. Les gusta el sonido de sus propias voces, eso es todo.

Los perros siguieron ladrando hasta que un Dos Patas gritó desde el interior de la guarida de piedra roja. Solo entonces se callaron.

—Venga, vamos a enseñarles el granero —maulló Cuervo.

Los cachorros estaban en silencio y con los ojos muy abiertos cuando entraron por primera vez a la enorme guarida de madera. Casi todo el heno había desaparecido, y el extremo más alejado del granero estaba lleno de sombras.

Violeta se estremeció.

—Es un poco espeluznante.

Centeno ronroneó.

—No te preocupes; estás a salvo con nosotros. Esos feroces ratones no te atacarán mientras estemos aquí.

—¿Ratones feroces? —repitió Bella, pareciendo encantada.

—En realidad no —respondió Cuervo—. Pero pueden ser difíciles de atrapar a veces. ¿Les gustaría verme cazar?

—¡Sí, por favor! —maullaron Riley y Bella al unísono.

—Te enseñaré nuestro nido —le dijo Centeno a Violeta—. Puedes descansar allí mientras Cuervo les encuentra algo para comer.

Cuervo llevó a los cachorros a la parte trasera del granero, donde las sombras eran tan espesas que casi podía sentirlas sobre su pelaje. Ambos gatos jóvenes hicieron lo mejor que pudieron para caminar en silencio; Bella era muy ligera sobre sus patas, y Riley lo hizo mejor de lo que Cuervo esperaba, dada su estructura más voluminosa. El aroma de los ratones flotaba en el aire.

Cuervo eligió un rastro que parecía fresco y lo siguió hasta una esquina.

—No se muevan —susurró a Riley y a Bella mientras se arrastraba hacia adelante. Se puso en la posición del cazador y acechó hacia el pequeño agujero donde el olor a ratón era más fuerte. Sintió un pinchazo de dolor en su recientemente hombro herido, así que cambió su peso a las otras tres patas.

Hubo un pequeño sonido de rasguños el cual apenas logró escuchar. Una nariz puntiaguda apareció, agitando los bigotes. Entonces el ratón salió disparado del agujero.

Cuervo se abalanzó y mató al ratón con un mordisco en el cuello.

«*Agradezco al Clan Estelar por enviar esta presa*», pensó.

—¿Qué has dicho? —llamó Riley.

Estaba de puntillas, estirando el cuello para ver si Cuervo había logrado capturar a su presa.

El gato negro se enderezó con el ratón en sus patas. No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. No podía recordar la última vez que había agradecido al Clan Estelar por una presa.

—Nada —maulló—. ¿Te gustaría llevarlo de vuelta?

Saltando de emoción, Riley y Bella arrastraron el ratón de vuelta a la pila de heno. Violeta parecía asombrada.

—¿Lo has cazado tú misma?

Bella soltó su parte del ratón.

—No —jadeó—. ¡Pero vimos a Cuervo hacerlo! Estuvo brillante.

—¡Caza como un verdadero guerrero! —declaró Riley.

Cuervo ronroneó con diversión. ¿Cuándo había visto a un guerrero cazar este gatito?

—Buena captura —comentó Centeno.

—Cuando sea una guerrera, voy a cazar como Cuervo —juró Bella.

—Otra vez no, Bella —Violeta suspiró—. Ahora ya no hay guerreros, ¿recuerdas? —Miró a Cuervo—. Sé que solías ser uno, por supuesto, pero ya no lo eres, ¿verdad?

Cuervo negó con la cabeza.

—No, no soy un guerrero.

Riley lo fulminó con la mirada.

—¡Pero eso no significa que nosotros no podamos serlo! ¡Podrías entrenarnos, Cuervo! Trabajaríamos muy duro, lo prometo.

Bella asintió.

—Haríamos todo lo que digas, practicar todas las tácticas de batalla y los movimientos de caza. Incluso no me importaría hacer patrullas del alba.

Cuervo parpadeó.

—Vaya, Tiznado les ha contado mucho.

—Oh, sí —maulló Riley—. Dijo que podríamos ser guerreros como Estrella de Fuego.

—Excepto que el Clan del Trueno se ha ido —dijo Violeta, y luego añadió—: Tiznado no tiene derecho a alentar estos sueños tontos. No me importa que practiquen su caza y sus movimientos de lucha entre ustedes, siempre y cuando nadie salga herido. Pero van a encontrar buenos hogares y serán gatos caseros, igual que yo, y no hay nada de malo en ello.

«*¡Pero lo hay!*». Cuervo se encontró queriendo responder. «*¿Por qué cualquier gato querría ser una mascota cuando podrían vivir fuera, cazando por sí mismos, cuidándose entre ellos, viendo mucho más que los confines de una guarida de Dos Patas?*».

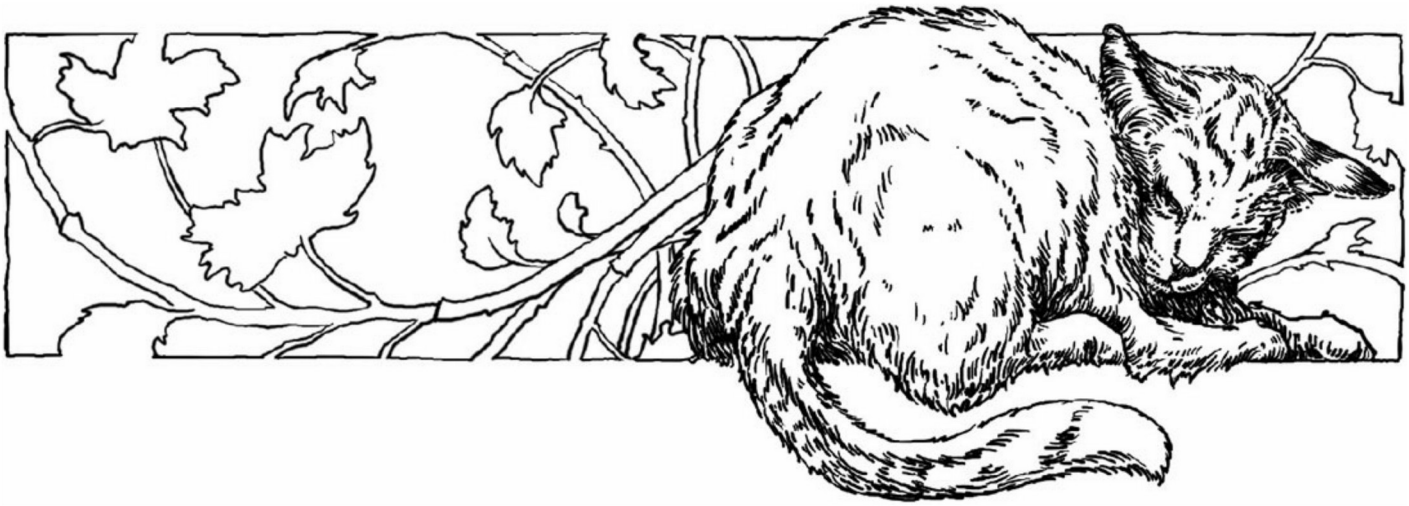
Centeno estaba tirando trozos de heno suelto en montones.

—Vamos, deberías comer mientras el ratón aún está caliente. Luego pueden dormir aquí con nosotros esta noche.

—Nos iremos al amanecer —Violeta maulló con firmeza—. Necesitamos llegar a casa antes de que nuestros dueños piensen que nos hemos ido para siempre.

—Pero no queremos ir a casa —susurró Bella.

—Es tu hogar, no el nuestro —murmuró Riley—. ¡Queremos ser guerreros!



CAPÍTULO 4

Cuervo y Centeno viajaron a lo largo del Sendero Atronador con Violeta y los cachorros. Riley y Bella se rezagaban, insistiendo en detenerse a olfatear cada tallo, cada arbusto, cada madriguera de conejo con la que se cruzasen.

—¡Ustedes dos, vengan aquí! —maulló Violeta—. Si no se apresuran, ¡los dejaré atrás!

—Ojalá lo hicieras —masculló Riley.

—No digas eso —lo reprendió Cuervo—. Es tu madre y te ama, por supuesto que quiere que regreses a casa con ella.

El joven gato posó su azulada mirada sobre Cuervo.

—No hay nada malo en ser mascotas. Pero Bella y yo nacimos para ser guerreros. Por favor ayúdanos, Cuervo, eres el único guerrero que queda en el bosque.

—No soy un guerrero, y no vivo en el bosque —maulló Cuervo—. Mi hogar es con Centeno ahora.

—¡Pero podrías entrenarnos! Podríamos iniciar nuestro propio Clan —suplicó Bella.

Violeta se acercó a ellos y le dio un par de lametazos en la cabeza a su hija.

—Dejen de molestar a Cuervo. Miren, ya llegamos al túnel. Tenemos que dejar a Cuervo y Centeno volver a su casa.

La gata los alejó; Bella miró a Cuervo una vez más.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡Por favor, piénsalo!

Se metió en el túnel y desapareció detrás de su hermano. Violeta los siguió, con su cola naranja perdiéndose de vista.

—¿Pensar en qué? —maulló Centeno al oído de Cuervo.

—Oh, nada. Es solo su idea loca sobre convertirse en guerreros. Piensan que yo sería capaz de entrenarlos.

Centeno soltó un ronroneo risueño.

—Cachorros. ¿Nosotros teníamos tal cerebro de ratón a esa edad?

—Bueno, ciertamente yo sí quería ser guerrero —comentó Cuervo.

—Es diferente. Tú naciste en el Clan del Trueno. —Centeno se abrió paso a través del seto y esperó a que Cuervo se le uniera—. ¿Deberíamos cazar aquí? —olfateó el aire—. Creo que va a llover más tarde.

Antes de que Cuervo pudiera responder, se deslizó por el borde del terreno, con su cola blanca y negra ondeando alta en el aire.

Cuervo lo miró, su cabeza daba vueltas. ¿Era realmente una idea tan loca el entrenar a Riley y Bella para convertirse en guerreros? Sus recuerdos nunca habían sido tan vívidos como lo eran ahora. Volver al barranco antes de la estación sin hojas había traído mucho de su antigua vida: las técnicas de caza, cómo enfrentarse a un enemigo en batalla, cómo dejar las marcas olorosas del límite del territorio. La noche anterior se encontró a sí mismo agradeciendo al Clan Estelar enseguida de atrapar al ratón. Alzó la mirada. ¿Sus antepasados guerreros estaban cuidándolo? Se lo preguntó. Seguramente habían seguido a los cuatro Clanes hasta su nuevo hogar.

Cuervo se estremeció, sintiéndose de repente muy solo. Sus compañeros de Clan se habían ido, y él ya no era un guerrero. Sin embargo, recordaba mucho sobre cazar, pelear y patrullar. Era feliz con Centeno (más feliz de lo que jamás había sido en el bosque) pero no se arrepentía de haber nacido en un Clan. ¿Quién era él para decirle a Riley y Bella que no debían soñar con convertirse en guerreros?

Cuervo durmió mal esa noche. Le dolía el vientre, y cuando por fin había logrado conciliar el sueño, fue despertado por el ulular de un búho. Se hundió más profundo en el fardo de heno, enterrando su hocico en el suave pelaje de Centeno. Pero el sueño parecía estar muy lejos de venir, en cambio, su mente no paraba de pensar en Riley y Bella. Hasta donde él sabía, cualquier Clan sería afortunado de tenerlos. Eran valientes, rápidos y dispuestos a aprender. Deseaba poder enviarlos al Clan del Trueno, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde sus antiguos compañeros de Clan residían ahora.

—Tienes razón —susurró una voz en su oreja—. Están demasiado lejos ahora.

Cuervo se incorporó de un salto.

—¿Quién anda ahí?

Un dulce y húmedo aroma lo envolvió.

—No te alarmes, soy Corriente Plateada.

—¿Corriente Plateada? —Cuervo giró la cabeza. Una gata atigrada plateada estaba sentada con la cola enrollada delante de sus patas delanteras. Sus ojos azules brillaban en la penumbra—. ¿Del Clan del Río?

—Sí, hace un largo tiempo —fue su respuesta.

Cuervo miró a Centeno, seguía durmiendo. Su costado bajaba y subía suavemente con cada respiración.

—Estás soñando. No lo molestaremos.

Cuervo hizo un esfuerzo por ver mejor a la gata, pero su pelaje brillaba contra el heno detrás de ella y sintió que, si intentaba tocarla, su pata la atravesaría.

—¿Por qué estás en mi sueño? —preguntó.

—Porque el Clan Estelar no te ha olvidado. No todos nosotros nos fuimos del bosque. He estado observándote con Riley y Bella, y sé que pueden llegar a ser buenos guerreros. Pero necesitan tu ayuda, Cuervo.

—¿De verdad lo crees?

La gata parpadeó, sus ojos parecían dos lunas azules brillantes.

—Por supuesto. Tú cambiaste el curso de tu vida una vez. No hay alguien más capacitado que tú para ayudar a que Riley y Bella sigan sus corazones. Cada quien merece elegir su propio camino.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Ya no quedan Clanes en el bosque.

Corriente Plateada hizo una pausa y miró fijamente las sombras del borde del granero.

—Existe otro Clan cerca de aquí. ¿Recuerdas la historia que Estrella de Fuego te contó?

—¡El Clan del Cielo! —asintió Cuervo—. Él y Tormenta de Arena viajaron hasta allí después de la batalla contra el Clan de la Sangre. Pero no sé dónde queda, solo sé que siguieron el río más allá de las Rocas Altas. Ni siquiera sé si el Clan del Cielo ha logrado sobrevivir todo este tiempo.

—Sí, han sobrevivido y pueden ayudar a estos jóvenes a encontrar su camino. Ve con ellos, Cuervo. Muéstrales que pueden convertirse en guerreros.

—¿Y qué pasa si el Clan del Cielo no quiere más guerreros? —argumentó Cuervo—. ¿Y si nos perdemos? No estoy preparado para algo como esto.

—Un verdadero guerrero haría cualquier cosa por sus compañeros de Clan. —Corriente Plateada comenzaba a desvanecerse, era poco más que una tenue luz brillante en el oscuro granero.

—¡Yo no soy un guerrero! —protestó Cuervo. Pero fue demasiado tarde, Corriente Plateada había desaparecido.

Centeno se movió desde su lugar.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Vuelve a dormir —susurró Cuervo, acariciando el flanco de Centeno con una pata—. Todo está bien.

Volvió a acomodarse y cerró sus ojos.

—No soy un guerrero —repitió para sí mismo.

El sol de la estación de la hoja nueva estaba tan fuerte que Cuervo se despertó acalorado y congestionado. Los dos gatos se abrieron paso fuera del granero hasta un lugar cubierto por troncos en la parte superior. Centeno se desperezaba perezosamente a su lado, agitando la punta de su cola contra una mosca que zumbaba.

Cuervo no se sentía cómodo. Su mente estaba demasiado ocupada pensando en su sueño y la posibilidad de llevar a Riley y a Bella en busca del Clan del Cielo más allá del territorio conocido.

—¡Ya deja de moverte! —gruñó Centeno—. O haz algo útil y tráeme un tordo, ya estoy aburrido de comer ratones.

Cuervo arañó un trozo de tronco con una zarpa.

—Quiero llevar a Riley y Bella al Clan del Cielo.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas que te conté que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena encontraron un Clan río arriba? Fue expulsado del bosque hace mucho tiempo. Pero el Clan Estelar envió a ambos a restaurarlo y a enseñarles cómo vivir como guerreros otra vez.

—El Clan del Cielo. Lo recuerdo.

—Bueno, creo que es la mejor chance de Riley y Bella para convertirse en guerreros.

Centeno se sentó.

—Pero tú nunca has estado en el Clan del Cielo.

—Sé más o menos dónde está —argumentó Cuervo—. Y hay algo más sobre el Clan del Cielo. Estrella de Fuego me dijo que tienen guerreros que también son mascotas la mitad del tiempo, y la otra mitad viven con sus Dos Patas. ¿No crees más probable que le den una oportunidad a Riley y Bella?

Centeno lo miró fijamente.

—¿Acaso tienes abejas en el cerebro? ¿Quieres emprender un viaje a quién sabe dónde, solo porque los cachorros de mi hermana han decidido que no quieren ser gatos domésticos? Tienes que estar bromeando.

Cuervo sintió que su corazón se aceleraba.

—No estoy bromeando. Yo… tengo que hacerlo. Por Riley y Bella, y por mí. Se lo debo al Clan del Trueno.

Centeno pegó las orejas al cráneo.

—Tú no le debes nada al Clan del Trueno. ¡El Clan del Trueno no tiene nada que ver ni con Riley ni con Bella! De cualquier forma, Violeta jamás accedería a algo así.

—No creo que sea una decisión que tenga que hacer Violeta —maulló Cuervo.

—Buena suerte convenciéndola de eso —gruñó Centeno—. Escucha, me gustan esos jóvenes tanto como a ti, pero ellos no nacieron en el bosque, son mascotas. No es justo darles esperanza con este tipo de ideas locas.

—No es una idea loca.

Centeno se puso de pie y entornó sus ojos.

—Es demasiado peligroso. Riley y Bella no saben nada acerca de sobrevivir lejos de su guarida de Dos Patas. ¡Y tu hombro recién acaba de sanar!

—Mi hombro está bien —siseó Cuervo.

—Pensé que eras feliz aquí —susurró Centeno.

Ver el dolor en los ojos de su viejo amigo era demasiado para Cuervo. No pudo soportarlo y miró hacia otro lado.

—Soy feliz. He sido feliz desde el momento en que pisé el granero por primera vez. Pero eso fue gracias a que tú me acogiste, me diste la oportunidad de hacer mi elección, ¿no lo ves? Riley y Bella quieren elegir sus propios caminos, igual que yo. Y yo soy el único gato que puede ayudarlos. Yo… yo esperaba que vinieras con nosotros.

Centeno caminó hasta el borde de la pila de troncos.

—Opino que eres un tonto —gruñó—. Estarías poniendo a los tres en peligro solo por unos estúpidos sueños de cachorro. No iré contigo, y tampoco quiero oír ni una palabra más sobre este tema.

Saltó al suelo y se alejó, dejando a Cuervo consternado, observando cómo su amigo se alejaba.

—¡Vamos a ser guerreros! —chilló Bella—. ¡Gracias, Cuervo! —Se arrojó sobre él, casi derribándolo. Riley se agitaba de emoción, ronroneando ruidosamente.

Detrás de ellos, los ojos de Violeta estaban gigantes de horror.

—¿Qué quieres decir? ¿Conoces un Clan que los acepte? Pensé que no sabías a dónde se habían ido.

—Este es un Clan diferente —explicó Cuervo—. Está mucho más cerca, y es más tolerante con las mascotas.

Su pelaje parecía arder en llamas por la fuerza de la mirada de Violeta.

—Dependerá del Clan del Cielo si deciden entrenar a Riley y Bella como guerreros. En caso de que no, los traeré a casa de nuevo.

Sonaba simple, pero Cuervo no podía suprimir el pensamiento de que tal vez Centeno tenía razón y era una idea descerebrada. Hizo una mueca al pensar en su viejo amigo. Apenas habían hablado desde su discusión en el montón de troncos, e incluso el gato blanco y negro había hecho otro lecho para dormir. Cuervo no se había imaginado que podía sentir tanto dolor sin ser herido físicamente.

Regresó sus pensamientos al presente. Tenía que convencer a Violeta de que esto era lo mejor para sus cachorros. Corriente Plateada no lo habría visitado si no fuera así.

—Centeno y tú han vivido en lo salvaje —le recordó Cuervo—. Hay una parte de ti que sabe lo que es ser libre, para cazar por ti mismo, encontrar tu propio refugio. ¿Por qué Riley y Bella no pueden conocer ese mundo también?

—¡Porque quiero mantenerlos a salvo!

—¡Esperen! —Cuervo y Violeta se volvieron para ver a Bella, que los observaba con enormes ojos verdes—. Riley y yo nunca seremos felices siendo mascotas, y tú lo sabes. Por favor, déjanos ir.

Riley asintió.

—Es lo que queremos.

La cola de Violeta se desplomó sobre el suelo.

—Oh, mis preciosos cachorros —murmuró. Posó su hocico en la cabeza de Bella y miró a Cuervo—. Tienes razón. Yo elegí ser una gata doméstica habiendo conocido la alternativa, ¿cómo puedo negarles la decisión a mis hijos?

—¿Quieres decir que podemos irnos? —jadeó Bella.

Violeta asintió.

—Pensaré en ustedes todos los días, mis amores. Sean los mejores guerreros que puedan. Y si alguna vez vienen por estos lados otra vez, por favor acuérdense de mí.

—¡Nunca te olvidaremos! —maulló Bella con voz temblorosa—. ¡Eres la mejor madre que un gato pudiera tener! Yo… no quiero irme si eso significa que jamás volveré a verte.

Violeta retrocedió.

—Ánimo, pequeña.

Cuervo notó la tristeza en sus ojos y se asombró de la firmeza de su tono de voz.

—Las despedidas siempre son difíciles, pero los finales son solo el comienzo de algo más. —Miró a Cuervo—. No soy una tonta, he visto cómo cazan y juegan a pelear. Sé que, con el debido entrenamiento, pueden ser guerreros sensacionales. Pero por favor, mantenlos a salvo hasta entonces.

—Lo haré —prometió Cuervo.

Curvó su cola hacia Riley y Bella.

—Vamos. Tenemos un largo camino por delante.

Saltó al verde césped. Bella lo siguió, pero Riley hizo una pausa, mirando a su madre.

—Pensaré en ti todos los días —maulló.

—Y yo en ti —respondió Violeta. Sus ojos desbordaban tristeza—. Vayan, queridos míos, hagan que me sienta orgullosa de ser su madre.

—¡Lo haremos! —exclamó Bella.

Trotaron por la hierba y se escurrieron a por el agujero en la valla. Una ráfaga de viento azotó sus rostros del otro lado, alisando su pelaje y llenando su olfato con el acre olor a monstruos, árboles y montañas lejanas. Por un momento, Cuervo estuvo tentado de devolver a los jóvenes a su madre. ¿Qué estaba haciendo, llevándolos en un viaje largo a lo desconocido?

Entonces Riley corrió hacia adelante, exclamando:

—¡Vamos a ser guerreros! —Bella corrió tras él, y Cuervo los siguió.

Los jóvenes habían elegido su camino, y él le había prometido a Corriente Plateada que los ayudaría.

Capítulo 5

—¿De verdad no vas a venir con nosotros? —Cuervo habló en voz baja para no molestar a Riley y Bella, quienes todavía estaban durmiendo. Haces de luz matinal atravesaban las paredes del granero, el aire ya se sentía templado.

Centeno negó con la cabeza.

—Ya hemos hablado sobre este tema —maulló—. Creo que estás cometiendo un grandísimo error.

—¡Pensé que confiabas en mí! —replicó Cuervo—. Volveré directo aquí enseguida después que deje a Riley y Bella en el Clan del Cielo. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena hicieron este viaje con total seguridad. No veo por qué yo no pueda hacerlo igual.

—Eran guerreros —siseó Centeno. Sonaba enojado, pero Cuervo pudo sentir el dolor entre sus palabras—. ¿De eso se trata todo esto? ¿Quieres hacerlo para demostrar que eres tan bueno como un gato de Clan, a pesar de que solo fuiste un aprendiz?

Cuervo se estremeció.

—¿De qué estás hablando?

—No creo que estés haciendo esto por Riley y Bella. Creo que lo estás haciendo por ti mismo, porque quieres pertenecer a un Clan de nuevo.

—¡Te equivocas! —jadeó Cuervo.

—¿Me equivoco? Desde que volvimos al bosque, no has dejado de hablar sobre cómo era todo cuando vivías ahí. ¡Apuesto a que desearías no haberte ido nunca!

Cuervo sintió que sus hombros le pesaban.

—Eso es ridículo. ¿Así es como va a terminar esto, Centeno? ¿Con uno en la garganta del otro?

—Tú eres el que se va —gruñó Centeno.

—¡Y tú lo estás haciendo más fácil de lo que es!

—¿Ya es hora de irse? —Ambos gatos se voltearon. Una pequeña cara naranja estaba mirándolos desde la parte superior de una pila de heno. Riley rápidamente se unió a su hermana, tenía un hilillo de hierba seca pegada a una oreja.

—¡Estamos despiertos! —anunció Riley. Saltó desde su pila de heno y aterrizó al lado de Cuervo—. ¿Deberíamos cazar primero?

Centeno agitó las orejas.

—No hay necesidad —maulló con brusquedad—. Recogí piezas extra anoche para ustedes. —Movió una pila de heno para enseñarles dos ratones y un tordo.

Cuervo lo miró parpadeando.

—Gracias.

—No lo hice por ti. Lo hice por ellos —respondió Centeno y, alzando la voz, añadió—: Voy a dar un paseo. Si no estás aquí para cuando regrese, bueno… espero que encuentren lo que están buscando.

Bella miró hacia arriba, sus mejillas hinchadas de carne fresca.

—¿No vas a vernos partir? —murmuró.

—Cuervo conoce el camino de salida —replicó Centeno—. No hagan nada que parezca estúpido, hagan que su madre se sienta orgullosa. —Dio unos pasos y salió del granero, dando una mirada final de soslayo a Cuervo.

—Coman todo lo que quieran —les dijo Cuervo a los gatos jóvenes, forzándose a sí mismo a sonar alegre. «*No puedo creer que no se haya despedido*»—. Solo no se pasen, o les resultará incómodo caminar. Tenemos un largo camino por recorrer. —El pensamiento de que no tenía idea cuánto tiempo les llevaría volvió a su mente—. Podremos detenernos y cazar en el camino.

Tenía el estómago demasiado revuelto como para poder comer, pero se forzó a darle unos cuantos bocados a un ratón. Deseó poder recordar las hierbas de viaje que Jaspeada le había dado previo a su visita a la Piedra Lunar, pero eso había pasado hace mucho tiempo y solo podía recordar cómo frunció los labios ante el amargo sabor de las hojas.

Terminaron la comida y guardaron los restos de presas bajo el heno. Cuervo miró a los gatos que tenía enfrente, tan parecidos a sus viejos amigos Estrella de Fuego y Látigo Gris. «*Pero estos gatos no saben nada de la vida salvaje* —se recordó a sí mismo—. *Tendrás que enseñarles todo tú mismo*».

Riley y Bella lo miraron fijamente, expectantes, con el pelaje sumamente arreglado y los ojos brillosos de la aventura. Habían hecho su elección, no podían imaginar que tendrían algún tipo de inconveniente. Cuervo levantó la cabeza.

—Vamos ustedes dos, ¡vayamos a buscar al Clan del Cielo!

Los condujo a través de distintos campos, uno cubierto de hierba exuberante, el otro con tallos de maíz delgados y verdes, hasta que llegó al río. Era bajo y calmo allí, fluyendo ociosamente hacia el desfiladero del borde del páramo. Riley y Bella abrieron los ojos de par en par cuando vieron el agua corriente.

—¿No tenemos que cruzarlo a nado, cierto? —siseó Bella erizando su pelaje naranja.

Cuervo pensó por un momento. Estrella de Fuego había descrito la ruta siguiendo el río hasta el desfiladero, pero no dijo nada sobre cruzarlo.

—No —respondió.

—¡Uf! —resopló Bella.

Caminaron por el sendero que transcurría a un lado del río. Era ancho y regular, lleno de aroma a Dos Patas y perros. Riley y Bella se detuvieron a oler cada planta, cada huella, cada rastro oloroso. Incluso una hoja que pasó volando tuvo que ser alcanzada en el aire y ser triturada.

—¿Qué tal mi salto? —llamó Riley, los trozos de hoja aún pegados a su hocico.

—Mantén el peso de tu cuerpo sobre tus patas traseras, justo hasta que saltes —indicó Cuervo—. Si te apoyas en tus patas delanteras, perderás el equilibrio. —Riley se agachó de nuevo, practicando lo que le había instruido—. Pero te cansarás si dejas de caminar por un rato —añadió Cuervo. Notó que Bella estaba mirando un grupo de juncos—. Cazaremos más tarde, lo prometo —le dijo.

—No estoy cazando. Estoy viendo esa piedra verde con ojos.

Cuervo se acercó a ver.

—Eso es una rana. No es una buena presa, a menos que te estés muriendo de hambre… o seas del Clan de la Sombra.

—¡Oh, hemos oído hablar sobre el Clan de la Sombra! —maulló Riley —. ¡Cuéntanos una historia sobre ellos!

Cuervo suspiró.

—Si eso significa que seguirán caminando, está bien.

No quiso asustarlos con lo cruel que la vida de Clan podía llegar a ser, así que inventó una historia sobre reinas del Clan de la Sombra enseñando a sus cachorros cómo saltar como ranas. Eso mantuvo a Riley y Bella lo suficientemente entretenidos como para continuar un largo tramo, hasta que Cuervo se dio cuenta de que el sol estaba en su punto más alto, lo que significaba que era el momento de descansar. Se hundió bajo un seto al lado del camino y comenzó a lavarse. Sus patas le dolían y su vientre se sentía como si se hubiera tragado una piedra.

Se escuchó un fuerte ruido proveniente de la maleza detrás de él. Cuervo se volvió para ver a Bella caminar con modestia a través de los tallos quebradizos con una musaraña pendiendo entre sus fauces. La dejó caer a los pies de Cuervo.

—¡Carne fresca! —declaró ella con la cola erguida de orgullo por encima de su lomo.

—¡Gran captura! —ronroneó Cuervo.

Hubo un crujido y un ruido sordo al otro lado del seto, y Riley empujó su cabeza a través de las ramas.

—¡Ups! —jadeó—. Estaba persiguiendo un gorrión, pero se me escapó.

—No te preocupes; Bella cazó lo suficiente para todos —maulló Cuervo—. Y no me sorprende que el gorrión se te escapara. ¡Sonabas como un auténtico rebaño de vacas trotando a través de ese seto!

Riley se unió a sus compañeros de viaje y frotó su hocico contra el de su hermana, teniendo que estirarse un poco para alcanzarlo.

—¡Ya eres casi una guerrera! —exclamó.

—Aún queda mucho por aprender —advirtió Cuervo.

De repente, fuertes ladridos resonaron en algún lugar al otro lado del río. Cuervo se levantó de un salto con el pelo erizado.

—Estamos acostumbrados a los perros —fanfarroneó Riley—. Había uno blanco esponjoso en el jardín junto al nuestro. Bella y yo solíamos arañarle la nariz cada vez que se atrevía a mirar por debajo de la cerca.

Fuertes pisadas hicieron temblar el camino que iba hacia ellos, a Riley se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Pero no era tan grande como ese! —gritó.

Trepó el seto como si le hubieran crecido alas. Bella lo siguió y Cuervo corrió tras ellos, empujando a Bella con su hocico para que trepara a las ramas más altas. Se aferraron a la oscilante madera y observaron la enorme bestia marrón, que olfateaba los restos de la musaraña. Cuando

terminó, miró hacia arriba, su larga lengua rosa colgaba y su aliento apestaba a la presa.

—¿Nos va a comer luego de eso? —gimió Bella.

—Esperemos que no —murmuró Cuervo. Hundió sus garras en el tronco y trató de ocultarse más profundamente en las hojas.

Un Dos Patas bramó cerca, haciendo que todos los gatos saltaran. El perro dio media vuelta y miró a su alrededor; luego agachó sus orejas y se alejó al trote. Cuervo soltó un largo suspiro. «Eso estuvo muy cerca». Esperó hasta que el sonido de pasos se desvaneciera, luego se deslizó hasta el suelo. Riley aterrizó a su lado, pero Bella se quedó dónde estaba, aferrada a una rama en la parte superior del seto.

—¡Vamos, Bella! —maulló Cuervo—. ¡Ya es seguro bajar!

—¿Y si ese perro vuelve? —chilló Bella.

—No lo hará —respondió Cuervo.

—¡No puedes estar seguro de eso!

Cuervo suspiró.

—Tienes razón, no puedo asegurarlo, pero no consigo verlo a lo largo de la orilla del río, ni siquiera puedo oírlo. Iremos en la dirección opuesta, así que tendremos tiempo para escapar en caso de que regrese.

—Tengo miedo —maulló Bella con voz tenue—. Quiero a mi madre.

Riley arrugó una hoja muerta bajo sus zarpas.

—Quizá esto no fue tan buena idea —murmuró.

Por un momento Cuervo pensó en darle la razón. Entonces recordó a Corriente Plateada diciéndole que esta era la única oportunidad de estos gatos de poder elegir su propio camino.

—Todos los guerreros se asustan a veces —les dijo—. Es la única forma de darte cuenta si eres valiente. Lograron mantenerse a salvo de ese perro, ¿verdad? Ambos lo hicieron bien. Violeta estaría muy orgullosa de ustedes. Pero tenemos que seguir adelante, antes de que a ese perro se le ocurra regresar.

Se escuchó un leve gemido. Cuervo miró hacia arriba.

—¡No puedes quedarte ahí arriba por siempre, Bella! ¡Un seto no es lugar para un gato, sea mascota o guerrero!

—¿Prometes que el perro no me atrapará? —maulló Bella.

—Lo prometo.

Hubo un quiebre de ramitas y unas pocas hojas cayeron al suelo; Bella descendió y se unió a los dos gatos. Su pelaje estaba hecho jirones, y sus ojos estaban abiertos de miedo. Cuervo le dio un lametón en la parte superior de su cabeza.

—Bien hecho. Lo estás haciendo genial.

Regresó al camino y miró a ambos lados. No había rastro del Dos Patas ni de su perro.

—¡Vamos! —llamó y emprendió la marcha. Riley y Bella lo siguieron. Cuervo trató de que no notaran que el incidente con el perro lo había inquietado a él también.

Tuvieron que esquivar algunos Dos Patas y perros mientras viajaban, pero fue fácil detectarlos desde lejos y esconderse en el seto. Bella estaba inusualmente callada, y Riley se mantuvo cerca de ella, dándole lametazos de ánimo. Cuando oscureció tanto que ya no podían ver la orilla del río, Cuervo buscó un lugar para pasar la noche. Encontró una guarida de piedra gris, puntiaguda y rechoncha en el borde de un campo justo al otro lado del seto. El suelo era de tierra húmeda y olía fuertemente a vaca, pero no había otros animales en el terreno, tampoco olor a zorros o tejones.

Cuervo condujo a Riley y Bella a la guarida y esperó a que se acomodaran. Lucían agotados, sus flancos se agitaban y su pelaje estaba polvoriento y enmarañado.

—Quédense aquí y límpiense —les dijo Cuervo antes de arrastrar sus cansadas patas hacia el exterior rumbo al seto. Encontró un nido con huevos en la mitad del campo y los llevó uno a la vez hasta sus compañeros.

Bella hizo una mueca al ver la textura viscosa de los huevos, pero Riley los engulló con más entusiasmo.

—¡Tengo tanta hambre que podría comer pasto!

Cuervo arrancó un poco de musgo de un tronco que yacía a la entrada de la guarida y le dio forma de lecho.

Riley y Bella se acurrucaron juntos formando una bola de pelos gris y naranja y cayeron dormidos al instante. Cuervo se acostó a su lado, sintiendo el calor de sus cuerpos contra su vientre. Luz de luna se filtraba a través de un pequeño agujero en la pared de la guarida, y Cuervo se giró para observar el magnífico astro. «*¿Centeno estará mirando la luna también?*», se preguntó. No recordaba haber pasado una noche separados desde el día que se había mudado al granero. Pero a pesar de su tristeza, el cansancio arrastró a Cuervo a un profundo sueño.

Riley y Bella aún estaban extenuados el día siguiente. Bella se negó a comer un tordo que Cuervo había atrapado, argumentando que olía raro.

Por un momento Cuervo se vio tentado de gritarle que era una ingrata, pero se recordó a sí mismo que estaban muy lejos de todo lo que habían conocido jamás y debían estar extrañando a su madre. Dejó que Riley terminara el tordo, luego los condujo de vuelta a la orilla del río.

Viajaron más rápido ahora que Riley y Bella estaban menos interesados en detenerse a olfatear cada nuevo aroma que apareciera. Cuervo marchaba al frente, manteniéndose alerta de perros o Dos Patas. El sol calentó su pelaje negro, y aunque sus piernas todavía estaban cansadas, se encontró deseando rodear cada esquina, viendo el río, los campos y los setos que se desplegaban ante él. Sus bigotes temblaron ante cada sonido u olor fresco, se sentía más joven de lo que se había sentido en un largo tiempo. Incluso el dolor en su vientre parecía haberse desvanecido. Cuervo hubiese deseado que Centeno estuviese con él, compartiendo juntos la aventura.

Un pequeño bosquecillo de árboles apareció en la ribera. Cuervo decidió cazar, si tenía suerte conseguiría algo que Bella quisiera comer.

—Nos detendremos aquí un momento —anunció.

Riley se adentró en los árboles, agitando su cola gris. Bella se agachó al borde del camino y raspó la hierba con una zarpa.

—Estoy demasiado cansada para cazar —maulló.

—Entonces espera aquí hasta que regresemos —respondió Cuervo, tratando de ocultar su molestia. Se dio la vuelta y siguió a Riley bajo los árboles. Había poco aroma a presa en el bosquecillo, pero se las arregló para localizar un ratón que se escondía en un grupo de helechos.

Cuervo llevó su pieza de regreso a donde había dejado a Bella. El montoncito de hierba estaba vacío.

—¿Bella? —llamó suavemente.

No hubo respuesta. Entonces Cuervo escuchó la retumbante voz de un Dos Patas río arriba. Se volvió para ver un macho adulto agachado en el borde de la ribera junto a un palo largo, con un hilo que colgaba sobre el agua. Bella estaba arqueando la espalda y ronroneando con deleite mientras comía algo de la pata delantera pelada del Dos Patas.

Cuervo arrojó el ratón y corrió a lo largo de la orilla.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —chilló—. ¡Aléjate de ahí!

Bella se dio la vuelta y miró a Cuervo.

—Me está dando algo de comer —siseó—. ¡Estaba muerta de hambre!

Cuervo saltó hacia adelante y la agarró por la nuca. Le costó, ya que Bella era casi tan alta como él. Era consciente del Dos Patas aproximándose y soltando ruidos de alarma.

—¡Ven conmigo! —ordenó Cuervo con la boca llena de pelaje naranja. Arrastró a Bella por la orilla hasta llegar al refugio de los árboles.

—¿Qué está pasando? —inquirió Riley, que se dirigía hacia ellos a través de los arbustos.

—¡Bella estaba tomando comida de un Dos Patas! —escupió Cuervo.

—¿Qué hay de malo en eso? —aulló Bella.

—¡Se supone que eres una gata salvaje ahora! —gruñó Cuervo—. ¡Los Dos Patas no son tus amigos, no son una fuente de alimento! —Tomó un respiro profundo y trató de alisar su pelaje—. Si vas a ser guerrera, entonces los Dos Patas deben ser tus enemigos.

Bella pegó sus orejas al cráneo.

—¡Eso es de cerebro de ratón! ¡Estaba siendo amigable y dándome comida!

—No puedes confiar en los Dos Patas —insistió Cuervo—. No les gustan los guerreros.

Riley agitó su cola de un lado a otro.

—Ella no hizo nada malo, Cuervo. No sabía que no podía aceptar su comida.

—Mira, estas son las reglas ahora —gruñó Cuervo—. Si no van a escucharme, podemos dar la vuelta y regresar. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Es eso lo que quieren?

Riley y Bella lo miraron fijamente, sin mover un pelo.

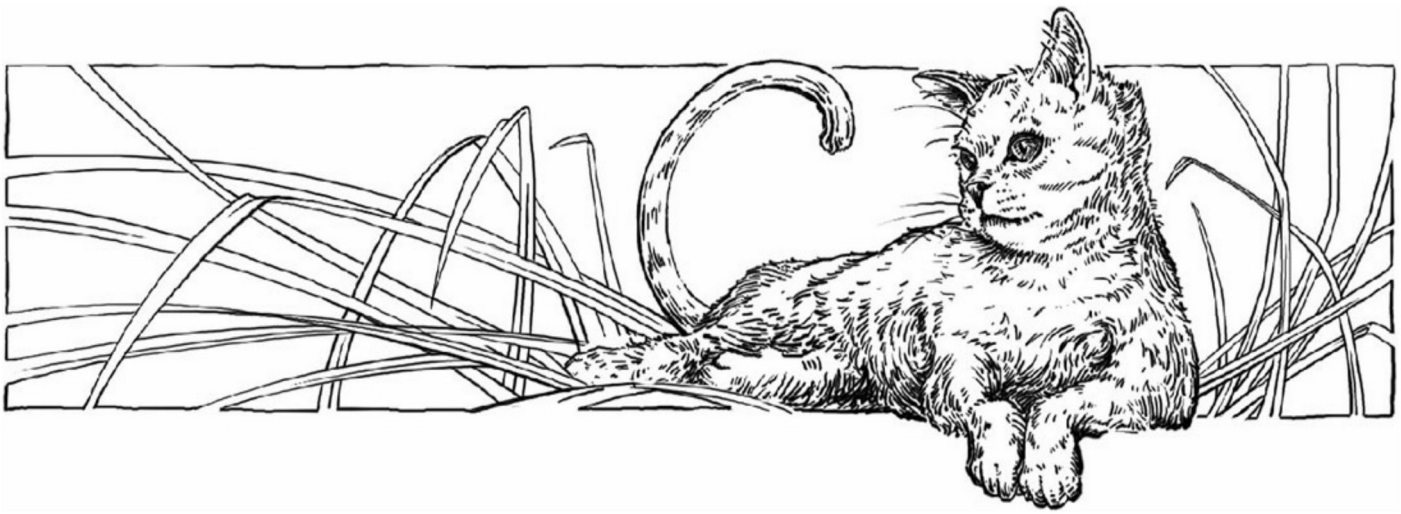
Cuervo asintió.

—Sigamos entonces, ¡y no se detengan por nada!

Salió ruidosamente del bosquecillo y se dirigió hacia la orilla del río una vez más. El Dos Patas se había ido, dejando tras de sí un olor tan fuerte que hizo que la nariz de Cuervo tuviera un espasmo. Podía escuchar a Riley y Bella trotando detrás de él, todavía erizados por la forma en que les había hablado.

«*No es mi problema* —Cuervo se dijo a sí mismo—. *Tienen que respetar a su mentor, de otra forma el Clan del Cielo no querrá tener nada que ver con ellos. Tal vez deba empezar a enseñarles el código guerrero*». La inmensidad de su misión lo golpeó de nuevo.

«*¿Tendrán Riley y Bella alguna oportunidad de convertirse en guerreros?*».



CAPÍTULO 6

Después de otra noche durmiendo incómodamente, esta vez bajo un arbusto en la ribera donde habían sido molestados por el ruido de ratones de campo correteando en la orilla del río, Cuervo despertó al amanecer y consiguió atrapar una gorda palometa.

Riley y Bella se acomodaron para comer, la gata lo hizo con sus ojos entrecerrados como queriendo mostrarle a Cuervo que había entendido las reglas sobre la comida.

Observando a los gatos jóvenes, Cuervo sintió una punzada de compasión. Estaban lejos de casa, siendo muy valientes considerando que apenas tenían edad para salir de la maternidad. Quizás había una manera que les permitiera comenzar el día de buena forma.

—¿Les gustaría aprender algunos movimientos de combate antes de partir?

«*Espero poder recordar algunos*», se dijo a sí mismo

Los ojos de ambos gatos se iluminaron.

—¡Sí por favor! —maulló Bella, saltando sobre sus patas.

—¿Movimientos de un guerrero de verdad? —preguntó Riley, y ronroneó cuando Cuervo asintió.

El camino era lo suficientemente ancho y plano, lo cual lo convertía en un buen campo de entrenamiento.

—Empezaremos con la postura de cazador, —explicó Cuervo. Se dejó caer sobre su vientre, manteniendo su peso en las patas traseras.

—Ya sabemos eso —maulló Riley—. Es lo que hacemos cuando vamos a abalanzarnos sobre algo.

Cuervo lo miró.

—Ese algo no tiene que ser precisamente una presa, ¿o sí? Puede ser una forma útil de atacar a cualquier enemigo, especialmente si lo estás acechando. Encuentra tu equilibrio, toma impulso… ¡y salta! —Despegó del suelo hacia adelante y aterrizó casi encima de Bella.

—¡Increíble! —ronroneó Riley.

—Ahora inténtenlo —resopló Cuervo, tratando de ignorar el punzante dolor de su barriga.

Los jóvenes gatos se asentaron en sus ancas y saltaron hacia adelante uno a la vez. Bella casi se cae y Riley no cubrió mucha distancia, pero fue un comienzo bastante decente. Cuervo arrastró un palo fuera del seto.

—Finjan que este es su enemigo —jadeó—. Quiero que aterricen con sus patas delanteras en la parte posterior de su cuello, aquí —instruyó señalando un bulto en el palo.

Bella lo hizo bien esta vez, dejando caer sus patas ligeramente sobre el cuello imaginario del enemigo. Riley tropezó cuando despegó y terminó rompiendo el palo en dos.

—Bueno, al menos lograste herir a tu enemigo —comentó Cuervo, mirando la madera astillada.

—¡Enséñanos algo más! —suplicó Bella.

—Solo una última lección; luego tendremos que emprender la marcha otra vez. Intentemos un golpe utilizando una pata delantera. —Cuervo hizo una seña a Riley con la punta de su cola—. Imagina que estamos cara a cara en batalla. Alzaré mi pata delantera tan rápido como pueda e intentaré bajarla directo a tu cabeza. Si no logro alcanzarla, puedo impulsarme hacia adelante con mis patas traseras, pero mira, al hacerlo dejo mi vientre expuesto. Tienes que ser rápido para este movimiento.

Bella tomó el lugar de Cuervo y apenas logró palmear ligeramente la cabeza de su hermano.

—Demasiado lenta —advirtió Cuervo—. Tu oponente habría sabido exactamente lo que planeabas hacer. Riley, tú puedes agacharte y girar para impedir que el ataque de Bella te alcance. Tírate de lado, coloca las patas debajo de ti y rueda fuera de rango. ¡Excelente! —aprobó Cuervo cuando Riley se dobló a sí mismo como una bola y cayó al borde del camino—. Pero no caigas en el río —agregó el gato negro.

Riley y Bella se turnaron para practicar el golpe con la pata delantera y la técnica de agacharse y girar. Bella tenía buen alcance gracias a sus largas piernas, pero los anchos hombros de Riley le daban más fuerza.

Además, el macho era sorprendentemente rápido a pesar de su robusto cuerpo.

—¡Pronto serán grandes guerreros! —exclamó Cuervo—. ¡Buen trabajo!

Riley lo miró, sus flancos se agitaban.

—¡Eso fue divertido!

—¡No puedo esperar a nuestra primera batalla! —complementó Bella.

Cuervo negó con la cabeza.

—Jamás deseen participar en una pelea —murmuró—. Llegarán pronto. —Por un momento pensó en Violeta, estaría aterrorizada de saber que sus cachorros se estaban preparando para el peligro. «*Es mejor estar preparado*», se dijo Cuervo a sí mismo—. Vamos, mantengámonos en marcha. —Agitó su cola y los dos jóvenes lo siguieron.

Más lejos siguiendo el río, llegaron a una guarida de Dos Patas abandonada hecha de piedras rojas que se desmoronaban. No había rastro de aroma de Dos Patas en el aire, y la guarida estaba completamente en silencio. Cuervo miró a sus acompañantes.

—¿Quieren explorar? —sugirió.

—¡Sí por favor! —maulló Riley.

Cuervo los siguió al interior. El suelo estaba ocupado por rocas partidas y escombros. Una pendiente de madera irregular conducía al siguiente piso, y por encima de este Cuervo podía ver el cielo a través de agujeros en el techo.

—¡Miren esto! —aulló Riley. Saltó sobre el escombro más cercano, para luego rebotar e impulsarse hacia la pendiente de madera. La misma crujió bajo su peso, por lo que saltó al suelo, soltando una nube de polvo tras de sí.

—¡Eso fue divertido! —jadeó.

—¡Voy a perseguirte! —maulló Bella saltando hacia él. Riley dio media vuelta y salió a toda velocidad, pasando por Cuervo tan rápido que su pelaje se erizó.

Cuervo empezó a preocuparse de que alguna criatura podría oírlos. Abrió la boca para advertirles que se tranquilizaran, cuando de repente avistó una sombra en la puerta detrás de él. Cuervo se dio la vuelta con las garras desenvainadas, listo para enfrentarse a la amenaza. Al darse cuenta de quién se trataba, se paralizó del asombro.

—¡Centeno!

El primer impulso de Cuervo fue dirigirse a su viejo amigo para restregarse y compartir lenguas de alegría. Pero se contuvo al recordar las amargas palabras de su último encuentro.

Centeno habló primero.

—Lo siento mucho —soltó—. No debí haber intentado impedir que ayudaras a los cachorros de Violeta. Eres valiente y generoso, no te merezco…

Cuervo avanzó y presionó su hocico contra el de Centeno.

—No seas cerebro de ratón. Tenías razón al preocuparte. Ha sido difícil, pero estamos bien —sintió un nudo en la garganta—. Y ahora estamos aún mejor gracias a que estás aquí.

Centeno le acarició la cabeza con la nariz.

—Partí poco después de que tú lo hicieras. Pensé que el granero era mi hogar, pero mi hogar es donde quiera que estés. —Dio un paso atrás, lanzando una mirada hacia Cuervo—. Yo… pensé que te ibas porque ya no querías estar más conmigo.

—¡Eso nunca sucederá! —maulló Cuervo. Lamento haberme ido sin ti, te he echado de menos cada paso del camino.

—¡Wow! ¡Es Centeno! —Bella apareció bajando la pendiente de madera. El sonido de los pasos de su hermano resonó desde más arriba, y Cuervo miró nerviosamente la temblorosa estructura.

Con un estruendo, Riley corrió para unirse a ellos.

—¿Vas a venir con nosotros al Clan del Cielo?

Centeno asintió.

—No podía dejarlos vivir esta gran aventura sin mí, ¿eh?

—¡Ha sido increíble! —maulló Bella para sorpresa de Cuervo—. ¡Nos topamos con un perro realmente feroz, y tuvimos que escondernos en un arbusto!

Centeno pareció alarmado.

—Está bien —intervino Riley—. Nos mantuvimos silenciosos hasta que el perro se fue. Cuervo se aseguró de que no saliéramos del escondite hasta que fuera seguro.

—¡Y nos ha enseñado movimientos de combate! —exclamó Bella—. ¡Podemos hacer la postura del cazador, el golpe de pata delantera, y el golpe con giro!

Centeno miró a Cuervo.

—Me alegra saber que ha estado cuidando de ustedes —ronroneó.

Bella asintió.

—Sí, pero es muy mandón —añadió.

—¡Como debe ser! —maulló Centeno—. Él sabe todo sobre la vida de un gato de Clan, así que deben escuchar todo lo que les dice. —Miró alrededor, al resto de la guarida abandonada—. ¿Estás planeando hacer campamento aquí, o deberíamos continuar?

—¡Continuemos! —gritó Riley, corriendo hacia puerta con Bella pisándole los talones.

Cuervo parpadeó cariñosamente a Centeno.

—¡Ciertamente sabes cómo motivarlos!

El gato blanco y negro deslizó su cola por el flanco de Cuervo.

—Estoy tan orgulloso de ti por hacer esto. Tienes razón, ellos merecen elegir qué vida llevar, como lo hicimos nosotros, hace mucho tiempo.

Hombro con hombro, salieron a la luz del día. Cuervo olvidó el cansancio en sus piernas mientras trotaba junto a Centeno. Riley y Bella tomaron la delantera, volviéndose de vez en cuando para informar a los gatos de más edad acerca de cada aroma, cada onda en el río, cada hoja que caía.

—Ciertamente son observadores —comentó Centeno mientras todos se detenían para mirar una libélula que Bella había encontrado sobre una caña.

Al anochecer, alcanzaron un pequeño estanque mantenido por una cascada baja. Cuervo y Centeno se detuvieron sobre unas rocas para disfrutar la calidez de los últimos rayos de sol, mientras los gatos jóvenes jugaban al borde del agua, persiguiendo los arcoíris que aparecían en las salpicaduras. Riley se aventuró al lado lejano de la orilla y de un salto se zambulló en el agua, desapareciendo al instante. Bella chilló de terror, pero un momento después su hermano emergió en la superficie esparciendo gotas por doquier, con un pez retorciéndose entre sus fauces. Salió del agua y lo dejó caer triunfalmente junto a Cuervo y Centeno.

—¡Miren lo que atrapé! —anunció.

—¿Lo atrapaste? ¿O cayó en tu boca cuando te caíste? —bromeó Centeno.

—Sea lo que sea que haya pasado, es la mejor pieza que hemos cazado en bastante tiempo —ronroneó Cuervo—. ¡Bien hecho, Riley!

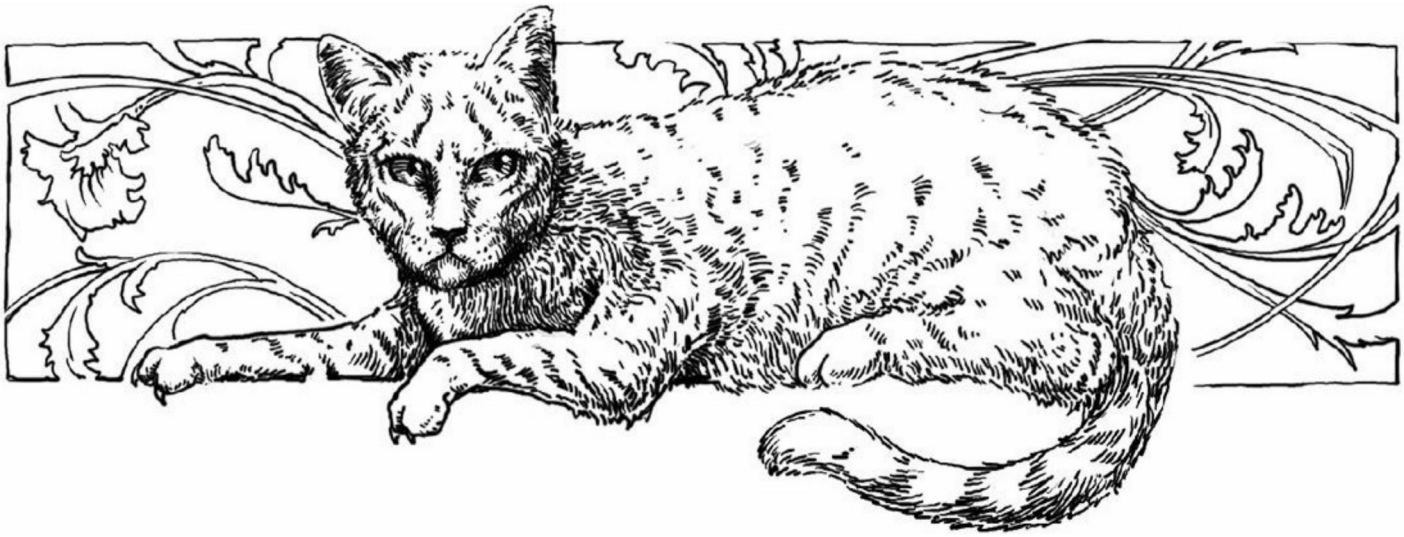
El gato atigrado gris sacudió su pelaje, haciendo que Bella soltara un alarido cuando el agua salpicó su pelaje. Cuervo les permitió comer primero. Era consciente de que Centeno estaba muy cerca mientras observaban a los jóvenes gatos acurrucarse.

—No puedo creer lo bien que se han adaptado a la vida salvaje —murmuró Centeno—. Has hecho un gran trabajo.

—Han sido muy valientes —respondió Cuervo—. Estoy orgulloso de ellos.

Centeno se apoyó en él, aspirando su cálido, suave y familiar aroma.

—Debes estarlo —susurró.



Capítulo 7

Durmieron en el largo césped junto a la cascada, ambientado por el suave chapoteo del agua, y despertaron cuando los primeros rayos de sol irradiaron los árboles. Centeno cazó una ardilla, y Cuervo se sintió aliviado de ver a Bella comiendo tan vigorosamente como su hermano una vez más.

Junto a ellos, el río se hacía cada vez más estrecho y menos profundo, hasta una pronunciada pendiente con bancos de arena, con apenas suficiente espacio para que los gatos pasaran junto a la orilla. Con Cuervo en la delantera y Centeno siguiéndolo de cerca, caminaron en fila india, mientras Riley y Bella cerraban la marcha mientras charlaban entre sí, compitiendo para detectar pececillos desde la brillante superficie del agua. Cuervo no les prestaba mucha atención, sabía que estaban aproximándose al final del río, lo que significaba que cruzarían la frontera del Clan del Cielo en cualquier momento.

—¡Tengo más calor que un zorro en llamas! —jadeó Centeno—. ¿Podemos buscar un lugar a la sombra para descansar?

Cuervo entornó los ojos. Allí parecía no haber nada más que la corriente y sus bancos de arena, había árboles en la parte superior de los bancos, pero dudaba que pudieran trepar por la escarpada pendiente. Riley pasó apretujado por su lado.

—¡Iré a darle un vistazo! —El gato gris corrió un poco a lo largo de la orilla hasta unas matas de aulagas. Hizo una pausa para olfatear, para luego desaparecer de la vista del resto.

Cuando los demás lo alcanzaron, Riley los observó con petulancia desde una pequeña cueva resguardada por la vegetación. Era un lugar

acogedor, pero carecía de mucho espacio, sólo lo justo para que los cuatro gatos pudieran echarse a descansar.

—Tengo hambre —maulló Bella.

—Descansaremos aquí por un momento, luego buscaremos un lugar para cazar —prometió Cuervo. Sus zarpas le dolían por la abrasadora arena por la que venían caminando, y su panza le dolía. Mientras los demás se acomodaban a su alrededor, cerró los ojos.

De repente, su olfato se llenó de aromas poderosamente familiares. Escuchó susurros suaves, no de sus compañeros, sino de otros dos gatos. Eran voces que no había escuchado en mucho tiempo. El corazón de Cuervo dio un brinco de emoción. A pesar de no poder distinguir lo que decían, sabía que estaba escuchando a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena. Podía sentirlos a su alrededor, nerviosos y emocionados. Se habían refugiado en el mismo lugar, sabiendo que su viaje se acercaba a su fin.

«*¡Lo he hecho!* —pensó Cuervo—. ¡*He seguido sus pasos hasta el Clan del Cielo!*».

Abrió los ojos para ver a Bella, de pie a la entrada de la pequeña cueva, observando el exterior.

—¡Creo que escuché algo! —maulló—. Otro gato.

Cuervo respiró hondo.

—Estamos cerca del territorio del Clan del Cielo ahora —maulló. Tres pares de ojos lo miraron fijamente en la penumbra—. No creo que hayamos cruzado su frontera, pero debemos andar con cuidado de ahora en adelante. A los Clanes no le gustan los intrusos.

Riley se lamió el pecho,

—¿Qué pasará si no les gustamos? —musitó.

—¿Y si piensan que solo somos mascotas tontas? —agregó Bella.

Centeno apoyó la cola sobre su flanco.

—Si no son bienvenidos aquí, los llevaremos de regreso a su hogar. No los abandonaremos, lo prometo.

Cuervo miró a su amigo y asintió.

Salieron de la cueva y caminaron silenciosamente a lo largo del arroyo. No había señales del gato que Bella pensó que había visto, pero Cuervo mantuvo su boca abierta para saborear el aire. El barranco se abría más adelante, y las corrientes caían hacia abajo hasta continuar su recorrido entre los árboles junto a un brillante arroyo. Centeno atrapó un conejo joven el cual devoraron en pocos bocados, todavía alerta por señales de un gato de Clan. El cielo se había tapado con nubes trayendo un temprano anochecer. Cuervo resolvió que podrían pasar la noche aquí y

entrar en el territorio del Clan del Cielo por la mañana. Centeno encontró un montón de hojas secas debajo de un avellano, que oficiaría de lecho. Riley y Bella se asentaron abajo obedientemente; estaban mucho más calmados que de costumbre, como si supieran que la verdadera aventura estaba a punto de comenzar.

Cuervo le pidió a Centeno que se quedara con ellos mientras exploraba las inmediaciones.

—No queremos que el Clan del Cielo nos encuentre durmiendo a un ratón de distancia de su territorio —señaló. Y Centeno asintió.

Cuervo dejó la corriente y se deslizó a través de los árboles, deteniéndose cada pocos pasos para olfatear arbustos y saborear el aire. Había un fuerte olor a gatos, a pesar de que aún no había captado ninguna marca olorosa. También distinguió algunos rastros de mascotas, a veces casi imperceptibles respecto al aroma de los gatos salvajes, pero por momentos, nítidos e inesperados, ya que se encontraban lejos de cualquier guarida de Dos Patas. Cuervo no se había anticipado a tal mezcla de aromas, incluso sabiendo que el Clan del Cielo tenía guerreros que vivían como mininos domésticos parte del tiempo.

Regresó al avellano y se acostó debajo. Centeno estaba profundamente dormido, roncando, pero Riley y Bella todavía estaban despiertos.

—¡No tenemos sueño! —susurró Bella.

—¡Cuéntanos un poco más sobre el código guerrero! —suplicó Riley.

Cuervo suspiró.

—Está bien, pero después deben irse a dormir. ¿Alguno recuerda alguna de las reglas de las que hemos hablado hasta ahora?

—Debes estar preparado para morir por tu Clan —comenzó Riley—. Y no puedes ser amigo de gatos de otros Clanes.

—No traspasar la frontera con otro Clan —maulló Bella, luego ladeó la cabeza—. Pero si el Clan del Cielo es el único Clan por aquí, eso no importa, ¿o sí?

Cuervo agitó las orejas.

—Puede haber solitarios en el bosque que desde luego no son bienvenidos, ¿qué más?

—Los veteranos y los cachorros deben comer primero —maulló Riley —. Y si matas una presa es únicamente para alimentarte.

—¡Esas son dos reglas! —protestó Bella.

—Ambos lo están haciendo muy bien —les dijo Cuervo—. Bueno, aquí les tengo algunas más.

Por un momento sintió que estaba de vuelta en la hondonada de entrenamiento, escuchando a Tormenta Blanca instruyendo a los nuevos aprendices. Amable, paciente Tormenta Blanca, un gato que se había esforzado mucho en hacer el aprendizaje de Cuervo soportable.

—Un guerrero recién nombrado vela por todo el Clan en su primera noche. Un guerrero debe ser mentor de al menos un aprendiz antes de poder convertirse en lugarteniente.

Hizo una pausa, pensando más profundamente.

—Cuando el líder de un Clan muere, el lugarteniente es el que se hace cargo.

Se detuvo. Riley y Bella estaban demasiado silenciosos, y sus flancos subían y bajaban lentamente. Se habían quedado dormidos. Cuervo se acurrucó y hundió su hocico en el pelaje del vientre de Centeno. Riley y Bella estaban entrenando tan duro para aprender sobre la vida de un guerrero; solo esperaba que el Clan del Cielo les diera la oportunidad de probarlo.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? ¿Cuatro pequeños guerreros perdidos en el bosque?

Una voz aguda despertó a Cuervo. En un instante se puso de pie, gruñendo. Cinco gatos rodearon la guarida con los ojos entornados y las orejas pegadas al cráneo. No lucían como guerreros, además; desprendían el hedor usual de las mascotas, empalagoso y desagradable. Tenían el pelaje elegante y brillante; y se veían gordos y sobrealimentados en lugar de bien musculosos. Pero había malicia en sus ojos, y no había duda del reto en la voz del primer gato.

—¿Te tragaste la lengua? —se burló. Era un atigrado oscuro, casi negro, con penetrantes ojos verdes—. No sabía que a las patrullas se les permitía dormir.

Cuervo sintió a los otros gatos moverse nerviosamente a su lado.

—Déjanos en paz —gruñó—. No estamos haciendo nada malo.

Estos no eran gatos del Clan del Cielo, para empezar, habían sonado despectivos cuando hablaron de las patrullas. Dio un paso al frente y dejó que su pelaje se erizara a lo largo de su columna vertebral.

—¡Das tanto miedo! —se jactó el atigrado, pretendiendo retroceder. Luego se inclinó hacia adelante—. Es broma. No me gusta el aspecto de ustedes. No huelen a esos gatos tontos del Clan del Cielo, pero están lo suficientemente flacos para ser gatos salvajes. ¡Vuelvan por donde vinieron!

—Tendrán que obligarnos —gruñó Centeno, dando un paso al lado de Cuervo.

Por un momento, el atigrado pareció menos confiado. Centeno era alto y tenía anchos hombros, y había amenaza en su gruñido.

—Ya escuchaste lo que dijo Pasha —maulló otro gato. Su manto era rojizo con blanco—. Váyanse.

Los otros tres gatos dieron un paso al frente para entrar a la guarida.

Bella se deslizó entre Centeno y Cuervo.

—¡Y ustedes escucharon lo que nosotros dijimos! No nos iremos a menos que nos obliguen. Somos guerreros, sabemos luchar.

—¿Guerreros? —espetó Pasha—. Ja, no nos asustan. —Movió sus orejas hacia Cuervo—. Corre, aliento de ardilla.

¡Slap!

Rápido como un rayo, Cuervo alzó una pata delantera y golpeó al atigrado entre sus orejas. El minino doméstico se tambaleó hacia atrás con un aullido.

—¡Te arrepentirás! —siseó. Se giró hacia Cuervo, su gruesa cola moviéndose de un lado a otro.

Una de sus compañeras, una gata con manchas plateadas y negras interrumpió

—Esto es aburrido, Pasha. Me está dando frío, ¿no podemos revisar el desfiladero como lo hicimos anoche? Eso fue mucho más divertido.

—Este montón de comadrejas será demasiado fácil de combatir —acordó la gata rojiza y blanca.

Pasha miró una vez más a Cuervo.

—Si te vuelvo a ver, lo lamentarás —gruñó. Luego dio media vuelta y saltó hacia los árboles—. ¡Vamos, démosle otra sorpresa al Clan del Cielo!

Cuervo los vio desaparecer en las sombras. Su corazón latía con fuerza y su pata palpitaba donde había golpeado al gato atigrado.

—Bueno, ¡no eran muy agradables! —exclamó Bella.

—Parece que tampoco lo son con el Clan del Cielo —comentó Centeno. Arqueó una ceja hacia Cuervo—. ¿Crees que van a invadir el campamento?

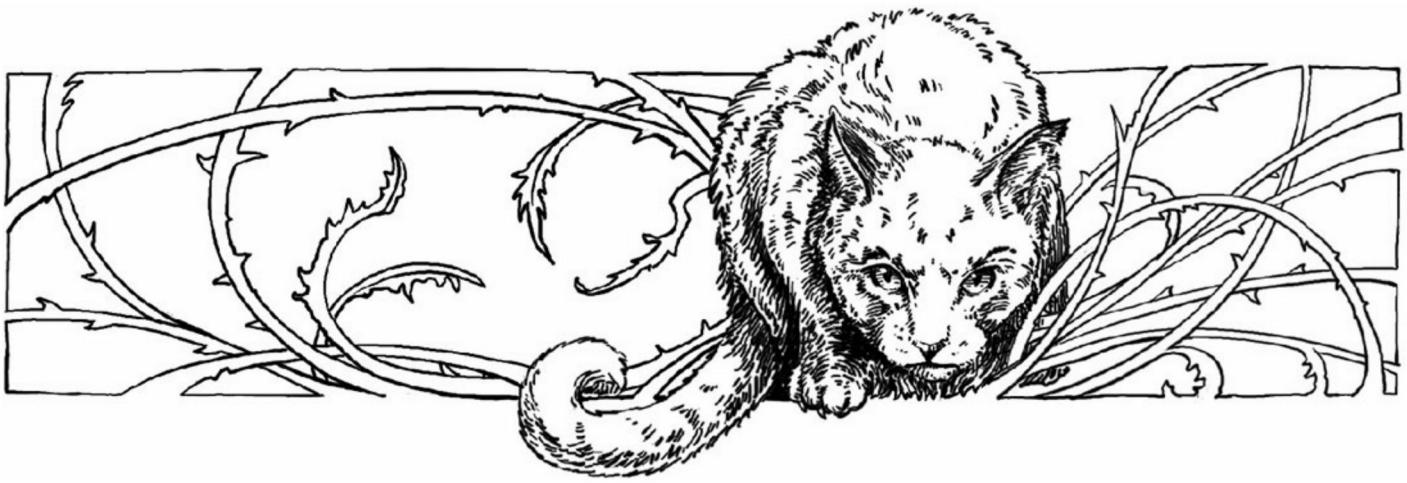
Cuervo se encogió de hombros.

—Creo que son pura cháchara —maulló—. De lo contrario, nos habrían atacado mientras dormíamos. No creo que nos vuelvan a molestar esta noche. Sus dueños Dos Patas los esperarán en casa antes del amanecer.

Se acostó de nuevo y comenzó a lamerse la pata delantera. Los demás se acomodaron a su alrededor.

—Me quedaré despierto para asegurarme de que no vuelvan —murmuró Centeno al oído de Cuervo.

Cuervo asintió en agradecimiento. Deben de estar cerca de la frontera con el Clan del Cielo, a juzgar por lo que esos gatos habían dicho. Mañana Riley y Bella verían su nuevo hogar por primera vez. «*Siempre y cuando el Clan del Cielo se los permita*».



Capítulo 8

Cuervo no esperaba volver a dormir después del sobresalto de los visitantes nocturnos, pero cuando volvió a abrir los ojos se encontraba solo en la guarida, rayos de sol se filtraban a través de las ramas.

—¿Centeno? —maulló.

—Aquí estoy —llegó la respuesta, seguido del pelaje blanco y negro de Centeno entrando en la guarida. Venía arrastrando una ardilla—. Te trajimos algo para comer —anunció.

Los rostros de Riley y Bella aparecieron en el borde del arbusto.

—¡Subimos a un árbol y perseguimos la ardilla haciéndola dirigirse directo hacia Centeno! —exclamó Riley.

—¡Wow! —maulló Cuervo, impresionado. Recordó a Estrella de Fuego contando sobre la inusual habilidad del Clan del Cielo de cazar en las alturas. Quizá Riley y Bella encajarían incluso mejor de lo que había imaginado.

Compartieron la ardilla y enterraron los restos a poca distancia del arbusto. Riley encontró el camino de regreso al río, y siguieron adelante. Todos alerta a los ruidos y olores que desprendían los árboles alrededor de ellos.

Aun así, Cuervo saltó cuando sintió movimiento detrás de un acebo. Aparecieron tres gatos a bloquear su camino. Eran hembras: una guerrera de pelo rojizo y largas patas, flanqueada por una guerrera gris. Cerraba el bloqueo una gata blanca más pequeña, que, a juzgar por sus patas temblorosas y ojos abiertos de par en par, probablemente se trataba de una aprendiza.

—¿Qué están haciendo aquí? —gruño la gata de color rojizo—. ¡Esto es territorio del Clan del Cielo!

Cuervo captó un fuerte olor que venía del acebo, y se dio cuenta de que estaban a menos de un zorro de distancia del borde.

—¡No son bienvenidos aquí! —siseó la guerrera gris.

—¡Sí, váyanse de aquí! —intervino la aprendiza. La gata gris la miró, sorprendida.

—Pero hemos recorrido un largo camino —empezó Riley.

—Entonces tendrán un largo camino de vuelta a casa —gruñó la gata rojiza.

—Esperen —suplicó Cuervo, dio un paso adelante junto a Riley—. Venimos en son de paz. Soy amigo de Estrella de Fuego, el gato que salvó a su Clan, ¿lo conocen?

Los tres gatos lo miraron vacilantes, Cuervo sintió que el corazón se le encogía. No había considerado la posibilidad de que los gatos del Clan del Cielo pudieran haber olvidado a los gatos del Clan del Trueno que los habían ayudado lunas atrás.

La guerrera rojiza se agitó.

—He escuchado a mi madre hablar de un gato con ese nombre, ¿por qué? ¿Él está aquí?

Cuervo negó con la cabeza.

—No, pero hace un tiempo era mi amigo más cercano, pensaba que sus amigos del Clan del Cielo estarían dispuestos a hablar conmigo.

La gata rojiza lo miró de arriba a abajo.

—No hueles a gato de Clan —comentó—. Hueles a vacas.

—No soy un gato de Clan —admitió Cuervo—. Al menos, ya no. Escuchen, ¿Estrella de Hojas sigue siendo su líder? Por favor, ¿podríamos hablar con ella? Dile… dile que Cuervo, el amigo de Estrella de Fuego está aquí.

La guerrera se quedó observándolo por unos instantes, luego se volvió hacia la aprendiza.

—Zarpa de Nube, dile a mi madre que venga.

Zarpa de Nube asintió y se marchó corriendo.

Centeno se acercó para colocarse al lado de Cuervo.

—Soy Centeno —anunció, agachando su cabeza—. Y estos son Riley y Bella.

La gata pelirroja movió la cola.

—Soy Helecho de Fuego, y ella es Sauce de Ciruela.

—Er… bonito territorio —balbuceó Cuervo, tratando de romper el tenso silencio.

—¿Cómo puedes saberlo? Aún no lo has visto —señaló Sauce de Ciruela.

Centeno captó la mirada de Cuervo y sacudió la cabeza. Parecía que hoy no iban a poder hacer amigos.

Riley y Bella estaban empezando a inquietarse cuando Cuervo escuchó el sonido de pasos. Zarpa de Nube corrió a lo largo del arroyo, seguida de una gata atigrada pardo con crema. No era joven, pero se movía ágil y con gracia, sus ojos ámbar brillaban. Se detuvo al lado de Helecho de Fuego y estudió a los visitantes.

—Soy Estrella de Hojas, líder del Clan del Cielo.

Su mirada se encontró con la de Cuervo.

—Recuerdo a Estrella de Fuego hablando sobre ti. Huiste del Clan del Trueno, ¿no es así?

—Sí, lo hice —admitió Cuervo—. Vivo con Centeno ahora. —El gato blanco y negro hizo una reverencia—. Hemos venido aquí con los familiares de Centeno, Riley y Bella.

—¿Aún vives cerca de los Clanes? —preguntó Estrella de Hojas. Cuervo asintió; estaba a punto de explicar que los Clanes habían migrado cuando Estrella de Hojas continuó—: Entonces has recorrido un largo camino. Debe ser importante, sea cual sea el motivo.

Cuervo de repente se sintió desprevenido. ¿Cómo podía preguntarle a esta fornida y poderosa líder, si dos extraños podían unirse a su Clan?

Vaciló durante demasiado tiempo. Centeno levantó la cabeza y maulló.

—Los cachorros de Violeta, mi hermana, desean convertirse en guerreros. Por favor, ¿les permites unirse al Clan del Cielo? Ya han comenzado su entrenamiento, y son realmente buenos.

Los ojos de Estrella de Hojas se abrieron de par en par. Junto a ella, los pelajes de Helecho de Fuego y Sauce de Ciruela se erizaron. Zarpa de Nube se inclinó hacia adelante y olfateó el pelaje de Bella.

—Esta huele raro —maulló, retrocediendo—. ¡No puede ser una guerrera!

—¿Damos la impresión de aceptar extraños? —gruñó Helecho de Fuego.

—¡No soy un extraño! —resopló Riley.

—¡Silencio! —ordenó Estrella de Hojas alzando su cola—. El Clan del Cielo se siente honrado por su petición. Aprecio que hayan hecho este largo viaje. Pero no es así de sencillo. El Clan del Cielo es fuerte y

próspero, no necesitamos reclutar nuevos guerreros, como lo hemos hecho en el pasado. Ya contamos con suficientes guerreros leales.

Cuervo sintió como si el suelo se hubiera abierto bajo sus patas. «¡Ni siquiera le dio a Riley y Bella la más mínima oportunidad!». Se había imaginado a Estrella de Hojas mostrándose reacia, pero esperaba que cuando notara cuán determinados estaban los jóvenes y cómo habían progresado, podría persuadirla.

—¿Es porque solíamos ser mininos domésticos? —maulló Bella—. Porque Cuervo nos contó que algunos de los guerreros del Clan del Cielo siguen siendo mascotas. ¡Nosotros seremos guerreros todo el tiempo, lo prometo!

Estrella de Hojas parpadeó.

—Eso es verdad, el Clan del Cielo tiene guerreros diurnos, pero ellos entrenaron largas estaciones, y confío en su lealtad hacia sus compañeros de Clan.

—¡Nosotros también podemos hacerlo! —replicó Riley; pero Centeno lo hizo callar con un movimiento de la cola.

—No puedo desmerecer su entusiasmo —le comentó Estrella de Hojas a Cuervo. Inclinó la cabeza a un lado—. Pero ¿por qué han venido hasta aquí para preguntar si son bienvenidos en el Clan del Cielo? ¿Por qué no pedirle a Estrella de Fuego que acepte a Riley y Bella en el Clan del Trueno?

Cuervo parpadeó.

—Porque el Clan del Trueno ya no está —logró decir, sintiendo que el dolor lo asfixiaba de nuevo—. Todos los Clanes han abandonado el viejo territorio. El bosque fue destrozado para construir nuevos Senderos Atronadores, ya no había lugar para ningún gato. Los observé mientras se iban, pero… no sé dónde se encuentran ahora.

La mirada de Estrella de Hojas se nubló.

—Pobre de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, ¡tuvieron que abandonar su hogar! Espero que estén a salvo, donde quiera que estén.

—Confío en que lo están —maulló Cuervo—. El Clan Estelar me habría enviado alguna señal si algo malo les hubiera sucedido.

Notó que Centeno lo miraba de soslayo, y Cuervo sintió una punzada de culpa. Rara vez había hablado del Clan Estelar con su amigo, y tal vez Centeno había asumido que sus antepasados guerreros ya no significaban nada para él.

Estrella de Hojas suspiró.

—He tratado de mantener el recuerdo de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena vivo en mi Clan —murmuró—. El Clan del Cielo les debe todo. Pero han pasado unas cuantas estaciones, y para empezar no todos mis guerreros estaban allí. —Se irguió de nuevo—. Cualquier amigo de Estrella de Fuego es bienvenido a visitar a mi Clan, pero solo como invitados. Siempre estaremos agradecidos por lo que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena hicieron. Pero no podemos aceptar gatos desconocidos para entrenar como guerreros. Lo siento mucho.

Se volvió para irse, dejando en claro que la bienvenida a los amigos de Estrella de Fuego comenzaba y terminaba en el borde del territorio. Los otros gatos la siguieron, excepto Sauce de Ciruela, que se detuvo a sisear.

—¡Ni piensen en robar nuestras presas! —Antes de emprender la marcha detrás de sus compañeros de Clan.

Cuervo miró observó consternado como los guerreros desaparecían en su territorio.

—¡Eran *malos*! —gruñó Bella.

—¡Ni siquiera nos dieron una oportunidad para mostrar nuestros movimientos de combate! —murmuró Riley.

—Lo siento —maulló Cuervo—. No pensé que sería así.

—Volvamos a la cueva del barranco —sugirió Centeno—. No creo que debamos permanecer tan cerca de la frontera. —Se acercó a Bella, cuya cola se había desplomado al suelo—. Estoy muy orgulloso de ti —le dijo—. Y de ti, Riley. Han aprendido mucho en este viaje. Son valientes, fuertes e inteligentes. Serían grandes guerreros, ¿no es así, Cuervo?

—Sí, por supuesto.

Cuervo comenzó a caminar de regreso por el arroyo. Sentía que el pelaje le quemaba. ¿Por qué les había dado esperanza a estos jóvenes? ¿Todo por nada más que dolor bajo las zarpas y el pelaje manchado de viajar? Sintió un dolor punzante en su vientre y tropezó.

En un abrir y cerrar de ojos, Centeno estaba a su lado, levantándolo.

—¿Estás bien?

—Solo cansado —dijo Cuervo con voz ronca—. Voy a estar bien una vez que lleguemos a la cueva.

Centeno se quedó a su lado, inquieto, hasta que se instaló en el polvoriento suelo. Riley y Bella se desplomaron a su lado con el hocico entre sus patas.

—Iré a cazar —maulló Centeno—. Ustedes quédense aquí a descansar.

Cuervo durmió profundamente hasta que algo le pinchó en el costado, enviando un espasmo a través de su vientre. Riley y Bella estaban de pie en la cueva a su lado con los ojos abiertos de par en par. Estaba oscuro, Cuervo había dormido más tiempo de lo que pensó. Centeno estaba acurrucado en su lomo.

—¡Algo está pasando! —chilló Bella.

Cuervo aguzó el oído. Aullidos y bufidos hacían eco desde el desfiladero.

—¿Crees que están atacando al Clan del Cielo? —susurró Riley.

—No lo sé. Sea lo que sea, no suena bien.

Cuervo se puso de pie y caminó hasta la boca de la cueva.

—¿A dónde vas? —inquirió Centeno, incorporándose.

—A ver qué está pasando.

—No sin mí —maulló Centeno.

—¡Ni nosotros! —Intervinieron Riley y Bella.

Cuervo suspiró.

—Bueno. Pero deben ser sigilosos.

—Seremos tan sigilosos como un par de ratones —prometió Riley.

Bella miró de soslayo a su hermano.

—En realidad, los ratones son bastante ruidosos. Siempre andan chillando y arrastrándose sobre hojas.

—¡Más silencioso que un par de ratones muertos, entonces! —siseó su hermano.

Caminaron a lo largo del arroyo hacia donde los bancos se aplanaban entre los árboles. Los aullidos de los gatos resonaban cada vez más fuerte. Cuervo cruzó el acebo con la marca olorosa y echó una mirada a los demás, asintiendo con la cabeza para indicar que deberían seguir. Ya estaban dentro del territorio del Clan del Cielo. Cuervo sentía que se le erizaba el pelaje, pero se mantuvo en marcha pisando con sigilo, a pesar de que cualquier ruido se ahogaría en los chillidos que venían de más adelante.

Hizo una pausa al llegar al límite de los árboles. A la luz de las estrellas, Cuervo vislumbró una enorme y oscura figura que sobresalía del arroyo. ¿Una roca, quizás? Más allá, gatos corrían de un lado a otro entre la arena y barrancos, soltando fieros alaridos de batalla. Cuervo llamó la atención de los demás con un movimiento de cola, luego corrió al barranco más cercano, que daba paso a una enorme extensión de hierba y maleza.

En el horizonte, luces amarillas centelleaban; debía tratarse de un poblado de Dos Patas.

Caminó hasta el borde del acantilado y se asomó hacia abajo. Se sentía muy expuesto allí, pero ninguno de los gatos en la parte baja del barranco parecía notar su presencia. Centeno, Riley y Bella se arrastraron a su lado y observaron la escena, paralizándose de horror. En medio de los senderos que se entrecruzaban por el valle, los gatos estaban envueltos en una maraña de uñas y zarpas, aullando de ira. Cuervo vislumbró un montón de piezas volando para quedar desparramadas por el suelo, por el olor que desprendían supuso que se trataba del montón de carne fresca.

A medida que los ojos de Cuervo se iban acostumbrando a la penumbra, se fue dando cuenta de que cinco o seis gatos eran los que perseguían a los demás, provocándolos con bufidos y gruñidos. Más y más gatos salían de las guaridas del campamento, incluidos algunos cachorros que apenas parecían capaces de caminar.

—¡Llévalos de vuelta a la maternidad! —chilló una gata.

—Pobres cachorritos, son demasiado pequeños para estar lejos de su madre —se burló una voz familiar.

Cuervo miró a Centeno. ¡Se trataba de Pasha! Se asomó por el barranco una vez más y distinguió las formas de los otros gatos que los habían molestado la noche anterior. ¿Estaban atacando solos a todo el Clan?

—¡A mí, Clan del Cielo! —exclamó Estrella de Hojas. Sus manchas crema brillaban en la penumbra. Cuando al fin los guerreros consiguieron una formación más o menos ordenada, dirigieron su ataque contra los intrusos, bufando y gruñéndoles con las garras desenvainadas.

En un coro de maullidos burlones, las mascotas se dieron media vuelta y emprendieron la retirada del barranco.

—¡Volveremos! —gritó Pasha, tan cerca de Cuervo que casi choca con él.

Cuervo y sus compañeros se agazaparon en la hierba casi sin respirar hasta que los mininos de compañía se alejaron del lugar.

Debajo, el campamento del Clan del Cielo se quedó en silencio, solo se sentían los tenues lloriqueos de los cachorros y las maldiciones entre dientes de los veteranos que habían sido despertados por el lío.

—¡Tres noches seguidas! —siseó uno de ellos.

Estrella de Hojas habló con voz firme.

—Encontraremos un modo de detenerlos, lo prometo. Regresen a sus guaridas e intenten descansar.

—¡Wow! —resolló Bella—. Esas mascotas le están causando grandes problemas al Clan del Cielo.

Cuervo se alejó del borde del acantilado. Sintió un fuerte olor al Clan del Cielo y se dio cuenta de que había estado agazapado justo encima de una marca olorosa.

—¡Imagínense tener que lidiar con eso cada noche! —comentó Centeno. Comenzaron a caminar de regreso por la pendiente hasta el arroyo.

—No entiendo por qué les permiten a esas mascotas entrar en su campamento —maulló Riley—. ¡Los gatos del Clan del Cielo son guerreros! Deberían poder lidiar con esa amenaza por sí mismos.

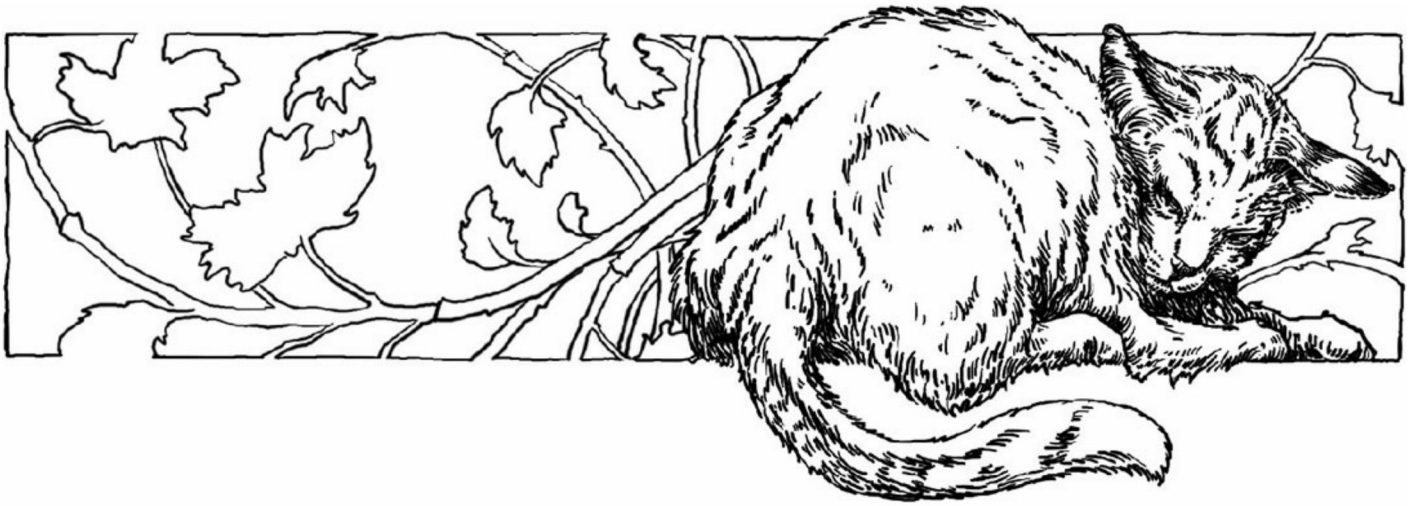
Cuervo negó con la cabeza.

—No creo que ninguno de esos mininos caseros esté ahí por algún propósito en concreto. Parece que solo querían despertarlos a todos por el simple hecho de molestar.

—Afortunadamente, es problema suyo, nosotros no tenemos nada que ver —maulló Centeno—. Miren, ahí está la cueva. Vamos, ustedes dos, duerman un poco. Mañana emprenderemos el regreso a casa. Estrella de Hojas ha dejado muy claro que no debemos permanecer aquí.

Le indicó a Riley y Bella que entraran y se acurrucó junto a ellos. Cuervo se acomodó cerca de la entrada, con el hocico entre sus patas. Centeno tenía razón, si Estrella de Hojas quería que se fueran, ya no había razón por la cual quedarse en ese lugar. Pero no podía quitarse de la mente la imagen de los guerreros incrédulos observando cómo una vez más su campamento era atacado.

Seguro había algo que el Clan del Cielo pudiera hacer para impedirlo, ¿o no?



Capítulo 9

Cuervo abrió los ojos, encontrándose a sí mismo acostado en una piedra lisa, al lado de una tranquila charca llena de estrellas. Se sentó y miró a su alrededor. Detrás de él, había una pendiente picada que guiaba hasta la cima de la hondonada. La piedra debajo de él estaba fría, pero su cuerpo se sentía cálido. Se acercó al borde de la charca y bebió, sintiendo como el agua traspasaba su cuerpo como si fuera luz. Se dio cuenta de que había una gata parada a su lado, con la cola descansando levemente en la espalda del gato.

—Ven, siéntate conmigo, Cuervo —ronroneó Corriente Plateada.

Se colocó pulcramente sobre la piedra, con la cola enroscada sobre las patas. La gata esperó mientras Cuervo se acomodaba, más lentamente, haciendo muecas por el dolor en su estómago.

Cuervo se dio cuenta de que la gata lo miraba con preocupación.

—¡Me estoy haciendo viejo! —bromeó. Corriente Plateada solamente lo miró con sus grandes ojos azules. El gato negro sintió un escalofrío que le recorrió el pelaje—. No… no volveré a ver mi hogar de nuevo, ¿verdad?

—No —admitió Corriente Plateada—. Pero no debes tener miedo de morir en un lugar diferente. —Se le cortó la voz—. Lo único que importa es que no estás solo, y que sabes que eres amado.

Cuervo sintió un doloroso bulto que le subía por la garganta.

—Me preocupa Centeno —susurró.

—Centeno sabe que no quieres dejarlo. Lo entiende, y no te amará menos aún si ya no puede verte.

Dos gatos más se acercaron desde el borde de la charca: un gato gris oscuro con brillantes ojos azules y el otro, un gato gris con blanco de anchos omóplatos. Corriente Plateada se levantó y asintió en dirección a ellos, luego se fue caminando hacia la pendiente.

El gato gris oscuro habló primero.

—Mi nombre es Vigilante del Cielo —maulló—. Yo era el último de los gatos del Clan del Cielo, hasta que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena vinieron a salvar a mi Clan. Hay un lugar en el Clan del Cielo para Riley y Bella, lo prometo. Sé paciente y los ayudarás a encontrarlo.

—Y yo soy Estrella de Nube, el líder del Clan del Cielo cuando llegamos al barranco por primera vez —dijo el gato blanco y gris—. Y desde antes, cuando vivíamos en el bosque, junto a los otros Clanes.

Cuervo bajó la cabeza.

—Es un honor conocerlos a ambos.

—Hice el mismo viaje que hicieron Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, y ahora el que hicieron tú y tus amigos —maulló el antiguo líder de Clan—. Estoy agradecido de que estés brindando nuevos guerreros a mi Clan.

—¡Pero no los quieren! —explotó Cuervo—. ¡Estrella de Hojas ni siquiera nos deja cruzar la frontera!

—Dales la oportunidad de que vean lo que estos gatos pueden brindar al Clan —argumentó Estrella de Nube—. El Clan del Cielo necesita su ayuda. Lo viste hoy mismo.

Cuervo azotó la cola.

—¡Pero el Clan del Cielo tiene a sus propios guerreros fuertes! Estrella de Hojas fue muy rápida para dejarlo en claro. ¿Qué podemos hacer nosotros que ellos no?

Sin decir ni una palabra, Vigilante del Cielo se movió hacia el borde de la charca y lanzó un guijarro hacia el agua. Aterrizó con una salpicadura y mandó ondas estrelladas en círculos, rodando hacia todos los extremos de la charca.

—Observa —ordenó Vigilante del Cielo—. La piedra llega más allá de lo que esperabas. ¿Lo ves?

Cuervo observó la temblorosa agua y se imaginó al Clan del Cielo, asustados y a la defensiva dentro del barranco, esperando a que los mininos caseros arremetieran a través del terreno vacío a invadir el territorio del Clan de nuevo. La mente del gato se aclaró y asintió.

—Ya veo —respondió.

Estrella de Nube recargó su hocico en la parte más alta de la cabeza de Cuervo.

—Por favor ayúdanos —murmuró—. En el nombre de los Clanes y en el nombre del código guerrero.

—Lo haré —prometió Cuervo.

Despertó con la primera luz grisácea del día que se colaba en la caverna. Afuera, el aire estaba frío y olía a hojarasca.

Cuervo empujó suavemente a Centeno.

—¡Despierta!

—¿Es hora de ir a casa? —maulló Bella, somnolienta. A su lado, Riley bostezó.

—No nos iremos a casa —anunció Cuervo—. Regresaremos al Clan del Cielo.

Centeno se detuvo a media estirada.

—¿Qué? Ni siquiera nos dejaron cruzar la frontera ayer. —Estrechó los ojos—. Y necesitas regresar al granero para que descanses.

—Estoy bien —le dijo Cuervo—. Soñé con el Clan Estelar anoche, y vi algo que puede ayudar a deshacernos de las mascotas.

—¡Pues vamos! —maulló Riley, corriendo hacia la boca de la caverna —. ¡Esos mininos caseros cerebros de zorro deben respetar al Clan del Cielo!

Cuervo sintió un relámpago de orgullo al ver la lealtad de Riley hacia el Clan que lo había tratado como un forastero.

Bella asintió.

—Si hay algo que podamos hacer para ayudar, entonces tenemos que regresar.

Centeno suspiró.

—Veo que estoy en desventaja —maulló. Acarició el lomo de Cuervo con la punta de su cola—. Pero si necesitas parar y descansar dímelo ¿sí? Sé que algo te está doliendo.

—Lo haré.

Cuervo los guió hacia el arroyo una vez más. Se detuvieron entre los árboles para cazar; Centeno hizo que Cuervo se recostara en un confortable montón de musgo mientras él y los jóvenes gatos acorralaban a una paloma que estaba picoteando al pie de una haya. Tan pronto como

hubieron comido y limpiado sus hocicos, continuaron hacia el borde del bosque.

A la luz del día, Cuervo podía ver claramente la enorme roca café grisácea que colgaba sobre el arroyo. El agua se desvanecía bajo la roca, y las ondas moteadas por la luz del sol emitían patrones de luz en la parte baja de la piedra. Apenas habían avanzado unos cuantos pasos más allá del arbusto de acebo cuando varias figuras aparecieron corriendo hacia ellos. Sauce de Ciruela iba a la cabeza.

—¡Les dijimos que se mantuvieran alejados! —gruñó.

Un gato rojizo avanzó al lado de ella, con el pelo erizado.

—¡Lárguense de aquí!

—¡Sauce de Ciruela, Brinco de Fuego, esperen! —Una gata atigrada plateada con ojos color verde claro saltó desde un camino cerca de la base del acantilado y bloqueó el camino de los otros gatos—. ¡Ya basta! Estos gatos no son una amenaza.

—Eso no lo sabemos —murmuró Brinco de Fuego, pero se quedó dónde estaba y observó como la atigrada plateada se acercaba hacia Cuervo y sus compañeros. Cuervo olfateó el limpio aroma de hierbas en el pelaje de la gata y observó un pedazo de telaraña que colgaba de su oreja.

—Mi nombre es Canción de Eco —maulló la gata—. Soy la curandera del Clan del Cielo. Estrella de Hojas me habló sobre ustedes.

Su voz era amable, y Cuervo dejó que el pelaje de su columna se alisara.

—Necesito hablar con Estrella de Hojas. Por favor, es importante.

Canción de Eco lo observó por un momento, luego se dio la vuelta, con la peluda cola plateada erguida.

—Síganme.

Los guió entre Sauce de Ciruela y Brinco de Fuego, quien siseó suavemente, hacia uno de los estrechos caminos. Se pausó y miró hacia atrás.

—Lo siento —maulló—. No hay mucho espacio en la guarida de Estrella de Hojas. Puedo llevar a Cuervo con ella, pero, ¿le importaría al resto esperar aquí?

Centeno observó a los guerreros que habían comenzado a emerger de sus guaridas y detrás de las rocas al fondo del valle.

—No te preocupes, están a salvo —le dijo Canción de Eco—. Zarpa de Halcón los cuidará.

Un pequeño gato robusto con el pelaje pulcro de color gris y penetrantes ojos amarillos, que apenas había salido de una guarida, asintió.

—Absolutamente —prometió.

—Gracias —maulló Canción de Eco—. Hazme saber si llega Garra de Ébano y te necesita para hacer algo más. —Se volvió hacia Cuervo—. Garra de Ébano es una guerrera diurna, así que aún no llega. Zarpa de Halcón es su aprendiz.

—Parece ser muy comprometido —remarcó Cuervo.

Canción de Eco asintió.

—Lo es, mientras lo tengamos apartado de la aprendiza de Tormenta Billy, Zarpa de Guijarro. ¡Esos dos no se llevan nada bien!

Dejaron a Centeno, Riley y Bella parados incómodamente junto al aprendiz gris y continuaron hacia la guarida de la líder. Guiaba hacia montones de distintas cuevas más pequeñas, que eran las guaridas de los guerreros, como adivinó Cuervo por los olores que emanaban de ellas, hacia un saliente donde estaban sentados tres gatos: Estrella de Hojas, un gato naranja y blanco con una cara ancha y atractiva; y un gato rojizo oscuro, quien desgarró el pelaje de Cuervo con la mirada mientras se acercaba.

Estrella de Hojas bajó la cabeza.

—¡Cuervo! No esperaba verte de nuevo. —Le señaló a los gatos que estaban a su lado, empezando por el ceñudo gato rojizo oscuro—. Él es Garra Afilada, mi lugarteniente. Y este es Tormenta Billy. Lo que sea que tengas que decirme, lo puedes decir frente a ellos.

Cuervo tomó una gran bocanada de aire y esperó que los guerreros no pudieran oír su corazón latiendo acelerado.

—Quiero ayudarlos con su... eh, problema con los mininos caseros. Vimos lo que pasó anoche, y creo que hay una forma en la cual los pueden detener.

Garra Afilada se levantó, con el pelaje erizado.

—¿Así que estaban traspasando nuestro territorio? —gruñó.

—Estábamos sobre la parte más alta del acantilado, del otro lado de las marcas de las fronteras —replicó Cuervo, intentando que no le temblaran las patas.

—Siéntate, Garra Afilada —maulló Estrella de Hojas.

El gato rojizo lentamente se fue sentando.

—Esas mascotas son una molestia, nada más —dijo con voz ronca.

—Pero deben aprender a respetar sus fronteras —maulló Cuervo—. ¡No pueden dejar que lleguen al corazón del campamento!

—¡Como si les diéramos la bienvenida! —apuntó Tormenta Billy.

Estrella de Hojas levantó una pata.

—¿Crees conocer alguna forma para mantenerlos alejados del campamento, Cuervo? —su tono era ligero, como si estuviese preparada para escucharlo, aunque fuese solo por amabilidad.

Cuervo se levantó y desenvainó las garras delanteras para marcar una figura en la arenosa saliente. Con unas cuantas líneas rápidas, hizo un círculo con ondas dispersándose, justo como el patrón en la charca llena de luz de luna que había visto en su sueño.

—Este es su campamento —explicó, señalando hacia el centro del círculo—. Pero las fronteras necesitan estar mucho más lejos, para mantener a los intrusos a una distancia segura, —apoyó su pata en la ondulación más externa—. Este es el punto que tienen que defender, a mitad de camino a través del terreno vacío entre su campamento y las guaridas de los Dos Patas. Si hacen que esa sea su frontera, y le demuestran a las mascotas que no los dejarán cruzar, entonces su hogar estará a salvo.

—¿Quién eres tú para hablarnos de fronteras? —Garra Afilada resopló —. Tú no eres ni siquiera un gato de Clan.

Pero Estrella de Hojas asintió, mirando las marcas en la arena.

—¿Quieres decir que debemos mover nuestro límite hacia atrás desde el borde del desfiladero? Sí, puedo ver que tiene sentido eso. Será más difícil de patrullar porque hay muy pocos puntos para colocar marcas por ahí, pero ciertamente protegerá el desfiladero. —Miró a Cuervo—. ¿Cómo enseñarías a los mininos caseros a mantenerse alejados del nuevo límite?

Cuervo tragó saliva. Los recuerdos de su tiempo en el Clan del Trueno giraban en su cabeza: patrullas, comprobar las marcas fronterizas, entrenar con Garra de Tigre…

—Patrullas constantes a lo largo de la nueva frontera, toda la noche, hasta que los gatos caseros aprendan exactamente donde se encuentra —maulló—. Tus guerreros necesitarán descansar durante el día, pero tal vez entonces los guerreros diurnos puedan hacerse cargo ¿no? Puede que solo necesites una patrulla constante durante una noche, si luchan lo suficiente.

—¡Siempre luchamos lo suficiente! —gruñó Garra Afilada.

Cuervo parpadeó.

—Antes de que el sol esté en su punto más alto hoy, deben poner marcas a lo largo de la nueva frontera. Construyan lugares para marcar, si es necesario, con ramas o montones de piedras. Luego descansen hasta el anochecer, cuando cada guerrero y aprendiz deba tomar su lugar a lo largo de la frontera. A esas mascotas no se les debe permitir poner una pata

dentro de las marcas. —Se detuvo, jadeando. Su vientre fue agarrado por un espasmo, y se esforzó por no hacerse un ovillo para aliviarlo.

Estrella de Hojas estudió a Cuervo con un brillo pensativo en sus ojos.

—Una vez más, el Clan del Trueno viene a ayudarnos —maulló.

—Oh, yo ya no soy del Clan del Trueno —respondió Cuervo.

Estrella de Hojas no dijo nada. En su lugar se levantó y caminó por el sendero hasta el fondo del desfiladero, y luego saltó con gracia sobre la roca.

—¡Clan del Cielo, reúnanse aquí! —aulló.

Cuervo bajó cojeando detrás de Garra Afilada y Tormenta Billy para unirse a Centeno. El gato blanco y negro lo miró con preocupación, pero Cuervo se limitó a asentir hacia Estrella de Hojas, que estaba explicando el plan para ampliar los límites del Clan. Sus compañeros de Clan escucharon en silencio, con frecuentes miradas hacia los visitantes.

Cuando Estrella de Hojas hizo una seña a Cuervo con su cola. El gato tragó saliva.

—¡Adelante! —chilló Bella, saltando sobre sus patas por la emoción.

Cuervo se quedó dónde estaba (no creía que pudiera saltar a ningún sitio con ese dolor en su vientre) y se volvió hacia la multitud de gatos.

—Son más fuertes de lo que creen —comenzó, levantando la voz a pesar del dolor palpitante en su interior.

Hubo algunos murmullos indignados.

—¡No sabes nada de lo fuertes que somos!

—¡Ven aquí y lucha si crees que somos tan débiles!

Cuervo continuó.

—A diferencia de los gatos domésticos, ustedes tienen a sus ancestros guerreros de su lado, y su fe en el código guerrero para mantenerse fuertes. Tienen que convertir sus invisibles fronteras en visibles y *dolorosas* para las mascotas que no les muestren respeto. —Respiró profundamente y continuó—: ¡No son guerreros! ¡No ganarán!

—¡No son guerreros! ¡No ganarán! —corearon los gatos, y Cuervo se hundió de alivio.

Su mirada se encontró con la de Estrella de Hojas y asintió.

Garra Afilada saltó a la roca y comenzó a dividir a los gatos en patrullas para trazar el límite y crear nuevos marcadores lejos del borde del acantilado. Para sorpresa de Cuervo, se detuvo y gruñó en dirección a Riley y Bella:

—Supongo que ustedes también quieren ayudar.

Los jóvenes gatos asintieron con tanta fuerza que sus orejas se agitaron.

Garra Afilada sacudió la cola en dirección a Riley.

—Tú ve con Cola de Cereza, Bigotes de Avispa y Zarpa del Anochecer a apilar piedras para los nuevos marcadores.

Riley corrió para unirse a la patrulla. Garra Afilada señaló a Bella.

—Tú puedes ayudar a Brinco de Fuego y a Zarpa Floreciente a buscar palos en el bosque.

—¿Y los guerreros diurnos? —Sauce de Ciruela llamó desde el medio de la multitud—. ¿Van a hacer todas las tareas habituales para que podamos descansar antes de la lucha?

Un delgado gato blanco y negro asomó la cabeza.

—Haremos todo eso y nos quedaremos a luchar —declaró.

Alrededor de él varios gatos asintieron.

—¡Somos del Clan del Cielo tanto como ustedes! Esta es nuestra batalla también.

—Gracias, Macgyver —maulló Garra Afilada.

—Me han invitado a unirme a una patrulla de caza —murmuró Centeno al oído de Cuervo—. Pero tú necesitas descansar un poco.

Cuervo abrió la boca para discutir, pero Centeno continuó:

—Puedo ver que te duele. No me mientas, por favor. Cuídate mientras yo ayudo con el montón de carne fresca.

Cuervo asintió.

—Estaré aquí cuando vuelvas —prometió.

Vio al gato blanco y negro trotar hacia una patrulla que incluía a Helecho de Fuego. La gata rojiza lo saludó fríamente, pero un gato marrón pareció más acogedor y se puso al lado de Centeno mientras salían del campamento.

Canción de Eco apareció junto a Cuervo.

—¿Te sientes con ganas de una escalada? —preguntó—. No está lejos, y te prometo que valdrá la pena.

—Por supuesto —maulló Cuervo.

La siguió a lo largo del desfiladero y subió un sendero que serpenteaba de un lado a otro en ángulos estrechos hasta llegar a la cima del acantilado.

Cuervo se encaramó al suelo plano con un gruñido de alivio.

—Se vuelve más fácil —le dijo Canción de Eco, apenas sin aliento. Señaló con su cola a una losa rocosa que sobresalía por encima del desfiladero—. Este es un lugar muy especial para el Clan del Cielo

—explicó—. Es donde nos reunimos en la luna llena, y dónde vengo a hablar con el Clan Estelar.

Se sentó en la roca y le indicó a Cuervo que se acostara a su lado.

—Me encanta estar aquí arriba —murmuró Canción de Eco, contemplando el desfiladero y el bosque más allá—. Es tan tranquilo, y, sin embargo, se puede ver todo lo que está pasando.

Cuervo asintió. Pudo ver la forma blanca y negra de Centeno saltando entre los árboles; más allá del acantilado, Riley estaba haciendo rodar una piedra con sus patas.

Entonces oyó pasos detrás de él y se giró para ver a tres gatos acercándose. Fue débilmente consciente de que Canción de Eco había desaparecido y estaba solo en la roca.

Las figuras le resultaban tan familiares que su corazón le dolía y tenía que parpadear para ver claramente.

Estrella Azul, Tormenta Blanca y Corazón de León subieron a la roca y se pararon frente a él, cada uno inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Es un honor volver a verte —maulló Estrella Azul—. No te levantes —añadió mientras Cuervo luchaba por poner sus patas traseras debajo de él.

—Yo soy el que se siente honrado —ronroneó el gato negro.

—Nunca te olvidamos —le dijo Tormenta Blanca—. Hemos velado por ti, y nos alegramos de la felicidad que has encontrado con Centeno. —Bajó la cabeza—. Solo lamento no haber podido evitarte el dolor que sufriste en el Clan del Trueno.

—No cambiaría nada —prometió Cuervo—. Si algo hubiera sido diferente, podría no haber tenido mi vida con Centeno. He sido más feliz de lo que jamás imaginé que podría ser un gato.

Corazón de León lo miró, y Cuervo sintió que su pelaje brillaba debido al afecto.

—Hemos venido a hacer algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo —explicó el atigrado dorado—. Nos gustaría darte tu nombre de guerrero. Te lo has ganado con creces, con el valor, la justicia y la lealtad que has mostrado a estos gatos, y a cada gato que se ha cruzado en tu camino.

Cuervo respiró profundamente. Cuántas veces había soñado con este momento cuando era un aprendiz, preguntándose cuál sería su nombre de guerrero. Pero ya no era un aprendiz, ya no era parte del Clan del Trueno o del bosque.

Miró a los nobles gatos frente a él.

—Gracias —ronroneó—. Pero yo ya tengo un nombre. Estoy orgulloso de haber sido Cuervo toda mi vida, y no veo ninguna razón para cambiarlo ahora.

Estrella Azul asintió.

—Pensé que te sentirías así. —Trazó su pata sobre la piedra—. Sabes que tu tiempo está llegando a su fin, creo. ¿Te gustaría unirte a nosotros en el Clan Estelar? Serías muy bienvenido.

Cuervo se volvió y miró hacia abajo al desfiladero. Pudo ver a Centeno de pie en el borde del bosque, mirando hacia arriba. El gato blanco y negro dobló su cola en señal de saludo, y Cuervo agitó su cola en respuesta. Luego, se volvió hacia los gatos del Clan Estelar.

—No puedo unirme a ustedes —maulló suavemente—. Hay alguien a quien debo esperar. Espero que haya un lugar donde podamos estar juntos, aunque no sea un gato de Clan.

Corazón de León asintió.

—Lo entendemos. Y ten por seguro que hay un lugar esperando a ambos. Pero son bienvenidos a visitarnos en el Clan Estelar cuando lo deseen. Encontrarán una manera de hacerlo, te lo prometo.

Se acercó y apoyó su hocico en la cabeza de Cuervo. El gato sintió su suave aliento contra su pelaje, y se deslizó agradecido en un sueño indoloro.

Capítulo 10

Cuando Cuervo se despertó, Canción de Eco estaba sentada a su lado, con la cola crispada.

—Ah, estás despierto —maulló.

El sol se deslizaba detrás de los árboles, y las sombras oscuras se acumulaban en el desfiladero. La hierba desnuda y descuidada que conducía al Poblado de los Dos Patas estaba vacía y silenciosa, pero Cuervo olía las marcas frescas de la frontera que flotaban en la brisa.

Los gatos circulaban inquietos en el campamento del Clan del Cielo.

—Las nuevas fronteras están en su lugar —le dijo la curandera mientras se dirigían hacia el acantilado—. Mis compañeros de Clan están listos para defenderlo con sus vidas.

—Espero que no se llegue a eso —maulló el gato con un gesto de alarma. Riley y Bella saltaron hacia él mientras se acercaba a la roca.

—¡Hemos tenido un gran día! —anunció Riley—. He sido totalmente el mejor empujando piedras. ¡Cola de Cereza me lo dijo!

—¡Y yo encontré el palo más largo! —maulló Bella—. Zarpa Floreciente me ayudó a llevarlo.

Un gato marrón les llamó.

—Ese es Salto de Conejo —explicó Riley—. Estaremos en su patrulla esta noche. ¡Hasta luego, Cuervo!

Los jóvenes gatos se dieron la vuelta y salieron corriendo.

Centeno se acercó a Cuervo, con el olor de la carne fresca pegado a su pelaje.

—Ya han hecho amigos —observó.

—Hay buenos gatos en el Clan del Cielo —coincidió Cuervo—. ¿Cómo fue la caza?

—No estuvo mal del todo. Atrapé dos ratones y una ardilla, lo que calló algunos comentarios. —Había una nota de diversión en la voz de Centeno—. ¿Has comido ya?

El estómago de Cuervo se revolvió ante el pensamiento de comida. Un espasmo de dolor sacudió su cuerpo, y las sombras nadaron detrás de sus ojos. Sintió a Centeno presionándose contra él, sosteniéndolo.

—Tienes que acostarte —le dijo su amigo. Dirigió a Cuervo hacia un suave montón de arena al borde del desfiladero.

Cuervo se hundió con un silbido de dolor.

—No puedes luchar esta noche —maulló Centeno. Sus ojos eran enormes por la alarma—. No estás lo suficientemente fuerte.

Cuervo miró a su amigo.

—Oh, Centeno. Me conoces muy bien. Mejor que cualquier otro gato. —Le dio un golpecito a la mejilla de Centeno con su nariz—. Pero hay un secreto que te he ocultado sin quererlo: Siempre he sido un guerrero. Siento lealtad por estos gatos, y debo luchar junto a ellos, pase lo que pase.

Los ojos de Centeno se llenaron de agua.

—Eres tan terco —murmuró—. Realmente no puedo detenerte, ¿verdad?

—No. Pero puedes estar a mi lado —respondió Cuervo—. Por favor.

Centeno apoyó su cabeza contra la de Cuervo.

—Siempre.

Cuervo se levantó con esfuerzo, y se unieron a los otros gatos mientras caminaban en silencio por el desfiladero y en la llanura de hierba crujiente. Garra Afilada hizo una señal con su cola para enviarlos a lo largo de la nueva frontera, entre las marcas frescas y fuertes en los montones de piedras y palos recién construidos. «*Han trabajado mucho hoy*», pensó Cuervo.

A ambos lados de él, los guerreros del Clan del Cielo se movían rápida y eficazmente. Era imposible saber qué gatos eran los guerreros diurnos, aparte del leve indicio de un olor diferente en su pelaje. Estaba claro que, sin importar dónde el Clan del Cielo encontrara a sus guerreros, era un Clan bien entrenado y profundamente leal.

Cuervo y Centeno se agacharon en la hierba junto a Tormenta Billy y su aprendiza, Zarpa de Guijarro. Su pelaje blanco estaba espolvoreado con motas marrones, que la mantenían bien escondida entre la hierba iluminada por la luna.

Cuervo había perdido de vista a Riley y Bella más adelante a lo largo de la línea. Esperaba que recordaran todo lo que les había enseñado.

«*Clan Estelar, ¡mantenlos a salvo!*».

El apagado siseo de Garra Afilada viajó a lo largo de la fila de gatos en el quieto aire:

—A mi señal, ¡peleen!

Parecía que había pasado una luna entera antes de que oyeran el golpeteo de patas sobre el suelo hacia ellos. Cuervo se tensó. Esta vez había más mascotas, y ya estaban chillando de excitación. «*¡No tienen ni idea de que les estamos esperando!*».

Junto a Cuervo, Tormenta Billy sacó sus garras y juntó sus ancas debajo de él, listo para saltar.

Más cerca, más cerca, más cerca, los mininos domésticos se acercaban…

—¡A pelear! —aulló Garra Afilada, y los gatos del Clan del Cielo saltaron hacia adelante en una sola ola siseante.

Los gatos domésticos se detuvieron, aullando de terror. Estaban superados en número, pero aún así se resistieron, enfrentándose a dos o tres guerreros del Clan del Cielo cada uno en un torbellino de dientes y garras.

De repente, Cuervo volvió a ser un aprendiz de nuevo, recordando todo lo que Garra de Tigre le había enseñado. Saltó y esquivó y atacó con sus garras. A su lado, Centeno luchaba como su sombra, igualándolo paso a paso, igual que cualquier guerrero.

En la penumbra, Cuervo se encontró chocando con una gata con un distintivo pelaje plateado y negro. Era una de las mascotas que los había atormentado en su primera noche.

—¿Todavía están aquí? —espetó.

—¡Somos más bienvenidos aquí que tú! —resopló Centeno, golpeando su costado.

La gata se apartó de un salto y se lanzó hacia ellos, con las garras fuera.

Cuervo dobló las piernas y se apartó del camino; cuando la gata pasó derrapando, se levantó y puso sus patas delanteras sobre sus ancas. La gata se tiró al suelo con un gruñido, luego recogió sus patas traseras y pateó directamente hacia el vientre expuesto de Cuervo.

Un dolor al rojo vivo le atravesó.

Fue consciente de que Centeno cargaba contra la gata doméstica, rastrillando sus garras por su espalda y haciéndola chillar por la hierba. Cuervo cayó hacia atrás y se quedó inmóvil, jadeando, esperando a que el espasmo se calmara. Oyó a Centeno corriendo tras la minina doméstica.

El suelo retumbaba con el sonido de patas que huían, las mascotas siendo perseguidos por los emocionados y siseantes guerreros.

Poco a poco se hizo el silencio en la llanura.

Había gatos regresando hacia ellos, algunos de ellos cojeando.

Cuervo escuchó una ovación:

—¡Hemos ganado! ¡Se han ido!

Los guerreros comenzaron a moverse más rápidamente, corriendo de vuelta al desfiladero, al campamento que habían mantenido a salvo, para celebrar.

La cara de Centeno se asomó sobre Cuervo.

—¿Estás bien? ¿Te han herido?

Cuervo negó con la cabeza y se levantó. Centeno empezó a quejarse, pero Cuervo le lanzó una mirada fulminante.

Ya habría tiempo para eso más tarde; ahora quería compartir la victoria del Clan del Cielo. Bajó a trompicones hasta el desfiladero, apoyándose fuertemente en el hombro de Centeno.

Estrella de Hojas estaba de pie en la cima de la roca, las manchas crema de su pelaje brillaban a la luz de la luna.

—¡Cuervo, ahí estás! —llamó—. ¡El Clan del Cielo te agradece por ayudarnos esta noche! Sin ti, esas mascotas nunca habrían respetado nuestras fronteras.

Los gatos alrededor de la roca se volvieron para mirar a Cuervo, sus ojos brillando como pequeñas estrellas, y aullaron en señal de triunfo.

Cuervo cerró los ojos aliviado.

«*¡Lo logramos!*».

Hubo un movimiento a su lado, y Riley y Bella aparecieron de entre la multitud. Sus pelajes estaban erizados, y Bella tenía una marca de garra en una oreja, pero estaban temblando de emoción.

—¡Oh, vaya! —jadeó Riley—. ¡Eso fue increíble!

—¡Hemos hecho todo lo que nos has enseñado! —maulló Bella—. ¡Hice un golpe con la pata delantera que hizo que un minino doméstico se cayera!

—Bien hecho —ronroneó Cuervo, tratando de no mostrar su dolor—. ¡Estoy tan orgulloso de ustedes!

—Los dos lo estamos —maulló Centeno.

—Riley, Bella, ¿están ahí? —llamó la líder del Clan del Cielo desde la roca—. Tengo algo importante que preguntarles.

Los jóvenes gatos se miraron entre sí, luego se abrieron paso hacia el frente de los gatos.

—¡Estamos aquí! —maulló Bella.

Estrella de Hojas les hizo una señal con su cola.

—Vengan conmigo.

Riley y Bella subieron a la roca y se colocaron en la cima. Estrella de Hojas los miró.

—Han luchado bien esta noche —elogió—. Tan valientemente como cualquiera de mis compañeros de Clan, de hecho. Me equivoqué al pensar que necesitaba conocer a un gato desde su infancia antes de poder confiar en ellos. Han demostrado que pertenecen a este lugar.

Bella dejó escapar un pequeño chillido.

Estrella de Hojas bajó la cabeza.

—Riley, Bella, ¿le harán al Clan del Cielo el honor de unirse a nosotros?

Cuervo sintió que su corazón daba un vuelco. A su lado, Centeno ronroneó tan fuerte que le temblaron los bigotes.

La líder del Clan del Cielo asintió a dos de sus guerreros.

—Nube Diminuta, Mancha de Ortiga, ¿serán sus mentores?

—Con gusto —maulló Nube Diminuta, una gata blanca y pequeña de contextura delgada. Junto a ella, un robusto gato marrón asintió.

—Zarpa Riley, y Zarpa Bella, el Clan Estelar les da la bienvenida al Clan del Cielo como aprendices.

Estrella de Hojas comenzó la ceremonia, y Cuervo se sumergió de vuelta al claro en el fondo del barranco, escuchando a Estrella Azul anunciar su nombre de aprendiz por primera vez.

—Necesitas descansar —le susurró Centeno al oído. Sin discutir, Cuervo permitió que su amigo lo guiara al camino que conducía a la guarida de Canción de Eco. La cabeza le zumbaba, pero podía oír a los gatos del Clan del Cielo aclamando a los nuevos aprendices detrás de él.

—¡Zarpa Riley! ¡Zarpa Bella!

Una forma pálida y plateada se encontró con ellos en el camino.

«*¿Corriente Plateada?*», Cuervo se preguntó, con la mirada borrosa.

—Ah, Cuervo —murmuró Canción de Eco—. Ven conmigo.

Se giró para entrar en su guarida, pero Cuervo dudó.

—No dentro, por favor —dijo con la voz ronca—. Preferiría estar bajo los árboles.

Canción de Eco asintió, y ella lo fue guiando suavemente, dirigiéndose hacia el bosque.

—¡Espera! —maulló Centeno, trotando a su lado—. ¡Está muy enfermo! ¿No deberías llevarlo a tu guarida y tratarlo?

—Es demasiado tarde para eso, Centeno —murmuró la curandera—. Debemos hacer lo que Cuervo desea ahora.

Llegaron a los árboles, y Cuervo se hundió en un parche de hierba suave y fresca. Sintió sombras reuniéndose a su alrededor, tirando de sus extremidades. No tenía miedo; sabía que era el momento. Zarpa Riley y Zarpa Bella vivirían como guerreros ahora, gracias a él. Pero Centeno… Su viejo amigo se acurrucó alrededor de él, como siempre lo había hecho cuando dormían. Cuervo podía sentirlo temblando, y deseó que hubiera algo que pudiera hacer para consolarlo.

—Está bien —susurró Centeno y su voz se quebró—. Sé que tienes que dejarme. Nunca te olvidaré, te lo prometo.

Cuervo jadeó por aliento.

—Te esperaré. Dondequiera que estés, te encontraré.

Dejó que su cabeza cayera sobre la pata delantera de Centeno. Todo estaba empezando a sentirse muy lejano. En algún lugar en la distancia, escuchó gatos acercándose. Estrella de Hojas maulló:

—Le daremos una despedida de guerrero. Puede que esté lejos de su hogar, pero el Clan del Cielo estará honrado de velarlo.

Centeno tragó saliva.

«*Lo siento, amigo mío*», pensó Cuervo.

Dejó que las sombras llenaran su mente.

A su alrededor, los árboles brillaban con la luz de las estrellas, y sus piernas se sintieron jóvenes y fuertes de nuevo. El dolor en su vientre había desaparecido. Cuervo se levantó y miró a Centeno.

«*Siempre te cuidaré*», juró. Luego se dio la vuelta y caminó hacia el bosque. Su corazón gritaba por quedarse con su amigo, pero sabía que tenía que seguir caminando. Las sombras se cerraban a su alrededor, pero adelante, en algún lugar había un cálido sol que se arrastraba entre los árboles, y el olor a presas.

«*Adiós, Centeno. Te veré de nuevo algún día*».

Libro original: “Warriors: Shadows of the Clans” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Clan Nocturno***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/